

El rostro de la batalla

JOHN KEEGAN



se

Publicado originalmente en 1976 y actualizado en 2004, este es el libro que consagró a John Keegan como el mejor historiador militar de su generación. Un análisis de tres batallas emblemáticas del arte de la guerra: Agincourt, Waterloo y el Somme, contadas desde el punto de vista del soldado que lucha en primera línea. Es una mirada a la experiencia directa de las personas «en el punto de máximo peligro», examinando las condiciones físicas de la confrontación, las emociones particulares, las dinámicas que se experimentan en el campo y los motivos por los que el soldado se mantiene en pie y sigue luchando en vez de darse la vuelta y huir.

Título original: *The face of the Battle. A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*

John Keegan, 1976

Traductor: Juan Narro Romero

Ilustración de cubierta: Enric Jardí

Editor digital: Un_Tal_Lucas

ePub base r1.2



En memoria de mi padre y de mi suegro.

I

COSAS VIEJAS, TRISTES Y LEJANAS

¿Nadie me va a decir lo que ella canta? Su rítmico lamento tal vez se deba a cosas viejas, tristes y lejanas, y batallas de hace mucho tiempo.

WORDSWORTH,
«La segadora solitaria»

UN POCO DE APRENDIZAJE

Nunca he estado en ninguna batalla; ni la he presenciado de cerca, ni la he oído desde lejos, ni he visto sus secuelas. Les he preguntado a personas que sí han estado, como mi padre y mi suegro. He visitado campos de batalla, en Inglaterra, en Bélgica, en Francia y en Estados Unidos. He recogido a menudo pequeñas reliquias de combate, como un trozo de granada de obús alemán de 5.9 al borde de una carretera próxima al bosque de Poligon, en Yprés; o un proyectil anticarro, oxidado, en la cerca de un huerto de Gavrus, Normandía, que dejaría allí, en junio de 1944, algún escocés del 2.º de Argyll y Sutherland. En ocasiones me he llevado a casa mis hallazgos más ligeros, como una bala Minié de Shiloh y una bola de granada de la Colina 60, que descansan entre bobinas de algodón en una caja de papel maché, sobre la repisa de la chimenea. He leído acerca de batallas. He hablado, naturalmente, de batallas. He dado conferencias sobre batallas. Y en estos últimos años he visto batallas que se desarrollaban, o parecían desarrollarse, en mi televisor. He visto otras muchas batallas, las primeras del siglo xx, en los noticiarios, algunas de una convincente autenticidad. Y he visto también películas, mucho más dramatizadas. E incontables imágenes estáticas, fotografías, cuadros y esculturas, con un grado de realismo variable. Pero nunca he estado en ninguna batalla. Y cada vez estoy más convencido de que tengo muy poca idea de cómo pueda ser una.

No es extraño, porque son muy pocos los europeos de mi generación —la nacida en torno a 1934— que hayan tenido de primera mano ese conocimiento de la batalla que marcó la vida de sus padres y abuelos. Ciertamente, aparte de los cuatro o cinco mil franceses que, junto con sus camaradas alemanes, españoles y eslavos de la Legión Extranjera, sobrevivieron a Dien Bien Phu (en Indochina), y del contingente algo mayor de británicos que tomó parte en la campaña de Corea central en 1950-1951, no encuentro ningún conjunto de europeos de menos de cuarenta años que hayan participado como combatientes en una batalla. Tengo la precaución de emplear aquí las palabras «combatientes» y «batalla» para poder consignar ciertas excepciones a la generalización anterior. La más obvia es la de los europeos continentales que eran niños durante la Segunda Guerra Mundial y sobre cuyos hogares subió la marea de la batalla, varias veces incluso, entre 1939 y 1945. Pero también la de los millares de soldados británicos y franceses que portaron armas en África y el Sureste Asiático en el periodo de la descolonización; además de los soldados de reemplazo portugueses que permanecen en campaña en Mozambique y Angola, y los profesionales británicos que efectúan misiones de policía en el Ulster.

Los primeros se excluyen por sí solos, puesto que no tenían edad para haber sido «combatientes» en la Segunda Guerra Mundial. Los segundos, porque su experiencia de la milicia, aunque fuese con frecuencia peligrosa y en ocasiones violenta —incluso muy violenta, en el caso de

los franceses que servían en Argelia—, no fue, propiamente, una experiencia de «batalla». Porque hay una diferencia fundamental entre la escaramuza esporádica y a pequeña escala, que es como la calderilla de la milicia, y lo que entendemos por batalla. Esta debe cumplir las unidades dramáticas de tiempo, lugar y acción. Y, aunque en la guerra moderna las batallas se han atenido cada vez menos a las dos primeras —por tratarse cada vez más de batallas de desgaste y desarrolladas en áreas geográficas cada vez más extensas, conforme aumentaban los efectivos y los medios a disposición de los mandos—, la acción de la batalla —dirigida a ejecutar una decisión a través de tales medios, en el campo de batalla y con un límite de tiempo bastante estricto— se ha mantenido constante. En las guerras de descolonización europeas, el objetivo del «otro bando» ha sido, por supuesto, evitar enfrentarse en un tiempo y lugar determinados, asumiendo, acertadamente, la alta probabilidad de derrota en semejantes circunstancias. Así que «el otro bando» ha rehuido el combate: ya fuese por medio de una guerra deliberada de evasión y desgaste, como las guerrillas comunistas de Malasia o las nacionalistas de Argelia; o por medio de una simple campaña de golpes de mano y subversión, consciente de su incapacidad para arriesgar nada más, como los Mau Mau en Kenia. Espero, por lo tanto, que mis coetáneos de Oxford de la década de 1950, que se pasaron su primera juventud peinando las junglas de Johore o reconociendo los bosques de las laderas del monte Kenia, no me lo tengan en cuenta si afirmo que, aunque ellos han sido soldados y yo no, y aunque además conocen el servicio activo, están, sin embargo, tan vírgenes como yo en lo referente a la batalla.

Pero ¿por qué pongo tanto énfasis en señalar mi enorme ignorancia de la batalla? La ignorancia de la misma ha sido una circunstancia feliz en Europa desde el término de la Segunda Guerra Mundial, y en Estados Unidos no se han recibido precisamente bien las lecciones que sus jóvenes han tenido que aprender en Pleiku y Khe Sanh (en Vietnam). Debo confesar que la razón es personal; no hasta el punto de que no se pueda revelar, pero lo cierto es que viene siendo desde hace tiempo un secreto del que me siento culpable. He pasado muchos años —concretamente catorce, la mayor parte de mi vida laboral— describiendo y analizando batallas para los cadetes de Sandhurst; promociones y promociones de jóvenes con muchas más probabilidades que yo de averiguar por sí mismos si lo que les cuento es o no verdad. La impostura inherente a mi posición debería ser obvia. Para mí siempre lo ha sido; pero en Sandhurst, que lleva al extremo el culto británico por las buenas maneras, mis alumnos se han confabulado siempre para que yo pase por maestro y ellos por discípulos, cuando, como yo sé y ellos deberían suponer, todos estábamos a nivel de párvulos. Por mi parte, y por no abusar de su buena educación, he procurado evitar los análisis demasiado tácticos de la batalla, pensando que eso me evitaría juzgar el comportamiento de hombres que se encuentran en circunstancias que yo no he conocido. Por ello, he concentrado mis enseñanzas en materias como la teoría estratégica, la política de defensa nacional, la movilización económica o la sociología militar; materias que, aunque realmente son vitales para entender la guerra moderna, eluden la cuestión más importante para un joven que se está instruyendo para ser soldado profesional: ¿cómo se está en la batalla?

Que esta —o su equivalente subjetiva: ¿cómo estaría yo en la batalla?— es una cuestión central se pone de manifiesto por medio de los signos que se aprecian cuando surge en un aula llena de cadetes (y probablemente en cualquier reunión de jóvenes en general): el perceptible incremento de la temperatura emocional, del tono de las voces y de lo que un sociólogo denominaría «el ritmo y la cantidad de los contactos entre cadetes»; la tensión física en la manera en que se sientan o gesticulan, salvo en los que adoptan una actitud deliberadamente despreocupada; así como el contenido de lo que dicen, una mezcla ruidosa de ampulósidades escasamente convincentes, abiertos reconocimientos de incertidumbre y ansiedad, audaces declaraciones de falsa cobardía, bromas amistosas y no tan amistosas, frecuentes alusiones a la experiencia de padres y tíos acerca de «lo que es realmente la batalla», y apasionadas discusiones sobre el cómo y el porqué de matar seres humanos, que abarcan

todo el espectro ético, desde lo de «el único x bueno es el x muerto» a manifestaciones muy civilizadas en contra del derramamiento de sangre humana. La discusión, en suma, tiene mucho de terapia de grupo; analogía que no gustará a muchos soldados profesionales, pero que me parece adecuada. Las sensaciones y emociones a las que se enfrentan los participantes, como —por más que no se refieran a su presente inmediato, sino a un futuro distante y que quizá nunca llegue a ocurrir; y aunque hayan sido estimuladas artificialmente— son lo suficientemente reales, removerán una parte muy poderosa del carácter, llevando la compostura del oficial novato hasta unos extremos anormales y exagerados. Estos sentimientos son, después de todo, producto de algunos de los temores más arraigados del hombre: el temor a las heridas, el temor a la muerte, el temor a poner en peligro las vidas de aquellos de cuyo bienestar se es responsable. Tiene que ver también con algunas de las pasiones más violentas del hombre: el odio, la rabia y la pulsión por matar. Por eso no tiene nada de extraño que el oficial cadete, que, para llegar a controlar algún día esos temores y dirigir esas pasiones, deberá adaptarse a su presencia en su carácter, muestre signos de inquietud cuando surge el tema de la batalla y sus realidades. Tampoco tiene nada de extraño que mis colegas militares consideren que sus charlas sobre liderazgo, en las que se revisan explícitamente los problemas psicológicos del control de uno mismo y de sus hombres, son las más difíciles del programa de enseñanza militar. Sé que pocos de ellos consideran que abordan el asunto satisfactoriamente. Sospecho que la mayoría estaría de acuerdo en que solo un hombre excepcional podría hacerlo.

Por supuesto, la atmósfera y los alrededores de Sandhurst no ayudan a un tratamiento realista de la guerra. Quizá en ninguna academia militar lo hagan, pero Sandhurst es un lugar particularmente poco militar. Sus patios poseen la serenidad de un parque, y en su riego, su vegetación cuidada y su diseño prima lo ornamental; sus edificios son los de una mansión ducal inglesa, y ante ellos se extienden doscientas cincuenta hectáreas de césped impecablemente cortado, donde lo más guerrero que uno puede imaginar es un duro partido de hockey. El aspecto y los modales de los alumnos, por lo demás, ayudan a reforzar la ilusión de que nos encontramos en una residencia de campo. A ellos se les ve de paisano tan a menudo como de uniforme, pues desde el principio se les anima a adoptar la costumbre de los oficiales británicos de retornar a su identidad civil en cuanto el trabajo termina. Constantemente me recuerdan, con sus cabellos cortos y sus chaquetas de *tweed*, a la multitud de estudiantes a la que me incorporé en Oxford en 1953. Es un recuerdo que les choca vívidamente a todos los que enseñan hoy en las universidades. «Se parecen», me comentaba un profesor de Oxford al que invité para una conferencia, «a los universitarios de antes de la guerra».

«Antes de la guerra». La frase surgió de un modo demasiado espontáneo como para que tuviese otra intención. Pero lo cierto es que «antes de la guerra» es justo el estado espiritual en el que se encuentran los alumnos de una academia militar. Porque, por muy grande que sean sus motivaciones para la vida militar, por muy fuerte que sea su espíritu de combate, por muy alta que sea la proporción de los que son hijos, y a veces nietos y biznietos, de soldados —y la proporción en Sandhurst, al igual que en Saint-Cyr, continúa siendo sorprendentemente alta—, su conocimiento de la guerra es teórico, previo y de segunda mano. Es más, uno detecta en sus propias actitudes y en las de los colegas, tanto en los que saben como en los que no saben, tanto en los duros de corazón como en los blandos, un acuerdo tácito para preservar la ignorancia de los cadetes, para protegerles de lo peor que les puede traer la guerra. Dicho acuerdo tiene una parte de reflejo estético, de disgusto civilizado por ocuparse de lo que pueda chocar o disgustar; y una parte de inhibición moral, la de no querer escandalizar al inocente. Puede ser también la manifestación de una reticencia típicamente inglesa. Los oficiales franceses, al recordar las guerras de Indochina o Argelia, suelen referirse al número de muertos que sus unidades han sufrido o han causado —normalmente esto último— con una facilidad que, según he podido comprobar, provoca cierta repulsión en los veteranos británicos, y que no creo que pueda deberse del todo a una mayor ferocidad del ejército francés con respecto al

británico en la mayoría de las recientes campañas.

Pero Sandhurst y Saint-Cyr estarían de acuerdo en una justificación muy distinta del tratamiento insensibilizado de la guerra que caracteriza a la enseñanza en ambas academias, como en todas las que he conocido. Y es que la inyección deliberada de emoción en un sujeto ya de por sí muy emotivo dificultará seriamente, si no llega a hacer fracasar del todo, el objetivo de la enseñanza. Este objetivo, que muchos ejércitos occidentales han alcanzado con notable éxito durante los doscientos años que lleva formalmente la educación militar, es reducir el desarrollo de la guerra a un conjunto de reglas y a un sistema de procedimientos, para así convertir en ordenado y racional lo que es esencialmente caótico e instintivo. Se trata de un objetivo análogo, aunque sin pretender llevar la analogía demasiado lejos, al de la enseñanza de la medicina, que fomenta entre los alumnos una actitud distanciada hacia el dolor y la angustia de los pacientes, sobre todo las víctimas de accidentes.

La manifestación más obvia de este enfoque procedimental de la guerra está en el aprendizaje mecánico y en la repetición de ejercicios tipo, no solo para el manejo de las armas —como han hecho los guerreros desde tiempo inmemorial con el fin de perfeccionar sus habilidades—, sino también para una amplia gama de procedimientos por los que se pretende reducir la mayoría de las actividades profesionales de un oficial a una norma corporativa y a un formato común. De este modo, el oficial aprende «escritura militar» y «procedimientos verbales» por los que describir sucesos y situaciones con un vocabulario inmediatamente reconocible y universalmente comprensible, así como a organizar sus comunicaciones en una secuencia formalizada de «observaciones», «conclusiones» e «intenciones». Aprende a interpretar un mapa de manera idéntica que cualquier otro oficial (la famosa anécdota de la respuesta de Schlieffen a su ayudante, que había llamado su atención sobre una vista del río Pregel —«un obstáculo insignificante, capitán»—, era solo una exageración de la respuesta automática ante los accidentes geográficos que las academias militares se esfuerzan por inculcar en sus alumnos). Las relaciones personales, o con el personal, también se le enseñan según el manual: aprende lo que está bien y lo que está mal en el trato a los prisioneros, sean detenidos propios por faltas o cautivos enemigos, de acuerdo con la legislación militar e internacional. Y para garantizar que su toma de decisiones sea correcta, se le hace presenciar «escenificaciones» de las faltas militares más comunes, y a veces formar parte de ellas. Naturalmente, se simulan también (tanto en clase como en el campo), los problemas más frecuentes que se presentan en combate, que el oficial debe analizar y, a partir de su análisis, resolver; normalmente solo sobre el papel, pero a veces al mando de un grupo de compañeros cadetes, o incluso de soldados «de verdad» tomados para el ejercicio. Después se critica su análisis, su solución y sus faltas, de acuerdo con la «solución de la escuela» (llamada en el ejército británico «la rosa», por el color del papel en el que se fotocopia siempre), que se le permite ver (aunque no discutir).

En la formación del oficial, de hecho, se emplean técnicas de simulación en mucho mayor grado que en la de cualquier otra profesión. El tiempo, el esfuerzo y las reflexiones que se dedican a estas rutinas tan poco excitantes se justifica porque solo así un ejército puede estar seguro —o, mejor dicho, espera estarlo— de que su maquinaria sea capaz de actuar sin problemas en condiciones de extrema tensión. Pero, además de por este objetivo funcional y corporativo, el método de aprendizaje mecánico y repetitivo del oficial, así como su formación categórica y reduccionista, tienen un importante y buscado efecto psicológico. Los antimilitaristas lo llamarían despersonalización, o incluso deshumanización. Pero es algo que resulta tremendamente beneficioso, habida cuenta de que las batallas van a tener lugar. Porque, si se le enseña al joven oficial a organizar las sensaciones recibidas, a reducir todos los sucesos del combate a unos cuantos conjuntos de elementos fácilmente reconocibles —tan pocos como se pueda—, a ordenar bajo conceptos manejables el ruido, la explosión, el paso de misiles y la confusión del movimiento humano que le asaltarán en el campo de batalla, de forma que pueda describírselos a sus hombres, a sus superiores y a él mismo en términos

de «fuego recibido», «fuego propio», «ataque aéreo» o «ataque de entidad compañía», se le está ayudando a preservarse del miedo, o incluso del pánico, y a percibir un rostro de la batalla que, si no va a resultarle familiar, ni mucho menos amistoso, no tendrá por qué ser totalmente terrorífico.

LA UTILIDAD DE LA HISTORIA MILITAR

La historia también puede servir para familiarizar al joven oficial con lo desconocido. No me refiero aquí a la historia mítica, como la de la Legión Extranjera en la batalla de Camarón (en México), o la de los fusileros en la batalla de La Albuera (en España); aunque Moltke, el gran jefe del Estado Mayor alemán del siglo XIX y distinguido historiador académico, consideraba «un deber de piedad y de patriotismo no destruir ciertos relatos tradicionales» si podían resultar estimulantes, como de hecho resultan. Me refiero más bien a ese tipo de historia —que contribuyó a desarrollar el propio Moltke— que se conoce como historia «oficial» o «del Estado Mayor». La historia oficial británica moderna y —más aún— la estadounidense son, en sus mejores momentos, un ejemplo de lo escrupulosa, y a veces estimulante, que puede ser la erudición. Pero esta variante específica de la historia oficial que es la del Estado Mayor ha adquirido con frecuencia un formato particularmente anticuado y didáctico, cuyo objetivo es demostrar, llegando a veces a tergiversar mucho los hechos, que todas las batallas se ajustan a un modelo de entre siete u ocho: batalla de encuentro, batalla de desgaste, batalla de envolvimiento, batalla de ruptura, etcétera. No deja de haber un cierto realismo brutal en este enfoque, al igual que en la tosca aplicación de siete, ocho o nueve principios de la guerra «fundamentales e inmutables» (concentración, ofensiva, acción, mantenimiento del objetivo, etcétera), que se derivan de aquel por otro camino, y que las academias militares solían enseñar a sus alumnos (lo siguen haciendo algunas de los países excoloniales), perpetuando reglamentos ya caducos.

El historiador con formación universitaria, en cambio, no puede aportar más que unos fundamentos inestables. Después de todo, ha sido adiestrado para detectar las diferencias y las peculiaridades en los hechos, los individuos, las instituciones y en las relaciones entre todos ellos. Es por ello que no puede aceptar así como así que, en el típico texto de *Historia militar de Aníbal a Hitler*, la batalla de Cannas (año 216 a. de C.), la de Ramillies (año 1706), y menos aún la de la Bolsa de Falaise (1944), se presenten como batallas del mismo tipo porque todas acabaron con el cerco de un ejército por el otro. Puede apreciar los mapas penosamente reconstruidos, y a menudo hermosamente dibujados, que aparecen en estos textos, por lo general adornados con pulcros símbolos convencionales de la OTAN (el símbolo de la división de infantería *igual* al de la legión romana; el de brigada acorazada *igual* al de la caballería de la Guardia Real); pero no debería aceptar que, aunque se presenten con los mismos símbolos cartográficos batallas que tuvieron lugar con dos mil años de diferencia, el vencedor siguiera en cada caso las reglas de alguna Lógica Suprema de la Guerra de carácter universal. Deberá, o debería, querer saber mucho más de lo que el texto del Estado Mayor le dice sobre muchas cosas —armas, equipos, logística, moral, organización, premisas estratégicas de la época—, antes de sentirse capaz de lanzarse a hacer generalizaciones como las que hace su autor.

El historiador, con todo, como yo mismo he hecho con frecuencia, puede seguir el enfoque del Estado Mayor y utilizar su material. Pero ha de hacerlo con las debidas reservas mentales, para, una vez abandonada esta pista de aprendizaje, poder introducir a sus alumnos en la realidad, dura y difícil. «Dejémosles que se ocupen de la diferencia entre estrategia y táctica (una diferencia tan sutil como

artificial)», puede pensar, «y después debatiremos seriamente sobre el Plan Schlieffen, revisaremos los documentos, indagaremos en los horarios de trenes, en los planes de movilización, leeremos algo de Nietzsche, hablaremos sobre el darwinismo social...», pero mientras tanto, «señores, quiero que piensen sobre estos dos mapas de la invasión alemana de Francia en 1914 y 1940 que voy a proyectar en la pantalla. Observen las similitudes entre...». Puede adecuarse a este tosco sistema, como hacen miles de profesores estadounidenses que, explícita o tácitamente, siguen el curso de Civilización Mundial XP49, y lo enseñan igual; del mismo modo que ningún historiador de la economía discutiría la economía anterior a la de mercado con una clase que no entendiera la ley de la oferta y la demanda, o que a ningún antropólogo le importa embarcarse en un análisis de las relaciones amo-esclavo ante alumnos que no conciben que una vez hubo un mundo sin sistema de clases. Y tendría razón al hacerlo así. De alguna manera hay que empezar.

El historiador militar, con todo, se encuentra con dos obstáculos, uno mayor y otro menor, a la hora de hacer con sus alumnos la transición desde la pista de aprendizaje a la pista de esalon; transición que siempre es segura en el caso del historiador de la economía y el antropólogo (aunque no lleve a sus alumnos tan lejos). El primero, y menor, es que el oficial alumno (y a él nos referimos, puesto que es el único que estudia sistemáticamente la historia militar) está experimentando dos procesos educativos a la vez, cada uno con un objetivo distinto. Uno, muy vocacional, se ajustaría a la palabra francesa *formation*. Este proceso no es que se proponga cerrar la mente a ideas difíciles y poco ortodoxas, pero sí limitarlas por medio de una corta distancia focal, con el propósito de excluir del campo de visión todo lo que no tenga relevancia para la profesión, y de definir de un modo muy formalizado todo lo que debería ver. Así, como tiene que empezar su carrera con una pequeña unidad de soldados profesionales a su cargo, se le pide que focalice en el liderazgo y en la moral de dicha unidad; y, como en un futuro puede llegar a general, se le permite estudiar también la función de general, estrategia y logística. Sin que importe, en estos casos, si la materia de su estudio está sacada de las Cruzadas o de la guerra de Crimea. La diferencia entre los asuntos de la guerra pasados y presentes resulta en cierto modo irrelevante, ya que su misión consistirá en conducir a sus enemigos a la batalla en los términos que él proponga, y en forzarles a luchar con sus normas y no con las de ellos.

El otro proceso educativo que el oficial alumno experimenta, que es el normal, el «académico», tiene en cambio por objeto no ofrecerle un ángulo único, sino una variedad de perspectivas. Le exige que adopte en el estudio de la guerra no solo el punto de vista de un oficial, sino también el de un soldado, el de un no combatiente, el de un observador neutral o el de una baja; y el de un hombre de estado, el de un funcionario civil, el de un industrial, el de un diplomático, el de un cooperante, el de un pacifista; puntos de vista que son todos válidos y están documentados. Resulta evidente que tales puntos de vista, que cualquier alumno de instituto o de universidad puede adoptar sin esfuerzo, son más difícilmente reconciliables con la visión austera, profesional y monocolor que el oficial alumno está aprendiendo a emplear para abordar el fenómeno de la guerra.

Pero en absoluto se da el caso de que, en general, a los oficiales profesionales les resulte difícil hablar o pensar acerca de la guerra desde un punto de vista no profesional. La mayoría de nosotros podemos compartimentar la mente —sería difícil vivir si no pudiéramos—, y evitamos la compañía de quienes no pueden o no quieren hacerlo: fanáticos, monomaniacos, hipocondriacos, vendedores de seguros, individuos que sufren por amor, discutidores recalcitrantes... Uno de los placeres de relacionarse con la sociedad militar es la certeza de que uno no se va a tropezar allí con ningún representante de la mayoría de estas categorías. En concreto, el militar fanático es una especie rara, al menos entre los oficiales británicos, que cultivan expresamente la actitud relajada y poco dogmática de la vida de *grandeur* y *servitude*. Ciertamente, la franqueza y la falta de hipocresía con que son capaces de discutir sobre estas cuestiones, obligados, gracias a su carrera, a vigilar la ética de la

violencia y el papel de la fuerza, hace que la conversación de los oficiales suele ser más incisiva, directa e ilustrativa que las de los bares de los clubes o las salas de la universidad.

«Por supuesto que nunca me importó matar gente», recuerdo que me dijo un canoso oficial de infantería para explicar cómo había ganado tres veces la Cruz Militar en la Segunda Guerra Mundial. Por escrito parece una declaración espantosa. Pero de viva voz su tono expresaba que era legítimo esperar que el acto de matar no solo les afectase a los demás, sino que también le hubiese afectado a él mismo; que, por no haber sufrido un *shock* inmediato ni un trauma duradero, se veía obligado a reconocer alguna deficiencia en su propio carácter, o de lo contrario, y por desgracia, en la misma naturaleza humana. Estaba preparado para discutir tanto sobre lo uno como sobre lo otro, como hicimos entonces y muchas veces después. Puede que fuera una figura poco usual, pero tampoco era rara. La ficción la conoce bien, por supuesto: mucha literatura romántica aborda el tema del hombre de vida violenta que es también el hombre del autoconocimiento, del autocontrol, de la compasión, de la *Weltanschauung*. Pero existe también en la vida real, y a menudo en el ejército, como testimonian con éxito las memorias de muchos soldados profesionales (aunque hay pocos generales entre ellos). Tengo la impresión de que quizá se trate de una figura más típicamente francesa o británica que alemana o estadounidense, ya que los horizontes del Sáhara o de la frontera del Noroeste propician una amplitud de miras de la que carece el capitán alemán o el primer teniente estadounidense destinado en una monótona guarnición de Arizona o Lorena. Y, aunque existe una literatura alemana sobre la vida militar, se trata más de una literatura sobre el mando —como en *Vormarsch* [Avance], de Walter Bloem—, o de exaltación de la violencia —como en *Kampf als innere Erlebnis* [La lucha como vivencia interior], de Ernst Jünger—, que de una literatura de aventura, exploración, etnografía o realización social (y a veces espiritual), como la de las novelas de Ernest Psichari o F. Yeats-Brown, o la de las memorias de Lyautey, Ian Hamilton, lord Belhaven, Meinertzhagen y muchos otros servidores, mayores o menores, de los imperialismos francés y británico de los siglos XIX y XX, que por designio o fortuna, escogieron la milicia como un modo de vivir y gracias a ello abrieron sus mentes.

Si toda esta literatura refuerza, como creo que hace, mi opinión de que no existe en la mente militar ninguna barrera psicológica ni ningún tabú institucional que le impida discutir libremente acerca de la profesión de las armas, su ética, sus dimensiones, sus recompensas o sus deficiencias; si la sociedad militar es, como hemos visto, mucho más abierta de lo que consideran o reconocen sus enemigos, ¿cuál es entonces el segundo obstáculo al que aludí antes, el obstáculo mayor, que está en su corazón y que obstruye el camino de la transición intelectual desde lo superficial y fácil a lo difícil y profundo en el estudio de la guerra, o en particular de la batalla? Si el oficial alumno tiene la capacidad de salirse a voluntad de la visión extremadamente polarizada del combate que le proporciona la enseñanza militar, donde los seres humanos son vistos como «enemigos» (a los que hay que combatir), «amigos» (a los que hay que dirigir, obedecer o apoyar, según las ordenanzas), «bajas» (a las que hay que evacuar), «prisioneros» (a los que hay que proteger cuando sea posible, o ignorar cuando no lo sea), o «muertos» (a los que hay que enterrar si el tiempo lo permite); si puede dejar de lado esta imagen rígida y bidimensional de la batalla, y disponerse a mirarla a la misma luz que el estudiante de una carrera liberal, el profesor de historia, el científico, o cualquiera de los muchísimos lectores aficionados a la historia militar, ¿qué le impedirá ver lo que quiera ver, y le impedirá que se le muestre lo que se le debería mostrar?

El obstáculo, por decirlo en una frase, está en la «historia militar» misma. La historia militar puede ser muchas cosas. Puede ser —y es poco más que eso para numerosos autores pasados y actuales— el estudio de los generales y su mando; aproximación que permite resultados notables, como por ejemplo los tres estudios modernos del historiador estadounidense Jac Weller sobre Wellington en la India, en la Península Ibérica y en Waterloo. Estos estudios transmiten un poderoso sentido del carácter, y están impregnados de una comprensión, profunda y humana, de la naturaleza de la guerra a comienzos del siglo XIX, a todos los niveles, desde el del soldado al del general; pero ocurre que su elección del tema central distorsiona automáticamente la perspectiva, que incurre demasiado a menudo en la adulación o adoración del héroe, llegando a producirse en algún caso una suerte de identificación entre el autor y su tema: algo común y comprensible en las biografías literarias o artísticas, pero de dudable gusto cuando el Ego es un hombre de hierro y sangre en tanto que su Áter es un erudito manso y débil; lo que puede resultar además muy peligroso.

La historia militar puede ser también el estudio de las armas y de los sistemas de armamento, de la caballería, de la artillería, de los castillos y fortificaciones, del mosquete, del arco, del caballero con coraza, del acorazado o del bombardero estratégico. La campaña de bombardeo estratégico contra Alemania, sus costes y beneficios, sus aspectos positivos y negativos, absorbe las energías de algunas de las más poderosas mentes que trabajan hoy en la historia militar, y ha fomentado uno de los pocos antagonismos intelectuales genuinos sobre el tema, comparable en intensidad y rigor al que mantuvieron los historiadores del siglo XVII sobre el auge y la decadencia de la *gentry* [pequeña nobleza]. Como ocurriera en aquella larga polémica, los que ya se han embarcado en ella buscan sin descanso ampliar el campo de sus disputas particulares e incorporar nuevos contendientes, de manera que todos los que pasan por allí, teóricos de la estrategia, demógrafos de visita e historiadores de la economía que deambulan entre el PIB de antes y el de después de la guerra, se sienten en la obligación de detenerse y pronunciarse sobre la ética del bombardeo de zona o la viabilidad de designar blancos sobre puntos críticos. Por muy extenuante que resulte esta lucha de facciones, queda justificada, más que por la importancia de los asuntos morales en juego, por el alto nivel de erudición que suscita, así como por la red de conexiones que sus participantes —a diferencia de otros tipos de historiadores militares— establecen con el campo más extenso de la investigación histórica, principalmente con la historia económica.

También tiene un fuerte componente económico la historia naval, al constituirse en torno a los sistemas de armamento, de los grandes cañones de acorazado de la Primera Guerra Mundial o de los portaaviones de la Segunda. Esta historia puede ser muy precisa y muy satisfactoria desde el punto de vista profesional, ya que la moderna guerra naval, como les encantaba señalar a los corresponsales del VIII Ejército en la campaña del Desierto, suponía un estudio casi «puro» de la guerra, por tratarse de una guerra sin civiles (en general), y en la que el marinero raso no podía confundir fácilmente las órdenes de su comandante, como sí puede hacerlo el soldado raso mediante la huída o la resistencia firme. Al estar todos en el mismo barco, la tripulación generalmente hace lo que decide su capitán, hasta que todos se hunden juntos; y las flotas, hasta que son derrotadas, maniobran como ordenan sus almirantes. Y, dado que las órdenes navales deben ser transmitidas mecánicamente, y son registradas a medida que se transmiten y reciben, las marinas acumulan archivos cuyo contenido es oro puro para el historiador: cambios de derrota meticulosamente anotados, informes del tiempo hechos por meteorólogos instruidos, informes de control de daños por parte de ingenieros profesionales, avistamientos exactos de unidades propias y enemigas, registros de incidencias sobre visibilidad, bajas, hundimientos, tiros fallados, condiciones de la mar... informaciones, en suma, de tal densidad y volumen que abruman al espíritu y ciegan la imaginación de todos, salvo de los estudiosos más esmerados e inspirados. Por razones inexplicables, han terminado imponiéndose más los estadounidenses que los británicos, aunque escribir sobre historia naval implica, por el voto

mayoritario de los hechos históricos, ocuparse más de hazañas de la flota británica que de la estadounidense. (Hay un estadounidense al menos, el profesor Arthur Marder, que ha alcanzado, en su estudio de la flota británica en la Primera Guerra Mundial, unos niveles en cuanto a investigación en archivos y organización del material que son difícilmente superables).

La historia militar puede ser además el estudio de las instituciones, de los regimientos, de los estados mayores, de las escuelas de estado mayor, de los ejércitos y armadas en bloque, de las doctrinas estratégicas por las que combaten y el *ethos* que las informa. En su nivel más elevado, esto último se integra, por medio de la historia de la doctrina estratégica, en el campo más amplio de la historia de las ideas; y, en otra dirección, a través del estudio de las relaciones cívico-militares, en la ciencia política. Lo de «elevado» debería ser entendido aquí, naturalmente, en un sentido muy relativo; porque, aunque el interés académico por las relaciones cívico-militares —como por ejemplo las establecidas entre el ejército alemán y su estado— ha producido una amplia y en parte interesante literatura, tiende casi siempre a revestirse de los monótonos ropajes de la sociología, en su dimensión más introspectiva; mientras que la historia de la doctrina estratégica, con algunas notables excepciones —entre las que destaca *The Military Legacy of the Civil War* [El legado militar de la guerra civil], de Jay Luvaas—, padece una acusada debilidad endémica al estudiar las ideas: su fracaso a la hora de demostrar la conexión entre pensamiento y acción.

Pero esta debilidad no es exclusiva de esta rama de la historia militar. La acción resulta esencialmente destructiva para todos los estudios institucionales; porque compromete la pureza de las doctrinas, daña la integridad de las estructuras, altera el equilibrio de relaciones e interrumpe la red de comunicaciones que el historiador institucional trata de identificar primero y plasmar después. La guerra es una oportunidad para el buen oficial de intendencia, una ruina para el malo y una irritación para el historiador militar institucional. Le obliga a generalizar y a examinar detenidamente, a clasificar, a particularizar y, sobre todo, a combinar análisis y narración, que es lo más difícil en el arte del historiador. De ahí que prefiera, paradójicamente, el estudio de las fuerzas armadas en *tiempo de paz*. Y aparecen excelentes trabajos de este tipo. Pero, como Michael Howard concluía tras una larga, esmerada y en general apasionada revisión, «el problema de esta clase de libros es que pierden de vista para qué están los ejércitos». Los ejércitos, daba a entender, están para combatir. Podemos deducir, pues, que la historia militar debe tratar, en último término, de la batalla.

Esto está en sintonía con el punto de vista de Clausewitz. Mediante una analogía económica —que encantaba a Engels y por la que el general prusiano (vagamente hegeliano) figura en el panteón marxista—, sugería (la paráfrasis es de Engels) que «el combate es a la guerra lo que el pago en metálico al comercio, porque, aunque se produzca pocas veces, todo está dirigido a él, y al final tiene que tener lugar inevitablemente y resultar decisivo». La historia de la batalla, o la historia de las campañas, merece una primacía equivalente sobre el resto de ramas de la historiografía militar. Es, de hecho, la forma histórica más antigua; su materia es de extraordinaria importancia, y su tratamiento requiere el cuidado histórico más escrupuloso. Porque no es lo que los ejércitos *son*, sino lo que *hacen*, lo que cambia las vidas de las naciones y los individuos. En cualquier caso, el motor del cambio es el mismo: el sufrimiento infligido por medio de la violencia. Y el derecho a infligir sufrimiento debe pagarse siempre con el combate, o con el riesgo de combate; en último extremo, con el combate cuerpo a cuerpo.

El combate cuerpo a cuerpo no es algo que, por descontado, hayan ignorado los historiadores, como tampoco los autores de otro tipo. La «pieza de batalla», como construcción histórica, nace con Heródoto; pero es aún más antigua su presencia en los mitos y las sagas. Está a diario en el moderno reportaje periodístico, y supone un reto literario que han afrontado algunos maestros universales. Stendhal, Thackeray y Victor Hugo nos ofrecen cada uno su versión de la batalla de Waterloo: a los ojos de un superviviente conmocionado por la metralla, de un espectador distraído, o de una rigurosa

e implacable deidad republicana. Tolstói, por su parte, con su reconstrucción de la batalla de Borodino, que tuvo para los rusos del siglo XIX la misma importancia histórica que Waterloo para los europeos occidentales, no solo escribió una de las obras más espectaculares para el desarrollo del género novelístico, sino que abrió la veda contra la teoría del Gran Hombre como explicación de la historia.

Pero la imaginación y el sentimiento, que delimitan el territorio del novelista, suponen un peligro a la hora de abordar el tema de la batalla. De hecho, en este submundo de la escritura de imaginación, al que Gillian Freeman ha llamado el *undergrowth* [sotobosque] de la literatura, la indulgencia deliberada en cuanto a la imaginación y el sentimiento ha producido, y por desdicha continúa produciendo, productos extremadamente repulsivos, que con sus *zap*, *blatt*, *banzai*, *Gott in Himmel* [Dios santo] o *bayonet in the guts* [bayonetas en las tripas] podrían ser tachados con justicia de eso que se llama «pornografía de la violencia».

De los historiadores se ha esperado tradicionalmente, con razón, que sean más estrictos que los literatos en cuanto a la manifestación de sus sentimientos. Una escuela de historiadores por lo menos, la de los compiladores de la *British Official History of the First World War* [Historia oficial británica de la Primera Guerra Mundial], ha logrado la notable hazaña de escribir un relato exhaustivo de una de las mayores tragedias mundiales sin esbozar la menor emoción. Puede apreciarse en este breve y representativo extracto, que describe un pequeño ataque de trinchera a trinchera, por parte de la infantería con apoyo de la artillería, el 8 de agosto de 1916, en Guillemont, durante el segundo mes de la batalla del Somme:

Se produjo una cierta confusión en la parte izquierda del frente, donde la 166.^a brigada (general de brigada L. F. Green Wilkinson) estaba relevando a la 164.^a —un relevo muy difícil—; y, aunque el 1/10.^o de King's (Liverpool Scottish) se aproximaba a las alambradas alemanas manteniéndose muy pegado a la barrera, sufrió numerosas pérdidas en dos desesperados pero infructuosos intentos de cargar contra el enemigo. Casi todos los oficiales fueron alcanzados, incluido el teniente coronel J. R. Davidson, que resultó herido. A su izquierda, el 1/5.^o de Loyal North Lancashire (también de la 155.^a brigada) se retrasó, aunque no por culpa suya; iniciado el ataque después de que la barrera de tiro se hubo alzado, no tenía posibilidad de éxito. Posteriormente, el 1/7.^o de King's atacó desde la posición tomada por su propia brigada (la 165.^a) el día anterior, pero no pudo progresar.

Cierto que se trata de un relato técnico, que intenta ser el registro cronológico de un hecho militar que tiene por objeto, entre otras cosas, proporcionar material para las clases de la Escuela de Estado Mayor, y ser una fuente autorizada de referencia para el resto de historiadores. Pero ¿esta prosa monótona es la adecuada para describir el episodio —podemos presumir que tremendo— que aquella mañana de 1916 vivieron en Guillemont tres mil ingleses, en especial los del 1/10.^o batallón del regimiento King's^[1]? Que se trató de algo tremendo se intuye por esta nota al pie: «Al oficial médico del 1/10.^o batallón del regimiento King's, capitán N. C. Chavasse, se le concedió la Cruz Victoria, por su labor excepcionalmente valerosa de rescatar heridos bajo fuego intenso». Porque muchos sabemos, aunque sea lo único que sepamos sobre el ejército británico, que la Cruz Victoria solo puede obtenerse en raras ocasiones y con gran riesgo de la vida, con su coste a menudo. Si sabemos también que Chavasse es uno de los tres únicos hombres que la han obtenido dos veces, la segunda a título póstumo, y que su batallón era una de las unidades de Kitchener, compuesta por voluntarios entusiastas pero solo medianamente instruidos; si entendemos que «no pudo progresar» y

«no tenía posibilidad de éxito» significa que los batallones colaterales regresaron precipitadamente a sus trincheras o no llegaron a abandonarlas; entonces podemos vislumbrar, en este episodio en tierra de nadie del 8 de agosto de 1916 en Guillemont, una imagen en pequeña escala de lo peor a lo que se podían enfrentar los combatientes de la Primera Guerra Mundial.

Pero, una vez que hemos llegado a la conclusión de que, por un lado, el historiador oficial, aunque le pese, debe resistirse a toda manifestación emocional al afrontar la complicada emotividad de la guerra; y, por otro, que una cierta exploración de las emociones de los combatientes resulta esencial para el autor de historia militar que pretenda hacer un relato veraz; entonces queda por resolver el problema de cómo hacerlo. «Dejar que los combatientes hablen por sí mismos» no solo es admisible, sino que, cuando pueda hacerse, resulta un ingrediente esencial para la narración de la batalla y el análisis de la misma. Pero hay algo que dificulta esta posibilidad: el analfabetismo casi universal del soldado común anterior al siglo XIX. Christopher Duffy, gracias a un portentoso trabajo en archivos austriacos y prusianos poco conocidos, se ha remontado con esta técnica hasta el siglo XVIII; pero hasta las guerras de la Revolución francesa no contamos con relatos extensos, ni siquiera en las memorias oficiales, y la voz del hombre corriente no la oímos hasta la Primera Guerra Mundial (aunque sí puede detectarse un rumor naciente durante la guerra de Secesión de Estados Unidos). Robert Rhodes James, que es uno de los pocos historiadores que se ha ocupado de las dificultades técnicas de escribir historia militar, sostiene rotundamente que donde las batallas están mejor descritas es en las palabras de sus participantes; y en *Gallipoli* hizo una demostración maestra de cómo hacerlo.

Cabrían, no obstante, objeciones a la dependencia general de esta técnica; y no únicamente para los casos en que hay poco, o ningún, material con el que trabajar. La primera objeción, bien conocida por todos los estudiosos, es el peligro de reconstruir hechos basados única o fundamentalmente en las pruebas de aquellos cuya reputación depende del relato que se haga. Aunque solo esté en juego la vanidad del guerrero, este está tentado de inflar sus hazañas —lo que podríamos denominar «efecto rana que muge»; y el guerrero veterano —sobre todo si está rodeado de antiguos camaradas, cada uno esperando a que el otro acabe para contar su propia historia— está especialmente predispuesto a ello. Las cartas contemporáneas, y aún más los diarios íntimos (si es que esto existe) son fuentes mucho más fiables; pero deben ser utilizados de un modo correcto. Con frecuencia no es así. En el peor de los casos, se seleccionan extractos «de interés» para antologías de «relatos de testigos», como *Everyman at War* [El hombre común en la guerra] (cuyo título más adecuado sería «El historiador como mecanógrafo»); en el mejor, sirven como materia prima para lo que a la postre no es más que historia anecdótica, que produce narraciones muy mordaces y brillantes pero sin las generalizaciones intensas, potentes y fiables que ofrecen las obras maestras del genuino historiador.

Las anécdotas son algo que el historiador no debe despreciar ni rechazar; pero para él no son más que un apoyo. Antes de poder hablar, deberá hacerse además con material de otro tipo: informes, declaraciones, estadísticas, mapas, grabados, fotografías y toda una masa de material impersonal. Y, por otra parte, deberá escapar también de los papeles y patearse el terreno cuando encuentre pistas. Un gran historiador militar pionero, Hans Delbrück, demostró en el siglo XIX, en Alemania, la inconsistencia de muchos relatos tradicionales de operaciones militares con la simple inspección inteligente del terreno. Y un discípulo inglés, el teniente coronel A. H. Burne, propuso la aplicación de un principio que había probado en los principales campos de batalla ingleses, el de la «probabilidad militar inherente», que, utilizado con moderación, es un concepto tan provechoso como intrigante^[2]. Yo sostendría también que los historiadores militares deberían pasar todo el tiempo que pudieran con soldados; no por esa idea de que «todos los ejércitos son en el fondo el mismo ejército» —una idea que debería descartar todo historiador que no quiera tirar piedras contra su propio tejado—, sino porque la observación fortuita de incidentes triviales puede alumbrar su

comprensión personal de toda clase de problemas del pasado que de otra manera le pasarían inadvertidos.

Christopher Duffy, que tuvo la suerte de pasar varias semanas instruyendo a la milicia yugoslava en los fundamentos del orden cerrado napoleónico para la adaptación cinematográfica de *Guerra y paz*, me habló del estremecimiento de comprensión que experimentó cuando vio que fracasaba al intentar hacer maniobrar a sus tropas «en línea», mientras que le resultaba comparativamente fácil hacerlo «en columna»; lo que le demostraba que Napoleón prefería esta última formación no porque aprovecharse el fervor revolucionario de sus tropas (un ejemplo de la clásica explicación «sugerente»), sino porque otra más complicada resultaba sencillamente impracticable. Yo mismo experimenté una punzada arqueológica similar, ante la visión momentánea de un sargento de la guardia marchando hacia atrás delante de su pelotón, que estaba aprendiendo el paso lento en el patio de instrucción de Sandhurst. El ángulo de sus brazos extendidos y el bastón levantado, su estudiada despreocupación ante cualquier obstáculo que se encontrase en su marcha atrás, el rictus animoso de su expresión, reflejaban exactamente la imagen, copiada del natural por Rowlandson, de un sargento instruyendo a sus reclutas de la guardia a caballo ciento setenta años antes. Gracias a este eco comprendí súbitamente la función —coreográfica, ritual, quizá incluso estética; desde luego, mucho más que táctica— que el orden cerrado desempeña en la vida de los ejércitos con tradición. La visión desde dentro que el trato con soldados puede proporcionar a este nivel al historiador militar mejora enormemente su percepción a la hora de abrirse camino por el territorio inanimado de los documentos y objetos con los que tiene que trabajar. Esto hará que disminuya su interés por mucho de lo que pasa por historia militar; por ejemplo, por el estudio a «alto nivel» de la guerra, de la teoría estratégica, del generalato, del gran debate sobre estrategia, o de la guerra de materiales emprendida por la aviación y la marina. Lo cual puede que sea una lástima. Pero, si le lleva a cuestionar —como me ha ocurrido a mí— el modo tradicional de escribir sobre el combate cuerpo a cuerpo; a decidir que, después de haber leído las cartas y los diarios de los supervivientes, las memorias de los generales, los partes de los estados mayores, queda aún otro elemento que añadir a lo que escriba —un elemento compuesto de afecto por los soldados que conoce, de percepción de las hostilidades y las lealtades que informan una sociedad fundada en la camaradería, de apreciación de los límites del mando y la obediencia, de vistazo a las orillas lejanas del valor, de reconocimiento del principio de autoconservación presente incluso en la naturaleza del mejor soldado, de incredulidad por lo que pueden soportar la carne y la sangre, del temor que les suscitará la batalla y que su propia timidez realzará profundamente—; si, en resumen, puede aprender a disponer su mente en cuanto a los hechos de la batalla, no a la luz de lo que sobre su situación sienten solo algunos de los participantes, sino de lo que sienten todos ellos, entonces habrá dado el primer paso, y el más importante, para comprender la batalla «como realmente fue».

Porque, si el más alto deber del historiador es difundir no solo el conocimiento, sino también la comprensión, hay una condición previa indispensable: tomar decisiones. Tomar decisiones a cada paso, dejando de lado grandes y complejas cantidades de material, resulta siempre una tarea difícil y penosa que parecen evitar muchos historiadores. El historiador anecdótico lo evita, puesto que ya ha optado por asumir la única responsabilidad de entretener al lector, lo que le permite desechar cualquier material que considere inoportuno para ello. El historiador de antologías lo evita absolutamente, justificándolo, por lo general, con la excusa de que prefiere dejar que el lector decida por sí mismo; como si alguien a quien solo se le comunica una parte del tema estuviera en condiciones de hacerlo. Lo evita igualmente el historiador del Estado Mayor, puesto que, al basarse en la doctrina de estado mayor propia del momento acerca de la conducción adecuada de la guerra, seleccionará los hechos que apoyen su punto de vista y manipulará los que le ofrezcan resistencia. El historiador tecnológico, el económico, el estratégico y el biográfico abordarán por su parte el tema

de la batalla desde sus respectivos puntos de vista; aunque, por lo general, están bastante preparados para avisar al lector sobre su parcialidad desde el comienzo. Pero, según mi experiencia, incluso el historiador militar que parte de una visión general, aunque sea perceptivo, innovador, directo, aunque sea incluso rotundamente reacio a discutir sobre el trabajo de estado mayor, el mando, las decisiones estratégicas y todo eso, tiende a huir del compromiso de poner su propia impronta en su descripción de la batalla. No estoy diciendo que lo haga conscientemente, ni que las piezas de batalla que escribe no sean el resultado de una búsqueda cuidadosa y de una hábil organización. El problema está, precisamente, en que lo que la mayoría de los historiadores militares escriben sobre la batalla son justo eso: «piezas de batalla»; es decir, ensayos escritos según un formato muy tradicional, que no se verá alterado por muchas informaciones nuevas que se viertan en él, puesto que el historiador las inserta dentro de sus convenciones. Al indicar que la mayoría de los historiadores militares aceptan estas convenciones no estoy acusándoles de cometer ese error de principiantes que es transmitir relatos tradicionales («Por un clavo se perdió un reino...»); ni censurándoles por atenerse a la manera de pensar de algún gran historiador del pasado. Pretendo señalar más bien que, cuando la llamada «retórica de la historia» —ese inventario de supuestos y de usos mediante los que el historiador se aproxima profesionalmente al pasado— se refiere específicamente a la escritura de la historia de la batalla, no solo resulta ser una retórica mucho más fuerte e inflexible que las de casi todas las demás clases de historia, sino que, por haber sido tradicionalmente tan venerada, ejerce en la práctica un poder tiránico sobre la mente del historiador militar.

LA «PIEZA DE BATALLA»

¿Qué quiero decir con «la retórica de la historia de la batalla»? ¿Y cuáles son sus usos y supuestos? Quedan patentes de un modo extremo en un pasaje que, aunque ya lo he tachado de «historia mítica», es tan célebre y ofrece un ejemplo tan claro de lo que es una «pieza de batalla», que no puedo resistirme a reproducirlo. Es un relato del general William Napier sobre el avance de la brigada de fusileros (el 7.º de Royal y el 23.º de Royal Welch) en la batalla de La Albuera, el 16 de mayo de 1811; avance que ha sido considerado un momento crucial de la misma (Napier no fue testigo, ya que había sido herido en la batalla de Fuentes de Oñoro dos semanas antes):

Esa valiente línea, surgiendo de entre el humo y separándose rápidamente de la confusa y dispersa multitud, sorprendió al enemigo en masa, creciéndose y cargando al frente, como hacia una victoria segura. Los otros vacilaron, dudaron, y, vomitando una tormenta de fuego, empezaron a desplegarse a toda velocidad por el frente, mientras una espantosa descarga de toda su artillería silbaba por las filas británicas. Myers murió, Cole y los tres coroneles, Ellis, Blakeney y Hawkshawe, cayeron heridos, y los batallones de fusileros, golpeados por la tempestad de hierro, oscilaron y se tambalearon como barcos zozobrantés. Pero se rehicieron al momento, con firmeza, y cargaron contra sus terribles enemigos. Se vio entonces con qué fuerza y majestuosidad lucha el soldado británico. En vano exhortaba Soult a los franceses con su voz y con sus gestos; en vano lo intentaron los veteranos más bravos, quienes, surgiendo de entre las columnas abigarradas, sacrificaban su vida para dar tiempo a que los suyos se desplegasen por el terreno; en vano resistían todos, con un empeño violento y desesperado por disparar, y haciéndolo indiscriminadamente, contra enemigos y contra amigos, mientras que los jinetes se

organizaban en los flancos, amenazando con cargar contra la línea que avanzaba. Nada podía detener a esta ardiente infantería. Ningún brote súbito de indisciplinado valor, ni el nervioso entusiasmo, mermaban la estabilidad de su orden; sus ojos encendidos estaban fijos en las oscuras columnas de enfrente, su paso regular hacía temblar el terreno, sus mortíferas descargas barrían la cabeza de cada formación, sus alaridos ensordecedores se superponían a los gritos disonantes que brotaban de la tumultuosa muchedumbre, mientras, lentamente y con horrible carnicería, era impulsada por el valor incesante del ataque hasta el último reducto de la cumbre. Allí, la reserva francesa se unió a los que intentaban resistir, intentando restablecer el combate; pero solo sirvió para incrementar el ya irremediable desorden. La enorme masa, cediendo como un peñasco suelto, rodó ladera abajo. La lluvia corrió después en arroyos tintos en sangre, y mil ochocientos hombres intactos, los que quedaban de los invencibles seis mil soldados británicos, pusieron pie triunfalmente en la colina fatal.

Como muestra de prosa romántica, el pasaje está ciertamente logrado: es rico en imágenes, trepidante de ritmo y emocionalmente poderoso; es como si vibrara la página, haciendo en el clímax que el libro casi le salte al lector de las manos. Se comprende que se haya convertido en uno de los relatos descriptivos más citados de las batallas del ejército británico en la Península, y sea una presencia inexcusable en las antologías militares. Pero, en cuanto a lo de «descriptivo», cabría plantear una pregunta importante, por no decir fundamental. En verdad, ¿qué dice sobre el avance de los fusileros? ¿Es verosímil lo que cuenta?

Bien, podríamos aceptar que lo de «su paso regular hacía temblar el terreno» no es más que una metáfora; y que la diferencia entre los «alaridos ensordecedores» de los soldados británicos y los «gritos disonantes» de los franceses podría tomarse como un mero efecto literario de sonido, al igual que «arroyos tintos en sangre» como uno visual. Y que con «oscilaron y se tambalearon como barcos zozobrantés» solo se está jugando con un símil tradicional, que no debe tomarse más al pie de la letra que «vomitando una tormenta de fuego». Pero, aun siendo indulgentes con tales excesos literarios, cuando se le retira al pasaje el armazón verbal, aún queda un retrato de los hechos al que es difícil dar crédito plenamente. ¿No cabe preguntarse si un grupo de hombres, se supone que soldados instruidos, de los que dos tercios iban a resultar heridos o muertos en la acción, realmente avanzaban colina arriba, bajo abundante fuego enemigo, sin mostrar nada más que «nervioso entusiasmo» ni nada menos que «disciplinado valor», «estabilidad» y «orden»? ¿Y cómo fue exactamente empujado «ladera abajo» el «peñasco suelto» de la masa de franceses? ¿Por el peso de la superioridad numérica? ¿Mediante una pelea cuerpo a cuerpo? ¿Con un ataque a bayoneta? ¿Por un súbito estallido de pánico en sus filas? Estas son solo algunas de las numerosas incertidumbres que quisiéramos desvelar, pero que Napier, tras haberlas suscitado, deja lamentablemente sin resolver. Puede que el episodio fuese tan extraordinario como lo narra, tanto desde el punto de vista del comportamiento humano cotidiano como desde el de las propias normas de la actuación militar. Pero, si fue así, y él, en tanto veterano, debía de saberlo, podría habérselo explicado al lector. Tal como lo cuenta, parece indicar que no es nada fuera de lo común («se vio entonces con qué fuerza y majestuosidad lucha el soldado británico») que una brigada de infantería sin mando (el brigadier y sus tres coroneles habían sido bajas) pudiera vencer, a costa de más de la mitad de sus efectivos, contra una fuerza muy superior compuesta de infantería, caballería y artillería, dirigida por uno de los militares más destacados de la época (Soult ya era mariscal).

Se podría pensar que todas estas pruebas en contra de la «pieza de batalla» son achacables al estilo recargado propio del género. Pero, más allá de la extravagancia en el lenguaje, hay otros

elementos del relato de Napier sobre el avance de los fusileros que merecen atención, porque los veremos empleados también en los trabajos de historiadores mucho más sobrios, mucho más «científicos». El primero es la extrema uniformidad que muestra del comportamiento humano: todos los británicos están atacando, y todos con idéntica intensidad («ningún brote súbito de indisciplinado valor»); de igual modo, todos los franceses resisten (aunque admite que algunos con un mayor ímpetu: «los veteranos más bravos, quienes, surgiendo de entre las columnas abigarradas, sacrificaban su vida»); nadie se da la vuelta y huye, ni finge caer muerto, ni se queda paralizado ante el horror indescriptible de todo aquello. El segundo elemento es el ritmo de la pieza, muy brusco y discontinuo: los británicos avanzan, intercambian descargas con los franceses, se origina una «carnicería», y de pronto los franceses están sobre la colina. El tercero es la tajante estratificación de los caracteres: los soldados británicos son, o «fusileros» o uno de los cinco individuos nombrados, todos oficiales superiores; los franceses, salvo Soult y «los veteranos más bravos» (un grupo de viejos soldados sorprendentemente efímero), constituyen «columnas abigarradas», una «enorme masa», o eso tan poco militar de «un peñasco suelto». Esta sucesión de imágenes colectivas, elogiosas cuando se refieren a los británicos («valiente línea»), peyorativas cuando se trata de los franceses («oscuras columnas»), revela el cuarto y más importante elemento del estilo de Napier: la descripción extremadamente simplificada del comportamiento humano en el campo de batalla. Más implícita que explícitamente, puede discernirse en su prosa una absoluta división de todos los presentes entre *mandos* y *subordinados*, que actúan en consecuencia: porque la clave del pasaje está en que los franceses, pese a las exhortaciones de Soult y el ejemplar autosacrificio de «los veteranos más bravos», no logran resistir a los fusileros británicos, quienes, *aunque* se han visto privados de sus superiores, luchan heroicamente y culminan el avance con éxito. Cabría señalar como último elemento (aunque se podría seguir ampliando la lista) la ausencia de una explicación de lo que pasa con los muertos y los heridos; y buscarla no es asunto de broma. Unos hombres que avanzan en orden cerrado por un espacio restringido contra un enemigo con el que se intercambian fuego eficaz tendrán que pasar necesariamente por encima de los cuerpos de sus propios compañeros heridos y muertos, y después por encima de los del enemigo. ¿No habría interrumpido esto —por señalar solo una objeción— el «paso regular» de los fusileros? ¿Y qué hacían los heridos —que ya no combatían, pero que, quizá por ello, eran mucho más sensibles— mientras a su alrededor la confrontación llegaba a su apogeo? En el relato de Napier parece como si los muertos y heridos desaparecieran nada más caer, justo al contrario de lo que se suponía que pasaba en el paraíso escandinavo —en que los guerreros muertos resurgían al momento para continuar el combate—, pero igualmente desconcertante.

Se podría pensar que el tono y la longitud de esta crítica resultan injustos con Napier, quien solo intentaba describir —en un espacio limitado y para un público no acostumbrado a pensar en los soldados como individuos que mereciesen ser mencionados por su nombre— un momento generalmente reconocido como uno de los culminantes del esfuerzo británico en las guerras contra Napoleón, y que tuvo para los ingleses de su época el mismo carácter de épica nacional que tendría para los de cinco generaciones después la lucha contra Hitler. A grandes rasgos, se le perdona por el hecho de haber sido un pionero. Ningún inglés antes que él había escrito una historia militar tan potente, tan variada, tan informativa y tan explicativa; incluso un siglo después de su publicación, su calidad llevaría a un decano de los historiadores académicos ingleses a calificar *British Battles and Sieges* [Batallas y asedios británicos] como «la mejor historia militar en inglés y quizá en cualquier idioma». Por lo demás, ninguna de estas críticas es original. El propio Napier reconocía que era psicológicamente un adorador del héroe, y artísticamente un amante de la gran representación («El deber del historiador es [...] hacer relucir las hazañas del héroe [...] se les debe decir a las multitudes dónde tienen que pararse a admirar, y obligarles a hacerlo; el historiador tiene derecho a recurrir a

todo el poder de las palabras»); mientras que un crítico contemporáneo suyo, muy perceptivo, le acusó de «sacrificar todas las cosas menores y aparentemente insignificantes al gran efecto general».

En resumen, estoy *siendo* injusto. Y, dado que los historiadores de la escuela moderna enseñan desde hace tiempo que el sacrificio del «gran efecto general» es una condición previa para alcanzar cualquier cosa que merezca la pena, profesionalmente hablando, parece que lo que yo estoy haciendo es también defender una tesis. ¿Pero lo estoy haciendo? Los historiadores militares modernos se han mostrado, ciertamente, tan penetrantes como cualquier otro en la búsqueda de «las cosas menores y aparentemente insignificantes», al menos en los aspectos de sus temas que no tienen que ver con la batalla. No hay más que pensar en un libro como *Background to Napoleonic Warfare* [Antecedentes de la guerra napoleónica], de Quimby, que disecciona los reglamentos del orden cerrado francés prerrevolucionario con rigor tomista; o en *Wellington's Headquarters* [El cuartel general de Wellington], de S. P. G. Ward, que casi podría ser utilizado como libro de texto en una escuela de alta gestión, para que fuera digna de ese nombre y para llenarse de paso de humildad por sus limitaciones académicas. Pero cuando se pasa del orden cerrado y la logística a las descripciones de la batalla, nos encontramos, hasta en los historiadores mejor preparados, un napierismo más vivo que nunca; quizá menos rimbombante, y sin duda menos xenófobo, pero que echa mano todavía, en último extremo, de ese mismo almacén de supuestos y aseveraciones acerca del comportamiento de los seres humanos en situaciones de tensión extrema. Citaré tres pasajes, los tres de distinguidos historiadores ingleses formados en la escuela de Historia Moderna de Oxford.

El primero, de *The British Army 1642-1970*, del brigadier Peter Young, DSO, MC, describe la carga de la brigada pesada británica contra los rusos en Balaclava, el 25 de octubre de 1854. Esta acción exitosa justo precedió a la desastrosa carga de la brigada ligera:

Cuando los Royals atravesaban el viñado, vieron a los Greys por delante, intentando abrirse camino a través del cuerpo principal ruso, mientras otros escuadrones trataban de rodearlos. Existía una antigua amistad entre los Greys y los Royals, y de entre estos últimos surgió una voz que gritaba: «¡Por Dios, los Greys están cortados! ¡Al galope! ¡Al galope!». El regimiento prorrumpió en un «¡Viva!», sonaron las trompetas, y con las filas en imperfecta formación, cayeron sobre el flanco y la retaguardia de los escuadrones rusos, capturando a las tropas exteriores que se daban la vuelta para intentar hacerles frente, y derrotándolas por completo. Los Royals continuaron la presión sobre la masa enemiga, pero el coronel Yorke tomó el control de sus hombres, mandó parar a los que se habían arrancado en persecución del enemigo y reorganizó la formación [...]. El 4.º de la guardia de dragones también se había presentado, y para entonces los rusos huían al galope, rotos y desordenados, perseguidos por unos pocos de la Pesada y alcanzados por la artillería a caballo. En esta espléndida carga, diez escuadrones derrotaron a unos tres mil hombres, con solo unas ochenta bajas.

El segundo pasaje pertenece al exhaustivo estudio *Las campañas de Napoleón*, de David Chandler, y describe la carga de la caballería de reserva francesa contra los rusos en Eylau, el 8 de febrero de 1807:

Con una presentación magnífica, ochenta escuadrones de jinetes espléndidamente equipados se lanzaron hacia delante para salvar los dos mil trescientos metros que les separaban. Fue una de las mayores cargas de caballería de la historia. Dirigía el ataque Dahlmann, a la

cabeza de seis escuadrones de cazadores, seguido por Murat y la caballería de reserva, apoyados convenientemente por Bessières con la caballería de la Guardia. También se lanzaron a la carga los escuadrones de Grouchy, Hautpol, Klein y Milhaud. Los hombres de Murat barrieron primero los restos de la fuerza rusa que se retiraba de Eylau; luego se dividieron en dos alas, una se precipitó contra el flanco de la caballería rusa que atacaba a la división de Saint-Hilaire, que combatía, y la otra pasó a cuchillo a las tropas que rodeaban el cuadro con los restos del último reducto del 14.º regimiento. Pero ni entonces disminuyó el ímpetu de esta fantástica carga. Prosiguiendo hacia delante, las dos alas de caballería machacaron las apretadas filas centrales de Sacken, las hicieron pedazos, volvieron a formar de nuevo una sola columna en la retaguardia rusa, y se lanzaron por donde habían venido, a través de las desordenadas unidades rusas, para reducir a los artilleros que habían dañado enormemente a los hombres de Augereau. Mientras los aturridos rusos intentaban recomponer su línea, un Napoleón ya aliviado envió a vanguardia a la caballería de la Guardia para causar más desorden y así cubrir con seguridad el repliegue de los escuadrones de Murat, fatigados pero contentos [...]. A cambio de la pérdida de mil quinientos hombres, Murat había conseguido darle a Napoleón un respiro vital.

El tercero, perteneciente a *The Franco-Prussian War*, de Michael Howard, describe el ataque de la infantería de la Guardia Prusiana contra las posiciones francesas en Saint-Privat, el 18 de agosto de 1870:

Así, las líneas de tiradores de la Guardia, con compactas columnas detrás de ellos, se desplegaron por el campo abierto al pie de Saint-Privat, y comenzaron a subir por la ladera bajo el fuego francés. Fue una masacre. Los oficiales de a caballo fueron las primeras bajas. Los hombres de a pie atacaron pese al fuego de los fusiles Chassepot, como bajo una granizada, con la cabeza muy metida entre los hombros y agachados, únicamente dirigidos por los gritos de sus mandos y el ruido discordante de las trompetas y los tambores del regimiento. Todas las formaciones se deshicieron; los hombres rompieron sus columnas y se unieron en una línea espesa y hecha jirones de tiradores, que avanzó poco a poco por el glacis descubierto, hasta a unos quinientos metros de Saint-Privat. Allí se pararon. Ninguna exhortación podía hacerles ya seguir adelante. Lo único que les quedaba era agacharse en sus puestos de tiro y esperar el ataque por el flanco izquierdo de los sajones, a los que ellos se habían anticipado tan desastrosamente. Según el parte de bajas, hubo más de ocho mil oficiales y soldados muertos o heridos, la mayoría en veinte minutos; más de una cuarta parte de la fuerza total del cuerpo. Si los franceses hubieran necesitado confirmar su fe en el Chassepot, allí estaban todos aquellos cadáveres aristocráticos sembrando abundantemente los campos situados entre Saint-Privat y Sainte-Marie-les-Chênes.

Desde el punto de vista del estilo, por supuesto, se trata de tres piezas muy distintas entre sí. La del brigadier Young es una escena de género alegre, la violencia que describe no es más hiriente que la de los golpes de una pelea de cervecería representada en una pintura holandesa sobre los bajos fondos. La de David Chandler es de la escuela Segundo Imperio, un lienzo amplio, lleno de color y animado por una gran cantidad de movimiento aparente, pero que no transmite un sentido real de la acción. La de Michael Howard es neoclásica, de estilo severo, sombría en el tono, con sus personajes

petrificados en actitudes propias de la tragedia en que el destino les ha sumido sin compasión.

Son también diferentes en lo que cada una solicita a la credulidad del lector. Al brigadier Young le basta con ser muy vago sobre lo que realmente pasó entre la brigada pesada y sus adversarios rusos, quizá porque él mismo había estado en tantas batallas que no pensaba que, ni esta ni cualquier otra, pudieran representarse de manera simple. En cualquier caso, los factores que resalta —la antigua «amistad», el grito de las filas y la carga sobre los escuadrones rusos que se daban la vuelta— no proporcionan por sí solos una explicación suficiente de cómo una fuerza tan pequeña pudo derrotar a una tan grande con tan poco coste.

David Chandler nos cuenta mucho más: el número exacto de escuadrones en la carga, la distancia que recorrieron, las líneas de resistencia que rompieron. También cuenta de un modo muy concreto cómo maniobraron los franceses: tras el ataque inicial, se abrieron en dos alas, cada una de las cuales libró un combate por separado, antes de romper entre las dos una formación rusa muy compacta, tras lo cual volvieron a formar una sola columna, se dieron media vuelta, pasaron de nuevo a través de los rusos, atacaron con sus sables una cuarta formación enemiga y solo entonces se retiraron de la acción. Suena increíblemente complicado y se lee como una suerte de *kamasutra* militar, excitante y sugerente; pero en la práctica tuvo que ser sin duda mucho más difícil de como aparece por escrito. La desconfianza sobre si todo resultó tan suave como describe el relato se incrementa si pensamos en la presencia de los rusos. ¿Qué hacían esos miles de rusos en medio de una maniobra que, aunque se hubiese llevado a cabo en un desfile pacífico, habría sido todo un *tour de force*? Por la narración se entiende que mantuvieron su terreno, sin cederlo y sin huir ante el ataque francés. Pero los rusos tendrían que haber sido derrotados o tendrían que haber huido, puesto que, de lo contrario, los franceses no habrían podido atravesar desde el frente de su formación hasta el otro lado. Al ser derrotados, sin embargo, ¿no tendrían que haber derribado a numerosos caballos y jinetes franceses, que se convertirían en obstáculos y que causarían colisiones cuando los caballos tratasen de evitarlos? (Esto es lo que se produce al otro lado de los setos grandes en las carreras de obstáculos; porque a los caballos, aunque estén asustados o excitados, no les gusta pisar seres vivos, ni tropezar con ellos). Y si hubieran huido, ¿habría quedado expedito el camino? Un hombre no puede escapar de un caballo; a menos, claro está, que cuente con una considerable ventaja. Pero, si hubieran dispuesto de la suficiente ventaja como para despejar el terreno, perdería su sentido una frase como «dos alas de caballería machacaron las apretadas filas centrales de Sacken». Resulta todo muy desconcertante. Y con esto no pretendo decir que no tuviese lugar el episodio, ni que no sucediese gran parte de lo que se describe; sino únicamente que no se entiende cómo.

El relato de Michael Howard del avance de la Guardia Prusiana no nos deja con tantos «cómos» sin respuesta. Se propone, como deja patente, ofrecer una descripción clara de una masacre evidente, y lo hace con una prosa que es una de las virtudes que lo elevan por encima de otros muchos historiadores militares contemporáneos. Lo que sí nos deja sin respuesta es un enorme «por qué»: ¿Por qué la Guardia no se dio media vuelta para huir de ese fuego tan espantoso? Él mismo, que fue condecorado por haber comandado valerosamente a sus propios guardias contra el enemigo —probablemente, y no es descabellado pensarlo, contra los nietos de aquellos hombres muertos en Saint-Privat—, puede que no sintiera la necesidad de plantearse esa pregunta, y, en consecuencia, no buscarse una respuesta para sus lectores. Pero la pregunta, que quizá una narración menos brillante no hubiese suscitado, se mantiene planteada. Así como otras complementarias. ¿Resistieron todos, hasta el último de cada granadero y cada fusilero, en el lugar a campo abierto en que se pararon? ¿Eran tan fuertes los lazos de disciplina y de lealtad al grupo que nadie se escapó ni se escondió entre los cadáveres de sus camaradas? Sabemos por muchos otros relatos que grandes cantidades de hombres pueden mostrarse dóciles como borregos bajo un intenso fuego, a veces durante horas; Tolstói cuenta, por ejemplo, que la infantería del cuerpo de Ostermann permaneció bajo el fuego a

quemarropa de la artillería, en Borodino, a lo largo de dos horas, «durante las cuales el único movimiento en las líneas era el de los cuerpos que caían». Pero la suspensión del instinto de conservación que implica este tipo de comportamiento excede la comprensión del lector medio. Como el autor no aborde claramente el tema y no intente dar una explicación, el lector, justa o injustamente, pensará que algo más que «cosas pequeñas» e «insignificantes» ha sido sacrificado al «gran efecto general».

Los tres autores probablemente reconocerían que han sacrificado cosas en esos pasajes, algo que el historiador no tiene más remedio que hacer, porque si intentase dar cuenta de todo lo que puede encontrar sobre un episodio del pasado, se confundiría él y confundiría a sus lectores. Pero, a la vez, tratarían de justificarlo por sus razones particulares: el brigadier Young, porque las limitaciones de espacio le impidieron intentar algo más que un boceto de la carga de la brigada pesada; David Chandler, porque estaba escribiendo la vida militar de Napoleón, y lo que quería era describir el proceso mental de esta figura, no los actos de sus hombres; Michael Howard, porque estaba escribiendo una historia política y estratégica de la guerra de 1870 y quería mostrar su influencia en el futuro político y militar de Europa, más que la vida de los combatientes. En resumen, todos argumentarían, anticipándose al sentir de sus seguidores, que los sucesos y personajes de una batalla están subordinados a sus resultados; que, para el desarrollo del ejército británico, para el cumplimiento de la estrategia de Napoleón y para dirimir la primacía en Europa entre Francia y Prusia, lo que contó fue el resultado de las batallas de Balaclava, Eylau y Saint-Privat, respectivamente, y no la experiencia de quienes tomaron parte en ellas, cuya importancia, por tanto, sería marginal. Desde este punto de vista histórico, y según estos términos, es realmente difícil encontrar un argumento en contra.

«MATAR NO ES ASESINAR»

Aunque sí cabría uno: si a un historiador solo le interesa el resultado de una batalla, ¿por qué se molesta en narrarla? La respuesta podría ser, por un lado, que las batallas son acontecimientos deliberados y no casuales; los mandos planean batallas, y, para ganarlas, tienen que oponer su inteligencia a la de los otros. Si la batalla termina en un punto muerto, como ocurre muy a menudo, es muy importante saber, para comprender el éxito o el fracaso de los respectivos mandos, cómo maniobran exactamente sus hombres en un campo de batalla lleno de limitaciones, en una lucha contrarreloj contra la luz diurna, la resistencia humana y el material disponible. Pero a otro nivel esta respuesta no sirve. Porque el enfoque de la historia militar basado en «los resultados» —como el de la historia general basado en «las causas y las consecuencias», tanto tiempo utilizado pero ya pasado de moda— establece de antemano cómo se va a desarrollar el relato. Y esto es así porque los términos «ganar» y «perder» significan una cosa para el mando y el cronista, y otra diferente para quienes participan en la batalla. El punto de vista de estos, como el de todos los seres humanos confrontados con un peligro extremo (o su amenaza), será mucho más simple: se centrará en el de su supervivencia personal. Con respecto a la cual el esquema «ganar/perder» del mando se puede mostrar indiferente, cuando no directamente contrario.

Pero el punto de vista del soldado será también mucho más complejo que el del mando. Este último libra la batalla en un ambiente comparativamente estable —el de su puesto de mando, habitado por oficiales de estado mayor, que en nombre de la eficacia mantienen una calma racional; y que por esta misma razón consideran los hechos y los componentes de la batalla en términos bastante

abstractos: «ataque», «contraataque», «brigada pesada», «Cuerpo de la Guardia»—, con grandes grupos de seres humanos manejables intelectualmente, que van de acá para allá y que logran cumplir, o no, lo que él ordena. La visión que se le concede al soldado no está tan bien organizada ni resulta tan clara. Para él, la batalla se desarrolla en un ambiente inestable y salvaje, tanto física como emocionalmente; una gran parte de su tiempo de combate puede pasarla como un espectador ligeramente aprensivo, al que, por alguna extraña circunstancia, se le ha concedido una tribuna más resguardada desde la que observar a los demás combatientes; y entonces, de repente, puede que no vea más que los terrones del montón de tierra tras el que se ha refugiado, y permanezca allí agazapado no sabe por cuánto tiempo —si minutos u horas—, sintiendo sucesivamente aburrimiento, exaltación, pánico, rabia, pesar, perplejidad, e incluso esa sublime emoción llamada valor. Y fluctuará en igual medida su sensación de formar parte de una comunidad junto con sus compañeros. Para el comandante en jefe en Saint-Privat, por ejemplo, una entidad como el Cuerpo de Guardia sería importante, pudiese verlo o no; mientras que para el guardia común no tendría sentido, en tanto que es algo queda fuera de su campo de visión. Esto no indica que el guardia no pudiera tener un sentimiento de pertenencia, posiblemente a su batallón, probablemente a su compañía, hasta el momento en que se enfrentase a alguna dramática amenaza personal; momento en el cual solo el círculo de sus camaradas más cercanos tendría para él una identidad extrapersonal, y solo lucharía por la supervivencia de ellos, tan ligada a la suya propia.

En resumen, en circunstancias de extremo peligro personal, los deseos del mando, que el soldado únicamente percibe en su expresión más abreviada —«¡Adelante!», «¡Formar el cuadro!», «¡Fuego a discreción!»—, solo influirán tangencialmente en el comportamiento de este. En último extremo, pues, lo que el mando entiende por «ganar/perder» no tendrá relevancia en su complicada situación (por más que, a un nivel superior, él mismo esté de acuerdo). Lo que el soldado común entiende por «batalla» es algo a muy pequeña escala, que produce sus propios líderes y que se realiza según sus propias reglas, y a menudo (¡ay!) según su propia ética.

Estas afirmaciones, naturalmente, no se basan en mi experiencia personal; como ya indiqué, no he estado en ninguna batalla. Pero sí he ido recogiendo al azar, en el curso de mis muchas lecturas sobre batallas, una buena muestra de incidentes que se corresponden con los puntos que he expuesto antes. Los tres pasajes que cito a continuación han sido escogidos porque se refieren al único ejército al que conozco bien, el británico, cuyas normas de conducta y código de instrucción puedo utilizar, por lo tanto, para medir la «bondad», la «maldad» y la utilidad militar de los incidentes descritos.

El primero, de la notablemente sincera *Australian Official History of the Great War* [Historia oficial australiana de la Gran Guerra], describe un episodio de la fase intermedia de la tercera batalla de Yprés (o batalla de Passchendaele). El combate en aquel momento consistía en un forcejeo por la posesión de un cinturón de casamatas alemanas, que dominaban casi completamente los desolados alrededores. El testigo es un oficial australiano, el teniente W. P. Joynt, que más tarde obtendría la Cruz Victoria. El 20 de octubre de 1917 se encontró con:

Un amplio círculo de tropas de su brigada rodeando una casamata de dos pisos, que disparaban a una aspillera del piso superior, desde el que le contestaban. Un hombre, que disparaba con enorme tranquilidad muy pegado a la casamata, cayó muerto; pero los alemanes del piso inferior se rindieron poco después. Al momento, los australianos del cerco se relajaron. Estaban empezando a salir los prisioneros, cuando sonaron disparos y un australiano cayó. Habían disparado desde el piso de arriba, cuyos ocupantes desconocían que los de abajo se habían rendido; pero las tropas que los rodeaban estaban demasiado excitadas como para darse cuenta de ello. La acción les pareció una vil traición, y en el acto

pasaron por la bayoneta a los prisioneros. Un australiano, al ir a clavársela a un alemán, vio que no la tenía colocada en el fusil. Mientras el desgraciado le imploraba piedad, el australiano, con una determinación inflexible, la colocó y se la clavó.

«En este caso», continúa trivialmente el historiador oficial, «los alemanes eran totalmente inocentes, pero estos sucesos son inevitables en el calor de la batalla, y si hay que culpar a alguien es a quienes hacen las guerras, no a quienes combaten».

El segundo incidente está narrado por el profesor Guy Chapman, en aquella época joven oficial de un batallón Kitchener que acababa de tomar parte en uno de los ataques de la batalla del Somme, en 1916:

Blake tenía la expresión apagada y extraviada, pero no a causa del cansancio. Me saludó malhumoradamente y se sentó en silencio, abstraído en algún pensamiento distante. «¿Qué te pasa, Terence?», le pregunté.

—Pues no lo sé. Nada. Mira, cogimos a unos cuantos prisioneros en aquellas trincheras, ayer por la mañana. En cuanto llegamos, salió un oficial de su refugio. Tenía una mano en alto y en la otra llevaba unos prismáticos. Se los tendió a S., lo conoces, el exmarinero de la medalla del terremoto de Mesina, y le dijo: «Aquí tiene, sargento, me rindo». S. le dijo: «Gracias, señor». Y cogió los prismáticos con su mano izquierda, al tiempo que sujetaba la culata de su rifle bajo ese brazo. Le disparó en la cabeza. ¿Qué diablos podía hacer yo?

—No creo que pudieras hacer nada —le contesté con serenidad—. ¿Qué podías hacer? Además, no creo que haya que culpar realmente a S. Debía de estar medio loco de excitación cuando consiguió llegar a la trinchera. No creo que ni siquiera pensase en lo que estaba haciendo. Si animas a un hombre a matar, no lo puedes parar como se para un motor. En realidad es un buen hombre. Seguramente estaba fuera de sí.

—No fue solo él. Otro hizo lo mismo.

—De cualquier manera, ya es demasiado tarde para hacer nada. Supongo que deberías haberle pegado un tiro a cada uno allí mismo. Es mejor olvidarlo.

El tercer pasaje pertenece a *History of the Irish Guards in the Second World War* [Historia de la Guardia Irlandesa en la Segunda Guerra Mundial]. El batallón se encontraba combatiendo en una región montañosa de Italia, en 1943. Un oficial de compañía relata su experiencia:

Nos tropezamos con un buen número de alemanes, y, después de que Bren y Tommy dispararan un poco, salieron unos cuarenta con las manos en alto. Llenos de regocijo, continuamos sacándolos deprisa de sus posiciones. Al dar la vuelta al siguiente recodo, el sargento primero Weir cargó con su pelotón contra otro grupo de alemanes. Estos estaban preparados y les recibieron con fuertes descargas [...]. Un disparo le atravesó el hombro a Weir, pero la bala no le detuvo más que un momento, el que tardó en recuperar el equilibrio. Condujo a sus hombres, arremetiendo contra los alemanes y matando a los que no se habían rendido de inmediato, con el *habitual comentario* de «Demasiado tarde, amigo». [*Cursivas del autor*].

¿Qué es lo que aparece en estas escenas? Las tres son una muestra de eso que se ha denominado «violencia impropia»: incalificablemente impropia en el caso del australiano; excusable por las circunstancias en el caso del «exmarinero de la medalla del terremoto de Mesina»; lícita solo según un código de justicia bastante rudimentario y tosco en el caso del guardia irlandés. Estos tres veredictos, en cualquier caso, podría emitirlos, más o menos razonablemente, un lector desapasionado. Sin embargo, según el código de oficiales del ejército, los tres podrían ser calificados como delitos, y tratados en consecuencia. Realmente, el diálogo de Guy Champan —una reconstrucción, pero realizada por un autor cuya reputación garantiza su veracidad— podría ser utilizado tal cual para una de esas escenificaciones a las que ya nos hemos referido, de las que se hacen en la instrucción para que los cadetes debatan sobre los comportamientos «buenos» y «malos». Se podría predecir, palabra por palabra, la conclusión a la que llegaría la «Solución del Profesor»: «Incidentes así no tendrían lugar si a los soldados se les hablase al respecto como es debido, y si los oficiales los mantuviesen bajo estricto control. Si, saltándose las leyes, un soldado mata a un prisionero, debería ser arrestado inmediatamente y evacuado para un examen psiquiátrico; y si se considera que es responsable, se le aplicará la Sección...». Como la justicia ordinaria, el ejército considera que los casos difíciles producen mal derecho. Lo que el ejército quiere son jóvenes mandos obedientes y conformistas; hombres que jamás libren combates privados según reglas particulares, como hicieron los australianos en Yprés; ni intenten, como Guy Champan y su compañero, «comprender» a soldados que han violado la convención de Ginebra; ni retornen, cuando un enemigo derrotado se muestra inicialmente poco dispuesto a cooperar, a las feroces tradiciones mercenarias del pasado.

Resultaría reconfortante pensar que el ejército británico mantiene este punto de vista por razones humanitarias; y ciertamente, según mi percepción, es admirable la actitud humanitaria que cultiva con respecto al uso de la violencia, basada ante todo en el principio de «la mínima fuerza necesaria» (que, aunque su aplicación más estricta se da cuando actúa como brazo del poder civil en desórdenes locales, también se mantiene en el campo de batalla). Pero nos acercaremos más a la verdad si reconocemos que, si el ejército intenta infundir en sus mandos estas actitudes, es porque la experiencia le ha enseñado que sus mecanismos de mando y control solo pueden seguir funcionando bajo presión si los oficiales obedecen escrupulosamente las reglas y los procedimientos. Esto les proporcionan valores fijos a todos los individuos y grupos en el campo de batalla —«amigo», «enemigo», «prisionero», «baja»—, imponen límites estrictos al uso de la violencia, y determina en qué circunstancias ha de ejercerse. De ahí que, según las normas militares —como según las humanitarias— estos tres episodios mortales resulten improcedentes.

El que sean improcedentes o no es algo que no afecta al historiador militar, al menos desde el punto de vista profesional. Lo que él juzga es el significado de los acontecimientos, no su moralidad, ni siquiera su estricta utilidad. Pero en estos casos, cabría preguntar: ¿el significado con respecto a qué? En términos de «ganar/perder», esos tres incidentes no tienen ningún sentido. Como hemos visto, los alemanes a los que se mata, o ya se habían rendido o estaban a punto de hacerlo. En tal sentido, cada uno de estos episodios concretos que forman parte de ese conjunto mayor al que llamamos «la batalla», se ha «ganado». Por tanto, ¿cómo debería tratarlos el historiador? Sin duda alguna, consideraría que lo más adecuado, desde cualquier punto de vista, sería ignorarlos. Al igual que los tornillos y piezas que nos han sobrado después haber «arreglado» un reloj, puede decirse que no son componentes esenciales y podemos dejarlos en la estantería. La cuestión es que el balance de resultados —tantos «muertos» en combate, tantos «prisioneros»— esconderá una duplicidad (algunos de tales «muertos» han sido por un momento «prisioneros») que no necesitará ser mencionada, o que se consignará mediante alguna referencia general al «comportamiento poco civilizado de grupos pequeños de soldados».

El caso es que la introducción del concepto «grupos pequeños» supone un duro revés para la aproximación basada en el esquema «ganar/perder». Porque, si admitimos la existencia de un grupo de soldados, en el lugar que sea del campo de batalla, que ha de ser entendido según su comportamiento conjunto específico, o según las condiciones que había en ese momento, y no según una actuación de acuerdo con lo exigido por el deber, la disciplina y las órdenes, entonces se desmorona toda la concepción de que el resultado de la batalla está determinado por la diestra dirección que el mando ejerce sobre su masa de hombres contra el adversario. Los alumnos que estudian el mando replicarán que esto es una exageración, y por supuesto que lo es. Pero, por el hecho de que las decisiones y los actos del mando contribuyan aparentemente más al resultado de la batalla que las decisiones y los actos de cualquier grupo particular de sus subordinados, no debe deducirse que lo que él haga sea más importante que lo que hagan todos sus subordinados, ni que su comportamiento sea un objeto de estudio más válido que el comportamiento de estos. Al contrario, todavía está por resolver cuál es su importancia relativa. Y, como parece que sabemos mucho más sobre el mando que sobre los soldados comunes —sobre cómo y por qué luchan—, quizá habría que cambiar de dirección en el esfuerzo historiográfico: desde la retaguardia hacia el frente, hacia el campo de batalla. Lo que, por lo demás, parece una exigencia, dada la poco fiable información de que se dispone acerca de lo que sucede en el lugar que los soldados llaman «la parte que corta», la primera línea de fuego. Casi todo esto se lo debemos al servicio histórico del ejército estadounidense, que llevó a cabo durante la Segunda Guerra Mundial el primer estudio sistemático del comportamiento humano en el combate, que produjo notables resultados.

Destaca, sobre todo, el descubrimiento de que los soldados comunes, en situaciones de vida o muerte, no se ven a sí mismos como miembros dependientes de la autoridad militar formal a que estén asignados, sino como iguales dentro de un grupo pequeño, puede que de no más de seis o siete hombres. En sentido estricto, naturalmente, no son iguales, porque al menos uno de ellos ostentará una baja graduación militar y se le requerirá —a él o quizá a otro con más carácter— que ejerza el liderazgo. Pero no será por su liderazgo, ni por el de nadie, por lo que los miembros del grupo se pondrán a luchar y se mantendrán luchando. Lo harán, por un lado, porque cada uno reconocerá que su supervivencia individual está ligada a la del grupo; y, por el otro, por el miedo a ser considerado un cobarde y, en consecuencia, ser despreciado. El ejército estadounidense primero, y el británico después, han tomado buena nota de estos hallazgos, y han tratado de ajustar todo lo posible la organización interna de sus unidades de combate al esquema que le permita aprovechar lo que conocemos ahora como «dinámica del grupo pequeño». Como resultado, hemos tenido que mantener dos discursos paralelos al afrontar el problema del comportamiento humano en la batalla: uno nuevo, que admite en privado que a la postre todo depende de la «motivación para el combate» del soldado común; y otro tradicional, el público, que es el que se oye en las clases sobre liderazgo en las academias militares, y que continúa poniendo el acento en el papel fundamental de la disciplina y el mando. No hay incoherencia en esta doble actitud. Es simplemente indicativa de que, para los dos ejércitos citados, el combate es tan complicado y tiene tantas facetas como cualquier otra actividad humana; e incluso, por lo que en él está en juego, más que la mayoría.

Pero puede plantearse lo siguiente: si los propios soldados han llegado a reconocer que lo que les gustaría que sucediese en la batalla no es en modo alguno lo que sucede realmente, ¿por qué tantos historiadores militares continúan escribiendo como si el mando y los grandes batallones fuesen lo único digno de ser estudiado con seriedad? Resultaría más fácil contestar a esta pregunta si la historiografía militar —utilizando esta expresión en el sentido de «la historia de la escritura de la historia militar»— se hubiese desarrollado adecuadamente, dada la importancia capital que los historiadores, desde el principio, le han concedido a la guerra. Pero, por desgracia, tales expectativas se verán defraudadas. Aunque en el ámbito de los historiadores generales hace mucho que se

reconoce que lo que un historiador considera significativo en su tema de estudio está casi siempre influenciado por la visión previa de otros historiadores, y hasta el simple curioso de los libros de historia se da cuenta de que hay distintas escuelas —habrá oído hablar, sin duda, de que hay historiadores marxistas, y probablemente historiadores freudianos, e incluso historiadores Whig—, en el ámbito de los historiadores militares ni siquiera se ha planteado, ni mucho menos iniciado, una acotación intelectual de su campo de actividad. Esto hace que cualquier esbozo de historiografía militar —como el que me propongo hacer a continuación— esté lleno de conjeturas.

LA HISTORIA DE LA HISTORIA MILITAR

Puede aventurarse sin excesivo riesgo que la figura que domina el panorama de la historia militar es el gran prusiano del siglo XIX Hans Delbrück, discípulo de discípulos de Ranke; el primero que se ocupa de la historia militar y, por lo tanto, el pionero de la aproximación moderna —«científica» y «universal»— a la materia. Sin duda, fue muy influyente; con otros alemanes. Pero en el altamente militarizado Segundo Reich, todo lo que tenía que ver con la guerra estaba tan entrelazado con la política y con el mito nacional, que ningún estudio sobre el tema podía aspirar razonablemente a alcanzar la autonomía de una disciplina académica ni la libertad estética de la genuina literatura. La historia militar estaba demasiado implicada en temas como la unidad nacional, la supervivencia nacional o el prestigio dinástico, como para que ningún alemán pudiese plantearse con libertad; y sin posibilidad de objetividad intelectual, por supuesto, un historiador está abocado a no ser más que un oscurantista o un propagandista. Delbrück se convirtió en lo segundo, y por ello, alcanzó una elevada posición, concluyendo su trayectoria, que había empezado como tutor del nieto del Kaiser, como maestro de estrategia de la nación alemana. Al final nadie se lo envidiaría, porque se pasó cuatro años enseñándoles a sus compatriotas —en artículos mensuales— qué debía hacer Alemania para vencer, y se vio en 1818 teniendo que explicar ante el Reichstag por qué había perdido. Inevitablemente —y de manera injusta, porque casi todo lo que había dicho era sensato—, su reputación quedó arruinada. Pero sigue siendo una figura importante, si no como historiador, sí como coronel honorífico de ese monstruoso regimiento moderno, el de los estrategas académicos. Herman Kahn lo es, pero Hans Delbrück mucho más.

Tampoco la gran escuela francesa de historiadores del siglo XIX es capaz de proporcionarnos una perspectiva que pueda considerarse seminal. En este país, a menudo derrotado, también se consideró que una aproximación verdaderamente objetiva a la historia militar podía incurrir en un exceso de comprensión hacia el enemigo; aproximación que se vio además dificultada por la neurosis nacional, endémica, del culto a Napoleón. Destacan dos nombres, Palat y Colin, pero los dos eran soldados, lo que hace que sus credenciales intelectuales resulten sospechosas en esa sociedad dividida; y sus méritos no han tenido influencia, o no han sido reconocidos, fuera de los círculos profesionales y «patrióticos».

Lo cierto es que solo en los países de habla inglesa —cuyas campañas terrestres, con la excepción de las de la guerra de Secesión estadounidense, han tenido lugar fuera de sus territorios nacionales— la historia militar ha podido alcanzar el estatuto de ciencia humana, con un amplio grupo de lectores informados. Las razones son obvias. Nuestras derrotas no han amenazado nunca la supervivencia nacional, por lo que nuestras guerras nunca han sido causa de división profunda en nuestros países (Vietnam puede que sea una excepción notable), y nunca hemos necesitado cabezas de turco (como Bazaine, el «traidor» francés de 1870) ni titanes (como Hindenburg). En este sentido, no

deja de ser significativo que el único general anglosajón al que se rinde culto, Robert E. Lee, fuese el paladín de la única comunidad de estos países que ha sufrido una catástrofe militar: la Confederación. La mayoría ha tenido el privilegio de haberse limitado a contemplar las campañas terrestres durante los últimos ciento cincuenta años, justo el periodo que se corresponde con el del resurgir del estudio moderno de la historia. De ahí nuestra demanda, y disfrute, de comentarios bien escritos e inteligentes. Y de ahí nuestra concepción limitada de lo que es una polémica histórico-militar, que en nuestro ámbito no va más allá de la discusión sobre si Montgomery permitió que Rommel se le escapase de las manos después del Alamein, o si Patton debía o no haber abofeteado al soldado traumatizado por el combate. No hay cuestiones como la de si, por razones militares, aún debemos mantener nuestra capital nacional, como les ocurre a los alemanes; o la de si podríamos haber evitado o no cuatro años de ocupación extranjera, como les pasa a los franceses; o la de si deberíamos haber salvado la vida de veinte millones de compatriotas, como les sucede a los rusos. Si hubiéramos tenido que hacer frente a asuntos como estos, si la historia militar no fuese para nosotros una historia de hechos, sin duda tendrían también las características de estas otras —a saber, exceso de tecnicismos, rimbombancia, difamación, abierta xenofobia y estilo desigual—, que, aisladamente o en combinación, desfiguran a nuestros ojos el trabajo de los autores franceses, alemanes y rusos.

Pero hay otra razón que explica por qué el modo continental de estudiar la historia, tal y como lo representa Delbrück, no ha influido en el anglosajón. No es porque Delbrück no haya sido traducido, ni porque su peculiar método crítico —que él denominaba *Sachkritik*— convierta en sospechosos sus demás trabajos a ojos anglosajones, ni siquiera porque su «filosofía de la historia» esté impregnada de un sabor demasiado prusiano para el gusto liberal de occidente. Puede que haya sido esto último —aparte de la cuestión cronológica que veremos enseguida— lo que obstaculizó la exportación de sus ideas y métodos; porque, aunque a diferencia de Treitschke, no exalta la guerra ni se recrea en la violencia, acepta la normalidad de una y de otra con una buena disposición que pocos estudiosos estadounidenses o británicos secundarían. Después de todo, uno de los principales objetivos de su trabajo era demostrar que cada sistema político, si no está determinado en último extremo por sus propias formas de organización militar, sí que guarda una relación simbiótica con ellas. Lo cual bastaría para que los ciudadanos de los países que han mantenido siempre sus ejércitos bajo estricto control político (sin darse cuenta del todo de que era el mar que les rodeaba —por entero o casi— lo que les permitía hacerlo) lo considerasen un pensamiento perjudicial y peligroso. Pero, en último término, el factor determinante que explica la nula influencia de Delbrück en la formación de la historiografía militar británica y estadounidense es el cronológico. Porque, cincuenta años antes de las primeras publicaciones de Delbrück, Inglaterra ya había producido su primer filósofo de la guerra.

Se trata de un historiador aficionado, un abogado de Eton que llegaría a ser presidente del Tribunal Supremo de Ceilán, y que sin más interrumpió su carrera judicial para ocupar una cátedra de Historia en la universidad de Londres. A la vez que publicaba el libro por el que principalmente se le recuerda. Para ser franco, no es un libro cuyo título esté en boca de muchos historiadores modernos, ni que figure en sus listas de lecturas; pero habrá pocos que, en un momento u otro, no lo hayan tenido en sus manos o visto en la estantería. Porque *Fifteen Decisive Battles of the World* [Quince batallas decisivas del mundo], de Edward Creasy, fue uno de los grandes *best-sellers* victorianos: junto con *El origen de las especies*, de Charles Darwin, por la frecuencia con que fue reeditado —treinta y ocho veces entre 1851 y 1894—; y junto con *Self-Help* [Autoayuda], de Samuel Smiles, por la aprobación que recibió por parte de padres y maestros. Su éxito se explica fácilmente. Resuelve un gran dilema victoriano, del mismo tipo que los que resolvieron Darwin y Smiles, y por el mismo procedimiento. Darwin, por muchos gatos que metiese en los palomares del espíritu, al menos convenció a muchos victorianos de que la marea de competitividad que se había extendido por

toda su sociedad era una manifestación del orden natural de las cosas. Smiles fue más lejos a través de su doctrina de autoayuda, al indicar que la competitividad, por su fuerte impacto en la vida de los individuos, tenía la obligación de ser buena en lo moral y útil en lo social, por medio del estímulo del esfuerzo y el ahorro, incluso entre los más pobres. Creasy, cuyo libro había aparecido ocho años antes que los otros dos (ambos, casualmente, en 1859), era consciente, como buen victoriano, de la dificultad de armonizar tanto la compasión cristiana como la creencia en el progreso con la falta de humanidad de un mundo de conquista y explotación. Pero, a diferencia de Smiles, que planteaba el asunto en términos de lucha de clases ante todo, Creasy se ocupó del modo más extremado de dar salida a los conflictos: el de la mismísima guerra.

Escribió en el prefacio: «Es una honrosa característica del Espíritu de esta Época que los estados civilizados contemplen cada vez con mayor aversión los planes bélicos y violentos». Un sentimiento intachablemente victoriano, que esconde en su delicada alusión el hecho de que esas cosas sin duda suceden, y que muchos, aunque sea en secreto, están profundamente interesados en ellas. Se apresura a explicar que, al referirse a ese tipo de planes, no está intentando despertar los bajos instintos del público. Dice que sería una prueba de «extraña debilidad, o de mente depravada, para un escritor [...] de hoy escoger las batallas como tema favorito simplemente porque se trate de batallas [...] y de muchos centenares o millares de seres humanos apuñalándose, dándose hachazos o disparándose los unos a los otros en ellas». Tampoco las muestras de valor, ni de los talentos intelectuales del mando que se asocian a las batallas le proporcionan una excusa, «porque estas cualidades se encuentran tanto en lo más bajo como en lo más noble de la humanidad». No, si tenemos que estudiar batallas —y, según la lógica de este argumento, solo podemos leer sobre *algunas* batallas—, es porque «independientemente del valor moral de los combatientes», algunas batallas «han servido para que seamos lo que somos [...]. Porque los intereses de muchos estados se ven a menudo afectados por los enfrentamientos de unos pocos [...] y el resultado de estos enfrentamientos no se limita a una sola época, sino que puede dar un impulso que influya en el destino de la humanidad».

No se arroga la paternidad de esta idea, sino que se la atribuye a su contemporáneo Henry Hallam; aunque sí manifiesta ser el primero en desarrollarla sistemáticamente. Lo hace de una forma que solo podría describirse como «la interpretación Whig de la historia escrita con sangre», ya que la base de su argumento es que todo lo admirable del mundo victoriano —la sabiduría griega, la virtud romana, la bravura sajona, el centralismo normando, la fe cristiana al estilo específicamente protestante, la libertad inglesa y la democracia francesa— había sido salvado de la extinción gracias a alguna brillante hazaña militar, y que la amenaza que quedaba en el mundo, la aristocracia rusa en especial, podría haber sido igualmente eliminada si la fortuna hubiera favorecido al bueno en tal o cual batalla.

Como puede apreciarse, no es una filosofía de la historia muy sofisticada que digamos. En realidad, Creasy era un autor con el suficiente talento como para tomarse demasiado en serio a sí mismo; y su principal empeño es que su obra sea entretenida. Cosa que sigue siendo. Pero, fueran cuales fueran tanto sus intenciones filosóficas como sus logros literarios, el caso es que lanzó, gracias al llamativo título del libro y a su espectacular éxito comercial, una expresión enormemente poderosa en la terminología histórica inglesa: la de «batalla decisiva». Expresión que jamás ha perdido su ímpetu. Casi a la vez que moría Creasy, Malleon, el historiador de las revueltas de la India, publicó *Decisive Battles of India* [Batallas decisivas de la India] (1883); cuatro años más tarde, el estadounidense Thomas Knox publicó *Decisive Battles since Waterloo* [Batallas decisivas desde Waterloo], que era la última de la que se había ocupado Creasy, y que tenía «como propósito la idea de presentar un resumen de la historia del siglo XIX, considerada desde el punto de vista de sus principales hechos militares»: una nueva declaración —algo menos enfática que la de Creasy, pero en el fondo parecida— de que el siglo XIX fue decisivo en la historia de la humanidad. El final de la

Primera Guerra Mundial trajo una nueva cosecha de *batallas decisivas*, con *Decisive Battles of Modern Time* (1922), del coronel Whitton; seguida de *Decisive Wars of History* (1929), de Liddell Hart; y el primer intento de su gran rival, J. F. C. Fuller, de ampliar el catálogo de Creasy, con *Decisive Battles of the World* (en dos volúmenes en la edición de 1939, antes de la Segunda Guerra Mundial: *From Salamis to Madrid* [De Salamina a Madrid]; y en tres volúmenes después de 1945: *From Salamis to Leyte Gulf* [De Salamina al Golfo de Leyte]). Tras la guerra, los historiadores oficiales estadounidenses siguieron a su vez el método de Creasy: *Command Decisions* [Decisiones de mando] (1960) es un compendio de sus múltiples volúmenes sobre la historia de la Segunda Guerra Mundial, y su libro más vendido. Irónicamente, Creasy se impuso también *post mortem* a los propios alemanes, con las conocidas obras sobre su derrota tituladas *The Fatal Decisions* (1956) y *The Decisive Battles of the Second World War* (1965); y hasta el vocabulario militar alemán, para referirse a una batalla crucial, cambió el término *Hauptschlacht* [batalla principal] por *Entscheidungsschlacht* [batalla decisiva].

Ha habido numerosas variantes populares, y series enteras incluso dedicadas al tema. Pero es la atención que le han dedicado historiadores militares serios, como Liddell Hart y Fuller, lo que pone de manifiesto su importancia. Y esto es algo que seguramente descansa, por mucho que Creasy declarase lo contrario, en la libertad moral de acción de los historiadores educados en la tradición occidental y que trabajaban en ella. Porque, al margen de que un historiador concreto asuma o no la ética cristiana, que le imprime su propia dinámica a esta tradición, lo cierto es que la repulsa de esta ética por la guerra obstaculiza y siembra de dificultades cualquier aproximación intelectual a ella que se pretenda humanitaria. La guerra, según la teología cristiana, es una actividad mala, salvo que se lleve a cabo de acuerdo con unas reglas que, en la práctica, pocos mandos podrían seguir; en particular, las que exigen que la finalidad sea justa y que la victoria que se espera resulte razonable. Pero cualquier estudio objetivo muestra de inmediato que la mayoría de las guerras han comenzado por razones que no tienen nada de justas, que han tenido resultados muy diferentes de los pretendidos —y eso cuando han tenido resultados claros—, y además les han causado durante su curso una gran cantidad de sufrimiento a personas inocentes. Los historiadores occidentales, ya fuesen creyentes como los cronistas del clero, o escépticos como Gibbon, han tendido a describir siempre la guerra como una calamidad, un azote o una locura; salvo que se presentase como cruzada (una «guerra justa», en términos cristianos) o simplemente para ejemplificar la vida y las hazañas de grandes hombres. Los grandes triunfos nacionales, como Waterloo, siempre han tenido sus narradores épicos; pero los historiadores serios, aunque se hayan visto obligados a escribir sobre la guerra, han sido por lo general unánimes en mostrar su desagrado ante esa obligación. Los movimientos intelectuales del siglo XIX reforzaron las vacilaciones de los estudiosos acerca de la ética de la guerra y su función. Por un lado, la escuela de Ranke propuso una visión de la historia que buscaba explicaciones del cambio histórico más profundas y más complejas que las que lo atribuían superficialmente a las victorias o derrotas militares. Por otro, la escuela económica, que Marx casi acaparó al completo, explicó que la conducta humana reside en las relaciones dinámicas entre el capital y el trabajo, y que los ejércitos y sus hazañas eran irrelevantes. En paralelo a estas, y sin contradecirlas, está la propia idea de progreso, una de las más poderosas del siglo XIX; tan poderosa que, aunque herida terriblemente de muerte, persiste en nuestros días. La creencia en el Progreso era ciertamente prometedora, como sustituta de la creencia en Dios. Y el fenómeno de la guerra es, si acaso, más ofensivo aún para el primero que para el segundo. Porque los cristianos siempre han aceptado que el ser humano, individualmente o en masa, puede actuar —y lo hace— con maldad, crueldad y violencia. En cambio, la visión del futuro en que se basa la idea de progreso requiere un mayor optimismo en la naturaleza humana. En estas circunstancias intelectuales y morales, ¿cómo podían justificar los estudiosos —ante sí mismos y ante sus lectores— una aproximación a la guerra

que no la condenara rotundamente, en tanto aberración de la historia humana?

El propio Creasy proporcionó la fórmula. La guerra tenía un propósito: había hecho el siglo XIX. El estudio de la guerra es también, por lo demás, el estudio del libre albedrío humano:

Soy consciente de que [...] son acusados de fatalismo, con justicia, los escritores que, como los de cierta escuela de un país vecino, no ven en la historia más que una serie de fenómenos necesarios, que se siguen inevitablemente los unos de los otros. Pero cuando en esta obra hablo de probabilidades, me refiero únicamente a probabilidades humanas. El hecho de que en el pasado tuviesen lugar guerras, no implica de ningún modo que vaya a haberlas en el futuro: al término de nuestras observaciones sobre la última de las batallas decisivas del mundo [Waterloo], resulta reconfortante contrastar aquel año con el presente. No tenemos (y puede que siga siendo así por mucho tiempo) la severa excitación de las disputas marciales, ni vemos banderas cautivas de nuestros vecinos europeos traídas en triunfo a nuestros mausoleos. Pero contemplamos un espectáculo infinitamente más grandioso. Vemos las banderas de todas las naciones civilizadas ondeando en nuestras palestras deportivas, y en las artes que contribuyen al mantenimiento y felicidad de nuestra raza, no a su sufrimiento y destrucción. «La paz tiene sus victorias, / no menos renombradas que las de la guerra». Y ningún campo de batalla ha sido jamás testigo de una victoria más noble que la que Inglaterra, bajo su Reina Soberana y su Alteza Real el Príncipe, muestra ahora a los pueblos de la tierra para superar los prejuicios egoístas y sus contiendas internacionales en la gran causa de la promoción general de la industria y el bienestar de la humanidad.

La delicada hipocresía de la fórmula de Creasy le proporcionaba la excusa precisa a cualquier historiador que deseara escribir de batallas. Estas son importantes. Deciden cosas. Mejoran cosas. Exactamente qué y cómo es algo sobre lo que Creasy concede el *nihil obstat* a cada historiador particular, para que juzgue por sí mismo. Es una dispensa que montones de historiadores militares modernos han aprovechado para justificar sus análisis interminables, y repetitivos, de batallas de las que, sin mucho alarde de imaginación, puede decirse que solo han servido para empeorar el mundo; y para justificar su afición a soltar disparates estratégicos, a otorgarles a matanzas inútiles el calificativo de «decisivas», dando por sentado que han decidido algo y sin tomarse la molestia de especificar el qué; y para revolcarse en las batallas por el gusto de hacerlo; y para rehuir toda discusión que indague realmente en cómo son las batallas, mediante el recurso fácil de decir que hay que ceñirse a lo fundamental, es decir, a lo decisivas que hayan sido, a los resultados, a quién las ganó o perdió, etcétera. Contra la fuerza y la simpleza de este argumento, cualquier otro —por ejemplo, el del viejo Delbrück de que la batalla es la urdimbre de la trama de todo el tejido social— encuentra dificultades a la hora de hacerse oír. Pero una minoría sí lo ha oído: Michael Howard, cuyas conexiones entre los hechos diplomáticos y los militares son siempre una proeza; en un estilo diferente, Alistair Horne; y también, aunque el volumen de su empresa oscurece su tema central, los historiadores oficiales estadounidenses. Pero para la mayoría —tanto para los lectores como para los autores— persiste la idea de la batalla decisiva. Y esto determina la forma que han adoptado casi todas las obras modernas sobre batallas.

El objetivo que persiguela mayoría no sirve, con todo, para explicar el peculiar estilo narrativo utilizado casi siempre en la descripción de la batalla, en la típica «pieza de batalla», con su reducción de los soldados a peones, su ritmo discontinuo, su imaginería convencional, sus hechos selectivos y su privilegiada atención al mando. Para explicarlo hay que mirar a las fuentes anteriores a Creasy, puesto que esto que decimos ya estaba lo suficientemente desarrollado en Napier. La historiografía moderna empezó, al igual que la guerra moderna, en el Renacimiento. Y es obvio que las obras de los clásicos, que, a partir del Renacimiento, sirvieron de modelo para las obras de la historia moderna general, sirvieran también para la historia militar. Lo que hay que considerar es qué autores clásicos. Ha habido un gran debate acerca de cómo influyeron exactamente los clásicos en las cuestiones militares del Renacimiento. Vegetio, un autor romano tardío, ha sido leído abundantemente. Pero F. L. Taylor, autor de *The Art of Warfare in Italy 1494-1529* [El arte de la guerra en Italia], llegó a la conclusión, después de haber examinado qué autores pudieron haber estudiado los *condottieri*, que «la influencia de la historia y de la literatura clásicas fueron principalmente académicas. Contemplamos el arte de la guerra en el Renacimiento a través del medio académico de los maestros e historiadores contemporáneos, y eso nos predispone a formarnos una idea exagerada del efecto de los escritos teóricos en las operaciones militares». Michael Mallet, un experto moderno, autor de un brillante estudio sobre los mercenarios, en el que tiene en cuenta muchos factores, coincide en ello:

El capitán del siglo xv no aprende el arte de la guerra de los libros, sino como aprendiz de un *condottiero* experto. Puede haber tenido la suerte de aprender, de mano de algún humanista de su entorno, qué tácticas se parecen a las de César en las Galias; pero no es probable que intentase imitarlas deliberadamente. No fue el estudio del ejército de la Roma republicana lo que originó un interés renovado por la infantería, sino las necesidades prácticas de la guerra del siglo xv.

Para nuestro propósito, en cualquier caso, es irrelevante lo que los soldados leyeran o dejaran de leer. Porque, si los soldados no aprendieron a combatir leyendo libros, tampoco parece que los historiadores militares aprendieran a escribir presenciando batallas. Las batallas son extremadamente confusas. Por ello, ante la necesidad de darle sentido a algo que no entiende, hasta el más inteligente —y quizá especialmente el más inteligente—, al constatar que no posee el lenguaje y las metáforas que necesita, mirará lo que otros hayan hecho ya en circunstancias parecidas, para conducir su propia pluma. ¿Y hacia quién puede volverse? Ya hemos mencionado a Julio César. Sus *Comentarios* se habían redescubierto hacía poco, pero ya habían alcanzado una amplia difusión en la Italia del siglo xv, y se traducirían a otras lenguas europeas entre finales de ese siglo y principios del xvi (al francés en 1488; al alemán en 1507; al inglés en 1530). Un bibliógrafo podría mostrar, sin duda, los caminos por los que sus ideas y métodos se infiltraron en la historiografía europea; aunque, hasta donde se me alcanza, esta tarea no se ha emprendido en lo concerniente a la historiografía militar. No obstante, suele admitirse que dos de los reformadores militares más importantes de finales del siglo xvi y principios del xvii, Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo de Suecia, estuvieron influenciados directamente, en lo referido a la formación de sus ejércitos, por lo que habían leído sobre la legión romana en los *Comentarios sobre la guerra de las Galias* de César; guerra sobre la cual, y gracias a esta obra, «sabemos más que de ninguna otra operación militar del mundo antiguo». Y es obvio, en un sentido más general, que a partir del siglo xvii son las prácticas militares romanas —orden cerrado, disciplina, uniformes— y sus ideas —mando intelectual, automatismo en el valor,

obediencia sin cuestionamiento, abnegación, lealtad a la unidad— las que dominan el mundo del soldado europeo. A finales del XVIII, el neoclasicismo adoptó externamente y puso de moda los símbolos romanos, como manifestación de lo que ya había adoptado internamente: después de todo, los franceses expulsados por los fusileros de la colina de La Albuera marchaban detrás de unas águilas copiadas de las que llevaban las legiones de César; los Greys y los Royals que cargaron en Balaclava llevaban en sus uniformes reproducciones en miniatura de esas mismas águilas que sus antepasados habían capturado en Waterloo (su principal hazaña); y los guardias prusianos que murieron en Saint-Privat usaban cascos semejantes a los de los legionarios. Para esa época, ya sabemos lo suficiente de lo que los soldados más destacados estudiaban como para poder demostrar convincentemente que los autores militares romanos, sobre todo César, habían servido para su formación. Napoleón, cuando era estudiante, tenía a César en la lista de sus lecturas; Schlieffen, en el que se miraban todos los oficiales del Estado Mayor prusiano, alimentaba una obsesión por la derrota romana en Cannas que ayudó a precipitar la Primera Guerra Mundial.

No hace falta, en cualquier caso, emplear mucho esfuerzo deductivo para llegar a la conclusión de que —dado que los romanos, y en especial César, tuvieron una influencia muy importante en los ejércitos a partir del Renacimiento— fuese justamente César el que ejerciera la mayor influencia en el modo en que los historiadores militares iban a escribir desde entonces. A esta misma conclusión podemos llegar mediante un mero picoteo inductivo; porque las características propias de la «pieza de batalla» las encontramos en cualquiera de los relatos de César. Tomemos, por ejemplo, su descripción de la batalla contra los nervios, en el río Sambre (en la actual Bélgica), en el año 57 a. de C.:

César, después de arengar a la legión décima, dirigiéndose al ala derecha, cuando vio el aprieto de los suyos y que, por estar apiñados los estandartes, los soldados de la duodécima legión se hallaban tan juntos que se estorbaban ellos mismos en la lucha; que, muertos todos los centuriones y el abanderado de la cuarta cohorte, perdido el estandarte, heridos o muertos casi todos los centuriones de las demás cohortes, entre ellos el primipilo [centurión de mayor categoría] P. Sextio Báculo, hombre valerosísimo, traspasado de muchas y graves heridas, hasta el punto de que ya no podía tenerse en pie, los demás se mostraban remisos; que algunos, abandonados por los que les guardaban la espalda, dejaban la lucha tratando de evitar los disparos, y que los enemigos no cesaban de subir la cuesta por el frente y que acometían por ambos lados y que la situación era apurada, sin que hubiera reserva alguna que pudiera enviarse en socorro, arrebatando el escudo a un soldado de las últimas filas, pues César había llegado allí sin escudo, se adelantó hasta la primera y, llamando por sus nombres a los centuriones y arengando a los demás soldados, mandó avanzar y ensanchar las filas para que pudieran servirse mejor de las espadas. Con su llegada cobraron esperanza y nuevos bríos los soldados y, deseando cada cual hacer los últimos esfuerzos en presencia del general, aun en el mayor peligro, cesó un poco el ímpetu de los enemigos^[3].

Aquí está todo. *Movimiento discontinuo*: 1) la legión sufre una fuerte presión, algunos soldados se están escabullendo; 2) César llega y hace adelantar los estandartes; 3) el ataque enemigo pierde su ímpetu. *Uniformidad de comportamiento*: todo el enemigo está atacando, los legionarios están, o resistiendo débilmente, o cediendo; hasta que la llegada de César les devuelve el fervor para luchar. *Caracterización simplificada*: solo se menciona a dos por su nombre, de los que únicamente uno de

ellos tiene un papel importante: el propio autor. *Motivación simplificada*: los subordinados han perdido el afán de combatir hasta que el líder, con algunas órdenes sencillas y palabras de ánimo, lo restaura.

Ahora sabemos que César escribió sus *Comentarios* según un cuidadoso cálculo político. Y los lectores inteligentes, conscientemente o no, sin duda han sospechado siempre que exageró sus propias hazañas. Sin embargo, los historiadores militares, sorprendente e increíblemente, no han dudado nunca del realismo de sus escenas de batallas, tomándolas como un reportaje y aceptando sus descripciones de cómo luchaban los legionarios como una verdad a la que debían adaptarse, al margen de los hechos que pudiesen espigar de las batallas de su tiempo. A algunos se les puede excusar esta actitud. Los humanistas del Renacimiento, que buscaban a tientas normas y modelos historiográficos, y que tenían poco conocimiento de los ejércitos de estilo legionario, pudieron muy fácilmente creerse a pie juntillas el relato de César sobre la docilidad y el automatismo del legionario, incorporando todo esto a sus propios relatos de batallas, en la creencia de que así pudo haber sucedido. Los historiadores de después, en cambio, que trabajaban con normas ya establecidas y que vivían en países con guarniciones de fuerzas armadas disciplinadas y asalariadas, deberían haber sabido un poco más. Por otra parte, resulta que en la misma Antigüedad clásica ya se encuentra una tradición alternativa de historiografía militar, que es mucho más rica, sutil y atenta a los aspectos psicológicos —sobre todo, más abierta a la hora de abordar el comportamiento de los hombres en la batalla—, que, aunque ha ido abriéndose camino en los estudios europeos modernos con mayor lentitud que la tradición romana, debería haberles incitado a reconsiderar su perspectiva. Nos referimos a la tradición griega, iniciada por Heródoto a comienzos del siglo V a. de C., y elevada ya por Tucídides, a finales de aquel mismo siglo, a un nivel artístico y científico que los historiadores europeos no han vuelto a alcanzar hasta hace doscientos años.

He aquí parte del relato que hace Tucídides de la batalla de Mantinea, en el 418 a. de C., entre los lacedemonios (los espartanos) y sus aliados, contra los argivos y los suyos:

El ejército lacedemonio parecía el mayor; aunque no sabría decir con exactitud el número de cada hueste [...] y los hombres son tan proclives a alardear de las fuerzas de su propio país que la estimación de la de sus adversarios no es creíble. Sin embargo, podemos hacer una estimación del número según el siguiente cálculo [sigue un cálculo escolar]. Cuando los ejércitos estaban a punto de enfrentarse, cada uno recibió palabras de aliento de su respectivo general. Se les recordó a los mantineos que iban a luchar por su país para evitar caer de nuevo en la esclavitud [...]; a los argivos, para castigar a su vecino y enemigo por mil ofensas. [...]. Los lacedemonios, por su parte, exhortaron a cada valiente compañero a recordar lo que habían aprendido antes, aun conscientes de que [...] el largo entrenamiento [...] tenía más valor que cualquier breve exhortación verbal.

Después de esto, entraron en combate. Los argivos y sus aliados avanzaron deprisa y con furia; los lacedemonios, despacio y al ritmo de muchos flautistas, una institución permanente en su ejército que no tiene nada que ver con la religión, y cuyo objeto es hacerles avanzar despacio, llevando el paso, sin romper la formación, como los ejércitos grandes tienden a hacer en el momento del choque.

Justo antes de emprender la batalla, el rey Agis [de los lacedemonios] se decidió por la maniobra siguiente. Todos los ejércitos se parecen en esto: en que, al entrar en acción, lo suelen hacer con su ala derecha, de manera que ambos chocan con la izquierda del adversario; como el miedo hace que cada hombre trate de proteger su lado descubierto con el escudo del que está a su derecha en la formación, cree que cuanto más se junten los escudos estará mejor protegido. Este defecto tiene su origen en el primer hombre del ala derecha, en su constante afán de alejar del enemigo su parte descubierta; y le siguen los demás, movidos por igual temor. [Cada uno de los dos ejércitos desbordaba el ala izquierda del otro, por lo que Agis, que tenía más hombres, ordenó a

algunos que se moviesen hacia la izquierda. Pero los dos jefes responsables, Hiponoidas y Aristocles, desobedecieron —por lo que fueron declarados luego culpables de cobardía y desterrados de Esparta—; y, mientras Agis andaba ocupado en esta insubordinación, los argivos lanzaron un ataque súbito]. Pero, aunque los lacedemonios fueron derrotados en toda la línea en el aspecto táctico, demostraron entonces ser superiores en valor. Efectivamente, en cuanto llegaron al cuerpo a cuerpo con el enemigo [lograron derrotarlo].

En realidad, el relato que sigue de la acción es bastante complicado, lleno de los nombres de los aliados menores de los dos bandos; y contiene, además, esa temible frase sin explicación que tan fácilmente salía de la pluma de César: «derrotándolos al instante». Pero, en casi todos los demás aspectos, el estilo de narrar la batalla de Tucídides es muy superior al de César. Mientras que los soldados de César son autómatas —y la acción depende de su mera presencia o ausencia—, los de Tucídides son seres humanos —movidos por su instinto de conservación (como «el primer hombre del ala derecha») o por su cerrazón (como Hiponoidas y Aristocles)—; mientras que César solo aduce —como explicación externa de su comportamiento— la situación de los estandartes, Tucídides menciona la influencia de la música (con alusión a la religión), el patriotismo, la xenofobia, el orgullo profesional; mientras que los subordinados de César son de cartón piedra —¿qué relevancia tiene que P. Sextio Báculo fuese un «hombre valerosísimo» con respecto a su función como primipilo?—, en Tucídides son individuos, con sus propias voluntades, y castigados por su mal desempeño (destierro de Esparta); y mientras que en César la intervención del jefe endereza la situación, en Tucídides los planes del rey Agis hace que las cosas empeoren para su bando. Además, la atmósfera general de cada obra es muy diferente. César no nos dice nada sobre su ejército, salvo que obedece sus órdenes; lo más interesante, según se deduce de la narración, es que él mandaba. El ejército de Tucídides, en cambio, es una de esas instituciones interesantes en sí mismas, con hábitos reconocibles pero no uniformes («los ejércitos grandes tienden a hacer», es decir, que los pequeños quizá no; «todos los ejércitos se parecen en esto», es decir, que pueden no parecerse en otras cosas); y estos hábitos son el producto de la conducta humana y de los distintos tamaños. En suma, mientras que la historia de César es particular, la de Tucídides es general; una forma de arte, en todos los aspectos, más útil, más difícil y más reveladora.

Para rebatir estas críticas sobre las aptitudes de César como historiador, no cabe apoyarse en el argumento de que César era un soldado con los pies en la tierra, cuya simplificación de los temas y motivos era fruto de su exitosa relación cotidiana con las dificultades militares concretas. Porque resulta que Tucídides fue también soldado, y su *Historia de la guerra del Peloponeso* se basa en su propia experiencia, tanto por lo que él mismo presenció como por las informaciones de primera mano que obtuvo. Tiene más sentido objetar que César describía operaciones de ejércitos muy diferentes a los de las ciudadesestado griegas. Mientras que estos consistían en milicias temporales de hombres libres, los de César eran profesionales en servicio prolongado, formaciones de mercenarios reclutados voluntariamente, pero dirigidos con el látigo y la espada, y que si parecían autómatas en el campo de batalla era porque estaban entrenados para comportarse así. Esta objeción, en efecto, es buena y tiene fuerza. Pero no zanja la cuestión. Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo de Suecia puede que pensaran que con dinero, tiempo y esfuerzo, podrían crear unos ejércitos a imagen y semejanza de los que habían leído en César. Los estudiosos modernos del mundo clásico —cada vez más preocupados por la falta de comprensión real de la vida interna de las legiones que nos han dejado los antiguos— sospechan que su comportamiento era mucho más complejo, inconstante e individual de lo que César deja traslucir. Si esto era así, entonces Mauricio y Gustavo Adolfo estaban persiguiendo una quimera. Lo cierto es que ninguna organización militar de las que tenemos un conocimiento detallado y objetivo ha poseído nunca la monumental, marmórea y monolítica uniformidad que los autores clásicos atribuyen a las legiones. Podemos suponer con cierta seguridad,

por lo tanto, que esta descripción era en realidad una convención equivalente a la que hace que se diga de todo religioso que es santo, de todo templo que es sagrado, y de todo anciano que es sabio.

La diferencia entre la historiografía romana y griega está, según el profesor Michael Grant, en que la primera «empezaba con la política y el estado», mientras que la segunda «partía de la geografía y el comportamiento humano». Era lógico, por lo tanto, que la influencia de los historiadores griegos en la historiografía europea comenzase en el momento en que tal interés por «la geografía y el comportamiento humano» estaba reemplazando, en el contexto del movimiento artístico-intelectual que llamamos romanticismo, a la preocupación legalista, tan árida, que hace partir la investigación histórica de «la política y el estado». Quizá por ello, el primero que ejerció la nueva historia, Leopold von Ranke, solía resaltar que Tucídides era el mayor historiador de todos los tiempos. La nueva historia, o «historia general», de Ranke, por supuesto, no provenía de los griegos. Llegó a esa concepción independientemente, y la fue desarrollando a lo largo de su dilatada vida (1795-1886). Pero fue gracias a su defensa de los griegos que algo del espíritu práctico, realista, especulativo, ingenioso y humano de estos —cualidades opuestas todas ellas a la pesada laboriosidad de la escuela germana de la que Ranke procedía— influyó en autores de inferior categoría, muchos sin estudios académicos, e ignorantes algunos de la deuda que tenían con él.

Uno de ellos podría ser Ardant du Picq, quien, a mediados del siglo XIX, emprendió un camino sorprendente, novedoso, al considerar la batalla a partir del estudio del comportamiento humano. Du Picq era un oficial de infantería del ejército francés, veterano de Crimea y Argelia, que moriría en las afueras de Metz en agosto de 1870. En sentido estricto, su carrera militar no fue particularmente distinguida, y mucho de lo que dijo sobre los ejércitos y las batallas hoy nos parece perverso, o así ha hecho que nos lo parezca un siglo de guerras. Él abogaba, por ejemplo, por una oficialidad aristocrática. Su método histórico-militar, en cualquier caso, era único. Con el propósito de llegar a la «verdad» de la batalla, hizo circular entre sus compañeros oficiales un cuestionario en que solicitaba respuestas precisas a una extensa lista de preguntas muy detalladas sobre lo que les había ocurrido a ellos y a sus soldados mientras estaban en contacto directo con el enemigo. El cuestionario resultó un fracaso, ya que muchos de sus receptores encontraron el tono impertinente, o simplemente les aburría rellenarlo. Pero las preguntas eran inteligentes y originales, y cuando Du Picq —cuya curiosidad no había menguado pese al desinterés de sus compañeros— las aplicó al material documental, obtuvo respuestas fascinantes. Se centró en las obras de los clásicos, en especial de Polibio —un discípulo de Tucídides—, porque consideró que eran más francos que los modernos en cuanto a cómo y por qué suceden los desastres en la guerra; por qué huyen los hombres y qué ocurre cuando lo hacen. Sus conclusiones no fueron del todo originales, porque tanto el mariscal de Saxe como Guibert se le habían adelantado, al negar un siglo antes que los hombres huyesen como resultado de un «choque». Pero profundizó mucho en ello, y añadió muchas cosas sobre la muerte en el campo de batalla y la «motivación para el combate».

Du Picq no creía en el «choque» entre masas de hombres armados por dos razones, una buena y otra no tanto. La buena era su demostración, a partir de pruebas documentales, de que dos grandes masas de soldados nunca se aplastan la una contra la otra: bien porque una cede en el momento crítico; bien porque los atacantes van perdiendo durante el avance a los más cobardes de entre ellos y llegan al punto de contacto en número muy inferior al de la masa atacada. En cualquier caso, el bando que se da media vuelta y huye no lo hace porque haya sido sacudido físicamente, sino porque le han podido los nervios. La otra razón, la no tan buena, se basa en un razonamiento más complicado: el de que un cuerpo disciplinado de soldados «civilizados» siempre derrota a un cuerpo indisciplinado de bárbaros. Los bárbaros, hombre a hombre, son unos guerreros más fieros que los soldados civilizados; por lo tanto, cuando una fuerza civilizada ha vencido a una bárbara es porque no se ha producido realmente un choque, puesto que en tal caso la bárbara habría resultado vencedora.

El defecto de esta argumentación estriba en que no demuestra que los bárbaros, enfrentándose en masa, sean mejores que los soldados civilizados en el combate cuerpo a cuerpo. Pero a partir de esta negación general de la realidad del choque, demuestra, convincentemente, una verdad más instructiva sobre la naturaleza de la batalla: la de que los soldados mueren en grandes cantidades cuando huyen; porque la peor manera de defenderse es mostrándole la espalda al enemigo. Lo que hace tan formidables a los soldados civilizados es la comprensión racional de los peligros de la huida; eso, y la disciplina que los une. Disciplina no por obediencia a un principio abstracto, sino por el ejemplo y las sanciones que ejercen los oficiales de una fuerza organizada. Está diciendo, en suma, que los hombres combaten por miedo: primero, por miedo a las consecuencias de no luchar (castigo); y segundo, por miedo a las consecuencias de no luchar bien (ser baja).

Tras la muerte de Du Picq, sus ideas fueron adoptadas por el ejército francés, de una forma exagerada y errónea. Pero donde tuvieron un seguimiento más duradero fue en Estados Unidos, donde —tanto por su refrescante franqueza como por su evidente verdad— se acogió bien su tesis sobre el dominio del miedo en los acontecimientos del campo de batalla. El miedo es algo que todo el mundo puede entender; y era miedo lo que millares de combatientes estadounidenses de la guerra de Secesión habían sentido en la lucha, a veces en momentos poco oportunos para sus mandos. Esta guerra, para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, ya había producido una notable cosecha de literatura de soldados, en la que era el punto de vista de estos el que predominaba sobre el del mando en la descripción de las batallas. Muchos de estos autores no ocultaban el miedo que habían pasado. Cuando Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial, decidió registrar con detalle su esfuerzo bélico; algo que no había hecho en la Primera. Con tal fin reunió a un grupo de historiadores, unos militares y otros no, que consideraron desde el principio que, para detallar la historia del combate —diferente a la de la gran estrategia y la logística—, su enfoque debía ser el de Du Picq. Como buenos estadounidenses de su época —patriotas, populistas, seguros de sí mismos, enormemente optimistas—, daban por hecho que el espíritu de los ejércitos determina su éxito o su fracaso, y que el espíritu de Estados Unidos garantizaba el éxito del suyo. El *leitmotiv* de su historia, pues, sería el examen de cómo el soldado estadounidense superó sus miedos para cumplir con su deber.

Las conclusiones a las que llegaron los Equipos Históricos Estadounidenses, como resultado de miles y miles de entrevistas a individuos y grupos que acababan de combatir, se conocen hoy de sobra. Son la base de las magníficas historias de la campaña estadounidense, y un duro resumen fue publicado por el principal historiador del teatro de operaciones europeo, el general S. L. A. Marshall. Este viene a ser un Ardant du Picq estadounidense, que, partiendo de su idea básica —la de que el campo de batalla es un lugar de terror— llega a una conclusión distinta en cuanto a cómo el soldado debería superar sus miedos. Para ambos, el ejército es un auténtico organismo social, gobernado por sus propias leyes sociales; y coinciden en que la disciplina formal, impuesta desde arriba, tiene un alcance limitado a la hora de hacer combatir a los hombres. Pero Du Picq, aunque utiliza una frase que sin duda le interesaría a Marshall —la de que los soldados deben desarrollar «una relación mutua, que es lo que funda el orgullo»—, considera que la supresión del miedo es principalmente una tarea del oficial. Marshall, de una manera muy estadounidense, piensa que esta es una tarea que le corresponde a cada uno en la línea de fuego. «Siempre que se estudian las fuerzas en el campo de batalla», escribe en su obra maestra, *Men against Fire* [Hombres contra el fuego], «se ve que el miedo es general entre los hombres; pero, si se observa bien, se ve que estos son por lo general reacios a que su miedo se manifieste en acciones concretas que sus compañeros puedan tachar de cobardes. La mayoría rechazan asumir riesgos extraordinarios y no aspiran al papel de héroe; pero rechazan igualmente que se les considere menos dignos que a los demás». Por lo tanto, concluye Marshall, es vital que un ejército fomente el estrechamiento de relaciones entre sus soldados y la

creación de grupos de amigos —preferiblemente en torno a alguien que sea un «combatiente nato»—, ya que será esta «relación mutua» la que garantizará que nadie retroceda ni escurra el bulto: «Cuando a un soldado [...] lo conocen los hombres que le rodean, [...] hace bien en temer perder lo único que posiblemente valore más que la vida, esto es, su reputación entre los demás».

¿VEREDICTO O VERDAD?

En el método histórico de Marshall hay otra cosa, además de la confirmación de la presencia del miedo entre los hombres en el campo de batalla. Su trabajo con soldados de infantería que acababan de luchar —tanto contra los japoneses en las islas del Pacífico, como contra los alemanes en Normandía— le reveló un hallazgo sorprendente: que incluso en las unidades «altamente motivadas», e incluso sometidas a duros ataques, nunca utilizaron sus armas más de un cuarto de los «combatientes». «El ejército no puede destruir [al hombre occidental]», escribió en *Men against Fire*.

He de reconocer que [ese hombre] proviene de una civilización en la que la agresividad, cuando tiene que ver con quitar la vida, está proscrita y resulta inaceptable. Las enseñanzas e ideales de esta civilización están en contra de matar y de abusar. El temor a agredir se le ha inculcado tan poderosamente, y lo ha absorbido tan profunda e íntegramente —casi con la leche materna—, que forma parte de la constitución emocional habitual del hombre. Esta es su mayor limitación cuando entra en combate. Dispara, pero con la profunda conciencia de que existe una restricción.

Estas dos asunciones básicas de Marshall —la de que todos los hombres tienen miedo en el campo de batalla; y la de que la mayoría, pese a su miedo, sigue actuando conforme a su cultura y su sistema de valores— son la causa de que sus relatos de batalla tengan un sabor original e inconfundible. Es un sabor que podríamos calificar de particularmente estadounidense, por su poderoso influjo en los historiadores de esa nacionalidad, en especial los que aprendieron su oficio en los Equipos Históricos Estadounidenses. También lo es por su tendencia a centrar el interés en el soldado común más que en el mando, en las acciones de la mayoría más que en las decisiones de unos pocos; lo que concuerda con el espíritu de la vida en Estados Unidos y con las tradiciones de su educación histórica.

Con todo, hay que poner límites a la utilidad y la aplicabilidad general del método de Marshall. Porque el fin último de su trabajo no fue solo describir y analizar —por más que sus descripciones y análisis resulten excelentes—, sino señalarle al ejército estadounidense los errores en su manera de combatir. Estaba convencido de que el éxito en la batalla dependía de una correcta estructuración del ejército; y, debido a este propósito suyo de defender una nueva estructura basada en grupos pequeños, o «equipos de fuego», formados en torno al «combatiente nato», se le pueden achacar ciertos énfasis y razones interesadas. Sus argumentos fueron efectivos, y Marshall tuvo la experiencia —poco usual para un historiador— de ver su mensaje no solo aceptado, sino puesto en práctica. Pero, justo por esto, hay argumentos ante los que debería precaverse un historiador, cuya formación le obliga a no simplificar, sino a reflejar la complejidad de los asuntos humanos. Una dosis de Marshall es un buen correctivo, pero no una panacea para todos los males de la historia militar.

Ni sería una panacea para abjurar del esquema «ganar/perder» de las batallas decisivas, ni del

tipo de relato que pone el foco en los hechos de los generales —al que se podría calificar de «estrategocéntrico»—, que proviene de César. Al escribir sobre batallas, como sobre cualquier otra cosa, hay que llegar claramente a un juicio, y sería un error ignorar, o siquiera minimizar, la influencia que la clase dirigente ha tenido en los hechos. La cuestión estaría más bien en cómo llegar a ese juicio, y bajo qué prisma habría que proyectar sus caracteres principales. No caben reglas absolutas o apresuradas. Aunque sí sugerencias y analogías útiles. A mi juicio, la analogía más útil es la que podemos encontrar en la diferencia que hay entre los sistemas judiciales inglés y francés. En Inglaterra (y en Estados Unidos), la tarea del tribunal en las causas criminales, que recae en el jurado, es llegar a un veredicto de «culpable» o «no culpable», a partir de las pruebas presentadas por el fiscal y el abogado defensor, respectivamente. Los juicios son conflictos, y los veredictos decisiones; cada parte «gana» o «pierde». En Francia, y en otros países que siguen el derecho romano, la tarea del tribunal en una causa criminal es llegar a la verdad, hasta donde humanamente sea posible; y la labor de establecer dicha verdad no recae sobre un jurado, a quien solo se le pide que formule un juicio, sino en un *juge d'instruction* [juez de instrucción]. Este funcionario de justicia, desconocido en la ley inglesa, tiene muy amplios poderes para interrogar —al sospechoso, a sus familiares, a sus socios— y para investigar —las circunstancias, el escenario del crimen—, pudiéndole pedir al sospechoso, como hace a menudo, que participe en una reconstrucción. Solo cuando el juez de instrucción está convencido de que ha tenido lugar un crimen y que el sospechoso es responsable, remitirá el caso a juicio.

A estos dos enfoques legales se les suele definir como «acusatorio» (el inglés) e «inquisitivo» (el francés). Y puede que los dramáticos elementos acusatorios del sistema inglés hayan tenido su efecto —después de todo, Creasy era abogado— en la forma en que la historiografía inglesa, y la estadounidense hasta hace poco, se ha manifestado. Porque, como hemos visto, la mayoría de los historiadores británicos sientan implícitamente a alguien o algo en el banquillo —a un general o a un ejército—, le acusan de un crimen —la derrota si es amigo, la victoria si es enemigo—, y organizan sus pruebas para demostrar su responsabilidad. Realmente, un historiador no puede hacer mucho más desde el enfoque acusatorio. El inquisitivo, en cambio, confiere mucha más libertad de acción; aunque lo cierto es que se adopta pocas veces.

Este último enfoque le permitiría al historiador, por ejemplo, analizar las batallas no forzosamente como conflictos que se tienen que dirimir, sino como hechos sin valoración —porque así es como les aparecen a muchos combatientes y a la mayoría de los meros espectadores—; de este modo, al no haber partido de una postura predeterminada, podrá alcanzar una visión más clara del significado real de la batalla. El enfoque inquisitivo libraría también al historiador del debate acerca del sentido que pudo haber tenido una batalla concreta. La batalla del Marne fue algo de lo que los alemanes no tuvieron conciencia en el momento del combate; y Telford Taylor ha demostrado con solvencia que la batalla de Inglaterra, que según Churchill «debió de empezar» en junio de 1940, nunca tuvo lugar para Hitler. Siguiendo con la analogía legal, el enfoque inquisitivo debería conducir también al historiador a llevar a cabo una auténtica labor detectivesca —siguiendo la pista de los mensajes desde la fuente hasta el receptor, relacionando las horas de su partida y llegada con el desarrollo de los acontecimientos en la batalla— para alcanzar un juicio equilibrado sobre la influencia que tuvo el mando en el resultado. Esto es algo que hacen muy bien los mejores historiadores navales, y que, por ejemplo, se ha hecho también en un estudio de la batalla de las Ardenas, en un juego de la guerra habitual en la Escuela de Mando y Estado Mayor estadounidense. Pero es algo que han intentado pocos historiadores, y cuando lo han hecho ha sido muy esquemáticamente; y eso pese a la provocadora afirmación de Tolstói en *Guerra y paz* de que los generales no influyen en absoluto en los resultados de las batallas.

El enfoque inquisitivo permite más libertades aún; pero también impone tareas pesadas. Permite,

por ejemplo, analizar los efectos a largo plazo que una gran batalla —como cualquier otro hecho violento— ejerce sobre las actitudes culturales y nacionales. Del mismo modo que el terremoto de Lisboa, según se afirma, estimuló la observancia religiosa en la Europa del siglo XVIII, suele decirse que la batalla de Stalingrado fue la lección suelta más importante para la educación de una Alemania democrática. ¿Qué hay de verdad en ello? La represión de la Comuna de París en 1871 dejó, sin duda, unas cicatrices en la psique de las clases trabajadoras de París que aún duelen. Pero ¿cuánto afectó exactamente la batalla de Francia de 1940 a la psique de la nación francesa? La enorme dificultad de esta pregunta no debería disuadirle al historiador de que intentara encontrar una respuesta. Algunos ya lo han hecho. Alistair Horne trató de demostrar que la experiencia de Verdún en 1916 llevó a los franceses, a partir de la construcción de la línea Maginot, a la construcción de la fortaleza de Dien Bien Phu; y la caída de esta, al colapso de su imperio colonial. Pero un examen real requiere más espacio del que Horne le dedica a Verdún al final de su libro; así como una manera muy particular de expedición histórica, que consistiría no tanto en buscar en los archivos, como en viajar a través de la literatura nacional, desde *La muerte en el alma*, de Sartre, a la banda sonora de *La tristeza y la piedad*, pasando por el guión de *Juegos prohibidos*.

El tratamiento de la batalla en la ficción es un tema del que casi no se han ocupado los críticos literarios, pero que deberían abordar los historiadores militares, con su especial habilidad para comprobar la veracidad y la probabilidad. Para ello pueden pensar también en aproximarse al contexto social de la época de las propias batallas. Por ejemplo, ¿cuán violenta era la sociedad —y la clase social específica— de la que Wellington reclutó su escoria para luchar en la Península? ¿Qué sentido del sacrificio tenía en general la Europa de 1914, en la que una veintena de mandos —sería fácil hacer la lista— perdieron a sus hijos y yernos en las batallas que dirigían, y continuaron en sus puestos sin pestañear? Más allá del efecto general, ¿de qué modo preciso repercutieron las pérdidas —los resultados humanos en que se miden las consecuencias de las batallas— en los sentimientos de una población que las sufriera repentina y masivamente —como el Norte-Paso de Calais después de la batalla de Morhange en agosto de 1914, o Belfast tras la del Somme— y cuánto duró el daño demográfico? O, lo que es aún más importante, ¿cuánto duraron los lazos que se forjaron en una batalla determinada entre los hombres que sobrevivieron, y qué importancia tuvieron para sus vidas en los años posteriores? Haber estado «fuera» en 1916 fue un importante pasaporte para la vida política en la Irlanda independiente; y, algo que resulta algo menos perceptible, haber estado en la Segunda División Acorazada del ejército francés en la batalla de Normandía fue un boleto para el triunfo final del gaullismo. Al historiador le debe interesar enormemente conocer el empeño sutil y tácito, tendente a proteger y favorecer los intereses comunes, que existe entre los hombres que han «asistido al mismo espectáculo».

Estas son solo algunas de las direcciones en que, a mi juicio, debería adentrarse el estudio de la batalla. Muchas de ellas me tientan; pero soy consciente de que, tanto por sus dimensiones como por mis limitaciones, la mayoría quedan fuera de mi alcance. Lo que me propongo intentar aquí es algo a la vez pequeño e importante: recuperar el concepto de «pieza de batalla» y sugerir otros caminos posibles, lejos de los estereotipos por los que —debido a la costumbre y a la imitación irreflexiva— ha venido transitando durante tanto tiempo. No me propongo escribir sobre generales, ni sobre el mando, salvo para estudiar cómo ha influido la presencia física del jefe en el espíritu de combate de sus subordinados. No me propongo tratar formalmente de logística ni estrategia, ni apenas de táctica. Ni me propongo ofrecer una visión de los hechos con las versiones de cada bando, puesto que lo sucedido en cualquiera de ellos en las batallas que describo será suficiente para señalar las características que considero importantes. Sí me propongo, en cambio, ocuparme de las heridas y su tratamiento, de la mecánica de ser cogido prisionero, de la naturaleza del liderazgo en los niveles inferiores, del papel de la coerción para que los hombres resistan en su puesto, de los accidentes

como causa de muerte en la guerra, y, sobre todo, de qué peligros representan para el soldado las distintas clases de armas en el campo de batalla. A grandes rasgos —pero creo que de manera pertinente—, se pueden distinguir tres clases: el arma blanca (espada, lanza); el arma de proyectil único (mosquete, rifle); y el arma de proyectiles múltiples (ametralladora, proyector de partículas de gas tóxico). He escogido tres batallas para describirlas en detalle: Agincourt, Waterloo y el Somme. El motivo de mi elección ha sido la disponibilidad de pruebas. Y mi propósito es demostrar, con toda la exactitud que sea posible, cómo fueron (y son), respectivamente, las guerras con armas blancas, con armas de proyectil único y con armas de proyectiles múltiples; y aproximarme a cómo y por qué controlan su miedo los hombres que han tenido (y tienen) que afrontarlo, cómo y por qué restañan sus heridas, y cómo y por qué van a la muerte. Se trata de un intento personal de vislumbrar el rostro de la batalla.

II AGINCOURT, 25 DE OCTUBRE DE 1415

Agincourt es uno de los acontecimientos épicos de la historia inglesa que se visualizan de un modo más inmediato y vívido, y uno de los de más grata contemplación. Es una victoria del débil sobre el fuerte, del soldado de a pie sobre el caballero montado, de la resolución sobre la grandilocuencia, del desesperado, acorralado y alejado de su casa sobre el prepotente y engreído. Visualmente, es un cuadro prerrafaelita, o mejor, quizá, de la Galería de los Medici: una composición de poderosas líneas verticales y horizontales, con el choque del rojo oscuro y el verde Lincoln contra el gris pescado y el azul ártico. Es una visita escolar al teatro Old Vic: qué divertido es Shakespeare, luz y sonido, versos blancos, Lawrence Olivier con armadura; es un episodio que despierta el interés del alumno que por lo general se aburre en las clases de historia, una muestra de la superioridad moral inglesa y un ingrediente entrañable del evanescente mito nacional. Es también una historia de matarifes en acción y de una atrocidad absoluta.

LA CAMPAÑA

Para el historiador militar, los sucesos de la campaña de Agincourt son reconfortantemente sencillos de relatar. Porque, para ser una batalla medieval, está sorprendentemente bien documentada: se puede determinar su cronología con notable precisión, se ha aceptado siempre la localización exacta de la batalla culminante, su topografía ha experimentado pocos cambios en medio milenio, y hay menos incertidumbre de la habitual en cuanto a los efectivos que tomaron parte en cada bando.

A finales del verano de 1415, Enrique V, de veintisiete años, y rey de Inglaterra desde hacía dos, se embarcó para invadir Francia. Lo hizo para reanudar las reclamaciones de su linaje sobre las tierras ganadas y perdidas por ella en el siglo anterior, en lo que hoy conocemos como la guerra de los Cien Años. Inglaterra, naturalmente, no había perdido todas sus posesiones francesas. Mantenía Calais y sus alrededores, Burdeos y un extenso enclave por detrás y hacia el sur, a lo largo de la costa: un área que se corresponde, en su totalidad o en parte, con los actuales departamentos de las Landas, Pirineos Atlánticos, Gironda, Dordoña, Charente y Charente Marítimo. Pero las posesiones que consiguió en 1360 por el Tratado de Brétigny, con que finalizó la campaña de conquista de Eduardo III, eran mucho más amplias y comprendían Poitou y Aquitania, al norte y este de Burdeos, casi un tercio de todo el territorio francés. Estas eran las tierras que Enrique V había decidido recuperar; y parece que también estaba dispuesto a reavivar las demandas inglesas sobre el ducado de Normandía, del que el rey Juan había sido desheredado en 1204.

En lo que se refiere a la estrategia militar prevista para la campaña, solo podemos hacer conjeturas. Los acuerdos entre los jefes de los principales contingentes que acompañaron al rey se referían a operaciones tanto en el norte como en el sur de Francia, pero no parece probable que desde el principio se propusiesen internarse en el corazón del país. Las incursiones de este tipo habían desgastado la moral y los efectivos de varios ejércitos ingleses durante el último tercio del siglo

anterior, y habían permitido a los franceses —que habían rehusado deliberada y persistentemente presentar batalla, durante el periodo que hoy conocemos como guerra de Duguesclín (pues fue este condestable de Francia el que emprendió esta estrategia de desgaste)— reducir a escombros la extensa red de castillos y ciudades amuralladas mediante la que Inglaterra mantenía sus posesiones francesas. Parece ser que el plan de Enrique era justo el contrario que el del Príncipe Negro y Juan de Gante. Solo se lanzaría a operaciones itinerantes después de haber asegurado una base firme, que trataría de establecer al otro lado de la ruta naval más corta posible. Esta decisión restringía sus opciones de desembarco a las costas de Normandía, Picardía, Artois y Flandes. Consideraciones parecidas empujarían en el futuro a los británicos y estadounidenses que planeaban el desembarco del Día D a decidirse por Normandía. Enrique eligió la bahía del Sena y el puerto de Harfleur.

El ejército embarcó en Portsmouth en la segunda semana de agosto, zarpando el día 11. Se había ido formando desde abril, mientras Enrique llevaba a cabo negociaciones deliberadamente inconclusas con Carlos VI, y al final contaba con unos 10 000 hombres en total, 8000 arqueros y 2000 hombres de armas, sin contar los elementos auxiliares. Mucho espacio de los barcos, había 1500, estaba ocupado por la impedimenta y los caballos de la expedición: casi uno por cada hombre de armas, y otros para el séquito y los carros del bagaje. La travesía duró algo más de dos jornadas, y en la mañana del 14 de agosto empezaron a desembarcar sin oposición francesa en una playa situada a unos cinco kilómetros al este de Harfleur. Dedicaron tres días a montar el campamento, y el 18 de agosto comenzó el cerco a la ciudad. Esta no tenía una guarnición importante, pero sí fuertes defensas naturales y artificiales: los ríos Sena y Lézarde y un cinturón de pantanos la protegían por el sur, el norte y el este. El intento de excavar una mina bajo el foso del oeste fue abortado por contraminas francesas, por lo que el pequeño destacamento del sitio, que comprendía al menos tres cañones, inició el bombardeo de esa sección de la muralla. Aguantó casi un mes, hasta que el derrumbamiento de una puerta de defensa importante, más varios intentos frustrados de salida y el que el ejército francés no acudiera en auxilio, convencieron a la guarnición de que tenía que rendirse. Tras las negociaciones, la ciudad abrió sus puertas a Enrique el domingo 22 de septiembre.

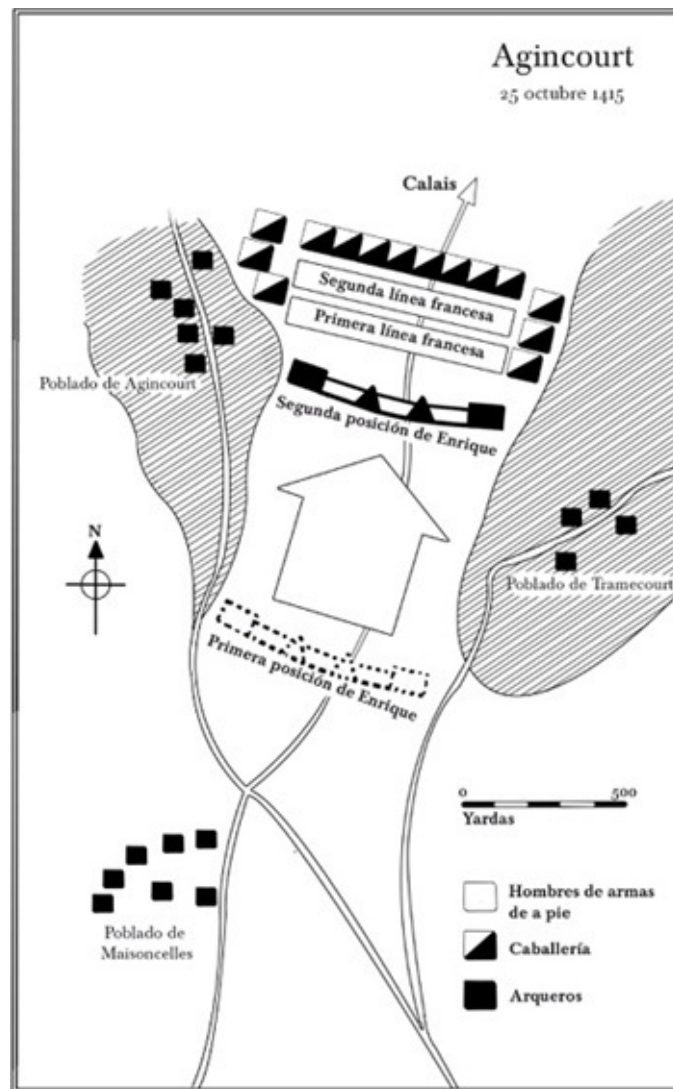
Ya tenía su base, pero no le quedaban fuerzas ni tiempo para proseguir su campaña ese año. Al menos un tercio de su ejército había muerto o se encontraba inutilizado, fundamentalmente por las enfermedades; y se esperaban las lluvias de otoño. A principios de septiembre había puesto por escrito su intención de marchar por el Sena hasta París, y de aquí a Burdeos, en cuanto cayese Harfleur. Algo ya a todas luces irrealizable. Pero el honor le exigía no abandonar Francia sin hacer antes alguna incursión, aunque fuese a escala pequeña, por las tierras reclamadas. Durante un largo consejo de guerra, que tuvo lugar el 5 de octubre, convenció a sus segundos de que podrían simular que buscaban batalla con los ejércitos franceses —que se sabía se estaban reuniendo—, y luego dirigirse hacia el refugio seguro de Calais. El 8 de octubre emprendió la marcha.

El camino directo era de unos doscientos kilómetros, y cruzaba una serie de ríos, de los que solo el Somme suponía un obstáculo importante. Comenzó siguiendo la costa hasta el río Béthune, que cruzó el 11 de octubre, y reabasteció a su ejército en Arques. Al día siguiente cruzó el Bresle, cerca de Eu, tras haber cubierto ciento treinta kilómetros en cinco días; y el 13 de octubre torció hacia tierra adentro para cruzar el Somme por encima de su estuario. Durante su avance, recibió las primeras noticias sobre el enemigo, que no eran buenas: el vado más próximo estaba defendido por una fuerza de 6000 hombres. Después de discutirlo, rechazó la idea de retirarse y viró hacia el sureste, siguiendo el río hasta encontrar un vado que no estuviera guardado. Durante los cinco días siguientes, mientras su ejército estaba cada vez más hambriento, los franceses se mantuvieron a su altura por la orilla norte, hasta que el sexto día, forzando la marcha por la llanura de Santerre (que sería escenario de una gran batalla de carros británicos el 8 de agosto de 1918), se les adelantó hasta un par de pasos sin guardar, aunque en malas condiciones, entre Béthencourt y Voyennes. Los

zapadores los habilitaron a toda prisa y el ejército ya pasó esa noche, la del 19 de octubre, en la otra orilla. Enrique mandó descansar el 20 de octubre, algo que sus hombres necesitaban tras haber recorrido trescientos veinte kilómetros en doce días; pero la llegada de los heraldos franceses desafiándoles a luchar les recordó que no podían demorarse. El 21 de octubre recorrieron treinta kilómetros, atravesando los rastros de un importante ejército francés; y durante los tres días siguientes recorrieron otros noventa. Les quedaban ya dos días de marcha, como mucho tres, para estar a salvo. Pero eran conscientes de que los franceses les habían alcanzado y se mantenían a su altura por el flanco derecho. Y al atardecer del 24 de octubre, los exploradores volvieron con la información de que el enemigo se les había adelantado y se estaba desplegando para la batalla frente a ellos. Enrique ordenó que sus hombres se desplegaran también; pero ya estaba anocheciendo. Finalmente, los franceses se retiraron un poco hacia el norte, donde acamparon a caballo del camino de Calais.

El ejército inglés buscó el refugio que pudo para pasar la noche, dentro del pueblo de Maisoncelles y en sus alrededores, comió de sus escasas provisiones, se confesó, oyó misa y se dispuso para la batalla. Con las primeras luces, los caballeros y los arqueros salieron y se desplegaron entre dos bosques. El ejército francés, compuesto casi exclusivamente por hombres de armas de a caballo y de a pie, se había desplegado para hacerles frente, ocupando una posición similar, a unos novecientos metros de distancia. Así se mantuvieron los dos ejércitos durante cuatro horas. Enrique esperaba, al parecer, que los franceses atacaran. Estos, por su parte, que sabían que Enrique tendría que moverse tarde o temprano —bien para atacar, lo que les convenía; bien para retirarse, lo que les convenía aún más—, se mantenían de pie o se sentaban, relajados, comiendo, y llamándose alegremente los unos a los otros. Al fin, Enrique mandó levantar las estacas (literalmente: desde la semana anterior, los arqueros portaban estacas puntiagudas para defender sus líneas) y avanzar hacia la línea francesa. Cuando llegaron a unos doscientos setenta metros, alcance máximo de los arqueros, estos plantaron sus estacas y lanzaron la primera andanada de flechas. Los franceses, provocados por ellas, tal como pretendía Enrique, lanzaron cargas de hombres a caballo desde las alas del cuerpo principal. Antes de que hubiesen terminado de cruzar la distancia de separación, los hombres de a pie emprendieron tras ellos su marcha; unos y otros llevaban armadura completa. La caballería no pudo romper la línea inglesa, sufrió pérdidas a causa de los arqueros y se dio la vuelta. En el regreso, muchos caballeros y monturas sin jinete tropezaron con los hombres que avanzaban a pie. Estos, pese al choque, se mantuvieron juntos y avanzando. Dirigieron su ataque contra los hombres de armas ingleses, que se desplegaban en tres grupos, con arqueros entre ellos y en los dos flancos. Desdeñando al parecer el combate con los arqueros, aunque sus flechas les ocasionaban pérdidas, los franceses apresuraron el paso en los últimos metros y chocaron con el centro de la línea inglesa. Esta cedió por un momento. Pero los franceses estaban tan apretados que no tenían espacio para utilizar sus armas y agrandar la brecha. Los hombres de armas ingleses recuperaron el equilibrio y reaccionaron, apoyados por numerosos arqueros que abandonaron sus arcos y corrieron contra los franceses con hachas, mazas y espadas, o con las propias armas abandonadas del enemigo que recogían del suelo. Siguió un breve pero sangriento episodio de lucha cuerpo a cuerpo donde la iniciativa fue casi totalmente inglesa. Muchos de los soldados de a pie franceses con armadura cayeron y fueron rematados en el suelo; otros que consiguieron mantenerse en pie no pudieron defenderse y fueron muertos mediante tajos en las juntas de las armaduras, o dejados sin sentido con golpes de maza. Cuando llegó la segunda línea francesa, se vio trabada en el combate, resultándole imposible reequilibrar la lucha, por más que incrementaran la cantidad de efectivos, que ya era muy superior antes. Por último, los franceses que pudieron zafarse de la lucha se retiraron hasta donde se encontraba el resto de su ejército, compuesto por una tercera línea de hombres de armas de a caballo, que estaban a la espera. Lo mismo hicieron los ingleses que les hacían frente, en varios lugares,

sobre montones de cadáveres de franceses muertos, moribundos o mutilados, que según un cronista «superaban a un hombre en estatura». Otros rodeaban a franceses desarmados o levemente heridos y los conducían hacia la retaguardia, donde eran agrupados y vigilados.



Mientras sucedía esto, un noble francés, el duque de Brabante, que había llegado tarde a la batalla debido a un bautizo, improvisó una carga; pero fracasó en su intento de romper la línea inglesa, que aún se mantenía. Enrique la había mantenido prudentemente porque la tercera línea francesa —de a caballo— no se había dispersado, y debió de temer que cargasen contra ellos si todo el ejército inglés abandonaba la formación y se dedicaba a capturar y saquear a los prisioneros. Por la tarde, se detectaron señales de que los franceses se estaban dando ánimos para cargar a pesar de todo; y, más o menos simultáneamente, un grupo de campesinos armados, dirigidos por tres caballeros montados, aparecieron súbitamente entre los carros del bagaje, causando algunas pérdidas y robando algunos objetos de valor, entre ellos una de las coronas del rey, hasta que fueron rechazados.

Este incidente, o puede que la persistente amenaza de la tercera línea francesa, impulsó entonces a Enrique a ordenar matar a los prisioneros. La orden no fue obedecida de inmediato, y por razones comprensibles. Al margen de que los captos pudieran tener una cierta repugnancia moral o física, o no hubieran entendido del todo las razones que motivaban la orden —que los prisioneros les podían atacar por la retaguardia con las armas recogidas del suelo si la caballería francesa atacaba de pronto por el frente—, los soldados ingleses más pobres, y quizá no solo los más pobres, serían reacios a prescindir de las perspectivas de rescate que conllevaría la matanza de prisioneros. Pero Enrique fue inflexible. Destacó a un escudero y a doscientos arqueros para que llevaran a cabo la ejecución, y

solo los detuvo cuando vio claramente que la tercera línea francesa empezaba a recoger sus cosas y a retirarse del campo. Mientras, muchos más franceses habían sido muertos; algunos ingleses estaban incluso quemando a prisioneros heridos que se encontraban en chozas a las que se les había llevado para proporcionarles abrigo.

Los más nobles y ricos fueron, en cualquier caso, perdonados, y aquella noche cenaron con el rey en Maisoncelles, la base de la noche anterior, a la que habían regresado. Por el camino había reunido a los heraldos de ambos ejércitos, que habían presenciado la batalla desde su sitio, y acordó con el principal de los franceses un nombre para la misma: Agincourt, por la plaza fortificada más próxima. Al día siguiente, después de reunir al ejército, organizar a los prisioneros y distribuir los heridos y las cargas del botín para el transporte, marchó con su ejército por el campo de batalla hacia Calais. Numerosos heridos franceses habían conseguido huir del campo, o les habían ayudado a hacerlo, durante la noche; los que aún vivían y no servían para un rescate, fueron rematados. El 29 de octubre, el rey alcanzó Calais con dos mil prisioneros. Inmediatamente embarcó para Inglaterra, donde un grandioso cortejo de ciudadanos exultantes lo escoltó hasta Londres.

Estos son, en síntesis, los hechos de la batalla, según la registraron siete u ocho cronistas, que no discrepan en lo sustancial en cuanto a la secuencia, el carácter y el significado de los mismos. Naturalmente, aunque tres de ellos estuvieron presentes, ninguno fue testigo de todo lo que sucedió, ni siquiera de la mayor parte. El día después de una batalla, un ejército, sobre todo si es pequeño como el de Agincourt, tenía que ser a la fuerza un foro informativo bastante eficaz, y parece probable que pudiera cristalizar rápidamente una visión bastante exacta de lo acontecido —aunque no necesariamente por qué y cómo aconteció— en la mente de cualquier interrogador diligente; mientras que una versión popular, no muy distinta de esa, circularía pronto dentro y fuera de las filas. Por eso parece razonable pensar que el relato de Agincourt que nos ha llegado es bueno; y, en todo caso, buscar uno mejor no reportaría ventajas.

LA BATALLA

De lo que carecemos casi por completo es, sin embargo, de la imagen y del conocimiento de la materialidad del combate; así como del ánimo, la perspectiva y la destreza de los combatientes que formaban parte de la visión de los cronistas. Simplemente, no podemos representarnos, como sí podían hacer ellos, la forma de la nube de flechas de Agincourt, o cómo sonaba; ni lo que los hombres de armas con armadura pensaban hacerse unos a otros en cuanto chocaran; ni a qué velocidad y con qué densidad cargó la caballería francesa; ni cómo le aparecería la melé —es decir, la apretada masa de hombres que luchaban cuerpo a cuerpo— a un observador externo, por ejemplo a los hombres de la tercera línea francesa; ni qué nivel alcanzó el ruido de la batalla; ni cómo lograban hacerse oír los mandos, si es que lo lograban. Estas preguntas conducen a búsquedas menos tangibles: ¿cómo operó el mando una vez que chocaron, por medio de exhortaciones o del ejemplo? ¿O sus acciones concertadas dependían de tácticas previamente ensayadas y del espíritu de cuerpo? ¿O es que no había mando, sin más, sino que cada hombre —o cada hombre valiente— luchaba por sí mismo? Y a otras menos tangibles aún: ¿qué significaba «valiente» en el contexto de la lucha medieval? ¿Cómo calibraban los riesgos a los que se tenían que enfrentar, tal y como sabemos que hacen los seres humanos? ¿Los hombres de a pie temerían más a los caballos que a sus jinetes? ¿Los hombres de armas tendrían más miedo a las flechas que al encuentro con los hombres de armas del enemigo, con armadura como ellos y al alcance de unas armas equivalentes a las suyas? ¿Era más

seguro seguir luchando que rendirse cuando la presión era muy grande? ¿Era más peligroso huir que permanecer en la lucha?

A muchas de estas preguntas solo se puede responder con conjeturas, por muy interesantes que estas conjeturas puedan resultar. A otras, en cambio, se puede responder con un aceptable margen de probabilidad, porque sus parámetros son técnicos. Por ejemplo, todo lo referido a la velocidad del avance, la densidad de las formaciones o el efecto de las armas se puede calcular a partir de las capacidades defensivas conocidas de la armadura, del poder de penetración de las flechas, de las dimensiones y capacidades del cuerpo humano, o de la capacidad de carga y la velocidad del caballo. Y, a partir de las probabilidades razonables acerca de estos aspectos militares, podemos saltar hacia un entendimiento de la dinámica misma de la batalla y del espíritu de los ejércitos que la libran.

Para empezar, y aunque se trate de algo artificial, dividiremos la batalla en una secuencia de sucesos separados. Comenzó, como ya sabemos, con los dos ejércitos formando en las primeras luces del alba: si ocurrió justo al principio o bien algo después —sobre las 6:40— es un detalle sobre el que no podemos esperar que los cronistas alcanzasen el nivel de precisión de la Escuela de Estado Mayor. Y, en efecto, no lo alcanzaron. También en las cifras hay imprecisiones; especialmente en las que se refieren a los franceses. Porque, si con el ejército de Enrique hay un cierto consenso —apoyado en otras pruebas— de que tenía entre 5000 y 6000 arqueros y 1000 hombres de armas, con el de los franceses, en cambio, la cifra oscila entre 10 000 y 200 000. El coronel Burne resuelve convincentemente esta oscilación y concluye que la cifra era de 25 000, de los que una gran parte eran hombres de armas con armadura. De estos, unos 1000 iban a caballo y el resto a pie.

En un principio, los dos ejércitos formaron a una distancia de unos novecientos metros, cada uno en una parte de un extenso campo de labor, despejado y casi llano, bordeado a cada lado por un bosque. La anchura del campo, que había sido sembrado hacía poco con trigo de invierno, tenía un kilómetro y cien metros en la parte francesa. Los bosques convergían ligeramente hacia la inglesa. Y, en el punto en que los dos ejércitos se enfrentarían finalmente, el campo tendría entre ochocientos y novecientos metros. (Suponiendo que las lindes de los bosques no hayan cambiado mucho, lo que parece razonable, ya que los límites de los campos suelen permanecer muy estables a lo largo de los siglos).

Los hombres de armas ingleses, la mayoría de los cuales iban a pie, se desplegaron en tres bloques, a las órdenes del duque de York el de la derecha, a las del rey el del centro, y a las de lord Camoys el de la izquierda. Los arqueros se colocaron entre estos bloques, y también en los flancos; toda la línea tenía un grosor de cuatro o cinco hombres. Los arqueros de los flancos se habrían adelantado, y los de los dos grupos interiores habrían adoptado una formación en cuña. Según esto, los hombres de armas aparecerían ligeramente rezagados en el despliegue. Frente a ellos, los franceses se habían dispuesto en tres líneas, de las cuales la tercera era de a caballo; y con dos grupos en los flancos, cada uno de 500 jinetes. Las dos líneas delanteras, con algunos arqueros entre ellas y algunos cañones poco eficaces en los flancos, puede que tuvieran unos 8000 hombres, cada una con un grosor de ocho. A ambos lados, los mandos de los distintos contingentes —nobles, abanderados y caballeros— desplegaban sus estandartes, bajo los cuales iban a combatir con sus hombres. Entre los franceses hubo un agotador forcejeo, durante el despliegue, por colocar estos estandartes en primera fila.

Una vez desplegados, los dos ejércitos estaban dispuestos para el combate. Este, como se ha visto, se desarrolló en doce episodios principales: 1) la espera; 2) el avance inglés; 3) el lanzamiento de flechas de los ingleses; 4) la carga de la caballería francesa; 5) el avance de la infantería francesa; 6) el choque entre los hombres de armas de los dos bandos; 7) la entrada de los arqueros ingleses en la melé; 8) la huida de los supervivientes franceses del lugar del choque; 9) el segundo periodo de espera, durante el cual se mantuvo amenazante la tercera línea francesa, y un grupo pequeño llevó a

cabo otra carga; 10) el golpe de mano francés contra los carros del bagaje; 11) la masacre de los prisioneros franceses; y 12) el abandono de los dos bandos del campo de batalla. ¿Cómo fue cada uno de estos episodios y qué influencia tuvieron en la marcha de los acontecimientos?

El periodo de espera —de tres a cuatro horas, probablemente desde las siete hasta las once— debió de resultar agotador. Dos cronistas mencionan que los soldados de las primeras filas francesas se sentaron, y comieron y bebieron, y hubo bastante griterío, bromas y estentóreas reconciliaciones entre los que andaban peleados. Pero esto se produjo después de que hubiesen resuelto, a codazos y empujones, quiénes iban en la primera línea; se puede suponer que no hubo una pugna propiamente dicha, sino un proceso que situó a los más grandes y bravos por delante de los más tímidos y humildes. No hay mención de que los ingleses hicieran lo mismo; pero, teniendo en cuenta que estaban realmente apurados y que su línea de batalla era mucho más fina, no debían de sentir la necesidad de disputarse el lugar de honor. Es también poco previsible que comieran y bebieran demasiado, puesto que andaban escasos de víveres desde hacía nueve días; se dijo que los arqueros habían subsistido durante las últimas marchas a base de nueces y fresas. Para los ingleses la espera tuvo que ser, pues, un lamentable periodo de hambre y frío. Había estado lloviendo, el campo estaba recién arado, la temperatura era probablemente de entre cinco y diez grados centígrados, y muchos padecían diarrea. Dado que, presumiblemente, no se le permitiría a nadie abandonar la formación, los afectados tendrían que aliviarse en su lugar. Y ni siquiera esto podrían hacer los hombres de armas que llevasen las polainas de malla atadas a la armadura.

La orden de avanzar que dio el rey, después de que los veteranos le asegurasen que los franceses no se iban a retirar, sería en general bien recibida. El movimiento al menos le proporciona al cuerpo algo de calor, que agradecerían los hombres de armas con armadura después de toda la mañana. Con todo, llegado el momento, no debieron de avanzar muy deprisa. Para avanzar en línea preservando el orden hay que ir despacio, sobre todo cuando los hombres llevan cargas y equipos desiguales. La maniobra, además, consistía en un cambio de posición, no en un ataque. El rey y sus segundos eran sin duda conscientes del peligro adicional de perder la cohesión ante un enemigo que, si estaba alerta, podría aprovechar la ocasión para atacar. Algunos cronistas mencionan que, por orden del rey, un caballero, sir Thomas Erpingham, pasó revista a los arqueros antes de iniciar la marcha para «comprobar su equipo» —como hubiera hecho un sargento de instrucción actual— y asegurarse de que habían tensado sus arcos. El grupo, mucho más pequeño, de hombres de armas debió de desplazarse con los estandartes de sus jefes, que a su vez seguían al rey.

El ejército debía cubrir algo más de seiscientos metros de terreno arado y empapado por la lluvia. Avanzando lentamente (ningún ejército medieval marchaba «al paso», ni ningún ejército moderno hubiera podido hacerlo sobre semejante firme; el «paso regular» solo fue posible cuando la superficie de los caminos se allanó y endureció), con altos para corregir la formación, debieron de haber alcanzado su nueva posición en unos diez minutos; aunque cabe suponer que el ritmo se iría ralentizando conforme se acercaban a los franceses y los mandos medían mentalmente la distancia. El «alcance máximo de los arqueros», que es la distancia a la que presumiblemente pensaba situarse Enrique, se suele calcular en unos doscientos setenta metros. Aunque quizá sea un cálculo un poco exagerado. Lo más realista es pensar que se detuvieron a unos doscientos treinta metros de los franceses. Si los arqueros de los flancos se encontraban algo adelantados, el centro estaría a una distancia mayor; y si, como sugiere otro cronista, el rey había mandado que se infiltraran arqueros en el bosque, la distancia entre ambos ejércitos debía de ser aún mayor. Por lo tanto, entre doscientos treinta y doscientos setenta metros sería un margen razonable.

Debió de producirse entonces otra pausa, aunque de corta duración. Porque los arqueros, que desde el décimo día de marcha portaban una estaca puntiaguda por ambos extremos, tenían que clavarlas en el suelo, con una inclinación tal que alcanzara el pecho del caballo. Una vez clavadas,

además, las puntas debían ser afiladas rápidamente. Enrique había ordenado llevar estas estacas como precaución ante un posible ataque sorpresa mientras marchaban en columna. Colocarlas en el campo de batalla fue una notable improvisación. Aunque no se trataba del todo de una idea original. Los escoceses en Bannockburn, los propios ingleses en Crécy y los flamencos en Courtrai, habían estrechado sus frentes cavando una serie de agujeros que quebraban las patas de los caballos en la carga; el mismo principio que el de la valla colocada por los arqueros en Agincourt. Aunque realmente no podemos saber si lo que montaron los arqueros era una valla. Si clavaron sus estacas para formar una sola línea, hay que suponer que tuvieron que estar durante algún tiempo al otro lado, de espaldas al enemigo. ¿No es más probable que cada uno la situase donde estaba, formando con ellas una especie de bosquecillo, que tenía el peligro de que los caballos pudiesen penetrar, pero a cambio les permitía a los defensores moverse dentro? Esto explicaría la afirmación, de otro modo incomprensible, del cronista Monstrelet de que «cada arquero clavó una estaca delante de él». También estaría de acuerdo con las matemáticas elementales que se pueden aplicar al problema. El coronel Burne, cuyos cálculos no han sido rebatidos, estima la anchura de la posición inglesa en unos ochocientos setenta metros. Dado que había 1000 hombres en la línea y esta tenía un grosor de cuatro, si estuvieran hombro con hombro, a noventa centímetros por cada hombre de frente, ocuparían doscientos veinte metros. Si los 5000 arqueros hubiesen plantado las estacas seguidas en los restantes seiscientos cincuenta metros, habrían formado una valla con una estaca cada trece centímetros. Este obstáculo habría sido impenetrable para los franceses, pero también para los arqueros ingleses^[4]; y, como se vería después, su libertad de movimiento iba a resultar un elemento decisivo para la victoria. Por lo tanto, sería más realista pensar que los arqueros se situaron cada noventa centímetros, en seis o siete filas, dispuestos en forma de tablero de ajedrez, para que todos pudieran ver y tirar más fácilmente por encima de las cabezas de los que tenían delante; componiendo una especie de cinturón poco denso de seis a nueve metros de profundidad, con las estacas emergiendo oblicuamente entre ellos.

Lo que ignoramos —y esto no deja de ser una laguna sobre la mecánica de la batalla— es cómo se dirigía a los arqueros. Los hombres de armas estaban situados bajo los estandartes de sus jefes, quienes les habían alistado y traído a la guerra; y en las comitivas más grandes, como la del conde de Suffolk, había también caballeros que podrían haber actuado como mandos intermedios. No es difícil imaginar cómo se dirigía este grupo relativamente pequeño y compacto; siempre que se tenga en cuenta lo que en el mundo moderno sería visto como la costumbre poco militar de los hombres de armas de intentar entablar «combate singular» y llamar la atención sobre su proeza individual y su destreza con las armas. Pero si el «cuerpo de oficiales», por más que la expresión sea de dudosa aplicación en el contexto militar medieval, estaba totalmente ligado al mando de un único componente del ejército, ¿quién dirigía el resto? Porque no sería ingenuo, sino más bien todo lo contrario, suponer cierto grado de control y disciplina en las filas de los arqueros. ¿Se agrupaban por veintenas, a las órdenes de un *veintenaar* con paga doble; y las veintenas en centenas, a las órdenes de un *centenaar* a caballo y con armadura; como se sabe que existieron en el reinado de Eduardo I al comienzo del siglo XIV y que persistieron hasta el XV? Probablemente fuera así. Pero no se puede decir de quién dependían los *centenares*, ni cómo llegaba la cadena de mando hasta el rey. Solo podemos estar seguros de que llegaba.

Los arqueros estaban en ese momento preparados para abrir fuego (expresión inapropiada, perteneciente a la edad de la pólvora que apenas estaba comenzando). Cada hombre dispuso sus flechas a conveniencia. Tendría un haz, quizá dos, de veinticuatro flechas, clavadas probablemente en el suelo, a sus pies. Los hombres de las dos primeras filas tendrían una perfecta visión del enemigo, mientras que los de detrás tendrían solo visiones esporádicas; por eso tenía que haber algún tipo de orden para apuntar, transmitida verbalmente. Porque la misión de los arqueros en ese momento inicial de la batalla era provocar a los franceses para que atacasen, y para ello era esencial que sus flechas «se acumulasen» lo más posible sobre el objetivo. Para traducir este propósito al moderno lenguaje artillero, tenían que conseguir una zona de 100.^o (la zona donde caen todos los proyectiles) muy estrecha, y un efecto de oportunidad (todos los proyectiles debían llegar simultáneamente).

Es inútil especular sobre sus sensaciones en ese momento. Eran soldados con experiencia, en una situación desesperada; y además, su tiro debía ser «indirecto», ya que las flechas no irían directamente al rostro del enemigo, sino con una trayectoria bastante inclinada. Por ello, no debían de tener la sensación de estar llevando a cabo una acción mortífera; probablemente, su sentido profesional y técnico estaba más ocupado en una actividad preliminar aún al combate «real» que pudiese llegar a suceder.

Debieron de recibir dos órdenes por lo menos: la primera, tensar los arcos; la segunda, tirar. No hay respuesta a la pregunta de cómo se sincronizaron las órdenes entre los grupos de arqueros; pero cuando se oyeron los gritos o se bajaron las banderas, cuatro nubes de flechas surgirían de las líneas inglesas, alcanzarían una altura de treinta metros y caerían con un ángulo pronunciado sobre y entre los hombres de armas de enfrente. Aunque estas flechas no debieron de hacer mucho daño, dada su velocidad final y el ángulo de impacto; al menos entre los hombres de armas. Puesto que las armaduras, a comienzos del siglo xv, estaban hechas casi completamente con láminas de acero, en lugar de con la malla de hierro que se había llevado hasta cincuenta años antes, y que para entonces solo cubría los puntos de articulación del hombro y la ingle. Además, estaba diseñada a propósito para ofrecer una superficie inclinada que favoreciese los rebotes; y el casco —un bacinete— estaba especialmente adaptado para que resbalasen los golpes en la cabeza y los hombros. Es legítimo suponer que la armadura sirvió realmente para algo en estos momentos iniciales de Agincourt. Pero no hay que despreciar el efecto moral del ataque con flechas. El silbido de las mismas no se adelantaría a su vuelo, pero el sonido de los impactos tuvo que ser extraordinariamente cacofónico: un extraño ruido metálico, al impactar en las cabezas y espaldas inclinadas de los hombres de armas franceses. Si fueron alcanzados caballos de los escuadrones de los flancos, es probable que fuesen heridos, incluso a una distancia tan grande, porque solo llevaban armadura en cabeza y pecho, y la cabeza puntiaguda de las flechas de noventa centímetros de longitud podía atravesar la protección acolchada que protegía el resto del cuerpo. Los relinchos de dolor y pánico de los animales debían de oírse entre el estrépito metálico.

CABALLERÍA CONTRA INFANTERÍA

Nos podemos imaginar también las maldiciones y gritos de amenaza de los franceses. Porque el ataque con flechas consiguió su objetivo. Los cronistas no dicen cuánto costó; pero, como un arquero entrenado podía tirar cada diez segundos, podemos suponer que no transcurrieron más de unos minutos hasta que se desencadenó el ataque francés. Como se sabe, los franceses estaban seguros de la victoria. Lo que habían estado esperando era un pretexto táctico: o que los ingleses les diesen la

espalda, o que les hicieran frente. Una o dos andanadas serían suficiente afrenta. A la llegada de las primeras flechas, montaron su caballo los dos escuadrones grandes de los flancos —¿o habían montado cuando empezaron a avanzar los ingleses?—, marcharon al paso hasta salir de la línea y luego cargaron.

¿Cargaron contra qué? Los dos cronistas que hablan específicamente sobre este punto, dicen que los dos grupos de caballería, cada uno de quinientos o seiscientos hombres, con Clignet de Brabante y Guillaume de Saveuse dirigiendo el de la izquierda, atacaron en primer lugar los flancos de los arqueros ingleses. El objetivo era, sin duda, despejar los bloques más grandes del enemigo que les amenazaban inmediatamente, y así dejar el centro inglés, con la infantería y los pocos arqueros que la acompañaban, en inferioridad numérica; para que fuese atacado por la infantería francesa. Pero se trataba de una decisión extraña y peligrosa; salvo que los arqueros hubiesen plantado sus estacas entre ellos, quedando ocultas a los franceses. Podemos pensar, entonces, que los franceses atacaron a los arqueros, ignorantes del obstáculo que estos ocultaban; y que los ingleses se replegaron justo antes del momento del choque, dejando al descubierto el obstáculo.

Aunque lo del «momento del choque» suscita, por su parte, otra pregunta, vital incluso. No es difícil imaginar el comienzo de una carga: los jinetes ordenando sus monturas para formar una línea, probablemente con un grosor de dos o tres filas, de manera que, juntando rodilla con rodilla, presentaran un frente de doscientas a trescientas lanzas, con una anchura aproximadamente igual a la de la línea de arqueros a la que se enfrentaban, digamos, unos doscientos setenta metros. Podemos imaginar el arranque, sentados (en realidad empinados) en sus sillas de montar de respaldo alto, con las piernas estiradas hacia delante y las puntas de los pies hacia abajo, en sus pesados estribos; la lanza en ristre en el brazo derecho y el izquierdo libre para llevar las riendas (la armadura les eximía de llevar escudo). Y los podemos imaginar en movimiento, a una velocidad que les permitiera cubrir en unos cuarenta segundos los doscientos o trescientos metros, a excepción de los últimos cincuenta, en que clavarían las espuelas para arrollar a los arqueros a la máxima velocidad que pudiesen conseguir, veinte o veinticinco kilómetros por hora^[5].

Hasta aquí todo bien. La distancia entre caballos y arqueros se acorta. Los arqueros, que han lanzado tres o cuatro andanadas contra sus atacantes, lanzan otra. Hay más caballos que dan un traspiés y caen —algunos ya habían sido derribados o habían sufrido fracturas y relinchaban de dolor—, haciendo tropezar a los vecinos; pero el grueso continúa avanzando, y entonces... ¿qué? En este momento hemos de distinguir entre lo que ocurre en un accidente violento y lo que ocurre en una batalla. En circunstancias normales, un caballo no galopará hacia un obstáculo que no pueda saltar o esquivar por algún lado; y una sólida línea de hombres es un obstáculo que no puede saltar ni esquivar. Mucho menos, el peligroso obstáculo que suponían las estacas de los arqueros. De igual manera, un hombre no se pondrá en el camino de un caballo al galope: correrá o buscará refugio; y solo si tiene los nervios excepcionalmente bien templados y sabe lo que debe hacer, se mantendrá en su sitio. Pero los accidentes ocurren. Los hombres que calculan mal o son lentos, o los caballos confundidos o despavoridos, colisionan, con resultados lamentables casi solo para el hombre. Por muy antinatural y excepcional que consideremos las colisiones entre hombres y caballos, no podemos, por lo tanto, negar que tuvieron lugar entre los arqueros ingleses y la caballería francesa en Agincourt. Porque los arqueros estaban preparados para «recibir a la caballería», mientras que los caballos estaban enseñados para cargar, y la función principal de los jinetes era obligarles a estos a que lo hiciesen en contra de su instinto. Además, dos de los cronistas que fueron testigos presenciales —Saint-Rémy y el clérigo del manuscrito de la Cottonian— son rotundos al afirmar que parte de la caballería francesa se metió entre los arqueros.

Fallaron, pues, los dos «principios de las armas» opuestos que reconocen los teóricos militares: el principio del «proyectil», personificado en los arqueros, no pudo detener o desviar a la caballería;

y esta, que encarnaba el principio del «choque», fracasó en su intento de aplastar a la infantería, o más concretamente de hacerla huir, porque el efecto pretendido no era tanto de carácter físico como moral. Las estacas debieron de ser la causa. Los franceses que venían deprisa y en gran número desde una corta distancia habían escapado a la muerte y a las caídas que los habrían desmontado; los ingleses retrocedieron justo antes del choque, protegiéndose tras las estacas; y entonces los caballos se encontraron con las estacas demasiado tarde como para rehuirlas, produciéndose una breve, violenta y estrepitosa colisión.

Algunos caballos «huyeron» hacia el bosque, rodeando los flancos de los arqueros. Los que estaban en las filas de atrás dieron media vuelta, o la dieron los caballos, y se retiraron. Pero al menos tres, incluyendo a Guillermo de Saveuse, habían empalado a sus caballos en las estacas, se habían caído y fueron muertos allí mismo, mediante golpes de maza o de arma blanca por las juntas de su armadura. La carga de numerosos hombres de armas franceses fue terrorífica para los ingleses, pues aquellos les doblaban en altura y avanzaban a veinte o veinticinco kilómetros por hora sobre caballos de guerra con herraduras de acero y con grotescos caparazones; pero se detuvo en el último momento y fue un desastre. Cuando se retiraban, los arqueros, con toda la rabia que sucede a un peligro repentino, tensaron sus arcos y les dispararon nuevas andanadas de flechas, derribando más caballos y provocando que otros se espantasen y huyesen sin control.

INFANTERÍA CONTRA INFANTERÍA

Pero los resultados de la desbandada no se quedaron en la desmoralización de los supervivientes; porque, cuando se retiraban al galope, tropezaron con la primera división de hombres de armas de a pie, que había iniciado la marcha para atacar el centro de los ingleses. Los efectivos podían ser de unos 8000, y como ocupaban todo el espacio entre los dos bosques, con un grosor de ocho a diez hombres, no pudieron abrirse fácil ni rápidamente para permitir el paso de los que huían. Curiosamente, podemos hacernos una idea de lo que ocurrió gracias a un noticiario cinematográfico sobre la manifestación de 1968 en Grosvenor Square, Londres, contra la guerra de Vietnam. Allí, un caballo asustado de la policía, que huía de los manifestantes, cargó contra una línea de policías de a pie. Los que se encontraban justo en su trayectoria, moviéndose torpemente hacia los lados y hacia atrás para abrirle paso, y empujando a sus vecinos, desencadenaron una extraña y violenta onda que se propagó a ambos lados, alcanzando a policías que se encontraban a bastante distancia, los cuales, como estaban muy apretados, se agarraron unos a otros para apoyarse, dando un traspiés hacia atrás y luego otro hacia delante para mantener el equilibrio. La sensación de esta onda la conoce cualquiera que haya estado en una muchedumbre compacta, móvil y tumultuosa, y ciertamente fue lo que sintieron de forma repentina y exagerada los hombres de armas franceses frente a esta carga involuntaria de la caballería. Tal y como había ocurrido con el choque contra los arqueros, muchos caballos quedaron sin jinete al impactar. Los que se infiltraron, como atestiguan los cronistas, romperían el ritmo de avance y derribarían a algunos hombres; lo cual resultaría muy desagradable para estos, ya que el suelo estaba empapado y además tenían que soportar el peso de veinticinco o treinta kilos de metal.

Este entorpecimiento de un avance que, en no más de tres o cuatro minutos, habría llevado a la primera división francesa a tener a los ingleses al alcance de sus armas blancas, permitió que estos tuvieran tiempo de prepararse para el encuentro. También les permitió a los arqueros —tanto a los de los dos grupos grandes de las alas, como a los de los dos pequeños de las cuñas centrales— seguir

lanzando flechas sobre las filas francesas. Conforme avanzaban y se acortaba la distancia, las flechas, que llevaban una trayectoria horizontal, en oleadas de cinco mil cada diez segundos, tuvieron que empezar a causar bajas entre los franceses de a pie. Porque, aunque bajasen la cabeza y la metiesen entre los hombros, presentando una amplia superficie de rechazo (con el bacinete, la coraza, las faldas —las bandas protectoras del estómago y los genitales— y las perneras), algunas flechas podían alcanzar los puntos débiles del visor y los hombros; y cuando la distancia se redujo aún más, pudieron incluso atravesar la armadura. La «punta de punzón» estaba diseñada para ello, y a su velocidad final, que podía atravesar dos centímetros y medio de roble desde corta distancia, podía también, con el ángulo de impacto adecuado, penetrar en una lámina de acero.

Los arqueros, en cualquier caso, no lograron detener el avance francés; aunque sí encauzarlo —o contribuyeron a hacerlo— hacia un frente de ataque más estrecho. Porque los franceses de a pie, a diferencia de los de a caballo, no tenían aparentemente como objetivo la posición de los arqueros. Cuando llegó la gran masa, «fuese por temor a las flechas [...] o porque penetraron con rapidez en nuestras filas hasta los abanderados (los del rey, el duque de York y lord Camoys), las primeras filas se dividieron en tres [...] cargando contra nuestras líneas en los tres lugares donde estaban los estandartes». También podemos suponer que el regreso de su caballería por los flancos obligaría a la masa de infantería a acumularse hacia el centro; tendencia quizá reforzada (aunque es algo sobre lo que no podemos tener certeza) por la presumible resistencia de los hombres de armas —ahora que se les presentaba la ocasión de alcanzar la gloria (y capturar prisioneros) en combate con otros hombres de armas— a enfrentarse con los arqueros, socialmente inferiores. Cualquiera que fuese el juego de fuerzas en el movimiento de la primera división francesa, varios cronistas dan cuenta del resultado. Las filas de cabeza se concentraron en tres columnas de asalto y avanzaron hacia lo que el coronel Burne describe —mediante una analogía topológica— como los tres «entrantes» de la línea inglesa, donde estaban los hombres de armas, un poco retrasados por la formación en cuña de los arqueros.

En el primer momento la carga tuvo éxito, porque los ingleses cedieron «la distancia de una lanza». A partir de esta frase hecha que utiliza el cronista no podemos deducir de qué distancia se trataba exactamente; y menos aún por cuanto que los franceses, previendo el combate a pie, habían cortado las astas de sus lanzas. Probablemente su significado sea «lo justo para que disminuyera el ímpetu de la embestida de los franceses»; porque hay que imaginarse a estos: sin aliento tras el esfuerzo de una caminata a lo largo de doscientos setenta metros, dándose empujones por un terreno de surcos y encharcado, y acelerando en el último tramo para alcanzar la velocidad necesaria para clavar con ímpetu sus lanzas en los pechos y estómagos del enemigo. El objetivo era derribar a cuantos fuera posible, para abrir brechas en las filas y dejar aislados a hombres a los que poder eliminar fácilmente o hacerlos retroceder contra las armas de sus propios compañeros; en suma, «sembrar el desorden». Si los ingleses hubiesen sido lo suficientemente numerosos, podrían haber avanzado hacia los franceses antes de que estos pudiesen tomar impulso; pero, dada su enorme inferioridad numérica, lo prudente para los hombres más expuestos, y lo tácticamente sensato, era dar unos pasos hacia atrás ante las lanzas francesas; es decir, hacerles «perder el paso» a sus adversarios (un lancero coordina el movimiento de manera que el golpe coincida con el avance del pie izquierdo), provocando tensiones y ondulaciones frente a la masa francesa, que así perdería su fuerza de impacto. Los ingleses, por su parte, dispondrían sus lanzas contra los franceses. Así, una vez que hubo aminorado el movimiento de ambas partes, podemos imaginarlos separados —a una distancia de tres o cuatro metros— por una barrera de lanzas pugnando por clavarse y oscilando de un lado a otro, con un estrépito como el del saque de un partido de hockey multiplicado por mil.

De este modo, el choque de los hombres de armas debió de ser agotador, como ocurría en muchas batallas medievales, sin que se produjese mucho más daño para ninguna de las dos partes;

aunque los franceses debían de seguir sufriendo bajas por el tiro de los arqueros, siempre que estuviesen a su alcance y que a estos les quedasen flechas (hay pruebas de que para entonces se les estaban agotando). Podemos apuntar tres factores que disuadirían a los contendientes de separarse unos de otros. El primero, el temor de los ingleses a abandonar su sólida posición entre los bosques y tras las estacas de los arqueros, sabedores de que en campo abierto el peligro sería mayor; el segundo, la certeza que tenían los franceses de su victoria; el tercero, la enorme presión numérica. Porque, si aceptamos que entonces estaban divididos en tres columnas *ad hoc*, y que la cabeza de cada una coincidía en anchura con la opuesta —es decir, unos setenta y cinco metros—, con una separación de aproximadamente la misma distancia, podemos visualizarlos a vista de pájaro en forma de tridente: los dientes, con un grosor de veinte hombres cada uno, con unos 5000 mil en total; y en la base, una masa amorfa y desordenada de quizá otros tres mil, los cuales, sin poder ver ni oír lo que estaba sucediendo —salvo los setecientos u ochocientos de las primeras filas—, estarían convencidos de que los ingleses estaban siendo derrotados y andarían impacientes por participar también.

Además, nadie tenía autoridad sobre toda esa masa, ni había cadena de mando alguna que la impusiera. La consecuencia fue inevitable: el desarrollo de una presión incesante desde atrás sobre los que estaban en primera línea de batalla, empujándolos hacia las armas de los ingleses, o como mínimo restándoles el margen de espacio necesario para que pudieran ejecutar de manera efectiva sus maniobras individuales de defensa o de ataque. Esto resultó desastroso, porque, si se quiere comprender Agincourt, es fundamental saber que todas las acciones de infantería, incluso las llevadas a cabo en los límites estrechos del orden cerrado, no son, en último extremo, combates de masa contra masa, sino la suma de muchos combates individuales, sean de uno contra uno, de uno contra dos, o de tres contra cinco. Y así ha de ser necesariamente, por una razón muy simple: las armas que esgrimen los individuos tienen un alcance y un efecto muy limitados; y esto resulta válido incluso para las armas de proyectiles del soldado actual de infantería. En Agincourt, donde los hombres de armas llevaban lanza, espada, daga, maza, pico o hacha de guerra, su capacidad para matar o herir se limitaba al círculo de alcance del propio cuerpo, dentro del que podía golpear, dar tajos o clavar. Los hombres de armas franceses empezarán a perder individualmente sus combates, debido a que la presión que tenían detrás les impedía echarse a un lado, ceder terreno y esquivar los golpes de los ingleses; y estos golpes recibidos en la cabeza o en los miembros les producían magulladuras y los dejaban aturdidos, pese a la armadura, haciéndoles soltar las armas, perder el equilibrio o caer. A los pocos minutos, puede que a los pocos segundos, de haberse iniciado el cuerpo a cuerpo, ya debieron de caer algunos, quedando sus cuerpos a los pies de sus compañeros, lo que les impediría a estos moverse hacia delante, y constituyendo así un obstáculo para el avance de toda la columna.

Este fue el factor crucial en el desarrollo de la batalla. Si la primera línea de franceses se hubiera mantenido en pie, la presión masiva de su enorme superioridad numérica, transmitida a través de sus lanzas horizontales, habría obligado a los ingleses a replegarse. Sin embargo, cuando los hombres empezaron a caer —y puede que debido también a que los franceses habían recortado sus lanzas mientras que los ingleses, al parecer, no lo habían hecho—, los que estaban en la fila siguiente descubrirían que solo podían acercarse a los otros pasando por encima o pisando los cuerpos de sus compañeros caídos. Algo que, por otra parte, con el empuje continuo que suponemos sufrían desde atrás, no tendrían más remedio que hacer; quedando ellos mismos más expuestos a una caída de lo que ya estaban, porque luchar subido a un cuerpo humano resulta muy inestable, y en cualquier caso los cuerpos tendidos traban los tobillos de un hombre que intente defenderse de un ataque frontal. En suma, una vez que la columna francesa se hubo detenido, con su primera línea entorpecida por los cuerpos caídos y empujada por la fuerte presión trasera, el «efecto caída» fue acumulativo.

Acumulativo pero súbito y de corta duración. La presión numérica y la desesperación bien

podieron haber obligado a los franceses a deshacer sus columnas y moverse pesadamente contra los arqueros, que al parecer se estaban quedando sin flechas. Es casi seguro que estos no habrían podido soportar una carga de hombres de armas, y habrían cedido y huido, abandonando a sus propios compañeros, que habrían sido rodeados y aniquilados. Pero esto no sucedió. Los cronistas especifican que, por el contrario, fueron los arqueros los que acometieron el ataque. Al ver caer a los franceses en las primeras filas de sus columnas, y como los de los flancos se retiraban para evitar los últimos disparos de flechas, los arqueros aprovecharon la oportunidad que les brindaba la confusión y la indecisión de los otros. Con espadas y armas más pesadas —hachas, o las mazas que habían utilizado para clavar las estacas—, abandonaron su posición tras estas y corrieron al asalto de los hombres con armadura.

Es muy difícil representarse este episodio de manera convincente. No pudieron atacar las primeras líneas de las columnas francesas, puesto que aquí resistían los hombres de armas ingleses, sin dejar espacio para que se les uniesen refuerzos. En los flancos, sin embargo, los franceses no habrían sufrido demasiadas bajas, tendrían suficiente espacio para luchar con desenvoltura y no deberían de haber tenido dificultad alguna en hacer frente a hombres sin armadura y lo suficientemente locos como para haberse puesto al alcance de sus armas. Las observaciones de los cronistas de que estaban demasiado apretados como para utilizarlas puede que fuesen ciertas para los que estaban en medio de la masa, pero no para los que se encontraban en los márgenes. Si los arqueros infligieron realmente daños a los hombres de armas, y hay unánimes pruebas de que así lo hicieron, no pudo ser mediante un asalto directo a las ordenadas filas de las columnas.

La explicación más probable es que grupos pequeños de arqueros empezaron a atacar a hombres de armas sueltos —de los que se habían separado de su infantería cuando la primera línea francesa se dispersó durante la «carga al revés» de su propia caballería—, o a jinetes que habían sido derribados durante las cargas. Estas habían tenido lugar en ambos flancos; de forma que, en los dos o tres minutos posteriores al regreso de la caballería, los arqueros tuvieron que ver enfrente, a una distancia de entre cincuenta y doscientos metros, a numerosos franceses decúbito prono o supino, medio levantados o moviéndose con paso inseguro, y que no estaban en condiciones de ofrecer resistencia ni podían apenas defenderse individualmente. Los que estaban tumbados habrían tenido realmente dificultades para levantarse en aquel suelo resbaladizo y bajo el peso de sus veinticinco o treinta kilos de armadura; y estas mismas dificultades habrían entorpecido a quienes pretendían ir a refugiarse en las columnas. Ciertamente, no habrían podido escapar de los arqueros si algunos de estos —como podemos suponer y como dice explícitamente un combatiente, Saint-Rémy— se arriesgaron a salir de las estacas para atacarles^[6].

«Atacarles» quiere decir aquí, probablemente, dos o tres contra uno; de manera que, mientras un arquero hacía una finta o atacaba al hombre de armas de frente, otro esquivaba su espada para golpearle con la maza por detrás de la cabeza o darle un hachazo en las corvas. Con cualquiera de estas dos acciones, lo derribaría, y, una vez en el suelo, estaba a su merced; con un golpe en la cara si llevaba bacinete, o a través de las rendijas del visor si llevaba un yelmo cerrado, o por la malla de una axila o una ingle, habría muerto en el acto, o se habría desangrado. Cada ejecución apenas llevaría unos segundos; tiempo suficiente para propinar un aluvión de golpes penosamente eludidos, para provocar una caída y que dos o tres figuras se inclinaran sobre el caído y le dieran unos pocos golpes más de matarife, hasta el grito postrero. «Doscientas libras de educación caídas ante diez rupias». (Kipling, *Arithmetic on the Frontier* [Aritmética en la frontera]). Pequeñas escenas como esa debieron de tener lugar a lo largo de las dos estrechas franjas que había entre los bosques y los bordes del cuerpo principal francés, durante los primeros minutos de la batalla principal. Lo único que les quedaba a esos desdichados franceses para evitar la muerte a manos de los arqueros era pedirles clemencia, algo que en los primeros momentos no le sería concedido, ni aun con la

perspectiva de un rescate. Un enemigo que se ha rendido, para quedar fuera de combate debe ser sacado del campo de batalla, lo que hubiera supuesto una pérdida de tiempo y de efectivos que los ingleses no podían permitirse cuando la desventaja era aún tan palmaria.

Pero el parón en el frente y la matanza en los flancos parece que cambió rápidamente las tornas. La «carga al revés» de la caballería francesa había provocado, según Saint-Rémy, que algunos franceses se retiraran presos del pánico, y es posible que el pánico apareciese de nuevo en los flancos y en el frente^[7]. Si así fue —y si hubiera sido de otra manera, no tendría sentido lo que ocurrió más tarde—, podemos imaginar nuevas ondulaciones en la masa francesa: los que no podían ver continuaban presionando hacia delante; los que estaban en los flancos de las columnas y veían claramente lo que estaban haciendo los arqueros, se desplazaban hacia atrás; y los hombres de armas que se encontraban delante ejercían una presión invertida, no por intentar escapar, sino al buscar espacio para poder luchar sin caer o para evitar ser empujados sobre los cuerpos caídos. Estos movimientos tuvieron que modificar la forma de la masa francesa, ensanchando el tramo que había entre los flancos y los bosques, lo que dejaría espacio a los arqueros para llevar a cabo un «ataque envolvente». Envalentonados por las fáciles acciones que llevaban a cabo, podemos imaginar al resto —por orden del rey o quizá por decisión espontánea— concentrándose fuera de las estacas y apresurándose en formación al ataque de los flancos franceses.

«Flancos», naturalmente, no es más que la palabra militar para «lado» (en francés, de donde proviene, no se da esa distinción); y la ventaja que los atacantes obtienen en un ataque por el flanco es justo que los atacados no les hacen frente totalmente. Y es casi seguro que el estado en que los arqueros se encontraron los flancos franceses les resultaba más ventajoso aún. En la cuña de la masa, los hombres de armas se replegaban andando o corriendo. Conforme se iban, apresurándose, sin duda, ante la visión de los ingleses que cargaban contra ellos, dejaban desprotegidos a los situados más adentro, que no habían visto a los arqueros hasta entonces, ni se habían preparado para utilizar sus armas, ya que tenían la atención puesta en los ruidos y gritos de delante, donde pensaban que estaba la lucha. Al ser atacados de pronto por el lado —el derecho o el izquierdo, según donde se encontraran—, tenían muy pocas posibilidades de hacer frente y de disponer sus armas antes de que algunos de ellos —como les había ocurrido a los abatidos por los hombres de armas ingleses— fueran derribados a los pies de sus compañeros.

Si los arqueros fueron entonces capaces de reproducir a lo largo de los flancos de la masa francesa el mismo «efecto caída» que delante, su destrucción tenía que ser inminente. Porque la mayoría de las muertes en el combate se producen en «zonas de muerte» muy definidas y bastante estrechas, de la que la «tierra de nadie» de la guerra de trincheras es el ejemplo más significativo y mejor conocido. El grosor de la zona de muerte viene determinada por el alcance efectivo del arma que predomine, que en las batallas de infantería es relativamente corto, y en el combate cuerpo a cuerpo muy corto, de solo centímetros. De este modo, cuanto más *larga* se le presenta la zona de muerte al bando vencedor, mayores bajas puede causar. Aquí, pues, si los ingleses eran capaces de extender la zona de muerte desde delante y a lo largo de los dos lados de la masa francesa (un ataque «envolvente»), realmente podían aniquilar a un gran número de franceses.

Dado el horror de su situación, transmitido ya a toda la masa, los franceses debieron abandonar entonces la resistencia y huir. El que no lo hicieran fue consecuencia, una vez más, de su superioridad numérica. Hasta ese momento solo había participado la primera división de su ejército. La segunda y la tercera se habían mantenido quietas. Pero cuando la primera empezó a ceder, y los fugitivos que llegaban de los flancos le hizo darse cuenta del colapso, la segunda acudió en su apoyo por el terreno encharcado y embarrado. Esta *no* era exactamente la ayuda necesaria en ese momento. Sí podría haberla prestado la caballería de la tercera línea, si se hubiese colocado delante para lanzar una segunda carga contra los arqueros, entonces fuera de la protección de las estacas y sin sus arcos. Pero

se quedó donde estaba, por razones imposibles de reconstruir^[8]. En vez de eso, llegó la segunda división de soldados de infantería, que, al empujar por detrás a sus cansados y desesperados compatriotas, los forzaron a mantenerse en su sitio, exponiéndoles aún más a la carnicería.

A partir de lo que relatan los cronistas, podemos imaginar que, para entonces, la mayoría de los franceses de la primera línea estaban, o bien muertos, heridos o prisioneros, o bien dispuestos a rendirse si no podían escapar. Muchos se habían rendido (el clérigo del manuscrito de la Cottonian cuenta maliciosamente que «algunos, incluso los más nobles [...] se rindieron ese día más de diez veces»); pero algunas rendiciones no fueron aceptadas: el duque de Alençon, al verse aislado y rodeado durante un ataque contra el duque de Gloucester, le gritó que se rendía al rey —que acudía en ayuda de su hermano— por encima de las cabezas de sus atacantes; pero estos lo mataron antes de que Enrique lo pudiera evitar. En cualquier caso, grandes cantidades de franceses habían sido hechos prisioneros con la promesa de rescate, probablemente desde el momento en que los ingleses percibieron que iban a ganar la batalla. La retirada de unos, la muerte de otros y el colapso moral —y para entonces, sin duda, también físico— de los que quedaban, les había dejado espacio suficiente a los ingleses para que abandonasen su orden cerrado y penetraran en las filas de sus enemigos.

Este avance les puso finalmente —quizá solo media hora después de los primeros golpes— en contacto con la segunda línea. Ellos mismos debían de estar cansados para entonces; porque la excitación, el miedo y el esfuerzo de luchar cuerpo a cuerpo con armas pesadas y con armadura, resultaban agotadores, pese a la energía producida, bajo tensión, por la actividad glandular. Aun así, no fueron repelidos por la segunda línea. Realmente, la intervención de esta no parece que causara un impacto apreciable en la batalla. Hay una consigna militar moderna que reza: «No reforzar nunca los fracasos». Básicamente significa que enviar refuerzos a soldados que han fracasado en la lucha y que se encuentran abatidos y tratan de huir, lo único que hace es desperdiciar energías, ya que los recién llegados deberán forcejear contra el impulso de la masa en retirada, que además puede contagiarles su desesperación. Y parece ser que la segunda línea se vio entorpecida y desesperada en su encuentro con los ingleses. Los cronistas no especifican lo que pasó exactamente entre ambos bandos, casi seguro que porque fue similar a lo sucedido anteriormente con la primera línea. Así que podemos conjeturar que muchos de la segunda línea, en cuanto percibieron el desastre, se dieron media vuelta y regresaron por donde habían venido; algunos, arrastrados por sus pajes o sirvientes.

Resulta difícil unificar los hechos que relatan los distintos cronistas en esta fase, la de la culminación del combate cuerpo a cuerpo. Parece ser que los ingleses disfrutaban de una considerable libertad de movimiento, porque andaban capturando a centenares de prisioneros; y se dice que el rey y su séquito se abrieron camino hasta la segunda línea (pudo ser entonces cuando recibió el golpe que abolló su yelmo, que aún puede contemplarse sobre su tumba en la abadía de Westminster). Ahora bien, por los menos en tres sitios —según sugiere el relato del clérigo, en aquellos donde las columnas enemigas habían chocado al principio con los hombres de armas ingleses—, los cuerpos apilados de los franceses «superaban a un hombre en estatura». Se dijo incluso que los ingleses treparon a estos montones y «exterminaron a los adversarios con espadas, hachas y otras armas».

Esta «construcción del muro de muertos» es quizá el suceso más conocido de la batalla. Pero, si realmente fue así, no se puede aceptar que el rey y su seguidores con armadura lograran moverse libremente por el campo al final, ya que tales montones les habrían supuesto un obstáculo. Por lo demás, basta una breve reflexión para concluir que esos montones que «superaban a un hombre en estatura» son una exageración del cronista. Los cuerpos humanos, incluso si se empujan con un bulldozer, como se puede observar —si uno es capaz de mantener los ojos abiertos— en la filmación de los enterramientos en masa de Belsen, no quedan apilados en montones, sino repartidos en

montoncitos informes. Sí pueden apilarse cuando los cadáveres están ya rígidos por el rígor mortis, como puede verse en la filmación de los equipos de enterramientos de un regimiento francés que retiraba a sus muertos del frente tras un ataque en la segunda batalla de Champaña (septiembre de 1915). Pero los hombres que caen a golpes en vanguardia, o que tropiezan sobre los ya caídos, formarán como máximo montones de dos o tres. Para que alcanzaran más altura, las siguientes víctimas deberían haberse subido a ellos: los «montones de metro ochenta» de Agincourt se habrían formado si los hombres de ambos lados hubiesen estado dispuestos a batirse balanceándose sobre los cadáveres de otros veinte o treinta; lo cual resulta menos espantoso que absurdo.

Los cadáveres formaban, sin duda, una espesa capa en Agincourt, y muy probablemente se acumulaban en montones en los tres lugares donde la lucha había sido más dura. Pero lo que ocurrió casi seguro en estos sitios, como hemos visto, fue que los hombres de armas llevaron a cabo una maniobra envolvente sobre las cabezas de las columnas francesas, cercando y quizá rodeando completamente a grupos de enemigos, que derribaron a lanzazos, cayendo unos encima de otros, y terminaron rematándolos en el suelo. Los túmulos que se formaron eran grandes y suficientemente horribles como para justificar la retórica del clérigo; pero no obstaculizaron la penetración inglesa en las posiciones francesas.

LA MATANZA DE PRISIONEROS

De hecho, poco después del mediodía los ingleses estaban «en posesión del campo», expresión que significa que los soldados podían moverse libremente por el terreno que antes habían ocupado los franceses, de los que solo se veían muertos, heridos o fugitivos. Los fugitivos, demasiado lentos para alcanzar el escondite de los bosques o el refugio de la caballería de la tercera división —que aún no había sido empleada—, eran perseguidos y asaltados por los cazarrecompensas. Otros, ávidos de rescate, seleccionaban los cuerpos tendidos, «derribando los montones [...] para separar a los vivos de los muertos, con el propósito de tomar como cautivos a los primeros para exigir un rescate». En la retaguardia, los prisioneros más valiosos estaban agrupados bajo vigilancia. Llevaban todavía la armadura, pero le habían entregado el guantelete derecho a su captor, como muestra de sumisión (y para poder ser posteriormente identificados), y se habían quitado los yelmos, sin los cuales no podían guerrear.

Enrique no podía permitirse que cada cual vigilase individualmente a sus prisioneros, porque necesitaba mantener reunido al ejército en tanto la tercera división francesa siguiese constituyendo una amenaza. Así que, mientras pequeñas partidas recogían el botín de la batalla, actuando tanto en su propio nombre como en el de otros que aún se encontraban en la formación, los principales cuerpos de hombres de armas y de arqueros mantenían sus posiciones; ahora doscientos o trescientos metros más allá de la línea donde habían recibido la carga francesa. La precaución de Enrique estaba justificada. Poco después del mediodía, el duque de Brabante, que había llegado tarde, equipado a medias y con poco séquito, cargó contra ellos. Fue repelido y se replegó. Pero esta brava acción animó al menos a dos nobles franceses de la tercera división, los condes de Masle y de Fauquembergues, a reunir a unos seiscientos seguidores suyos para preparar una carga. Se pudo ver claramente cómo se juntaban, a unos doscientos o trescientos metros de las líneas inglesas, con una intención evidente. Además, casi al mismo tiempo se oyeron gritos en la retaguardia, que les hicieron suponer a los ingleses que se estaba llevando a cabo un golpe de mano contra los carros del bagaje, que se habían quedado casi sin protección.

Fueron estos acontecimientos los que provocaron la conocida orden de Enrique de matar a los prisioneros. Como pudo verse después, la carga no se llevó a efecto, y la incursión no fue más que una escaramuza de los campesinos locales, dirigidos por el señor de Agincourt. Pero tales indicios fueron suficientes para convencer a Enrique de que su victoria, en la que apenas estaba empezando a creer, aún le podía ser arrebatada. Porque si la tercera división francesa hubiese atacado a los ingleses allí donde se encontraban, con los arqueros sin flechas y sin estacas, con los hombres de armas cansados tras una mañana de repartir mandobles y golpes con la armadura puesta, hambrientos, con frío y deprimidos por aquella reacción después de los intensos miedos y júbilos del combate, hubieran podido ser barridos fácilmente del campo. En verdad, no habrían podido resistir el ataque simultáneo de su retaguardia, del que podían ser objeto debido a los numerosos prisioneros franceses insuficientemente guardados que tenían detrás, y con el campo lleno de armas abandonadas. En tales circunstancias, su orden resulta comprensible.

Comprensible según la bárbara lógica de la táctica; en términos éticos, humanos y prácticos resulta mucho más difícil de entender. Enrique era un rey cristiano, y también un soldado con experiencia, versado en el elaborado código internacional que regulaba las relaciones entre los prisioneros y sus captores. Sus disposiciones más importantes eran las que garantizaban la vida del prisionero; después de todo, la única razón por la que se llegaría a algo tan costoso y humillante como discutir un rescate. Y aunque su traición les situaría fuera de la inmunidad, la mera sospecha de que fueran a cometerla, por bien fundada que estuviese, no justificaba su muerte. Además, a un nivel más elemental, la vida del prisionero estaba garantizada por el mandamiento cristiano de «no matarás», por muy ligeramente que se interpretase en el siglo xv. Si Enrique pudo dar la orden y escapar a la vez de la reprobación de sus semejantes, de la Iglesia y de los cronistas, como sucedió, debemos deducir que fue debido a que el mismo campo de batalla era visto todavía como una especie de tierra de nadie moral, y la hora de la batalla como inhábil para la justicia.

Con todo, sus subordinados se negaron a obedecerle. ¿Debido a una conciencia moral más acusada? Esto es algo que descartan por lo general los medievalistas, que sostienen que, en el mejor de los casos, a lo que se oponían los captores era a la interferencia del rey en lo que consideraban una relación personal, ya que los prisioneros no lo eran del rey ni del ejército, sino que pertenecían, por vasallaje, a quienes habían aceptado su rendición; y, en el peor de los casos, lo que les producía rechazo era perder la perspectiva del abundante dinero del rescate (en aquella época no existía más que el campo de batalla para hacer una fortuna rápida). Resulta significativo que al final el rey solo lograra ver cumplida su orden cuando destacó con ese fin a doscientos arqueros, bajo el mando de un escudero. Esto nos indicaría que, en cualquier caso, entre los captores la resistencia de los hombres de armas se debía a algo más que a las razones económicas. Después de todo, hay una importante diferencia entre el combate con armas mortíferas, aunque el resultado sea la muerte, y la mera carnicería; diferencia especialmente acusada en la Edad Media, en que se tenía glorificado el combate. Enfrentarse a un adversario equipado de un modo similar era una ocasión para la que el guerrero se entrenaba cada día desde los albores de la humanidad. Luchar y vencerle era un triunfo, la forma más alta de autoestima según la manera de concebir la vida del noble medieval. Los sucesos de aquella prolongada mañana en Agincourt, donde los hombres habían rodeado, insultado y repartido mandobles a los otros, actuando de una manera que nos parece grotesca y horrenda, era para ellos, sin embargo, una especie de apoteosis que daba sentido a su existencia, y que quizá les garantizase ser recordados después de muertos (ya que muchos cronistas se ocupaban fundamentalmente de celebrar hechos de armas individuales). Por el contrario, no había ningún honor que ganar matando a otro individuo del mismo nivel social rendido y desarmado; lo que había era un riesgo considerable de incurrir en deshonor: lo que habría bastado por sí solo para disuadir al hombre de armas de obedecer la orden de Enrique.

Los arqueros estaban fuera del sistema caballeresco; ni tampoco personificaban las virtudes del soldado. Los arqueros del ejército de Enrique no eran solo soldados profesionales con experiencia. Existen pruebas de que muchos se habían alistado básicamente para evitar el castigo por actos de violencia civil, incluido el asesinato. Los cronistas también dejaron claro que, en el fragor del combate, y durante los momentos más relajados de la captura de prisioneros tras la derrota de la segunda división francesa, los arqueros causaron muchas muertes entre los que eran demasiado pobres o estaban demasiado malheridos como para que valiese la pena hacerse con ellos. La duda acerca del grado de aceptación con que llevaron a cabo la orden de Enrique no parece pertinente aquí.

Sí merece la pena que nos detengamos en la mecánica de la ejecución. Después de la batalla, acompañaron a Enrique a Inglaterra entre mil y dos mil prisioneros, de los cuales la mayoría habían sido capturados antes de que diese la orden de matarlos. Los cronistas cuentan que los ejecutores respetaron a los prisioneros más valiosos, y que se detuvieron en cuanto Enrique se aseguró de que la tercera división no iba a atacar al fin. De aquí podemos deducir que los doscientos arqueros destacados eran notablemente inferiores en número a sus víctimas, es posible que en una proporción de diez a uno. Pero la razón para ordenar su muerte era la posibilidad de que se rearmaran con los despojos de la batalla, si se reanudaba esta. ¿Por qué entonces no se rearmaron cuando se vieron amenazados de muerte, entre la orden del rey «por medio de trompetas» y el rechazo de la misma por parte de sus captores? ¿Y cómo pudieron hacerles frente los arqueros? Puede que estuviesen atados (algunos grabados de la época muestran a prisioneros que son conducidos con las manos atadas); pero, de ser así, no constituían una amenaza significativa para la retaguardia del ejército, lo que le restaría justificación a la orden de Enrique. En cualquier caso, aunque estuviesen atados, la ejecución en sí resulta una operación difícil de describir. El acto de la rendición va acompañado en gran medida de lasitud y autorreproche. Pero eso es una cosa, y otra imaginar que estos orgullosos hombres de armas pudieran quedarse quietos ante la llegada de un grupo de individuos socialmente inferiores para que los mataran, esperando como ganado a que un solo arquero les abriese el cráneo con un hacha a cada diez.

Parece ciertamente improbable. Y más aún tras lo que sabemos de las matanzas en masa del siglo XX, que nos indican que para un grupo reducido de ejecutores, incluso armados con ametralladoras, es muy difícil matar deprisa y en gran cantidad a gente más desprotegida que los caballeros con armadura. Lo que nos hace pensar, pues, que la orden de Enrique, más que producir una masacre de prisioneros, tenía como objeto mantenerlos inactivos por medio de la amenaza. Podemos imaginar algo mucho menos clínico que el trabajo de un Sonderkommando [comando especial]: los captores anunciando en voz alta que renunciaban a obedecer la orden, y quizá asegurándoles a sus prisioneros que les evitarían todo daño; discusiones e incluso peleas entre ellos y los miembros de los grupos de ejecución; y luego una conducción ruidosa y sangrienta de ganado hacia la retaguardia, con los arqueros acosando los flancos de la masa de franceses con armadura que se alejaban dando tumbos de la escena de la lucha y de sus peligrosos restos hacia un lugar cercano a los carros del bagaje, donde no podían ofrecer ninguna resistencia. En el proceso, algunos serían liquidados, con determinación incluso; pero su número no puede contarse por millares, ni por centenares siquiera.

La matanza, además, fue durante un periodo limitado, porque Enrique ordenó que acabase en cuanto vio que la tercera división abandonaba su formación de ataque y se empezaba a retirar del campo de batalla. Eran alrededor de las tres de la tarde, y apenas quedaban unas dos horas de luz. Los ingleses se pusieron entonces a recorrer el campo por los lugares no inspeccionados aún, en busca de botín y prisioneros. El rey dio una vuelta, y cuando regresaba a su alojamiento en Maisoncelles, convocó a los heraldos ingleses y franceses.

LOS HERIDOS

Los heraldos habían presenciado juntos la batalla, y, aunque el ejército francés se había retirado, sus heraldos no lo habían seguido. Porque los heraldos no pertenecían propiamente a los ejércitos, sino a la corporación internacional de expertos que regulaban las guerras civilizadas. Enrique estaba ansioso por oír su veredicto sobre aquella batalla y por determinar su nombre, para que sus resultados y las hazañas de su ejército pudiesen ser identificados rápidamente y así los cronistas los registrasen. El principal heraldo francés, Montjoie, confirmó que los ingleses habían vencido y le proporcionó a Enrique el nombre del castillo más próximo, Agincourt, para que sirviese como epónimo.

Con esta decisión concluyó la batalla en tanto episodio militar e histórico. Los ingleses condujeron a sus prisioneros y evacuaron a sus propios heridos a Maisoncelles para pasar la noche; aquí se pusieron a trabajar los veinte cirujanos del ejército. Los ingleses habían tenido pocas bajas: el duque de York —al que sacaron de entre un montón de cadáveres y que murió de asfixia o de un ataque al corazón— y el conde de Suffolk fueron las únicas notables. No había más que unos pocos cientos de heridos. ¿Qué perspectivas tenían? Seguramente, bastante buenas en general. Los ingleses no habían sufrido ataques con flechas, por lo que la mayoría de las heridas debían de consistir en cortes más que en penetraciones, y sanarían rápidamente bien vendadas y con reposo. Tuvo que haber también fracturas; las de cráneo no podrían ser tratadas —el secreto de la trepanación aún no había sido redescubierto—, pero las roturas de brazos y piernas podían ser tratadas con éxito y entablilladas. Las heridas de los franceses tenían un pronóstico más grave. Muchos habrían sufrido heridas penetrantes, por flechas o por ataques por los puntos débiles de sus armaduras. Las que hubiesen perforado los intestinos, con el vaciamiento del contenido de estos en el abdomen, resultaban fatales: la peritonitis era inevitable. Las penetraciones en la caja torácica, que probablemente habían arrastrado fragmentos de vestimenta sucios, producirían con toda seguridad una septicemia. Muchos franceses debían de haber sufrido el hundimiento del cráneo, y habría columnas vertebrales rotas a causa de las caídas a cierta velocidad de los caballos con la armadura puesta. Casi todas estas heridas serían fatales, puesto que la cirugía de la época no las podía tratar. Naturalmente, muchos franceses no fueron retirados del campo, y los que no se desangraron, sucumbirían a los efectos combinados de la conmoción y la congelación durante la noche, cuya temperatura habría descendido a bajo cero. No fue una crueldad gratuita, por lo tanto, cuando a la mañana siguiente, al cruzar el campo, los ingleses remataron a los que seguían con vida. Estaban condenados a morir en cualquier caso, cuando los campesinos locales, siguiendo las indicaciones del obispo de Arrás, echasen sus cuerpos junto con los cadáveres en fosas comunes. Se dice que enterraron a unos seis mil.

LA MOTIVACIÓN PARA EL COMBATE

¿Qué mantenía a los hombres en un combate como Agincourt, cuando el castigo por la derrota, o por la propia falta de habilidad o destreza era tan definitiva y desagradable? Se pueden aislar con cierta facilidad algunos factores de la batalla, tanto generales —como se verá— como más o menos particulares. De los generales, el más obvio es la bebida. Presumiblemente, los ingleses, que andaban escasos de provisiones, tendrían menos bebida que los franceses; pero en los dos bandos se bebió bastante durante la espera, y es muy probable que muchos de ambos ejércitos fuesen a la lucha poco

sobrios, si no decididamente borrachos. Para los ingleses, la presencia del rey también pudo proporcionarles lo que los soldados actuales llamarían un «factor moral» de gran importancia. Los lazos directos entre el líder y sus seguidores son la raíz de todas las explicaciones sobre lo que sucede y deja de suceder en la batalla; y este lazo es más fuerte en las sociedades marciales, de las que un ejemplo sería la Inglaterra del siglo xv, y otro los estados guerreros de la India, que con tanto éxito utilizaron los británicos para sus fines imperiales. La naturaleza de la unión es más compleja, y ciertamente más materialista, de lo que les gustaría a los etnólogos actuales. Pero no hay que subestimar su importancia. Y, aunque la lealtad inmediata del soldado de finales de la Edad Media es hacia su capitán, la presencia en el campo del rey ungido de capitán, visible para todos y que arriesga su vida ostentosamente en el corazón de la refriega, tuvo que haber fortalecido mucho su determinación.

El apoyo de la religión debió de servir para fortalecerla aún más. La moralidad del acto de matar no es algo que al soldado profesional le turbara; pero al caballero cristiano —tanto al tipo ideal transmitido por los cronistas, como a al menos algunas de sus manifestaciones históricas conocidas— sí le preocupaba. Estaba bien definido qué era matar ilegalmente en tiempo de guerra, y conllevaba castigos según la ley civil, militar y religiosa. Por otra parte, matar legalmente era un acto que los preceptos religiosos apoyaban de manera específica, en el contexto de la guerra justa; y por muy vaga o marginalmente que la doctrina religiosa impregnase la conciencia del simple soldado o del caballero más irreflexivo, los preparativos religiosos que todos los ingleses llevaron a cabo antes de Agincourt deben contarse entre los factores más importantes que afectaron a su motivación. El propio Enrique asistió a tres misas seguidas antes de la batalla, y tomó la comunión, como seguramente hicieron la mayoría de sus súbditos; había un pequeño ejército de clérigos en la expedición. Los soldados imploraban ritualmente la bendición antes de formar, poniéndose de rodillas, santiguándose y llevándose tierra a la boca como gesto simbólico de aceptación de la muerte y el entierro.

De todas formas, tanto la bebida como la oración deben considerarse refuerzos de última hora, y de corto alcance, de la motivación para el combate del soldado medieval (aunque, como se verá, no solo suya). Mucho más importante —y, dadas las diferencias de estado, en mayor medida para el soldado común que para el hombre de armas— era la perspectiva de enriquecerse. La guerra medieval, como todas las guerras, tenía muchas finalidades; pero la batalla medieval, solo tres: primero, naturalmente, la victoria, porque las consecuencias personales de la derrota podían ser muy desagradables; segundo, la distinción personal en combate singular, algo que tendría más en cuenta el hombre de armas que el arquero; y tercero, y más importante, el rescate y el botín. Agincourt no fue una típica batalla medieval, al proporcionarles y luego arrebatárles a los vencedores la riqueza que produjo; pero para entender la batalla medieval hay que tener muy presente la búsqueda y fiebre del oro que la caracteriza.

Al mismo tiempo, habría que equilibrar esto con otros dos factores. El primero de ellos es el poder de la coacción. Casi todos los historiadores militares desdeñan o ignoran sistemáticamente el papel que juegan la coacción o la fuerza de las circunstancias inevitables en la conducción de los hombres hasta las penalidades de la batalla, e incluso a través de ellas. Pero puede apreciarse claramente que la fuerza de las circunstancias inevitables fue uno de los impulsos más poderosos para el combate en Agincourt. Los ingleses habían intentado evitar por todos los medios la batalla durante su larga marcha desde Harfleur; y, aunque la aceptaron el 25 de octubre como única alternativa a la capitulación, y quizá a un cautiverio de por vida, se vieron finalmente impulsados a atacar debido al hambre y el frío. Los franceses, por su parte, también quisieron evitar que su confrontación con los ingleses culminara en el combate; y se puede suponer de manera convincente que muchos de los que cayeron bajo las espadas o los golpes de maza de los ingleses fueron llevados

a la batalla con la misma libertad de elección que el hombre que se encuentra en la dirección errónea de una escalera mecánica.

El segundo factor se confunde con el que acabamos de examinar. Se refiere al carácter común de la violencia en la vida medieval. Lo que sucedió en Agincourt repugna y horroriza a la imaginación moderna, que, aunque está indirectamente acostumbrada a la idea de la violencia, rara vez se encuentra con ella, y cuando lo hace finalmente, se siente ultrajada. Sin duda, el individuo de hace quinientos años que era víctima de la violencia se sentía igual de profundamente ultrajado; pero, sin duda, se sorprendería mucho menos cuando se produjese, en aquel mundo en el que se imponían los derechos del señor, y las disputas entre vecinos se solucionaban a espada y cuchillo. Como revela el lenguaje de la ley inglesa, que procede de la Edad Media, con sus referencias a «*putting in fear*» [meter miedo], «*making an affray*» [tener una reyerta] y «*keeping the Queen's peace*» [mantener la paz de la reina], solo de manera forzada podría distinguirse entre guerra privada, civil y extranjera. Por lo que la batalla, aun estando en un extremo del espectro de la violencia, no era algo inimaginable, algo totalmente fuera del alcance del individuo amante de la paz. Era un riesgo que al soldado se le presentaba de una forma especialmente concentrada; pero su educación y su experiencia ya le habrían acostumbrado en parte a ella.

III

WATERLOO, 18 DE JUNIO DE 1815

El duque de Wellington se oponía enérgicamente a todo intento de convertir la batalla de Waterloo en literatura o en historia. Su propio informe oficial despachaba el asunto en pocas palabras, y a un corresponsal que le había pedido ayuda para contarla le aconsejó que «dejase la batalla de Waterloo como estaba». La actitud de Wellington se basaba, en parte, en su desdén por el sensacionalismo, y en parte, en la bien fundada duda sobre la posibilidad de establecer una cadena causal que explicase los resultados. «La historia de la batalla», explicaba, «¡no es como la historia de un baile! Algunos podrán recordar todos los pequeños sucesos de los que dependió que la batalla se perdiese o se ganase; pero nadie podrá precisar el orden en que se produjeron, ni su momento exacto, que es lo que determina su valor o su importancia».

Como era de prever, los deseos de Wellington se incumplieron ya desde el principio. A los contemporáneos de Waterloo, les parecía que la batalla había invertido la corriente de la historia europea, y casi todos los que tomaron parte en ella y podían escribir, encontraban siempre lectores ávidos. Los agradecimientos oficiales, por lo demás, determinaron que el estilo tendiese a ser heroico y declamatorio. Por primera vez en la historia del ejército inglés, cada veterano recibió una medalla conmemorativa; sería reconocido como héroe de Waterloo, y ese único día de servicio del 18 de junio de 1815 le contaría como dos años para la pensión. Solo esto bastaba para convencer al soldado raso más obtuso de que había sobrevivido a un acontecimiento extraordinario; los oficiales no lo dudaron desde el momento mismo en que terminó la batalla, y muchas de sus cartas, escritas entonces para tranquilizar a sus familiares, incluían algún comentario sobre el triunfo que han recogido todos los historiadores que se han ocupado de Waterloo. Y hasta los franceses, por algún extraño fenómeno de transposición, lograron hacer una épica de la derrota. Y las dos mayores figuras literarias, cuya imaginación fue captada por Waterloo —Byron y Victor Hugo—, transformaron sus sensaciones en poesía.

Significativamente, los resultados de ambos —*Las peregrinaciones de Childe Harold* y *Los castigos*— aún pueden leerse con emoción. Pero el efecto acumulativo de tratar la batalla como un drama, visto y sentido como tal por los mismos que participaron en el fragor del combate, ha ocultado la experiencia humana y los hechos militares bajo una gruesa capa de sedimentos románticos. Incluso Siborne, cuya aproximación metodológica a la batalla fue impecable, se sintió en la obligación de concluir su laboriosa historia con una explosión pirotécnica de adjetivos:

Así terminó esta Batalla memorable para siempre, una Batalla notable por el espectáculo que ofreció; por un lado, la bravura más noble e intrépida; la resistencia más callada, serena y sublime; el patriotismo y la lealtad más decididos e inflexibles; por el otro, el valor más atrevido y arrojado en el asalto; la devoción a su Jefe más entusiasta e ilimitada; y finalmente, una derrota física y una aniquilación moral sin igual en la historia de la guerra moderna. Así se consumó una victoria, más brillante en su desarrollo, más decisiva en sus operaciones y más completa en sus resultados que cualquiera de las que habían tenido lugar para alcanzar el fin deseado desde hacía tanto tiempo y tan ardientemente por

Generaciones de escritores para quienes la caída de Napoleón no tuvo la significación moral o política que había tenido para Siborne y sus contemporáneos, le siguieron, no obstante, en la consideración de esta victoria como liberación de una tiranía. Mientras tanto, la imaginación visual del escritor y del lector se fue alimentando de una gran cantidad de lienzos brillantemente pintados en los estudios de un ejército de exitosos pintores de salón —Dighton, Philippoteaux, Raffet, Bellangé, Caton Woodville—, cuadros que, mediante una combinación de la observación fotográfica del detalle, que desafiaba las leyes físicas, se anticipaban al trabajo de los surrealistas. En gran parte, la imaginería en prosa de la historia de Waterloo, contada una y otra vez —sables centelleantes, cuadros deshechos y torrentes de caballos—, tiene su equivalente, como se sospecha a menudo, en la visión de artistas que, como mucho, se asomaron al campo de batalla como turistas.

Últimamente, cierto número de autores se han mostrado impacientes con el ritual enfoque dramático. David Howarth, en *Waterloo: Day of Battle*, tuvo un notable acierto al narrar la batalla a través, fundamentalmente, de los recuerdos de combatientes y testigos. Jac Weller, un especialista con una visión muy original, intentó, y en gran medida consiguió, llevar a cabo un proyecto ambicioso: contar la batalla «sin más información que la que tenía Wellington en cada momento». Es un experto en armas, y su libro también proporciona una medida válida de los daños que los ejércitos se podían causar mutuamente, así como de las heridas que podían sufrir los individuos en el campo de batalla. Pero ambos son insatisfactorios. Los individuos de Howarth no dejan de ser individuos, y el lector no sabe en qué medida resultan representativos, ni sabe cómo de extensible fue su experiencia de aquel día. Weller hace un intento de generalización tremendamente imaginativo; pero como su libro se titula *Wellington at Waterloo*, inevitablemente termina quedando constreñido en los límites del enfoque biográfico.

Lo que la «experiencia humana» y los «hechos militares» de Waterloo reclaman del historiador es una combinación de los métodos de Howarth y Weller; un esfuerzo de cooperación entre el corazón del primero y la cabeza del segundo. Lo extraño es que aún no se haya intentado. Porque la arqueología militar de 1815 —sistemas de orden cerrado; tipos, alcance y efecto de las armas; sistemas de mando; velocidad de movimiento campo a través— aguarda a ser redescubierta, para lo que solo hace falta, como ha demostrado Weller, buscarla bajo el manto del pasado. Los investigadores han dispuesto de ricos depósitos de recuerdos personales durante más de un siglo. Ya que, además de las memorias escritas por un montón de veteranos ociosos británicos, franceses, alemanes, holandeses y belgas; y de las cartas de los supervivientes, escritas espontáneamente al día o a la semana siguiente; y también de la documentación oficial de la campaña; hay en el ejército británico un archivo como el que no volvería a haber hasta que el general S. L. A. Marshall estableciese su «informe posterior a la acción» en el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. La calidad de este archivo es magnífica, aunque su origen es de lo más excéntrico. El capitán Siborne, su recopilador, concibió en la década de 1830 la idea de construir una enorme maqueta de Waterloo en «el momento crítico de la batalla», y consiguió el permiso del comandante en jefe para distribuir una circular entre los oficiales que aún vivían, en busca de pruebas. El resultado pudo haber sido caótico. Pero Siborne era un hombre metódico, y pidió a sus corresponsales que contestasen una lista de preguntas concretas. Naturalmente, algunos se salieron de las normas, mientras que otros las respetaron demasiado estrictamente. Pero el resultado global proporcionó una especie de vista panorámica de Waterloo, desde el lado británico. Esta colección ha sido la fuente principal de todos los relatos y tratamientos posteriores de la batalla. El mismo Siborne escribió una historia basada en ello, que es desmesurada y no hay quien la lea. La mayoría de los

capítulos sobre los historiales de los regimientos en Waterloo no son más que versiones apenas camufladas de las cartas a Siborne de sus propios oficiales; y bandadas de antropólogos, atraídos a Waterloo por las fáciles presas que proporciona este trabajo, han llenado decenas de páginas con «hallazgos» que no habían sido difundidos.

Sin duda, existe material para una historia humana que podría ser también una historia militar de Waterloo. Cuanto más que, curiosamente, la mayoría de las fuentes permanecen intactas. Porque Waterloo, más que cualquier otra batalla, ha sido tratada, comprensiblemente, según el esquema «ganar/perder». Ya hemos visto que fue la decimoquinta batalla culminante de *Decisive Battles*, de Creasy; y la mayoría de los autores le han seguido, o se le anticiparon, en la búsqueda, ante todo, de una explicación: la de por qué venció Wellington y perdió Napoleón (o cómo se le hurtó a este la victoria, o cómo podría haber ganado si hubiera sucedido tal o cual cosa; escribe Weller: «Después de una lectura exhaustiva de todo lo escrito sobre Waterloo, cuando me encuentro con una frase que empieza con “si...”, me echo a temblar»). La mayoría de los participantes, por lo demás, subordinan su propia historia a la historia general de la caída de Napoleón. La abundante información acerca del comportamiento humano que hay en el trabajo de Siborne, la recogió este como algo secundario mientras buscaba algo más específico, aunque fundamental: determinar las localizaciones exactas y los momentos precisos, para establecer la cadena causal. Pero gracias, precisamente, a este carácter secundario de toda esa información humana es por lo que podemos concederle un gran valor. Y por ello mismo es tan abundante, en comparación con la que nos ha llegado de Agincourt, gracias a lo cual podemos aspirar a reconstruir con razonable veracidad cómo fue la batalla para quienes participaron en ella.

LA CAMPAÑA

Empezaremos con el comienzo de la campaña, que fue solo un poco antes de la batalla misma. Napoleón, tras su derrota ante los ejércitos combinados de Gran Bretaña, Austria, Prusia y Rusia en 1814, y su destierro en la isla de Elba, volvió a Francia el 1 de marzo de 1815. Luis XVIII, repuesto en su trono por los aliados, se dio cuenta enseguida de que no contaba con la lealtad de sus ejércitos, y el 20 de marzo abandonó París para irse a Gante, en Bélgica. Napoleón entró en París aquel mismo día. Él esperaba que los aliados aceptaran su vuelta al poder; pero justo una semana antes habían acordado ir a la guerra, y lo mantuvieron. Mientras Napoleón trataba de reconstruir la *Grande Armée* [gran ejército], gran parte de la cual había sido desmovilizada en la Restauración, los aliados dispusieron cuatro ejércitos en las fronteras este y noroeste de Francia. Un ejército austriaco de 200 000 hombres debía penetrar en Francia a través de Alsacia-Lorena, y sería seguido por un ejército ruso de unos 150 000; un ejército prusiano de alrededor de 100 000 debía marchar hacia el sur de Bélgica; y un ejército anglo-holandés, formado en torno a un núcleo británico que ya se encontraba en los Países Bajos, tenía que concentrarse al norte. El plan era que, una vez desplegados, entrasen simultáneamente en Francia.

Napoleón no podía esperar a hacer frente a tales cifras. A su vuelta, solo se había hecho con 200 000 hombres armados; y, como se dio cuenta de que la abolición del reclutamiento promulgada por Luis XVIII era demasiado popular como para revocarla, tuvo que recurrir a la exhortación y a ciertas ilegalidades para incrementar su fuerza. Su inferioridad numérica le obligaba a optar entre dos estrategias: una de desgaste, defensiva y dilatoria, que, si durase lo suficiente, podría hacer que los aliados aceptasen la paz para eludir una amarga frustración; o una ofensiva contra los ejércitos

británico y prusiano que se estaban juntando en Bélgica, y que si tenía éxito podía disuadir a los austriacos y a los rusos de arriesgarse a una derrota posterior. Dada su inclinación natural por el ataque, y dado que los ejércitos británico y prusiano solo eran algo superiores en número, se decidió por la segunda. Esta, por otra parte, tenía sobre la primera el atractivo añadido de que evitaba una segunda invasión extranjera del territorio nacional en dieciocho meses.

Para lo que no era lo bastante fuerte era para enfrentarse a ambos ejércitos, el británico y el prusiano, juntos. Su plan requería, por tanto, trabar batalla primero con uno solo, y de tal forma que el otro no pudiese acudir en su socorro hasta que fuese demasiado tarde. El asunto estaba en a cuál atacar primero. La base del ejército británico estaba en los puertos belgas; la del prusiano, en el Rin. Aquel que fuese atacado, debería replegarse hacia su base, con lo cual se separaría del otro, puesto que ambas líneas de comunicación eran perpendiculares. Un ataque contra los británicos podía provocar que los prusianos acudiesen en su ayuda; pero Napoleón pensó que, en cambio, no era probable que Wellington arriesgase su línea de comunicación con los puertos del canal para ayudar a Blücher. Según este razonamiento, debía atacar primero a los prusianos.

Napoleón fue injusto con los británicos y con Wellington en su lectura de los distintos caracteres nacionales; porque el duque estaba decidido a luchar hasta el final. Aunque el desarrollo inicial de la campaña pareció ratificar la premisa de Napoleón. Este consiguió concentrar a su ejército en la frontera belga sin que los aliados lograsen conocer sus andanzas exactas, y el 16 de junio empleó la mayor parte de su fuerza contra unos prusianos aislados en Ligny, y los derrotó. Aunque los británicos lograron hacer acto de presencia y constituir una seria amenaza, fueron contenidos y rechazados por una avanzada francesa en el extremo del flanco oeste de la batalla de Quatre-Bras, y retrocedieron hacia el norte, como Napoleón había previsto y deseado. Los prusianos, por su parte, se retiraron aparentemente hacia el este.

Hasta aquí, todo perfecto. Napoleón había ganado la batalla estratégica. Solo quedaba atar los cabos tácticos, derrotando a los británicos; a un ejército británico bastante menos espectacular que el que había combatido en España. Menos de la mitad eran británicos, y el resto, alemanes, holandeses y belgas; de los regimientos británicos, muchos estaban compuestos por tropas sin experiencia.

Con todo, la caballería cubrió eficazmente la retirada británica durante el 17 de junio; y cuando amaneció al día siguiente, Napoleón se los encontró desplegados en una posición fuerte que cruzaba el camino principal hacia Bruselas, justo al sur del bosque de Soignes. Su parte delantera medía unos cinco kilómetros y medio, y sus flancos estaban bien protegidos, al este por los edificios de la granja y las casitas de Papelotte, Frichermont y La Haye, al oeste por el pueblo de Braine-l'Alleud. El centro de la posición estaba reforzado por dos granjas con fuertes edificios, La Haye-Sainte y Hougoumont. La posición británica de estas granjas hacía que un ataque frontal fuese difícil. Pero quizá era aún más peligroso intentar maniobrar para rodear la posición, teniendo al ejército prusiano en un lugar indeterminado de la derecha; además de que llevaría tiempo. Por ello, Napoleón se decidió por el ataque frontal.

De los británicos no cabía esperar el ataque. Aunque los dos ejércitos tenían efectivos equivalentes de unos 70 000 hombres cada uno, había tantos soldados alemanes y belgo-holandeses con Wellington, poco fiables tanto política como militarmente, que solo podían tener un uso estático. La Legión Alemana del Rey (KGL, según sus siglas inglesas), una fuerza de profesionales emigrados de Hanóver, que había combatido en la Península, era lo suficientemente valiente como para poder ser utilizada en cualquier parte; los oficiales y los soldados británicos les concedían a los regimientos de la KGL la misma capacidad que a los suyos. Pero muchos de los otros regimientos de Hanóver estaban poco instruidos y carecían de experiencia; por otra parte, se sospechaba, con fundamento, que los belgo-holandeses preferían a Napoleón antes que a su recientemente repuesto príncipe de Orange. Por ello, Wellington decidió desplegarlos donde pudieran causar menos

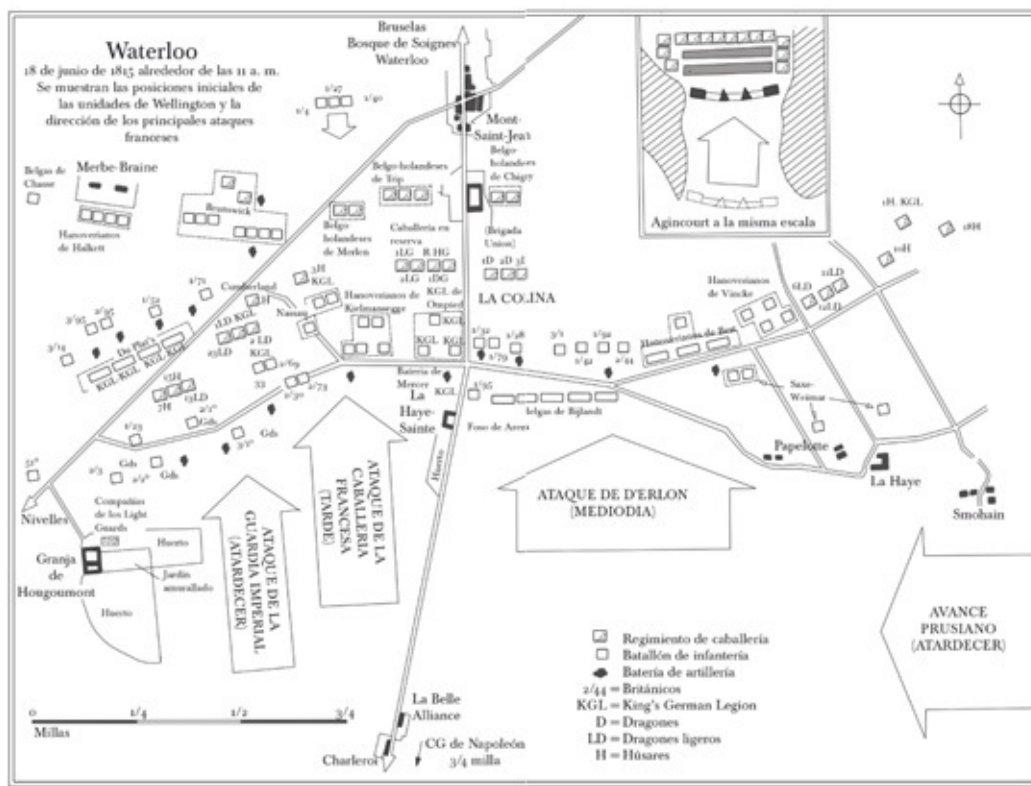
problemas, colocando a la mayoría en Braine-l'Alleud, en un extremo de su línea, y en La Haye y Papelotte, en el otro. Los que necesitaba para engrosar su centro, los intercaló entre regimientos británicos y alemanes de variada calidad. Habiendo desplegado así su ejército en lo alto de una suave pendiente, esperó a ver cuándo y por dónde atacaba Napoleón.

Napoleón decidió atacar hacia las once contra la granja fortificada de Hougomont, que estaba guarnecida por los Foot Guards. Esta es la primera de las cinco fases en que los historiadores suelen dividir la batalla. Se trataba de un ataque de distracción, para atraer reservas de Wellington desde el centro hacia donde parecía que iba a lanzarse el ataque principal. Pero los Foot Guards no necesitaron refuerzos para mantener la granja, que era un edificio enormemente sólido; en tanto que el jefe francés, obcecado en el ataque, se olvidó casi por completo de que se trataba de una mera maniobra de distracción y empeñó cada vez más tropas en el intento de asalto. La lucha por Hougomont se convirtió, así, como sucede a menudo en las luchas «por el terreno», en una batalla dentro de la batalla, y se mantuvo con virulencia hasta que las tropas francesas se vieron forzadas a abandonar por la retirada general de su ejército.

La segunda fase de la batalla, el ataque de la infantería de D'Erlon, fue por lo tanto contra un centro británico no debilitado por retirada alguna de fuerzas. Aunque sí había sido sometido al fuego de una «gran batería», compuesta por unos ochenta cañones, durante media hora. Tras ello, a eso de las dos menos cuarto, cuatro divisiones francesas empezaron a cruzar el valle casi llano que separaba a los dos ejércitos. Dos importantes defensas exteriores de la línea británica —Papelotte y el «Foso de Arena», utilizados por los fusileros británicos como posiciones para escaramuzas— fueron capturadas rápidamente; pero La Haye-Sainte, aunque se vio cercada, no cayó. Sin embargo, cuando los franceses avanzaban con densas columnas hacia lo alto de la colina, una brigada belgo-holandesa, la que más había sufrido por el fuego de los cañones, huyó. Un contraataque de la infantería británica, dirigido por el general Picton, restableció la línea, y una carga de dos brigadas de la caballería pesada británica —las brigadas Heavy y Union—, sembraron el desorden entre los franceses.

La tercera fase, que empezó a eso de las cuatro, consistió en series de cargas de la caballería francesa contra la sección del centro británico que no había sido atacada por D'Erlon. La decisión de atacar la tomó Ney, jefe de operaciones de Napoleón, que había malinterpretado unos movimientos por detrás de la línea británica, que le hicieron pensar que esta cedía. Pero en realidad, estaba bien preparada para recibirles. Los británicos formaron en cuadro y resistieron carga tras carga de la caballería. Los jinetes que sobrevivieron se retiraron finalmente, perseguidos por la caballería británica, con la que trabaron un combate de encuentro. Napoleón, sabedor ya de que los prusianos se estaban aproximando al campo de batalla, envió urgentemente a Ney la caballería acorazada de la Guardia Imperial y otras dos divisiones de coraceros. Fueron igualmente derrotadas por los cuadros británicos y hanoverianos; como lo fue también la infantería enviada al final, hacia las seis de la tarde.

La artillería de los dos ejércitos había desempeñado un papel fundamental en las fases segunda y tercera. La cuarta, en cambio, fue casi por completo cosa de la infantería. Su duración fue muy breve, y destaca de manera aislada, porque supuso un triunfo francés, el primero de la jornada. La toma de La Haye-Sainte, abandonada por la guarnición de la KGL cuando se quedó sin munición. Su pérdida colocó en un grave aprieto a la línea británica que estaba detrás, y Ney casi consiguió atravesarla con otro ataque de infantería. Pero casi no contaba con soldados, ya que tenía a la reserva empeñada contra los prusianos; Wellington, por el contrario, había guardado más fuerzas y aún disponía de las suficientes para reforzar el frente amenazado. Poco después de las seis y media, la situación aquí se había restablecido.



La crisis pasó entonces al lado francés. Napoleón estaba seriamente comprometido en dos frentes, y el avance de los prusianos le amenazaba con dejarle rodeado. Solo le quedaba un grupo de soldados para romper el cerco que se cerraba y recuperar la ventaja. Este grupo era la infantería de la Guardia Imperial. Alrededor de las siete, dejó su posición en la retaguardia y subió por la colina situada justo al este de Hougoumont. Los batallones británicos que estaban en lo alto dispararon andanadas al frente y a los flancos. El tiro al flanco del 52.º de infantería ligera fue especialmente mortífero e inesperado: pudo verse, con sorpresa, cómo la Guardia se daba la vuelta y desaparecía entre el humo del que había surgido. A la orden del duque de Wellington, toda la línea avanzó por detrás de la carga de la caballería británica que quedaba. La batalla de Waterloo casi había terminado—los prusianos aún se encontraban en combate con los franceses en el flanco este—, y Napoleón había sido vencido.

EL ÉNGULO DE VISIÓN PERSONAL

Supongo que no hará falta señalar que las «cinco fases» de la batalla no fueron percibidas en su momento como tales por ninguno de los combatientes; ni siquiera, pese a su posición ventajosa y a su poder de intervención directa en los hechos, por Wellington ni Napoleón. Las «cinco fases» son, naturalmente, una convención narrativa. En cualquier caso, es importante destacar, antes de empezar a abordar la batalla según la experiencia de los hombres en el frente, lo decididamente parcial que era la visión de la mayoría. Un caso extremo es el del 27.º regimiento, el de los Inniskillings. Como habían sido empleados durante la noche del 17 al 18 de junio en la línea de retirada, el día de la batalla no aparecieron en el campamento hasta las once de la mañana. Allí, alrededor de Mont-Saint-Jean, a algo más de un kilómetro del frente, se tumbaron a descansar. Muchos aún dormían cuando, a eso de las tres de la tarde, cuatro horas después del comienzo de la batalla, se les ordenó marchar hacia el cruce de caminos de La Haye-Sainte. Cerca de este punto formaron columnas de compañía, y así permanecieron, de vez en cuando en formación de cuadro, hasta la orden de avance general de

unas cuatro horas más tarde. Durante estas cuatro horas, alrededor de 450 de los 750 oficiales y soldados murieron o fueron heridos, casi todos por fuego de cañón desde varios centenares de metros o por fuego de mosquete de franceses ocultos. Las bajas entre los oficiales fueron tan altas (solo uno de cada dieciocho salió ileso) que casi nadie escribió nada sobre esas cuatro horas. Aunque es improbable que algún Inniskilling tuviese ojos y cabeza para otra cosa que no fuera el horror que estaban sufriendo él y sus camaradas; e incluso en la formación de cuadro, el situado en el lado posterior estaría protegido del fuego directo por los de las cuatro filas del lado delantero, a doce metros detrás de él, pero solo vería la parte del campo de batalla en que no se combatía, y sus nervios estarían en tensión ante la posibilidad de un cañonazo a sus espaldas. Por lo tanto, puede que no sirviera de mucho preguntarle a un superviviente del 27.º qué recordaba de la batalla.

Muchos de los corresponsales de Siborne señalaban al principio del cuestionario lo incompleta o parcial que había sido su visión aquel día. Thornhill, ayudante de campo de Uxbridge, comandante de la caballería, escribió que había estado tan ocupado con la «transmisión rápida y directa de las órdenes» que había tenido «poco tiempo para ver nada que no estuviese relacionado con ello». Robbins, del 7.º de húsares, anotó que hasta el momento en que fue herido, casi al final de la jornada, «apenas vimos al enemigo», aunque su regimiento cambió de posición tres veces y estuvo a menudo bajo el fuego; y durante su único enfrentamiento directo con la caballería francesa «estaba demasiado ocupado con mis propios hombres como para fijarme en lo que sucedía alrededor». Browne, teniente del 4.º regimiento, próximo a los Inniskillings pero menos expuesto al fuego enemigo, se ocupó expresamente de este punto: «El humo, el ajeteo —que me temo es inseparable de los regimientos cuando están cerca del enemigo— y, muy particularmente, la atención que deben prestar los oficiales de la compañía a sus hombres, abortan cualquier posibilidad de que puedan dar cuenta correctamente de las batallas en las que tomen parte». Pratt, el teniente que mandaba la compañía ligera de los Inniskillings —que salió de avanzada del regimiento y por lo tanto se evitó la terrible prueba de permanecer quieto bajo los cañones—, señala esto mismo de una forma más gráfica:

Creo que estarán de acuerdo conmigo en que un joven oficial subalterno [...] agobiado y fatigado después de dos días de marcha, luchando y con hambre [...] no tomaría especial nota de las características del terreno sobre el que se está moviendo, o no dirigiría sus observaciones mucho más allá del alcance de lo que pudiera afectarle a él o a los pocos soldados que estuviesen justo al lado.

Además de las preocupaciones del deber, había otras causas que privaban a los hombres de una visión coherente o amplia de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Muchos regimientos pasaron la mayor parte del tiempo tumbados, a menudo en la pendiente del otro lado de su posición, lo que impedía la visión de todas las acciones. Mercer, cuya detallada descripción del campo en su *Journal* es uno de los más cautivadores pasajes de la literatura sobre Waterloo, le ofreció a Siborne un relato más halagador, si no más convincente, en un párrafo que describe la situación de su batería al comienzo de la tarde:

No podíamos ver nada de lo que sucedía en el frente de batalla, porque la altura donde estaba desplegada nuestra primera línea quedaba por encima del terreno que ocupábamos. De la propia línea solo podíamos ver los pocos cuadros de infantería inmediatos a nosotros, con las baterías intercaladas. De vez en cuando aparecían unidades de caballería

en la cresta, entre los cuadros, y después se dispersaban por la ladera opuesta de la posición y volvían a desaparecer, no sé cómo.

Por lo tanto, una pequeña elevación marcaba la diferencia entre una vista de pájaro y una vista de gusano; de hecho, sir John Colborne, que mandaba el 52.º de infantería ligera, estaba «convencido de que nadie, salvo los oficiales de a caballo, pueden dar una información correcta sobre la batalla» (opinión que, como se ha visto, no se apoya en la experiencia de los propios hombres de caballería). Pero, hasta en lo más alto de la posición, los obstáculos físicos podían limitar profundamente el horizonte del soldado. En muchos sitios, por lo menos al comienzo de la batalla, los cultivos de trigo y centeno estaban tan altos que le permitían al enemigo aproximarse sin ser detectado a la distancia de tiro de sus mosquetes. «En Quatre-Bras —recuerda Llewellyn, del 28.º regimiento—, el centeno estaba tan alto que el enemigo, incluso cuando atacaba nuestros cuadros, se veía obligado a hacer que alguien audaz llegase como fuera lo más adelante posible para plantar una bandera como señal, en la punta misma de nuestras bayonetas». En Waterloo, que fue una batalla más larga, los cultivos quedaron al final totalmente pisoteados (según Albemarle, del 51.º regimiento, «hasta alcanzar la consistencia de una estera india»); pero antes de eso, la compañía ligera del 51.º regimiento, en el lejano flanco oeste de la posición, recibió fuego de la infantería francesa, que, oculta entre las espigas, se había acercado a doce metros sin que la advirtieran; por su parte, el teniente Sharpin, de la batería de Bolton, tuvo la primera noticia de la aproximación de la Guardia Imperial en «el momento crítico de la batalla» cuando vio los gorros franceses sobresaliendo del maíz, a cuarenta o cincuenta metros de los cañones británicos. Una vez más, los hombres que estaban en el interior o en la retaguardia de las densas formaciones en columna, como las adoptadas por la Guardia en su avance, tuvieron que captar poco más que gorros, cuellos y espaldas, y eso a una distancia de pocos centímetros, incluso cuando sus compañeros de delante intercambiaban disparos con el enemigo. Además, por muy buena que fuese la visión, casi todo quedaba envuelto, durante periodos cortos o largos, por las densas nubes del humo de la pólvora.

El humo no solo limitaba la visión (aunque este era uno de sus efectos principales, del que se hablará más tarde), sino que también provocaba efectos visuales. Cathcart, uno de los ayudantes de campo de Wellington, recuerda a la Guardia como «negras columnas que parecían surgir entre el humo y la niebla»; para los británicos del 1.º de Guards, que estaban en su camino, la Guardia Imperial parecía «un cuerpo de gigantes [...] con sus altos morriones [...] a través de la nube de humo»; y un oficial de la división de Picton, que vio a distancia el choque de los dos cuerpos de élite, recordaba que «los inclinados rayos del sol poniente que nos llegaban a través del humo de los cañones convertían la atmósfera en una cámara oscura gigante, donde las figuras individuales aparecían enormes y negras como el hollín».

Pero a pesar de la distancia, el humo y los accidentes del terreno que entorpecían la visión, muchos combatientes registraron claramente, con mucho detalle, episodios más o menos largos, e incluso identificaron a personajes concretos. Albemarle, del 14.º regimiento, vio a Jérôme Bonaparte y a su séquito cabalgando por el frente antes de que comenzara el cañoneo; poco después, Vivian, que mandaba la brigada de húsares, aseguraba haber visto a Napoleón «con un gran cortejo de oficiales [...] entre las columnas que estaban formando frente a la parte británica izquierda». Un gran número de oficiales británicos vieron a Wellington, a menudo al alcance de la mano, le oyeron hablar, e incluso intercambiaron palabras con él. El teniente Drewe, de los Inniskillings, pasó bajo su balcón en el pueblo de Waterloo, desde donde el duque miraba desfilar a sus tropas, poco después de las seis de la mañana. A eso de las diez, estaba al oeste de Hougomont, donde algunos de Nassau que huían le dispararon después de que les ordenara volver a su posición; y se quedó por allí hasta después de

que los franceses hubiesen iniciado el ataque a la granja. A primera hora de la tarde, estaba en el centro, durante los ataques sucesivos lanzados por D'Erlon, a veces cerca de «su árbol» —un olmo aislado en la cima de la divisoria del cruce de caminos de La Haye-Sainte—, a veces en el interior de un cuadro. Tras haber rechazado el ataque de D'Erlon, visitó las compañías del 95.º de fusileros en el Foso de Arena, justo al este de La Haye-Sainte, siguiendo el 1.º batallón, el de la KGL, que había enviado en su apoyo. Por la tarde estuvo principalmente tras la sección derecha del centro, cuando se produjo el ataque de la caballería francesa: Rudyard, de la batería Lloyd, lo estuvo viendo cerca del cuadro de los regimientos 33.º y 69.º. Calvert, un comandante del 32.º regimiento, vio al duque al este del cruce de caminos durante el ataque a La Haye-Sainte —calculaba que a las cinco de la tarde, aunque podía ser después—, y estaba muy cerca de la propia granja cuando falló su defensa (uno de sus ayudantes de campo, Cathcart, indicó que estaba «muy disgustado»). Durante la última fase, la del ataque de la Guardia Imperial, muchos soldados recordaban haberle visto, quizá porque las bajas y los heridos habían reducido tanto su entorno que a veces cabalgaba solo o con un único acompañante; Gawler, del 52.º regimiento, lo vio solo al este de Hougoumont, y Hunter Blair, brigada mayor de la 3.ª brigada, intercambió palabras con el único oficial de estado mayor que acompañaba al duque (un oficial de Cerdeña que no hablaba inglés). Pero el duque fue también visible al final de la batalla, porque era el momento en que más implicado estaba como jefe. Aunque es falso que dijera «¡Adelante la Guardia y a por ellos!», lo cierto es que dio órdenes directas a Maitland, que mandaba la brigada de los Guards, y más tarde al 52.º de infantería ligera. Tras la retirada de la Guardia Imperial, cabalgó hacia el este a lo largo de toda la línea, siendo señalado a su paso por los hurras que se transmitían de batallón en batallón. En el avance general que siguió, fue tras las cabezas de las columnas hasta La Belle Alliance, donde se reunió con Blücher en algún momento entre las nueve y las diez. Poco después volvió a su cuartel general en el albergue de Waterloo, donde durmió sobre un colchón en el suelo, porque su lecho lo ocupaba un oficial del estado mayor moribundo.

Esta cronología de los movimientos de Wellington el día de Waterloo, además de constituir un índice de la temperatura de la batalla en cada instante —porque siempre conseguía estar presente justo donde el combate era más duro—, nos permite conocer lo que no vio, y así calibrar lo distorsionada que era su visión con respecto a las de otros combatientes con menor libertad de movimiento. De este modo, se puede decir con seguridad que no vio lo que sucedía dentro de Hougoumont (aunque dio una orden acertada a partir de su observación de la extensión de las llamas dentro del edificio); y pudo saber poco de lo que sucedía en los alrededores de Papelotte, ya que apenas cruzó hacia el este del campo de batalla. No presencié el final de la carga de la brigada Union, pues tuvo lugar muy adentro de la posición enemiga; ni tampoco el sufrimiento de los Inniskillings en el cruce de caminos, ya que casi siempre estuvo ocupado en otras partes. Pero el que no tuviera experiencia del combate cerrado de infantería —como el de los Foot Guards en Hougoumont—, ni de la carga de la caballería —como la de Ney por la tarde—, ni del cañoneo prolongado —como el sufrido por los Inniskillings—, no implica que su visión de la batalla fuese menos «real» que la de los que sí tuvieron tales experiencias. Fue una visión adquirida con gran riesgo personal (por lo menos dos oficiales —Gordon y DeLancey— sufrieron heridas mortales a su lado), el precio que pagaron casi todos por el privilegio de llevarse una medalla de Waterloo. Fue una visión más amplia que la de la mayoría: los Inniskillings, como se ha visto, se perdieron las cuatro primeras horas de la batalla, mientras que él había estado moviéndose por el campo desde bastante antes de su comienzo. Fue una visión mucho más variada de la que se le ofreció a la mayoría: por ejemplo, el 1/95.º de fusileros pasó la mayor parte de su acción en el Foso de Arena o en sus alrededores, mientras que Wellington recorrió constantemente de un lado a otro los novecientos metros que hay entre

Hougoumont y La Haye-Sainte. A este respecto, su visión, así como su papel en la batalla, fue muy singular. Mientras que los jóvenes oficiales y los soldados rasos utilizaron —como es lógico— sus idas y venidas como puntos de referencia en sus recuerdos del día, su cronología personal de la batalla habría producido resultados muy diferentes. No podemos aventurar cuáles; aunque tiempo después le recordaría a un entrevistador que se había puesto y quitado la capa «cincuenta veces», un ejemplo sugerente del tipo de detalle irrelevante que se fija hasta en una mente sometida a las mayores preocupaciones. Pero al intentar ver lo diferente que era su visión de la de sus soldados, y cómo diferían las de estos entre sí —la del jinete de la del artillero, la del que estaba en la fila trasera de un cuadro de la del que se encontraba de avanzada, la del herido de la del que salió ileso—, se nos presenta una inmejorable oportunidad para comprender el carácter de la batalla como un todo.

LAS CIRCUNSTANCIAS FÍSICAS DE LA BATALLA

Pero antes de ocuparnos de las experiencias individuales de la batalla, debemos dar cuenta de algunos factores comunes que contribuyeron a determinar su contexto humano. El primero fue la fatiga. Puede afirmarse con rotundidad que históricamente, antes al menos del desarrollo del transporte mecánico, los soldados de la mayoría de los ejércitos llegaban cansados a la batalla, aunque solo fuera porque tenían que marchar hasta el campo bajo el peso de las armas y los equipos. El ejército inglés, desde luego, estaba muy cansado en Agincourt, con hambre y frío y además mojado. Justo así estaban los dos ejércitos en la mañana de Waterloo. Ambos habían marchado durante todo el día anterior, portando entre veinte y treinta kilos por hombre; habían combatido el día previo a ese, y subsistían aún con las raciones suministradas un día antes. Durmieron al raso la noche del 17 al 18 de junio, en que había llovido a cántaros, y se habían despertado en una mañana nublada, en la que no desayunaron. Podemos calcular de manera precisa el estado de privación de muchos regimientos británicos. El 2.º batallón del 30.º regimiento había abandonado Soignes a las dos de la mañana del 16 de junio y había recorrido treinta y cinco kilómetros hasta Quatre-Bras, que alcanzó a las cinco de la tarde. Al día siguiente, tras dejar cuarenta hombres muertos o heridos en el campo —un número de bajas relativamente pequeño, porque siete regimientos sufrieron más en Quatre-Bras que en Waterloo; y ocho, incluidos estos siete, perdieron entre cien y trescientos hombres de los seiscientos que tenía aproximadamente cada uno—, el 2/30.º se retiró a la posición de Waterloo. Lo hizo sin que sus hombres hubieran cenado ni desayunado, por lo que «entre la comida del 15 al mediodía y la mañana del 19, recibieron poco más que la ración de dos días de pan (dos kilos) y carne (medio kilo), pero no tuvieron tiempo de cocinar esta última». Hubo un intento de hacerlo durante el alto en Braine-le-Comte, pero la marcha se reanudó antes de que se pudiera, y hubo que tirar la carne y la sopa al lado del camino^[9]. Los hombres del 1/40.º quizá estaban menos hambrientos que los anteriores, pero tenían los pies más doloridos. El 16 de junio habían dejado Gante muy temprano, después de que les avisaran solo una hora antes; habían marchado cuarenta y ocho kilómetros ese día, y treinta y cuatro el siguiente, hasta llegar a Waterloo a las once de la mañana del 18 de junio. Por lo tanto, habían recorrido ochenta y dos kilómetros en poco más de dos días con sus noches, con dos breves altos de unas pocas horas. Los otros dos batallones de la brigada habían hecho algo parecido; uno de ellos eran los Inniskillings, y cabe especular si el embotamiento de un cansancio físico extremado no les ayudaría a soportar los horrores de su batalla.

Estos alardes de resistencia no eran aislados. La brigada de Adam se había pasado casi dos días caminando; el 71.º regimiento, perteneciente a ella, había dejado Leuze el 16 de junio, temprano, sin

desayunar, y había marchado durante treinta y seis horas, con paradas breves de treinta minutos, para alcanzar Waterloo a tiempo para la batalla. Entonces, los hombres se sentaron en sus mochilas durante la noche del 17 al 18, y el desayuno que recibieron al amanecer fue su primera comida en dos días. Los soldados del 4.º regimiento estaban tan cansados la mañana del 18 que se mantenían despiertos a duras penas; ellos, que formaban la brigada junto con los Inniskillings, que marchaban detrás, también durmieron, tumbados al raso, durante las cuatro primeras horas de la batalla, a unos novecientos metros de la línea de fuego.

Dormirían mucho mejor que los soldados de los regimientos que, tras combatir en Quatre-Bras, llegaron a sus campamentos en Waterloo antes del anochecer; porque el frío y la lluvia del 17 al 18 hizo que fuese casi imposible dormir. El capitán Cotter, del 69.º regimiento, «prefería estar levantado e ir de aquí para allá durante la noche a tumbarse sobre el barro [...] nos hundíamos hasta el tobillo». Albemarle, del 3/14.º, señaló que la lluvia amainó una hora al anochecer y apretó de nuevo por la noche, con rayos y truenos; y que, tras haber estado de pie mucho tiempo, se echó al final «en la ladera de la colina [...] que era como yacer en un torrente». Pese a ello, durmió a pierna suelta hasta que su asistente lo despertó a las dos de la madrugada. Simmons, teniente del 1/95.º de fusileros «embadurnó una manta vieja con una capa espesa de barro» y se cubrió con ella, sobre un poco de paja. Estuvo bastante caliente. Pero a la mañana siguiente, en el regimiento de Macready «casi estábamos congelados de frío, muchos no podían ponerse de pie, y algunos tiritaban». Los Highlanders del 92.º, veteranos de la Península, dormían de cuatro en cuatro «con las mantas unidas»; pero fueron despertados a medianoche por una falsa alarma y se mantuvieron armas en mano por algún tiempo. Los jinetes de los Scots Greys eran continuamente despertados por sus caballos, que, asustados por los truenos, no cesaban de patear al lado de donde yacían sus dueños. El capitán Wood, del 10.º de húsares, recordaba que «todo el mundo estaba empapado. Hubo un chaparrón que caía a plomo. Nuestros caballos no podían soportarlo y no paraban de agitarse. Se les hundían las patas hasta el menudillo».

Los regimientos de Quatre-Bras, por su parte, no comieron mejor que los de la marcha larga. Leeke, alférez del 52.º de infantería ligera, desayunó «medio cazo de sopa y una galleta», que fue todo lo que comió hasta que terminó la batalla. Cinco oficiales del 32.º, que no habían comido nada desde la tarde del 15 de junio, cenaron el 17 un ave de corral entre todos y un puñado de galletas, y parece que al día siguiente no desayunaron. Mercer y sus oficiales, que también se repartieron un ave el 17 por la noche, cometieron por la mañana el error de no tomar las «gachas» que habían preparado los artilleros con la avena recibida hacía poco, esperando a que se cociese la carne. Igual que les pasó a los del 30.º dos días antes, sonó la llamada y tuvieron que dejar la comida; participaron en la batalla en ayunas.

Además de hambrientos y cansados, los combatientes en Waterloo estaban empapados por la lluvia. Los regimientos que habían pasado la noche marchando se echaron a dormir con las ropas mojadas, y se despertarían aún empapados para combatir. Los que habían pasado la noche en los campos, aunque durmieran mal, o no lo hicieran en absoluto, generalmente encontraron cómo secarse por la mañana. Un joven oficial del 32.º, que se había despertado completamente mojado, consiguió fuego en un establo y los hombres hicieron grandes fogatas fuera. Los de la compañía ligera del 3.º de Foot Guards, que habían pasado la noche «sentados y apiñados al borde de una charca», al sur de Hougomont, pudieron encender un fuego, que «sirvió para secar nuestras ropas y equipos»; y Leeke, del 52.º, encontró un fuego lo suficientemente grande y caliente como para poder dormir junto a él. Wood, del 10.º de húsares, un oficial cuya carta de Waterloo destila el auténtico espíritu de la caballería, entró «en una pequeña casa de campo próxima a nuestro campamento [...] al viejo Quentin se le quemaron las botas y no se las pudo poner». La humedad también les estropeó la

ropa a otros de caballería. Durante la noche, los correaes blancos de los Greys se habían incrustado en las guerreras escarlata; y el sargento Coglan, del 18.^o de húsares, intentó secar sus ropas colgándolas en las ramas de unos árboles. Se tocó llamada entonces y se vistió en la silla «gritando a los que estaban a mis órdenes que montasen también». El día de Waterloo hubo más nubes que sol, y quienes no tuvieron cerca un fuego por la mañana, como Coglan, seguramente se mantendrían húmedos hasta bastante después del mediodía. Tras lo que Houssaye describe como «caleidoscopio de tintes vivos y resplandores metálicos», con las «guerreras de color verde brillante [...] cuellos de azul imperial [...] calzones blancos [...] corazas de plata [...] capas azules con forro escarlata [...] *kurkas* rojas y petos azules [...] dolmanes verdes con galones amarillos bordados, pellizas rojas ribeteadas en piel», debía de haber en realidad muchas prendas mustias, camisas pegajosas y calcetines mojados.

¿Estaban los ejércitos mejor preparados espiritual y mentalmente para la batalla de lo que lo estaban físicamente? Parece que poca o ninguna práctica religiosa —como la que tanta importancia tuvo en Agincourt para la preparación del ejército inglés— hubo en Waterloo. Los capellanes, tan numerosos en los ejércitos medievales franceses e ingleses, casi habían desaparecido en los del siglo XIX (y no reaparecerían hasta los reinados más píos de la reina Victoria y de Napoleón III). El Napoleón grande parece que no tuvo ninguno, ya que sus soldados eran los últimos ciudadanos franceses que mantenían una irreligiosidad digna de los momentos álgidos de la Revolución. El ejército de Wellington se mostraba menos hostil que indiferente. Cada división tenía un capellán, pero no se les apreciaba en conjunto, y carecían de influencia. Para Wellington, la principal finalidad de los capellanes era combatir el metodismo, que en su opinión subvertía la jerarquía militar. Pero en las memorias de Waterloo apenas aparecen oraciones privadas informales, a las que exhortaba el metodismo. Leeke, un hombre de profundo temperamento religioso y que más tarde tomaría las órdenes anglicanas, cuenta: «El pensamiento de lo que le podría ocurrir a mi alma si me mataban no me vino hasta muy avanzada la batalla». Bull, jefe de una de las baterías de la Royal Horse Artillery, había adquirido en España el hábito de orar con sus artilleros, y debió de hacerlo en Waterloo, pero no hay referencias al respecto. Ninguno de los historiales de los regimientos registra tampoco que se celebrasen servicios religiosos antes de la batalla; ni siquiera a pesar de que el 18 de junio fuese domingo, y de que al menos uno de los mandos de regimiento —Colborne, del 52.^o— era muy conocido por su devoción personal.

La razón más probable de que colectivamente no se observase el domingo, ni individualmente hubiese preparativos espirituales, fue que ambos ejércitos tan cansados mantuvieron la incertidumbre hasta el final de la mañana acerca de si iba a haber batalla o no. Es cierto que cada jefe sí estaba por su parte decidido a pelear —Napoleón desde el principio; Wellington desde poco antes del amanecer, cuando se le confirmó que Blücher acudiría en su apoyo—; pero ninguno estaba seguro de las intenciones del otro, y hasta que no se hicieron claras, sus subordinados lo único que podían hacer era especular sobre si el 18 de junio sería un día de combate o de marcha. Mercer hizo una ronda entre los soldados que acampaban cerca de su batería y escuchó opiniones variadas: «Algunos pensaban que los franceses tenían miedo de atacarnos; otros, que no tardarían en hacerlo; otros, que el duque no esperaría; otros, que sí lo haría, cortándoles el paso hacia Bruselas». Un oficial de la división de Picton recordó que los demás oficiales estaban «alegres en general» y que «parecían estar pensando en cualquier cosa menos en el combate que se avecinaba»; pero fue por premonición por lo que escribió «que se avecinaba», porque cuando lo hizo aún esperaba órdenes.

A Gibney, ayudante de cirujano del 15.^o de húsares, le pareció que «esperar órdenes [...] es una tarea aburrida». «Estábamos ansiosos por ponernos en movimiento —escribió—, aunque solo fuese por hacer circular nuestra sangre». La espera prolongada también le pareció al ejército inglés en Agincourt físicamente cansada y emocionalmente frustrante; al final, los soldados tomaron la

decisión de combatir como una ansiada liberación. Y de un modo parecido debieron de responder los soldados de ambos ejércitos al toque de llamada aquel 18 de junio. En cuanto a su disposición para el combate, es importante recordar que, en muy alta proporción, eran soldados con experiencia. Pocos sentirían verdaderos deseos de combatir; pero los veteranos preferirían, en general, combatir ese día mejor que el siguiente, sobre todo si la noche iba a ser húmeda y si de todas formas no se iba a evitar la batalla. Keppel, alférez del 14.º regimiento, aunque no era veterano, probablemente resumió lo que sintieron muchos durante la larga espera al decir que estaba «deseando que se librara el combate».

El 14.º era el único regimiento británico del ejército de Wellington sin ninguna experiencia de combate; porque los otros siete que tampoco habían estado en la Península acababan de tenerla en Quatre-Bras, donde, de hecho, tres de ellos —el 2/1.º de Guards, el 2/69.º y el 33.º— habían sufrido bajas grandes o muy grandes. De los regimientos que habían combatido en la Península, muchos, naturalmente, contaban ahora con importantes contingentes de soldados bisoños; pero la mayoría de sus oficiales y sargentos sí tenían la experiencia de España. Los poco aguerridos regimientos de Hanóver, en cambio, carecían en su mayoría de mandos veteranos. Por ello, Wellington había dispuesto sus divisiones y, cuando era posible, sus brigadas de manera que ninguna porción larga de línea dependiese solo de tropas sin experiencia.

El ingenio de Napoleón había sido menos puesto a prueba que el de su oponente. Su ejército era homogéneo en cuanto a nacionalidad, y estaba compuesto en su mayoría por soldados profesionales. En la vieja Guardia solo había veteranos de larga duración; pero, incluso en los regimientos de la línea, la mayoría de los hombres habían entrado en acción y sabían lo que era usar las armas bajo el fuego. Por ello, no solo habrían aprendido a soportar las fatigas de la campaña, sino que además les serían familiares los otros dos elementos más opresivos del campo de batalla: el humo y el ruido. El humo había estado totalmente ausente de la atmósfera de Agincourt, porque los pocos cañones que había dispararon una o dos veces como mucho. En Waterloo, en cambio, las armas de pólvora negra de los artilleros y los fusileros descargaban humo en densas nubes de color gris blanquecino, que flotaban bajas y no se dispersaban si no había aire, oscureciendo el frente de cualquier unidad que estuviese muy empeñada en la lucha. Podemos hacernos una idea de lo seriamente que el humo dificultaba la visibilidad por el número de comentarios al respecto hechos por los combatientes. Así, el teniente Wilson, de la batería de Sinclair, que estaba situada a unos trescientos setenta metros al noreste de La Haye-Sainte, encontró «el humo tan denso» durante el ataque de D'Erlon, que «no podía ver claramente las posiciones de los franceses» (se debía de referir a los que estaban de hecho combatiendo con los británicos); «en ese momento se me ordenó disparar sobre los cadáveres de algunos caballos que estaban frente a mí». Ingilby, otro artillero cuya batería estaba en el extremo izquierdo de la línea inglesa y que disfrutaba de una buena visión lateral, salpicaba su relato para Siborne con aclaraciones tales como «no podía percibir los resultados del abundante fuego sucesivo de los mosquetes en combinación con el de la artillería; solo a veces, cuando el viento despejaba algo el humo [...] se podían distinguir las cargas y los movimientos de los dos ejércitos». Al final, su batería se dispuso a seguir a los franceses en su retirada del campo de batalla: «Durante algún tiempo no pudimos ver nada detrás de la infantería (que caminaba despacio, paso a paso), debido al denso humo de sus mosquetes».

Las memorias de infantería señalan que, en verdad, había más humo alrededor de ella que alrededor de la artillería (una salva de artillería consumía más pólvora; las descargas de infantería se sucedían con mayor frecuencia); y los historiales de algunos regimientos señalan que sus cuadros estuvieron envueltos en humo denso la mayor parte del día. El 1/4.º de King's, en un cuadro próximo al cruce de caminos de La Haye-Sainte, no podía distinguir la granja, pese a que estaba a menos de cuatrocientos metros. Cuando tuvo lugar el asalto francés, lo supieron por el oído, no por la vista; y

al final de la batalla, cuando avanzaron, «el movimiento les sacó [...] de la oscuridad en la que habían permanecido durante la mayor parte del día». El oficial que mandaba el 18.º de húsares, Murray, recuerda que en aquel avance final «saltamos de una niebla oscura como la de Londres a un sol brillante». Y Vivian, que mandaba la brigada de húsares, describió el humo en el momento del gran ataque de la caballería francesa sobre la sección derecha del centro como «literalmente tan espeso que no podíamos ver a diez metros». El humo, por lo demás, no solo afectaba al sentido de la vista. Gronow cuenta que, a eso de las cuatro de la tarde, había tal sofoco en el interior del cuadro del 3/1.º que el humo y el olor de los cartuchos quemados casi le marean. Leeke también se refirió a «un olor peculiar que salía de la mezcla del trigo pisoteado con el de la pólvora». Mercer, que entró en acción a las tres, respiró «una atmósfera nueva; el aire era sofocantemente caliente, parecido al que sale de un horno. Nos envolvió este humo espeso».

Pero si el humo oprimía los sentidos, el ruido de Waterloo afectaba a todo el ser. En Agincourt el ruido debió de ser principalmente humano y animal, y se superpondría al estrépito de las armas. En Waterloo aún se daba un apreciable volumen de ruido humano: un oficial de división de Picton recordaba que el de un ejército que se preparaba para la batalla era similar al del «murmullo distante de las olas del mar golpeando contra una costa rocosa». Ya en la batalla, sonaron vítores (Leeke dice, como otros testigos, que oyó repetidos gritos de «*Vive l'Empereur!*» en la Guardia Imperial, durante su ataque), chillidos (el 32.º «soltó un alarido de muerte» cuando los franceses llegaron a treinta y cinco metros de la línea) y gritos confusos (un oficial del 73.º describe un avance francés como «muy ruidoso y sin duda a regañadientes»). Hubo gritos de dolor y queja entre los heridos (aunque aquí los testimonios son contradictorios: a Mercer le «llegaron al alma» los alaridos de un artillero al que le acababan de destrozar el brazo; mientras que, según Leeke, los heridos guardaban un silencio antinatural). Por supuesto, había también voces de mando. Y había música: Gronow, Leeke y Standen recuerdan haber oído el redoble del *pas de charge* (al que, según uno de los oficiales de Picton, los hombres, que lo conocían de España, llamaban «Old Trousers»); y había gaitas en los cuadros de los regimientos escoceses. Los gaiteros del 71.º tocaban una y otra vez «Hey, Johnnie Cope», y el gaitero McCay del 79.º salió del cuadro bajo fuego francés para tocar «Cogadh na sith».

Pero fueron las armas, con muchísima diferencia, las que produjeron los ruidos más fuertes e insistentes de Waterloo. Algunos eran azarosos e inesperados. El teniente Wyndham, de los Scots Greys, comentó «el modo extraordinario en que las balas daban en nuestras espadas»; un fenómeno que, según se conoce por unas memorias del siglo XVIII, produce una extraña vibración armónica. Algo parecido a cuando los tiros pegaban en las bayonetas, lo que ocurría muy a menudo; aunque esto podía sonar también como un palo que se pasa por la verja de un parque. Leeke mencionó el «repiqueteo» que hacía la metralla al golpear en las armas y los equipos; y Grounov, con un símil que a menudo se cita, asoció el impacto de las balas de mosquete de sus guardias sobre los petos de los coraceros de Kellermann y Milhaud con «el ruido de una violenta granizada cayendo sobre cristales». Estos eran sonidos que solo podían captarse de cerca, porque desde cierta distancia quedaban ya ahogados por el ruido y el estruendo mucho más fuerte y penetrante de las armas de fuego y la artillería. Varios testigos, en cualquier caso, destacan el silbido y el gemido de los proyectiles sobre sus cabezas y sobre el ruido del cañoneo: Mercer lo describe como «un misterioso zumbido, como el de una miríada de escarabajos negros en una noche de verano»; para un oficial de la división de Picton era como un «silbido» y una «música familiar»; para un oficial de dieciséis años de los Scots Greys, que lo oía por primera vez, era «¡un zumbido que realmente tenía algo de agradable!». ¡Palabras de un valiente de dieciséis años! El oficial médico de Mercer, al oír también por primera vez «este carrillón infernal» en los oídos, empezó a mirar a su alrededor de la forma más terrible y cómica que se pueda imaginar, retorciéndose y exclamando: «Dios mío, ¿qué es eso?»

¿Qué es todo este ruido? ¡Qué curioso! ¡Qué curioso!»; y luego, cuando un disparo de cañón pasó silbando: «¡Allí, allí! ¿Qué es todo esto?». Pero estas notas de registro alto solo superaban al fragor porque eran intermitentes, se oían muy cerca y encarnaban un peligro. El sonido constante era el del «retumbe», el «fragor», el «estallido», el «estampido» del fuego de cañón; y pocos de los que estuvieron sometidos a él intentaron definirlo con precisión. Lo cual no es sorprendente; porque, aunque la explosión próxima de las granadas y el disparo de las descargas de mosquete eran fónicamente diferentes, y ambos se diferenciaban de las distantes descargas de artillería, dicha diferencia tendía a quedar ahogada bajo el volumen total de ruido. Este volumen era realmente muy grande. Murray, un jinete sin afectación, se limitaba a definirlo como «ensordecedor»; Gibney, ayudante de cirujano del 15.º de húsares, decía que «el ruido era tan alto y continuo [...] que costaba trabajo oír a quien estaba al lado» (se estaba refiriendo al cañoneo inicial en concreto); Mercer, al final del día, estaba «casi sordo», algo que se podría tomar literalmente. Como jefe de una batería cuyos cañones dispararon cada uno setecientos disparos (una cifra asombrosa), había estado en el foco de un ruido lo suficientemente prolongado como para haber dañado sus oídos. Esto también le sucedió a muchos soldados de infantería de las filas delanteras, cuyos oídos habían estado a pocos centímetros de las bocas de fuego de los que estaban en las filas posteriores, durante los continuos disparos de los mosquetes.

Además del cansancio, el hambre, el humo y el ruido, había otros ingredientes circunstanciales en la batalla. Muchos combatientes mencionan el suelo mojado, que, aunque reducía bastante los efectos de la artillería, al acortar los rebotes y hasta enterrar las granadas, producía un barrizal bajo los pies. El 40.º regimiento, en la colina próxima a La Haye-Sainte, estaba metido casi «hasta la rodilla» en el barro al final del día, debido a la frecuencia con que había estado cambiando de cuadro a columna en el mismo sitio. También hay que recordar que, al no permitirse a los hombres dejar la formación, debían aliviarse donde estaban. Pero todas estas circunstancias, aunque lo suficientemente molestas como para ser recordadas por los combatientes de Waterloo, resultaban en última instancia, como su propio nombre indica, circunstanciales. Lo que se quedó más grabado en la memoria de los supervivientes fue el combate mismo: el comportamiento propio y el de los compañeros, la acción del enemigo y los efectos de las armas a las que se enfrentaron. ¿Es posible discernir en estas docenas de experiencias individuales pasajeras, gracias a la multitud de testimonios que dejaron, algún patrón de la actividad humana, alguna «realidad» concreta de la batalla en este apogeo de lo que fue la guerra con pólvora negra?

TIPOS DE COMBATE

Pero antes de ello, para determinar íntegramente el conflicto, también hay que distinguir entre los diferentes tipos de encuentros hombre-hombre y hombre-arma que tuvieron lugar. En comparación con Agincourt, hubo una mayor variedad de encuentros; aunque no mucho mayor. El ejército de Enrique V había estado compuesto por soldados de infantería que lanzaban proyectiles y por jinetes con armadura, la mayor parte desmontados y luchando a pie, algunos montados y portando lanzas; también hubo algunos cañones en el campo. El ejército de Napoleón estaba formado por soldados de infantería que disparaban proyectiles y por jinetes, algunos de ellos con coraza, y algunos con lanza; también tenía doscientos cincuenta cañones, y es la presencia de estos la que explica —en términos crudos— la letalidad generalmente superior de los ejércitos del siglo XIX con respecto a los del XV. Fue también la artillería la que multiplicó, sobre todo, el número de encuentros potenciales hombre-

hombre y hombre-arma. En Agincourt solo hubo, en la práctica, tres tipos de encuentros: combate individual (lucha cuerpo a cuerpo entre individuos montados o a pie); infantería que lanzaba proyectiles contra caballería; e infantería que lanzaba proyectiles contra infantería (en este caso, estrictamente jinetes desmontados). En Waterloo hubo por lo menos siete tipos de encuentros: combate individual; caballería contra caballería; caballería contra artillería; caballería contra infantería; infantería contra infantería; infantería que lanzaba proyectiles contra infantería que lanzaba proyectiles; y artillería contra artillería (virtualmente, un intercambio solo en una dirección, porque Wellington había prohibido a sus artilleros librar duelos de artillería).

COMBATE INDIVIDUAL

El combate individual, que en Agincourt había tenido generalmente lugar entre soldados de a pie que a menudo había sido buscado a propósito —como en el caso de los nobles franceses que fueron a retar a Enrique—, en Waterloo fue exclusivo de los jinetes, y surgió como resultado de las cargas de caballería que perdían la formación y el ímpetu. Hace falta hacer aquí una matización. Se registraron varios casos de combates individuales entre hombres a pie. Gawler, del 52.º, describe sin rodeos cómo uno de sus soldados de infantería ligera, atacado por un oficial francés, «evitó su ataque, se dirigió a él, lo tiró al suelo y, mientras lo sujetaba con el pie, le dio media vuelta a su mosquete y, agarrándolo con ambas manos», a pesar del murmullo de disgusto entre sus compañeros próximos, «lo mató de un bayonetazo». Pero esto fue al final de la batalla, cuando las tropas habían abandonado sus posiciones defensivas y estaban avanzando en formaciones más o menos desperdigadas. Durante las situaciones realmente desesperadas, la disciplina le impedía al soldado individual de infantería esta libertad de movimiento, fuera o dentro de las filas, que es la base del combate individual.

Los exploradores que operaban por delante de las compactas columnas sí gozaban de esta independencia. Pero la propia naturaleza de su cometido les obligaba a evitar trabar combate cerrado con el enemigo (las instrucciones a los exploradores del 30.º regimiento eran muy precisas sobre este punto). Así que muchos hombres de caballería que fueron blanco de tiradores selectos (el coronel Muter, del 6.º de dragones, vio a «un soldado francés rodilla en tierra, apuntando deliberadamente al ayudante [...] y disparándole en la cabeza»; uno de los oficiales de Picton «pudo distinguir claramente a un soldado francés apuntando su arma a un oficial de los Greys», dispararle y hacerle rodar por el suelo), murieron sin haber sido alertados y sin la oportunidad de defenderse. El combate individual —cuerpo a cuerpo, golpe a golpe, cara a cara— requiere por definición que haya un riesgo equivalente por ambas partes y conocimiento previo de las consecuencias. También presupone el consentimiento mutuo (en esto se fundó la gloria caballeresca). ¿Se dio el consentimiento mutuo en Waterloo? Y si así fue, ¿se dio libremente, o forzado por una situación de «o él o yo»? Cornet Gape, de los Greys, escribió a su madre sobre su primera carga: «Los hombres eran demasiado impetuosos, nada les podía detener, se separaron y cada uno luchó por su cuenta». Y el famoso cabo Shaw de los Life Guards buscó oponentes, por supuesto: era «muy espectacular, repartiendo golpes mortales a su alrededor». Pero los Greys no habían participado en una batalla desde 1794; y Shaw, un campeón de boxeo en la época en que el boxeo era un deporte sangriento, probablemente estaba también alterado por la bebida. Lo que debió de ocurrir en los regimientos con experiencia fue que, tras haber fracasado su carga sin haber podido abrir brecha, los caballos espantados se desviarían y los hombres, al verse entre el enemigo, atacarían individualmente, como mandan las instrucciones, a los que estaban lo suficientemente cerca como para poderlos amenazar.

El teniente Hamilton de los Greys relata de manera convincente lo que probablemente fue una experiencia muy común:

Uno de los lanceros rojos puso su lanza en la cabeza de mi caballo y le propiné un tajo en el brazo al rebasarle; como no me volví para ver si le había dado en el brazo o en la lanza, no habría sabido que había sido en el brazo si, al recoger el sable, no hubiese manchado de sangre mi cartuchera blanca. Al mirarla luego vi que había conseguido herir al lancero, y posiblemente fue eso lo que me salvó la vida. Cuando le vi atacar las riendas de mi caballo, temí que me disparase con la pistola, como había oído que hacían a veces los lanceros rojos.

La defensa propia en un momento de peligro no era la única causa de las luchas individuales. La vista del estandarte de un regimiento enemigo, o de una avanzada intentando capturar el propio, provocaba una ferocidad extrema. El sargento Ewart de los Greys —probablemente el héroe más famoso de Waterloo— se encontró cerca del águila del 45.º regimiento francés, durante el confuso combate que siguió al ataque de D’Erlon. Atacó al portaestandarte, quien «me lanzó un golpe a la ingle [...] lo esquivé y le abrí la cabeza de un tajo [...] uno de sus lanceros me lanzó la lanza, pero falló [...] y con mi espada le di un tajo que le cortó desde el mentón hasta los dientes. A continuación, me atacó un soldado de a pie, que, tras dispararme, cargó contra mí a la bayoneta; pero lo esquivé y le di un sablazo en la cabeza». También podía conducir a un duelo mortal una repentina vuelta de las tornas. Leeke vio al final de la batalla a un coracero francés persiguiendo a un dragón ligero alemán. «Este último huía a toda velocidad [...] con su cabeza pegada al cuello del caballo y su espada sobre su hombro, [pero] esperando su oportunidad [...]. Cuando se vio cerca de sus compañeros, detuvo el caballo de repente y le propinó al coracero un golpe en la cara, este dio media vuelta y se enfrentó [al alemán] en combate singular; este consiguió herirle de nuevo en la cara, cayó [el francés] sobre un costado y fue atravesado bajo el brazo y muerto». Aquí hay poco de caballeresco; aún lo es menos la experiencia del general Vivian, que con su brazo derecho en cabestrillo fue atacado por un coracero: «Fui lo bastante afortunado como para darle un golpe en el cuello con mi mano izquierda [...] y en ese momento se me unió mi pequeño ordenanza alemán, que le dio un sablazo a su caballo».

CABALLERÍA CONTRA CABALLERÍA

¿Nos indican algo estos ejemplos sobre las características del combate en masa de la caballería en Waterloo? Tanto las impresiones populares como la instrucción de reglamento —y las cargas iniciales en las dos grandes series, la británica y la francesa, fueron de libro— suponen que las cargas de caballería contra caballería implican el encuentro de densas formaciones a gran velocidad. Además, al menos dos oficiales británicos de caballería sostienen que así fue como ocurrió. Waymouth, del 2.º de Life Guards, le contó a Siborne que «la brigada [pesada], y también los coraceros, chocaron como dos muros, manteniendo la línea perfecta»; y Wood, del 10.º de húsares, se esforzaba en refutarle a un amigo por carta «lo que dicen los periódicos ingleses de que “Los dragones ligeros no pudieron hacer mella en los coraceros franceses”. Entonces nuestro regimiento cargó contra ellos. Dame muchachos capaces de ir a galope tendido en los últimos cincuenta metros, y que al ponerse a cinco aprieten las espuelas. Si no los atraviesan, estoy muy equivocado». Pero

Wood no había completado la carga, porque fue malherido antes; mientras que lo que Waymouth contaba era en realidad el testimonio de un camarada. El sentido común, por su parte, nos dice que la caballería que llega al choque «como un muro» y «a galope tendido» solo conseguirá una apretada melé de hombres y caballos lastimados, que cada vez será más grande, conforme las filas sucesivas fueran llegando al primer lugar por el impulso. En cualquier caso, un poco de investigación revela que las formaciones eran mucho menos densas y las velocidades menores de lo que harían suponer ciertos testimonios aislados, y también las obras de los pintores de salón. La caballería británica era demasiado escasa como para cubrir una extensión muy grande de terreno; y, aunque las formaciones de caballería francesa eran bastante densas en Waterloo, sus mandos intentaron dejar espacio entre los escuadrones, incluso durante las cargas que tuvieron lugar dentro del «embudo» entre La Haye-Sainte y Hougomont. Y además, los regimientos y los propios escuadrones formaban en línea. Esto significa que los ciento veinte hombres del escuadrón formaban en dos líneas muy pegadas, pero el escuadrón siguiente cabalgaba, si era posible, noventa metros por detrás. El escuadrón podría maniobrar en teoría al galope, es decir, a unos treinta kilómetros por hora; pero, si lo hiciera, enseguida perdería su cohesión, porque los caballos más fuertes se adelantarían a los más débiles. En cualquier caso, las distancias y las pendientes del campo de Waterloo hacen poco probable que esas grandes velocidades pudieran alcanzarse en algún momento. El «clásico» encuentro entre el 2.º de Life Guards y los coraceros franceses descrito por Waymouth fue lo más próximo a una colisión frontal que se vio en toda la batalla, ya que las dos unidades se encontraron de frente y en movimiento. Pero los franceses habían recorrido un largo camino, unos mil cuatrocientos metros, y con el último trecho cuesta arriba; mientras que los británicos, aunque tenían que recorrer una distancia más corta, debían salvar una serie de obstáculos antes de poder llegar adonde estaban los franceses: primero el camino de lo alto de la colina, «demasiado ancho para saltarlo y con los taludes excesivamente altos para salvarlos fácilmente» (Waymouth), y después «la cerca de la granja de La Haye-Sainte». En estas circunstancias, parece poco probable que, al final de los respectivos avances, ni uno ni otro pudiesen avivar el ritmo hasta alcanzar un «galope tendido». De hecho, Waymouth revela que el «choque» tomó la forma de un «corto enfrentamiento» con sables, y que fue el éxito en esta lucha lo que les permitió a los británicos penetrar en la línea francesa. En otras palabras, las dos líneas debían de estar casi completamente paradas cuando se encontraron, y los británicos fueron capaces de penetrar en las líneas francesas solo porque encontraron o abrieron brechas en ellas.

La confirmación de esta suposición puede encontrarse en el testimonio de otros testigos. Morris, sargento del 73.º, relatando su visión de los acontecimientos durante los grandes ataques de la caballería francesa de la tarde, escribe que «los Life Guards salieron valientemente de nuestra retaguardia para hacerles frente [a los coraceros]. Los franceses esperaron, con la mayor frialdad, para recibirles, y abrieron sus líneas para permitirles entrar». El consentimiento —la condición esencial previa para un combate propiamente individual— se muestra, así, como también necesario para que dos formaciones de caballería luchan una con otra de modo efectivo. Aunque esta lucha, naturalmente, ya no la hacían como *formaciones*, sino individualmente o en pequeños grupos. Morris continúa su narración con una descripción de los combates que se originaron después de que «abrieron sus líneas para permitirles entrar»: «Me di cuenta de que uno de los Guards, que estaba siendo atacado por dos coraceros al mismo tiempo [...] se libró de uno de ellos con un golpe mortal en la garganta. Su combate contra el otro duró unos cinco minutos». Hemos vuelto al combate individual.

Lo cierto es que, a no ser que una acción de la caballería derivase en un conjunto de combates singulares, tenía poco riesgo para los participantes. Mercer recuerda haber visto las escaramuzas entre una línea de caballería ligera francesa y otra británica, la tarde del 17 de junio, en la zona que había entre los dos ejércitos: «Las partes más adelantadas de cada línea estaban separadas por unos

pocos metros, y se movían constantemente, cabalgando hacia delante y hacia atrás, disparando sus carabinas o sus pistolas, y volviendo a cargar, siempre en movimiento [...]. No vi caer a ningún hombre de ninguno de los bandos; la acción parecía muy ridícula, y si no fuese porque se oía el zumbido de las balas, podría pensarse que se trataba de un combate simulado». Hace un relato igualmente esclarecedor sobre la falta de daño mutuo en los combates ocasionales de caballería, incluso cuando se llegaba de verdad al choque. Se refiere a un encuentro durante la batalla de caballería de por la tarde: «Un regimiento de caballería (creo que era de la KGL) [...] formó para atacar [a un regimiento francés]. Los franceses, apercebidos inmediatamente del peligro, giraron en línea hacia la izquierda y, lanzándose los unos contra los otros a la carga, colisionaron literalmente a galope tendido. El choque pareció tremendo; sin embargo, no se detuvieron: cada parte pasó a través de la otra, y, cuando estuvieron en el otro lado, formaron de nuevo sus filas». En otro relato es aún más reveladora su explicación de lo que ocurrió:

Ninguno de los dos bandos vaciló ni se detuvo; parecía que iban a estrellarse temerariamente, y cabía esperar un choque terrible, ¡pero no fue así! Ambos, como si hubiese un mutuo consentimiento, abrieron sus filas cuando estaban próximos, y pasaron rápidamente entre sí, cruzando y sorteando, como si se pasaran los dedos de la mano derecha a través de los de la izquierda. Muy pocos cayeron. Los dos cuerpos se recompusieron después, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron, no sé cómo ni por dónde.

La caballería en estos dos casos estaba fresca —como lo estaban sus caballos, lo cual es aún más importante—, y había mantenido sus formaciones y sus frentes. Hay que hacer notar que la caballería podía sufrir seriamente a manos de otra caballería cuando perdía los nervios, le derribaban los caballos o sus armas eran muy desiguales. Los lanceros franceses, dotados de un arma cuyo alcance aventajaba en muchos centímetros a la de sus oponentes británicos, podían matar y herir a estos sin ser tocados. Los coraceros que cedieron ante la carga de los Life Guards, cerca de La Haye-Sainte, intentaron escapar bajando, y «el 1.º de Life Guards hizo una gran carnicería entre los coraceros que, al huir, habían congestionado el camino en la hondonada»; lo que corrobora la idea de Ardant du Picq de que la situación más peligrosa en la guerra, cuando se está en estrecho contacto con el enemigo, es la retirada. La situación es casi la opuesta a la que se produce cuando se acepta el combate individual; tener de espaldas al enemigo parece que excita un impulso de matar casi incontrolable. Es este impulso lo que hace tan peligroso para la caballería excederse en las cargas, ya que al final los jinetes se encuentran solos o dispersos, con los caballos desfondados y muy dentro de la posición enemiga. De aquí las fuertes bajas que sufrieron los Scots Greys cuando, llevados por el éxito y la inexperiencia, atravesaron del tirón el valle que separaba los dos ejércitos, después de haber rechazado el ataque de D'Erlon. Según uno de los oficiales de estado mayor presentes:

Nuestros hombres estaban fuera de control. Los oficiales intentábamos reagruparlos al máximo, entre los que nos podían oír; pero la impotencia del enemigo era una tentación demasiado grande para los dragones, y nuestros esfuerzos fracasaron. Era evidente que [sus] reservas de caballería no tardarían en aprovecharse de nuestro desorden [...]. Si hubiésemos logrado formar un centenar de hombres podríamos haber realizado una retirada respetable, y salvar a muchos; pero no pudimos organizar formación alguna, y estábamos tan inermes ante su ataque como había estado su infantería ante el nuestro. Todos

vieron lo que iba a ocurrir. Aquellos cuyos caballos estaban mejor, o menos agotados, pudieron salvarse. La mayoría [de los demás] cayó en manos del enemigo [...]. Fue entonces cuando tuvieron lugar casi todas las pérdidas de la brigada.

Los Greys perdieron doscientos hombres y unos doscientos caballos en este corto periodo de tiempo, en general derribados por lanceros franceses, que no respetaron a nadie, ni a los de a caballo, ni a los de a pie, ni a los heridos siquiera. Ponsonby, el jefe de la brigada, fue uno de estos muertos, y perdió su vida por un motivo económico. Había dejado en retaguardia su mejor caballo, que valía mucho más que la pensión de compensación que le pagaría el gobierno si se lo mataban, y montó en su lugar otro peor. Los lanceros franceses lo persiguieron cuando intentaba escapar por un terreno difícil; no les costó alcanzarlo y lo alancearon hasta causarle la muerte.

CABALLERÍA CONTRA ARTILLERÍA

La caballería resultaba también vulnerable ante otra caballería que fuese acompañada por artillería a caballo, incluso cuando los dos cuerpos de jinetes estuviesen equilibrados. El 7.^o de húsares, en la retirada a Waterloo, había cargado contra una unidad de caballería ligera francesa, «pero no logramos hacerles nada [...] ni cedimos terreno nosotros, ni se movieron ellos. Esta situación duró unos minutos, hasta que hicieron uso de la artillería ligera»; emplazaron unos cañones, dispararon contra algunos británicos, y enseguida el jefe se convenció de que debía retirar a los demás. En el propio campo de batalla, en cambio, la artillería móvil no constituía por sí sola una amenaza para la caballería, ya que era demasiado valiosa como para arriesgarla en una acción aislada, en la que podía ser capturada fácilmente. En Waterloo, como en otras muchas batallas de la época, los caballos que tiraban de la artillería eran enviados a retaguardia una vez que los cañones estaban colocados; los artilleros, entonces, combatían allí, por lo general entre la infantería o ligeramente por delante. Esta artillería estática, por muy expuesta que pareciese a los sables de las cargas, era uno de los dos agentes de destrucción que más debía temer la caballería (el otro era la infantería en formación de cuadro); y los artilleros británicos de Waterloo fueron en verdad los grandes responsables de las muertes y heridas que sufrió la caballería francesa. Rudyard, oficial de la batería de Lloyd, de nueve libras, le relató a Siborne sobre los ataques de la tarde:

Los coraceros y la caballería pudieron haber cargado a través de la batería unas siete u ocho veces, empujándonos hacia los cuadros, abajo de nuestros cañones [...]. En general, un escuadrón o dos subían la pendiente justo en nuestro frente, y cuando se alejaban ante la aparición y la carga de nuestra caballería, aprovechábamos para hacerles fuego. Mientras efectuábamos nuestro fuego, vi a cuatro o cinco hombres y caballos apilados unos con otros, como cartas, con los jinetes en las sillas, debido a la metralla.

Este pasaje invita a un pequeño comentario, ya que es muy descriptivo de lo que hacía la artillería durante la batalla. Rudyard nos cuenta que los cañones estaban situados a cierta distancia, quizá veinte o treinta metros, *delante* de la infantería (una disposición inimaginable un siglo antes o un siglo después); que disparaban un proyectil múltiple —la metralla, «un conjunto de pequeñas

esferas de hierro fundido contenidas en un recipiente de metal que se desintegraba al explosionar»—, a una distancia eficaz de hasta unos cien metros; que los franceses que sobrevivieron a las descargas, de las que, mientras se aproximaban, tuvieron que soportar unas dos o tres, finalmente rebasaron y rodearon los cañones, cuyas dotaciones huyeron de ellos en busca de la protección de los cuadros de infantería; la caballería, sometida entonces a los mosquetes de los cuadros, perdió el impulso que le restaba y, al ver a la caballería británica en la retaguardia del cuadro, dio media vuelta y se retiró, abandonando los cañones donde estaban, ya que no tenía medios para removerlos; estos volvieron a ser ocupados por sus dotaciones, que los utilizaron contra la retaguardia de los jinetes mientras se retiraban. Mercer explica en otro lugar cómo pudieron aguantar tanto tiempo los artilleros junto a las piezas: calculó el ritmo de avance de los granaderos de a caballo como un trote vivo («nada de furioso galope»); observó que el impacto de la primera descarga de su batería, a una distancia de cincuenta y cinco metros, redujo el trote a marcha; y que la segunda y las siguientes descargas hicieron que se apilara tal «montón de animales muertos» que los supervivientes no podían rebasarlos, y si lo hacían eran víctimas individuales de su fuego y del los cuadros de detrás. Con todo, clavando espuelas, algunos jinetes escaparon entre los cañones y, cabalgando por los espacios entre los cuadros, volvieron de nuevo a sus líneas; mientras, otros murieron sin llegar a alcanzar la distancia de tiro eficaz de la artillería, porque los cañones de Mercer tenían doble disparo, y el proyectil que seguía a la metralla en la misma descarga causaba daños a lo largo de la formación francesa, impactando en varios caballos y hombres sucesivamente. No es de extrañar que «los supervivientes forcejeasen entre ellos» y que «finalmente se les vio utilizando las empuñaduras de sus sables para abrirse paso fuera de la melé, lanzándose furiosamente hacia delante, intentando salvarse únicamente a sí mismos [...] hasta la retaguardia de la columna, dándose la vuelta, abriéndose paso, y desapareciendo el conjunto a un ritmo mucho más rápido de aquel con que habían avanzado». Ni siquiera entonces se encontraban completamente fuera de peligro. Los artilleros que estaban delante del 14.º regimiento, y que, «ante la aproximación de la caballería francesa, se había arrojado a los pies de nuestros hombres de las filas delanteras, volvieron a sus cañones y esparcieron un mortífero fuego de metralla sobre el enemigo que huía [...]. Cuando se levantó el humo [...] la enmarañada colina estaba cubierta de muertos y heridos, caballos sin jinete al galope y coraceros a pie que huían del fuego tan rápidamente como se lo permitía su pesada coraza».

Así, la lucha de la caballería contra la artillería en Waterloo casi resultó ser solo cosa de un bando. Incluso cuando los jinetes franceses teóricamente tomaban posesión de los cañones británicos, no eran capaces de moverlos, por carecer de arneses y de arzones con que arrastrarlos. Siempre ha causado extrañeza que no tratasen o consiguiesen obturarlos (es decir, meter un clavo dentro del agujero de la mecha por el que disparaban); la explicación probable está en que eso requería que un hombre desmontase, algo que ningún jinete parecía dispuesto a hacer —fuese por arrogancia, estupidez, orgullo o simple instinto de conservación— en las narices del enemigo.

CABALLERÍA CONTRA INFANTERÍA

¿Tuvieron más éxito los encuentros entre la caballería y la infantería? Es más difícil dar una respuesta clara, porque estos enfrentamientos fueron de carácter más variado. La caballería podía causar mucho daño a la infantería; empleando «daño» en un contexto más militar que humano. Los regimientos de la brigada Union que cargaron contra el cuerpo de D'Erlon por el flanco, en un momento en que estaba bajo fuego e intentaba desplegarse de la columna a la línea, lo convirtieron

en una masa indecisa en pocos instantes. «Mientras nos acercábamos a un ritmo moderado —escribió sir De Lacy Evans, oficial del estado mayor de la brigada—, los frentes y los flancos empezaron a darse la vuelta hacia el interior; la retaguardia de las columnas ya había empezado a huir. Colina abajo la brigada capturó a unos dos mil prisioneros, que fueron conducidos sin problemas a la retaguardia [...]. El enemigo huía por el valle como un rebaño de ovejas, totalmente a merced de los dragones». Shelton, oficial del 28.º regimiento, que seguía a pie a estos dragones, les vio «cargar claramente contra la densa columna de reserva, y deshacerla. La mayoría de los franceses tiraron sus armas al ser atacados por la caballería». (Tomkinson, del 16.º de dragones ligeros, se fijó luego en que estos mosquetes estaban «en dos líneas casi regulares, como en formación»). Algunos no lo hicieron. Recuerda Marten, del 2.º de Life Guards, que «muchos se tiraron al suelo hasta que nos acercamos, y entonces se levantaron y dispararon». Pero muchos de estos soldados de infantería no llegaron a sufrir daños personales. Tirarse al suelo era con frecuencia suficiente para ponerse fuera del alcance del sable (aunque no de la lanza); y los que simulaban quedaban a salvo una vez que pasaba la caballería, cuya atención se concentraba en las líneas enemigas hacia las que dirigía el ímpetu. A los que ofrecieron una rendición sincera, se les aceptó de inmediato, porque esto ocurrió al principio de la batalla, cuando estaba claro que aún tenían mucho combate por delante, y no había tiempo ni motivo para una matanza fortuita. Al final de la jornada, en cambio, se hirió o mató a grupos aislados de soldados de infantería que —con los nervios rotos y sin esperanza ya de que acudiera en auxilio su ejército— intentaban escaparse, o incluso rendirse. Duperier, oficial de tropa del 18.º de húsares, se encontró al final de la tarde con «un regimiento de infantería de los franchutes; solo gritaron “*Vive le Roi!*”, pero fue demasiado tarde, porque nuestros hombres no entendían franchute, así que se abrieron paso a través de ellos, hasta que nos encontramos con el cuerpo de reserva, que nos saludó con una descarga desde una distancia de dos sables. Les atacamos y regresamos con la misma diversión de antes». Murray, que mandaba el regimiento, se encontró en medio de una masa de fugitivos, uno de los cuales le atacó con su bayoneta: «Su ordenanza se vio obligado a repartir mandobles entre cinco o seis en rápida sucesión, defendiendo a su jefe». Uno siente que esta historia no convencería a un tribunal de investigación.

Pero todavía al final de aquella jornada, la infantería francesa «que podía resistir» logró rechazar sin problemas a la caballería británica. Más o menos a la misma hora en que Duperier masacraba a los infortunados franceses renegados, Taylor, del 10.º de húsares, vio «a unos treinta del 18.º, que cargaban valientemente contra el cuadro que estaba en la loma; pero fueron rechazados». Si la historia de Waterloo tiene algún *leitmotiv*, es, ciertamente, el de la caballería atacando los cuadros y siendo rechazada. No era absolutamente inevitable que fracasaran los jinetes que intentaban romper un cuadro. El 69.º regimiento, sorprendido antes de que pudiera formar adecuadamente el cuadro en Quatre-Bras, había tenido que aguantar los sablazos de la caballería francesa en tres compañías y había perdido una de sus banderas (la desgracia era aún mayor, por cuanto que el año anterior, en Bergen op Zoom, ya había perdido otra). Y en la batalla de García Hernández, en 1812, los dragones de Bock de la KGL habían irrumpido limpiamente en un regimiento de infantería francesa desplegado en cuadro y disparando. Aunque lo que ocurrió en esta ocasión sirve para explicar por qué no hubo nada equivalente en Waterloo; realmente fue una de las incidencias más raras en la guerra contemporánea. Sucedió porque uno de los caballos de los dragones, cuando corría en línea recta y a una cierta velocidad, fue muerto a mitad de un tranco, y con él su jinete; aún dieron algunos pasos, y la pareja de autómatas no cayó hasta que estuvo justo encima de las bayonetas de la primera línea. Las derribó, abriendo una brecha por la que entró una cuña de dragones, y luego el resto del regimiento. El caballo muerto había hecho lo que no puede hacer la carne y la sangre con vida: actuar como un proyectil gigante para abrir un agujero en la parte frontal del cuadro. Romper el cuadro fue lo que la

caballería francesa intentó en Waterloo una y otra vez —hubo unos doce asaltos principales durante el gran intento de la caballería por la tarde—, y siempre (aunque la infantería en columna o en línea sufría) con un rotundo fracaso. La práctica contra tropas más pobres les había llevado a los franceses a esperar un resultado directo: un visible estremecimiento de incertidumbre entre las filas de los mosqueteros a la espera, que excitaría el nervio de los jinetes en los últimos cuarenta metros; una ráfaga desigual de balas sobre sus cabezas, indicando que la descarga se ha hecho a destiempo; y, entonces, el hundimiento súbito de la determinación y la disipación del orden; el regimiento, convertido en manada, se da la vuelta, las cabezas se hunden entre los hombros, los pies de los siervos huyen ante los cascos más rápidos de los señores de la batalla. Este debería haber sido, en teoría, el efecto de una carga semejante. Y casi fue así en muchos más lugares del frente de Wellington de lo que la magnitud de la debacle final de la caballería pudiera hacer pensar. «La primera vez que un cuerpo de coraceros se aproximó al cuadro donde me había metido» [el del 79.º regimiento], escribió un oficial de ingenieros, «los hombres, todos soldados jóvenes, parecían alarmados. Dispararon alto y con poco efecto, y en una de las esquinas hubo tanta vacilación que me sentí extremadamente incómodo». Morris, sargento del 71.º, da cuenta del poder de la onda expansiva psicológica que suscitaban estos ataques a caballo: «Apareció un considerable número de coraceros franceses, en el terreno elevado que estaba justo enfrente, tomaron la artillería que habíamos colocado allí y se dirigieron contra nosotros al galope. Su aspecto, como enemigos, bastaba para inspirar un sentimiento de terror: ninguno medía menos de metro ochenta, e iban protegidos con cascos de acero y corazas, con petos que tenían forma de cuña para que se desviarán las balas. Su aspecto era de una naturaleza tan formidable, que pensé que no teníamos la más mínima posibilidad contra ellos». Sin embargo, en cada caso, casi exactamente la misma secuencia de acontecimientos sirvió para romper el ímpetu del avance de la caballería y para transferir la ventaja psicológica de los atacantes a los defensores. Ante todo, la caballería cambiaba de dirección o aminoraba el ritmo o incluso se detenía cuando llegaba al alcance efectivo de los mosquetes del cuadro. A veces era así porque la artillería de protección, o una descarga oportuna y con puntería, había derribado caballos de las primeras filas. Leeke, del 52.º, les describe aproximándose «con un estilo muy elegante y manteniendo el orden, primero al trote, luego al galope, hasta que estuvieron a cuarenta o cincuenta metros del frente del cuadro; entonces fueron derribados uno o dos caballos y, para sortearlos, tomaron una dirección, que les llevaba a cualquiera de los flancos [...] dirección que todos preferían a la de cargar y dirigirse hacia nuestras bayonetas». Eeles, del 95.º, cuenta lo siguiente:

Contuvimos el fuego hasta que los coraceros estuvieron a veinticinco o treinta y cinco metros del cuadro; entonces di la orden y mi compañía soltó una descarga que tuvo el efecto —añadido al del fuego del 71.º—, de derribar tantos caballos, que le fue imposible al enemigo proseguir la carga. Creo sinceramente que en aquel instante la mitad del enemigo estaba en el suelo; algunos hombres y caballos murieron, otros más fueron heridos, pero lo mejor fue, de lejos, que una gran parte cayó sobre los muertos y heridos. Estos últimos, tras unos instantes, empezaron a levantarse y a correr hacia sus apoyos, algunos a caballo, pero la mayoría a pie.

En ocasiones frenaban en seco, porque los mandos deseaban engañar o asustar al cuadro para que disparase antes de que los tiros tuviesen el efecto adecuado, y seguían avanzando durante los quince segundos que los fusileros necesitaban para volver a cargar. El propio Wellington recordaba haber visto cuadros que «no dispararían hasta que los coraceros cargasen, y estos no cargarían hasta

que nosotros no disparásemos»; pero, como se sabe, el truco no funcionaba contra soldados como los británicos, instruidos para mantener siempre la mitad del fuego del regimiento en reserva. A veces, los franceses se paraban sin más porque temían seguir adelante, en ocasiones después de haber penetrado en el estrecho terreno mortal que se extiende justo frente al cuadro, cuando el camino más seguro hubiese sido continuar y no volverse. Reynell, que mandaba el 71.º, se refiere a estas repetidas *visitas* de los coraceros. No digo *ataques*, porque estas columnas de caballería en ningún momento intentaron penetrar en el cuadro, sino que llegaban hasta diez o quince metros, y entonces lo rodeaban, recibiendo el fuego que les podíamos enviar, y de paso también el del cuadro contiguo.

Por muy perjudicial que fuese para la caballería retroceder o dar media vuelta ante cuadros a los que les quedaba fuego, era aún peor dar vueltas en torno, al estilo de los *pieles rojas*, o merodear con un fin intimidatorio. Porque el temor de la infantería a la caballería parecía disiparse con el humo de la primera descarga que hacían. El ingeniero real que se protegió con el 79.º cita lo deprisa que cambió la superioridad moral:

No hubo ataque final contra nosotros. Algún que otro individuo más audaz que el resto se acercó hasta las bayonetas y blandió amenazadoramente su sable; pero la masa se quedó a unos cinco o seis metros de distancia, y ahí se mantuvo, como si, temerosa de continuar, tuviese también vergüenza de retirarse. Nuestros hombres pronto comprendieron que lo peor había pasado, y a partir de entonces, cuando oían el ruido de la caballería acercándose, casi les parecía una perspectiva agradable (¡con respecto a la de ser cañoneados!).

Macready, del 30.º, recuerda que sus hombres «empezaron a sentir lástima de la inútil perseverancia de sus asaltantes, y cuando estos avanzaban, comentaban: “Ahí vienen otra vez esos malditos locos”». Confiados, e incluso eufóricos, por su capacidad de enfrentarse a los escuadrones franceses (en *Quatre-Bras*, después de haber dispersado por segunda vez a la caballería francesa, hubo en el cuadro del 30.º «muchas risas y estrechones de manos»), la infantería británica empezó a causarles grandes bajas cada vez que eran lo bastante locos, o estaban lo suficientemente mal dirigidos, como para quedarse rezagados en la zona de alcance de las armas. Saltoun, que mandaba las compañías ligeras de los *Guards*, ordenó disparar contra un grupo de jinetes franceses que «cabalgaban a lo largo del frente del 52.º con vistas a dar la vuelta sobre su flanco derecho, y fueron totalmente destruidos por el fuego de ese regimiento». El 40.º regimiento, avisado por un sargento con experiencia, que gritó «¡Llevan coraza! ¡Tirad a los caballos!», derribó coraceros por hileras. «Daba mucha risa ver a estos guardias con su armadura como una chimenea intentando huir, sin muchos progresos, y cayendo bastantes de ellos prisioneros de nuestras compañías ligeras que estaban de avanzada más allá».

Esta referencia a las bajas entre los caballos nos deberían recordar que las unidades de caballería francesa estaban empeñadas en una batalla doble: no solo con los fusileros británicos, sino también con sus propias cabalgaduras. Gronow, un observador muy agudo que estaba en uno de los cuadros de los *Foot Guards*, describe cómo los «caballos de la primera fila de coraceros, a pesar de todos los esfuerzos de sus jinetes, se detuvieron, cubiertos de espuma y temblorosos, a la distancia de unos veinte metros [...] y se resistieron en general a todos los intentos de obligarles a cargar contra la línea de compacto acero». Algo muy parecido sucedió frente a la batería de Mercer, donde «una confusa masa se detuvo ante nosotros [...] intentando en vano que avanzasen sus caballos sobre los obstáculos que sus camaradas caídos constituían». Conforme se incrementaban las bajas y se iba deteriorando el terreno de subida a las posiciones británicas, y conforme había más restos de

animales muertos, que formaban una especie de línea de marea en el borde de las zonas de muerte de los cuadros, resultaba cada vez más difícil obligar a los caballos a enfrentarse al fuego. Las unidades francesas menos resueltas se retiraron hasta cien o ciento cincuenta metros, dejando a sus exploradores que vaciasen sus pistolas contra la infantería británica, o trotasen hacia delante y hacia atrás disparando sus carabinas. Era un proceder absolutamente inútil, casi patético. Realmente, el lector moderno puede preguntarse dónde ha de depositar sus simpatías —si es que la simpatía es la emoción adecuada— en el conflicto entre la caballería y los cuadros. A primera vista, el apuro de los batallones sacudidos por los asaltos deja sin respiración (Mercer establece una analogía entre el ataque de la caballería al tablero de ajedrez de los cuadros de Wellington y «un fuerte oleaje rompiendo en una costa llena de rocas aisladas, contra las cuales las olas gigantescas, con furioso estruendo, se rompen, se dividen y penetran, silbantes e hirvientes, muy adentro en la playa inmediata»). Pero, como ha mostrado Jac Weller mediante un cuidadoso análisis de los frentes de las formaciones, el número de jinetes en una línea de ataque era muy inferior al de los soldados de infantería a los que tenían que enfrentarse. Si los efectivos medios de un batallón eran de unos quinientos hombres, formados con un grosor de cuatro, podrían presentar un frente del cuadro de unos dieciocho metros, para enfrentarse a unos ciento cuarenta hombres de la caballería que atacase. Debido al tamaño superior de sus caballos, no podría haber en una misma longitud de frente más de unos dieciocho hombres, que además tendrían otros dieciocho inmediatamente detrás; siendo esos treinta y seis los que soportarían la mayor parte del fuego del cuadro. Y aunque sufriesen la peor parte de la primera descarga, los efectivos totales del escuadrón al que pertenecían solo eran de ciento veinte; y si su poder moral no era capaz de desarmar a la infantería —como no lo fue nunca en Waterloo—, entonces cada jinete se convertiría teóricamente en el blanco de cuatro soldados. Visto así, lo de «Ahí vienen otra vez esos malditos locos» parece un juicio apropiado sobre el carácter del conflicto.

ARTILLERÍA CONTRA INFANTERÍA

En realidad, incluso la mejor caballería solo podía aspirar, en general, a quebrantar una buena infantería si contaba con la ayuda de la artillería. De ahí la existencia de la «artillería a caballo» o los «cañones móviles», cuya misión era acompañar a la caballería hasta la distancia necesaria para cargar contra la infantería y, justo desde la posición que quedaba fuera del alcance de tiro del mosquete, abrir brechas en el cuadro, tan grandes que sus componentes se vieran obligados a mantenerse inactivos o a huir. Pero Waterloo, al menos en lo que se refiere al uso de la artillería, no fue una batalla normal. Era tan alta la «relación hombre-espacio» —en concreto, la de jinete-espacio en el «embudo» entre Hougoumont y La Haye-Sainte, donde, durante la tarde, unos 10 000 jinetes franceses se encontraban en un frente de solo setecientos treinta metros de ancho—, que no se podía encontrar espacio para que la artillería acompañase a la caballería hasta la distancia de carga, y permitirle desplegarse allí. El resultado fue que los combates de infantería contra caballería se redujeron justamente a eso y nada más; en beneficio y seguridad de la infantería.

Además, la proximidad de la caballería hacía que los artilleros franceses que bombardeaban la línea británica a larga distancia detuvieran el fuego, ya que sus propios jinetes tapaban la vista en cuanto iniciaban la subida de la pendiente del lado británico, y se arriesgaban a ser los que recibieran los disparos; como Leeke escribió —y muchos otros soldados de infantería manifestaron lo mismo—: «Así que las cargas de caballería suponían un gran alivio para nosotros; al menos lo fueron para

mí». Porque, aunque los ochenta y tantos cañones de la «gran batería» de Napoleón, que estaban a seiscientos cuarenta metros de la línea británica, no podían causarle a una formación de la infantería el mismo daño concentrado que «una batería móvil» disparando metralla a corta distancia, la llegada de sus sólidas bolas de cañón era tan frecuente, su efecto en la carne humana tan destructivo, el temor de los que se habían librado de momento tan intenso, que el cañoneo fue lo que más próximo estuvo de romper la línea. Donde pudo y cuando pudo, Wellington situó a sus batallones justo en el lado opuesto de la pendiente, en lo que los soldados llaman «ángulo muerto», lo que podía permitirles tumbarse de forma que la mayoría de las bolas pasaran rozando por encima de sus cabezas. Pero muchos batallones tuvieron que pasar parte del día bajo el fuego directo. A los belgo-holandeses de Bylandt, al este de La Haye-Sainte, esto los desmoralizó y huyeron; los Inniskillings, que mantuvieron su posición, situaron a los heridos dentro del cuadro, sacaron fuera a los muertos, cerraron filas, y fueron destruidos.

Sufrieron bajas incluso algunos batallones situados al abrigo de la cresta. Reed, del 71.º, informó de que la artillería francesa que estaba a la izquierda de Hougoumont, «era capaz de dispararnos mientras estábamos tumbados en la pendiente opuesta de la colina, y sufrimos algunas bajas, ciento cincuenta según creo»; y el 1/95.º fue «acosado» por bolas de cañón que «rodaban por la colina tras la que estábamos apostados» (el sargento Leeke le previno de que no tratase de detener una de esas bolas que venían «rodando como una pelota de cricket», pues habría dañado seriamente su pie). Cuando la aproximación de la infantería o de la caballería francesa les obligaba a ponerse en pie, convirtiéndose en blancos claros, incluso un simple disparo de cañón francés podía causar un daño atroz. Leeke había mirado como hipnotizado la forma en que los artilleros de un cañón francés situado a una distancia de varios centenares de metros pasaban el escobillón, cargaban, apuntaban y disparaban en dirección a él, vio la bola cuando salía de la boca del cañón y, dos segundos después, vio cómo los cuatro hombres de la fila que estaban a su lado cayeron muertos o mutilados. En el cercano cuadro del 71.º, un disparo causó diecisiete bajas, entre muertos y heridos; y el 40.º regimiento, aunque estaba en columna, sufrió una sucesión de horrores, descritos por el teniente Hugh Wray:

Tuvimos tres compañías casi completamente deshechas: un disparo mató o hirió a veinticinco de la 4.^a compañía, otro de la misma clase mató al pobre Fisher, mi capitán, y a dieciocho de nuestra compañía [...] y otro alcanzó a la 8.^a y mató o hirió a veintitrés [...]. El pobre Fisher fue alcanzado mientras hablaba con él, me salpicaron sus sesos y su cabeza quedó hecha añicos.

Cuando la artillería de cada bando encontraba la oportunidad de «cooperar» con las otras armas, es decir, de simultanear sus ataques con las acciones de la infantería o la caballería contra la misma formación enemiga —algo difícil de conseguir, como se ha visto, debido al peligro de tirar sobre las propias tropas—, el efecto de su fuego se multiplicaba. Porque la amenaza que representaba la presencia de soldados enemigos muy próximos forzaba a la formación que se defendía a ponerse de pie para aguantar; y «estar de pie para ser cañoneados, sin poder hacer nada, es una de las cosas más desagradables que le puedan suceder a un soldado». «¡Sacadnos de aquí! —pedían algunos de la división de Picton a sus oficiales—, ¿Tenemos que ser masacrados? ¡Vayamos a combatirles!». Los franceses que consiguieron adelantar algunos cañones con el cuerpo de D'Erlon, les quitaron el armón a unos ciento diez metros del 32.º regimiento y «abrieron en el cuadro unas brechas lamentables». La batería de Bull, que apoyaba a los Scots Guards contra la Guardia Imperial cerca de

Hougoumont, disparaba granadas de obús «en tal cantidad en medio de esos buenos mozos que [Maitland] pudo ver claramente, sobre el humo de estas explosiones, fragmentos de hombres, cascos de granaderos, mosquetes y correajes». En estos dos casos, la artillería consiguió tal carnicería porque la infantería que le servía de blanco, debido al combate próximo con la otra infantería, no podía buscar refugio contra su fuego.

INFANTERÍA CONTRA INFANTERÍA

Este enfrentamiento de la infantería contra la infantería ocupó en casi todos los lugares de Waterloo mucho menos tiempo, fuese continuo o intermitente, que el de la artillería contra la infantería o el de la caballería contra la infantería; pero, por sus «resultados», fue el elemento crucial de la batalla, una afirmación que se puede hacer con bastante seguridad de casi todas las que tuvieron lugar en el periodo que va del eclipse de los caballeros con armadura del siglo XIV al desarrollo de los vehículos de combate acorazados del XX. Porque la acción de la caballería y la artillería contra la infantería era subsidiaria y preliminar; durante la misma, el papel de la infantería era realmente «ser machacada», si eso no se podía evitar. Naturalmente, le incumbía al jefe proteger a su infantería lo máximo posible contra el cañoneo o la carga de caballería. Pero, dado que la infantería era (y es) la única fuerza que podía (y puede) mantener el terreno (la ocupación física vale por diez puntos en la ley de la guerra, y la infantería es la administradora), nunca podía retirarse del terreno, cuya posesión se consideraba vital, simplemente por la razón de evitar pérdidas humanas. (Wellington, a quien Halkett le pidió en un momento particularmente crítico que «debía ser relevada enseguida su brigada, que había perdido dos tercios», le envió el mensaje: «Dile que lo que pide es imposible: él y yo, y cada inglés en el campo, debemos morir sobre el lugar que estamos ocupando ahora»). En compensación, la infantería que —pese al acoso de la caballería y las matanzas de la artillería— no cedía el terreno que le interesaba al enemigo, debía ser en último extremo atacada por otra infantería.

Pero «en último extremo» no significaba necesariamente «después de que cualquier otro método hubiese fallado»; también podía significar «porque el ensayo-error lo aconsejase». Es verdad que el ataque de la Guardia Imperial se emprendió al final de la jornada porque habían fallado todos los demás métodos. Pero el ataque de la infantería en Hougoumont, al comienzo de la misma, se decidió porque los demás métodos se consideraron poco provechosos; y las constantes escaramuzas de las infanterías ligeras de los dos bandos que operaban por delante de sus respectivas líneas eran, por su parte, un elemento de la lucha cuya necesidad dictaba la experiencia.

Fue su extrema habilidad en las escaramuzas lo que había permitido a los franceses, en las batallas de hacía veinte años, causarle fuertes pérdidas a la otra infantería sin tener que enviar la suya al combate efectivo. Hasta que los enemigos se dieron cuenta de la necesidad de oponer a los exploradores otros exploradores, y las unidades especiales formadas por los británicos —el 95.º de fusileros y la infantería ligera de la KGL— llegaron a alcanzar niveles parecidos a los de las francesas. En Waterloo, muchos de estos regimientos tuvieron que formar la línea que mantenía la cresta; pero también destacaron compañías en el frente para proporcionar una línea de seguridad, de la que igualmente formaban parte las compañías ligeras de los regimientos regulares de infantería. Pratt, el teniente que mandaba la compañía ligera del 30.º regimiento, proporciona un relato de su jornada en Waterloo que muestra perfectamente las misiones de exploración de la infantería ligera. Las instrucciones que había recibido del ayudante eran: «Cubrir y proteger nuestras baterías. Manternos en todo momento lo más adelantados posible. Guardar grandes intervalos [...] para

mayor seguridad contra el tiro de artillería. Mostrar obstinada resistencia a la infantería [ligera del enemigo], pero no intentar nada contra la caballería, sino replegarse [...] detrás de los cuadros [...]. Cuando la carga fuese repelida, volver a ocupar nuestro terreno». Cumplió fielmente estas órdenes, «reptando por la colina hasta casi la base», donde llevó a cabo «un fuego sin orden ni concierto» contra la infantería ligera francesa, interrumpido por «frecuentes avances y repliegues» a su propio cuadro y, más a menudo, al de la KGL o al de los hanoverianos. «Hacia el final del día, me encontraba por última vez casi abajo de la ladera con las pocas tropas de infantería ligera que quedaban». Se fueron «retirando gradualmente frente a la aplastante fuerza que se les oponía». Se refiere al momento posterior a la pérdida de La Haye-Sainte: cayó herido y «dejó de ser un testigo de lo que ocurrió después». Pero para entonces el papel de la infantería ligera casi había dejado de ser importante. El «momento crítico» de la batalla —el choque entre las infanterías pesadas— dependía ya de los ejércitos.

Pero el comienzo de la batalla también había sido con un choque semejante: el que tuvo lugar entre los Foot Guards y los franceses de Jérôme por la posesión de Hougoumont. He aquí el ejemplo de una decisión del mando de atacar inmediatamente con la infantería con preferencia sobre otros métodos; uno de los significados de «en último extremo». Fue una decisión necesaria para Napoleón (aunque probablemente mala en términos de «resultados»), porque las fuertes murallas de la granja, llenas de troneras, amenazaban mortalmente a toda caballería que se aproximase, y estaban a prueba incluso de artillería pesada. Pero, aunque necesaria, fue también una decisión desesperada; porque la solidez, el tamaño y la complejidad de Hougoumont y sus edificios, y la fuerza de su guarnición, lo hacían también casi inexpugnable para la infantería. En un momento dado, los franceses lograron abrir la puerta del patio central, pero los defensores británicos pudieron cerrarla por detrás del pequeño grupo que penetró, y entonces los abatieron; murieron todos, excepto un joven tambor al que le respetaron la vida. La extrema ferocidad de este episodio certifica el carácter especial de la batalla de Hougoumont. A menudo ha sido calificada como «batalla dentro de la batalla», y se trata de una definición certera, dado que durante la mayor parte del día la llevaron a cabo dos destacamentos que no intervinieron ni tuvieron interés en nada de lo que sucedía en el campo de batalla. Pero a los modernos estudiosos de la teoría de la agresión les impactaría aún más el rotundo carácter «territorial» que tuvo. Por muy tautológico que resulte el concepto de «territorialidad» en este contexto, el comportamiento de los defensores de Hougoumont, al igual que el de los de la más pequeña La Haye-Sainte, estuvo absolutamente orientado, durante las varias horas que duró el combate en estos lugares, a preservar la plena integridad de unos límites muy precisos: en La Haye-Sainte, los del patio de la granja y el jardín; en Hougoumont, los del edificio principal, el jardín amurallado y el huerto. Sin embargo, dado que los hombres van a luchar por lugares cerrados, la elección de qué defenderán o qué no está muy directamente determinada por la misma configuración de los cerramientos. El combate intraespecífico (es decir, entre miembros de una misma especie) por el territorio está además muy «ritualizada» en los animales, según las conclusiones de la teoría moderna de la agresión. En la naturaleza, el título de propiedad lo es todo: al que lo detenta le suele bastar la simulación de un ataque ante el intruso, y a este un gesto convencional de sumisión y la retirada, para que la hostilidad cese de inmediato. En la guerra, en cambio, el título no basta. La práctica del ataque, la defensa y la sumisión rituales ciertamente continúa. Recordemos, por ejemplo, la petición del jefe alemán del Arsenal de Cherburgo, el 27 de junio de 1944, de que un carro se adelantara y efectuase un simbólico disparo contra la puerta principal para hacer respetable su capitulación. A pesar de su crueldad, también podríamos reconocer un fuerte elemento ritual en los ataques de la caballería contra los cuadros en Waterloo («Algún que otro individuo más audaz que el resto se acercó hasta las bayonetas y blandió amenazadoramente su sable»). El caso es que, probablemente, también los atacantes humanos conceden a los defensores un cierto derecho a su

territorio, que se podría llamar «moral» si no fuera por la ambigüedad que implica; esto, que se daría aun con una cota minúscula o una trinchera embarrada, proporcionaría una explicación adicional a la tendencia de que prevalezca lo «defensivo» sobre lo «ofensivo» en la guerra; así como una razón por la que los mandos tácticos ofensivos valoran tanto la sorpresa, que le permite al demandante alimentar los fuegos de su codicia mientras dormita el defensor. Pero esto es lo más lejos que se pueden llevar las teorías «territoriales» del comportamiento, en el contexto del campo de batalla. Aquí, por lo común, una ofensiva no fracasa antes de que se haya provocado miedo real, se haya infligido una humillación real, o se haya derramado sangre. En realidad, lo que prevalece en el campo de batalla es casi exactamente lo contrario de lo que los investigadores han observado en la naturaleza: lo que es ficticio es la propiedad; lo real es el combate.

Pero hay un principio del comportamiento animal que parece aplicable al combate humano, y es lo que su promulgador, el zoólogo Hediger, denominó la *reacción crítica*. La propuso a partir de la observación sobre la respuesta de los animales ante la amenaza, que, según constató, estaba determinada por la distancia a la que se presentaba. Más allá de dicha distancia —que varía según las especies—, el animal se retirará; más acá, atacará. A estas dos distancias las llamó, respectivamente, «distancia de huida» y «distancia crítica»; y puso uno de esos ejemplos ilustrativos propios de los grandes comunicadores: «El domador de leones mantiene a raya a sus grandes fieras mediante un peligroso juego en el margen entre la distancia de huida y la distancia crítica». Hay indicios (además de la autopercepción) de que el comportamiento humano se ve afectado por juicios instintivos acerca de la distancia de huida y la distancia crítica; por ejemplo, se ha apreciado en ciertos individuos exageradamente violentos que suelen menospreciar la distancia que les separa de otros seres humanos, debido a lo cual confunden gestos inofensivos con amenazas y someten a sus autores a un ataque que estos, evidentemente, no provocaron. Está claro que los soldados juegan con las distancias crítica y de huida. En el consejo de Sun Tzu, el antiguo filósofo chino de la guerra, de que las confrontaciones con el enemigo habría que iniciarlas colocándose máscaras temibles y profiriendo grandes amenazas, y que, solo si no ha huido tras estos preliminares, es cuando hay que recurrir al uso de las armas, está implícito el reconocimiento de que existe la *reacción crítica*; y una gran parte de la guerra primitiva — patear, agitar las lanzas, redoblar tambores— tiene lugar, sin duda, fuera de la distancia crítica de los dos bandos. Probablemente ocurra que, cuanto más primitivos sean los pueblos implicados en una lucha, tanto menos dispuestos estén a violar las distancias críticas. Pero incluso implacables jefes modernos se han mostrado dispuestos, en determinadas circunstancias, a respetar la distancia crítica cuando ello servía a sus propósitos: la apabullante exhibición de poderío aéreo y naval que los estadounidenses, durante la Segunda Guerra Mundial, llevaban a cabo frente a las islas de las que pretendían expulsar a los japoneses —maniobras y concentraciones de lanchas de desembarco, círculos y caídas en picado de aeroplanos—, tenía entre sus finalidades, por muy inútil que resultase, la intimidación de los ocupantes. Y la gran revista a su ejército que efectuó Napoleón la misma mañana de Waterloo, fuera del alcance, pero a la vista de los aliados —algo sin paralelo en su mandato—, parece que tenía como objetivo asustar a los belgas, y quizá también a los británicos, para que abandonasen sus posiciones.

Pero si realmente queremos indagar en la influencia de las distancias crítica y de huida en el combate en Waterloo, donde tenemos que buscar es en los relatos de la defensa de los dos puntos fuertes. En La Haye-Sainte, cuando la guarnición se quedó sin munición, fue arrollada por los tiradores franceses, que se abrieron paso en los edificios por un pasillo central. Al principio, muchos de los asaltantes fueron pasados por la bayoneta, con cuyos cuerpos se formó una barricada en la entrada; pero sus compañeros lograron escalar al techo, desde donde dispararon contra la masa de defensores de abajo, haciéndoles huir. En Hougomont, como se ha visto, los franceses tuvieron menos suerte cuando consiguieron penetrar; la guarnición aún tenía munición y fue capaz de

contener a los que iban siguiendo a la avanzadilla hasta que se pudo cerrar las puertas, y entonces masacraron a los que se habían quedado dentro. Un poco antes, había habido un enfrentamiento sangriento de parecidas características en el muro del jardín, que concluyó con la muerte de todos los franceses que habían logrado entrar. Cabría esgrimir varias razones que explicaran lo sucedido en estos tres momentos; pero una de ellas sería, sin duda, la de que los franceses provocaron una *reacción crítica* en los británicos, impulsándoles instintivamente a matar. Si así fuera, el caso ayudaría a explicar por qué los relatos de lucha en los espacios cerrados de La Haye-Sainte y Hougoumont, que sin duda son horribles, resultan a la vez tan comprensibles y tan fáciles de aceptar. Las paredes, los pasillos y las esquinas sitúan bruscamente cara a cara a los hombres, restringen su espacio de maniobra y les cortan la retirada. Si las historias de La Haye-Sainte y de Hougoumont nos son familiares, o nos parecen un *déjà vu*, no es necesariamente porque nos recuerden combates más recientes como los de Stalingrado o Hué. La naturaleza de la lucha en todos estos lugares la captaría con la misma facilidad alguien que viajara en el tiempo desde la Jerusalén de Tancredo o la Troya de Aquiles; y sus exigencias las entenderá cualquiera que se haya llevado un susto en el rellano de unas escaleras oscuras en cualquier edificio extraño.

Es otro tipo de encuentro el que el lector moderno no alcanza a comprender, aunque sea también de infantería contra infantería: el del «movimiento de la dama» de la guerra con pólvora negra; es decir, el ataque frontal de la infantería pesada, a corta distancia, en orden cerrado, contra barreras de mosquetes horizontales. Descontando el ataque que condujo a la caída de La Haye-Sainte —puesto que su forma, en realidad, no fue más que la de una escaramuza a escala gigante, apoyada por la artillería ligera adelantada para la ocasión—, solo hubo dos de estos movimientos de la dama en el frente de Wellington. El primero es conocido como «el ataque de D’Erlon»; el segundo, como «el momento crítico», es decir, el ataque de la Guardia Imperial cerca de Hougoumont, ya al final de la batalla. En ambos, muy extensas y densas masas de infantería francesa avanzaron a todo lo ancho del valle que separaba a los dos ejércitos hasta unos metros de distancia de la línea británica, intercambiaron fuego durante un periodo muy corto, y entonces se dieron rápidamente la vuelta y huyeron.

Lo que hace que episodios así sean tan difíciles de visualizar para el lector moderno —si se visualizan para creer en ellos, si se cree en ellos para entender—, es justo su carácter de claro enfrentamiento cara a cara: su oferta y reparto de muerte a unas distancias en que los habitantes de las zonas residenciales intercambian consejos de jardinería con el vecino; su derramamiento de sangre y su producción de daño en un ámbito de concurrencia humana como el que hay en un cóctel o en un torneo de tenis. Pero las descripciones son inequívocas. Mountsteven, oficial del 28.º regimiento, que recordaba «mirar por encima de la cerca [...] y admirar el gallardo estilo con que los oficiales franceses dirigían el despliegue de sus compañías», calculó que estaban a unos treinta o cuarenta metros cuando «descargamos nuestro fuego, saltamos la cerca y atacamos. El enemigo huyó antes de que pudiésemos trabar combate con él, y, naturalmente, en la mayor confusión». Un oficial del regimiento vecino, el 92.º, estimó que la distancia era de veinte metros, y «difícilmente lo hubiese podido creer si no hubiera sido testigo de que una destrucción tan completa se hubiese efectuado en tan poco tiempo». Los informes de las brigadas del otro flanco, que derrotaron a la Guardia Imperial, son similares en el tono y en el contenido. Dawson Kelly estaba con el 73.º regimiento,

cuando la última columna que atacaba apareció entre la niebla y el humo, que se habían mantenido todo el día a ras de suelo. Su avance era el típico de los franceses, muy ruidoso y ostensiblemente de mala gana, con los oficiales animando a sus hombres unos metros por delante. Sobre la marcha nos hicieron fuego, desordenadamente, pero no respondimos en

tanto no estuvieron casi a nuestra altura; entonces, una descarga bien dirigida provocó una confusión de la que parecía no iban a recuperarse, y después de un breve intercambio de mosquetería entre ambos bandos, se dieron media vuelta como un solo hombre y huyeron.

Powell, del 1.º de Guards, que estaba directamente en el camino de la columna principal francesa, vio a los granaderos

subiendo la colina *au pas de charge* gritando «*Vive l'Empereur!*». Continuaron avanzando hasta una distancia de cincuenta o sesenta pasos de nuestro frente; entonces se le ordenó a la brigada que se pusiera de pie. Fuese la repentina e inesperada aparición de un cuerpo tan próximo, que surgió como brotando del terreno, fuese el fuego tremendamente duro que le enviamos, el caso es que la *Garde*, que nunca antes había fracasado en un ataque, *de repente* se detuvo. Los que estaban a cierta distancia y pudieron ver la escena en el flanco, nos contaron que el efecto de nuestro fuego pareció forzar a la cabeza de la columna en pleno a que retrocediera.

Otro guardia, Dirom, confirma este relato: «La columna francesa pareció tambalearse [...] convulsionarse. Una parte parecía querer avanzar; otra se detuvo y disparó; y otra, especialmente hacia el centro y la retaguardia de las columnas, parecía estar dando media vuelta [...]. Ante nuestro avance, toda la columna francesa dio media vuelta y se fue».

Los hechos, pues, no están en contradicción. Los franceses se aproximaron hasta la distancia de la voz de los británicos, fueron detenidos por el fuego, no pudieron vencerlo con el suyo, y se retiraron. En la práctica, hubo poco más en sus ataques de lo que revelan estos relatos de testigos. Ambos estuvieron precedidos de una gran cantidad de duras escaramuzas; y acompañados de algo de cañoneo a corta distancia, por parte de los cañones que iban con la infantería francesa. Pero, en cuanto a «puros» encuentros de infantería según eran posibles en los campos de batalla napoleónicos, así fueron estos dos episodios.

¿Cómo se puede explicar el repentino y completo colapso del empeño francés en los dos casos? Los franceses eran superiores en número y estaban frescos («no había muestras de que hubieran sufrido en su avance, sino que aparecían formados tan regularmente como en un día de desfile», escribió Dirom sobre la Guardia Imperial). En ambos casos, estaban bien mandados —cinco generales marchaban al frente de la Guardia, y Ney, *le plus brave des braves*, dejó el quinto caballo que le habían matado ese día para marchar junto a ellos. En ambos, se habían «preparado» los ataques más que adecuadamente, es decir, precediéndolos de múltiples cargas de caballería o de cañoneo prolongado, o de ambas cosas. En ambos, se llevaron a cabo algo más que simples asaltos «de columna», ya que los jefes de cada formación intentaron desplegar a sus hombres, una vez que disparó la mosquetería británica, según el tipo de despliegue lineal que les permitiría contestar al fuego con el fuego. Sin embargo, fue el fuego británico, y no el francés, el que prevaleció; y, al prevalecer, produjo el colapso francés, que no fue parcial sino total. ¿Cómo pudo ser?

Se han dejado algunos elementos fuera del relato. Primero, hubo un fuerte fuego de la artillería británica tanto sobre el cuerpo de D'Erlon como sobre la Guardia Imperial, que les causó pérdidas severas y que debió de debilitar su resolución antes de que llegasen a la distancia del fuego de mosquete de sus soldados. Segundo, el repliegue del cuerpo de D'Erlon fue espoleado, y completado, por una carga muy poderosa de la caballería británica; y otra, con menos efectivos, aceleró la retirada de la Guardia. Tercero, los dos ataques tuvieron algún éxito inicial o parcial. El cuerpo de

D'Erlon desplazó a la brigada belga de Bylandt de su lugar en la línea; mientras que el 3.º y el 4.º de granaderos de la Guardia Imperial hicieron vacilar al 30.º y al 73.º regimientos, y rompieron los contingentes de Brunswick y Nassau, cuya retirada tuvo que ser evitada por la caballería británica. Sin embargo, los dos ataques terminaron en encuentros esencialmente de infantería contra infantería, y con una clara victoria de los británicos sobre los franceses: en el foco del ataque de la Guardia Imperial, cinco batallones (el 52.º, el 33.º y el 69.º regimientos, y el 2/1.º y el 3/1.º de Guards) contra cinco (el 1/3.º y el 2/3.º de cazadores, el 1/4.º y el 2/4.º de cazadores, y el 2/3.º de granaderos); en el foco del ataque de D'Erlon, siete batallones contra veinticuatro.

Decir que se produjo por una mosquetería superior no es decir demasiado, aunque la mecánica es bastante sencilla de describir. Los batallones británicos, de a dos y a veces de a cuatro, estaban en línea: es decir, un batallón con muchos efectivos, como el 52.º de infantería ligera, presentaba un frente ante el enemigo de doscientos cincuenta hombres, con tres filas iguales detrás. Su fuego habría sido efectivo —es decir, habría alcanzado un porcentaje de impactos significativo— a unos noventa metros; pero los mandos, como era normal, lo habrían reservado hasta que el enemigo estuviese mucho más cerca. Cuando hubiesen disparado, podían volver a cargar en unos veinte o treinta segundos; pero, después de la primera descarga, era habitual en los batallones británicos disparar por secciones o por filas, por lo que una parte de la unidad cargaba mientras la otra disparaba. En total, el resultado era el mismo: la proyección contra el enemigo de unas dos mil balas de mosquete de plomo por minuto.

Los franceses, por lo menos al principio, estaban en columna, un hecho que nos permite comprender mejor su colapso. Porque las columnas, por definición, tenían mucho más grosor que las líneas. Los hombres en los batallones de la Guardia Imperial formaban probablemente con un grosor de nueve hombres, y los batallones se escalonaban muy cerca unos de otros; la misma disposición en el cuerpo de D'Erlon tuvo mucho que ver con la anulación de la formación de tres escalones que había adoptado para sus batallones. Así, fuesen amplias como las de D'Erlon, o estrechas como las de la Guardia Imperial, el destino de las columnas era coincidir parcialmente y ser flanqueadas por cualquier batallón británico. La principal columna de la Guardia Imperial se enfrentó con cinco, dos al frente, uno en un flanco y dos en el otro. D'Erlon, que había previsto que sus columnas se arriesgaban a ser literalmente cercadas por el fuego, había intentado evitar el peligro desplegando sus anchas columnas en líneas de igual anchura que las de Wellington tan pronto como llegasen a la distancia de tiro de mosquete. Pero los británicos lo dejaron en tablas. La Guardia Imperial, cuyo jefe no había tomado esa precaución, fue sorprendida en una columna estrecha, y así privada incluso de la oportunidad teórica de igualar la fuerza de la mosquetería a la que estaba sometida. Porque la formación en columna, por supuesto, dejaba desarmada en la práctica a la mayoría de los soldados que se encontraban dentro de ella. Solo los que estaban delante y a los lados podían utilizar las armas; los del interior, aunque viesan al enemigo, no podían levantar sus mosquetes para disparar.

De esta manera, tanto los hombres de D'Erlon, como, seis horas después, los de la Guardia Imperial, fueron «derrotados en la lucha de fuegos», ya que los que estaban al frente y a lo largo de los flancos fueron sobrepasados por los soldados británicos que se les opusieron, y sufrieron bajas tremendamente desproporcionadas. Aun así, los franceses no sufrieron nada parecido a las pérdidas totales que, según las matemáticas, podrían haberse producido. A cuarenta y cinco metros, los batallones británicos tendrían que haber hecho blanco con cada disparo; lo que significa, por ejemplo, que toda la columna principal de la Guardia Imperial debería haber sido eliminada por la descarga inicial de sus oponentes. Pero, lejos de ello, muchos de los soldados franceses que iban delante sobrevivieron al primer ataque: Shelton, del 28.º, recuerda que una de las columnas de

D'Erlon «intentó desplegarse hacia su izquierda» después de que su regimiento le hubiese disparado «una descarga muy sostenida»; y Dawson Kelly, con el 73.º, hizo honor a los franceses a los que se enfrentó en «el momento crítico» respondiéndoles con fuego británico por lo menos «durante un corto intervalo». Esto no solo habla de la puntería de la época —el que a cuarenta y cinco metros una gran proporción de mosqueteros fallaran limpiamente el tiro—, sino que también refuerza la sospecha de que muchos no apuntaron en absoluto, o por lo menos no apuntaron a un blanco humano en particular. Esto lo confirma un oficial de Waterloo, que recordaba que la orden de mando generalmente utilizada era «*level*», más que «*aim*^[10]». Pero, además de que tantos franceses de la cabeza de las columnas se libraran de la muerte, llama la atención otro fenómeno más significativo. Aunque ellos fueron quienes más sufrieron el daño de los británicos, también fueron ellos los únicos que les hicieron frente o respondieron de manera efectiva. Los de retaguardia no hicieron nada, o nada útil. En realidad, podemos ir más allá y afirmar, con certeza, que fue en las retaguardias de las columnas, y no en sus frentes, donde empezó el colapso, y que los de atrás empezaron a correr primero.

Hay varias pistas que corroboran que esto sucedió así. Colborne, que mandaba el 52.º, «observó una gran confusión en el enemigo, unos disparaban, otros tiraban sus mochilas y corrían hacia retaguardia»; y, a no ser que los que estaban en vanguardia estuviesen dispuestos a correr en medio del fuego de sus propias filas de atrás, se puede deducir que eran ellos los que disparaban y los de atrás los que huían. Dirom fue absolutamente específico: después de que los guardias británicos hubiesen disparado su descarga, «una parte [de la columna francesa] parecía querer avanzar; otra se detuvo y disparó; y otra, *especialmente hacia el centro y la retaguardia de las columnas*, parecía estar dando media vuelta». Sir De Lacy Evans, que había cargado contra la columna de D'Erlon con la brigada Union seis horas antes, había percibido el mismo fenómeno: «Mientras nos acercábamos a un ritmo moderado, los frentes y los flancos empezaron a darse la vuelta hacia el interior; *la retaguardia de las columnas ya había empezado a huir*». En otras palabras, los menos inmediatamente expuestos al peligro eran los primeros que se iban. Fueron estos comportamientos, más que la acción directa británica, los que volvieron inútiles los ataques franceses más críticos del día, y provocaron la derrota de Napoleón. ¿Cómo se explica esto?

Es una tentación aplicar el concepto de distancias «crítica» y «de huida» a la situación; pero probablemente resulte demasiado mecánico. La *reacción crítica* se refiere más al comportamiento individual que al de la masa. Es más productivo intentar visualizar las condiciones diferentes que tenían los que estaban delante y los que estaban en el interior de las columnas francesas. Al frente estaban los oficiales; Mountstevens había visto y admirado «el gallardo estilo de los oficiales franceses» durante el ataque de D'Erlon; Dirom recordaba a «los oficiales de las divisiones de cabeza [de la Guardia] al frente blandiendo sus sables»; Dawson Kelly describía a «los oficiales animando a sus hombres unos metros por delante». Si había oficiales dentro de las columnas, la aglomeración les impedía dar ningún ejemplo alentador; estaban realmente ocultos, y, al igual que sus soldados, sin visión de los acontecimientos. Los hombres del frente podían ver a sus oficiales, ver al enemigo, formarse alguna idea racional del peligro en el que se encontraban y de lo que deberían hacer al respecto. Los hombres del centro y los de atrás no podían ver nada de la batalla, salvo los restos de los intentos fracasados anteriores; armas abandonadas, cuerpos de muertos y de heridos en el suelo, quizá bajo sus propios pies. Desde el frente les llegaban descargas súbitas de mosquetería, remolinos de humo, gritos ininteligibles; y, lo que es más importante y más urgente, temblores que los presionaban hacia atrás y los empujaban, como en una aglomeración, a unos sobre otros. También se comportaban así por su falta de liderazgo, su falta de información y su vulnerabilidad ante los rumores; les bastaba un pequeño estímulo, y no se puede adivinar hasta qué punto pequeño — «sin una causa *demasiado palpable*», según Dawson Kelly (la cursiva es suya) sobre la lucha en el frente —

para transformarse súbitamente, de un conjunto ordenado, en una muchedumbre en estampida, y así hacerles abandonar el campo de batalla. Canetti, en su extraña y parcial obra *Masa y poder* proporciona una visión poética de lo que pudo suceder a continuación y por qué:

La *masa que huye* es creada por una amenaza. Todo el mundo huye; todo el mundo es arrastrado. A todos les amenaza el mismo peligro [...]. Todos sienten la misma excitación y la energía de unos acrecienta la de los otros [...]. Mientras están juntos, perciben el peligro como repartido [...]. Nadie está dispuesto a asumir que entre tantos él será la víctima. Puesto que el único movimiento de toda la huida tiende hacia la salvación, cada uno está convencido de que él personalmente la alcanzará [...]. Cada uno que cae sirve de aliciente para los otros. El destino que lo ha alcanzado, les ha exceptuado a ellos. El caído es un sacrificio que se le ofrece al peligro. Por muy importante que haya podido ser como compañero de huida, al caer ha cobrado importancia para todos [...]. El fin natural de la huida es alcanzar el objetivo; una vez que la masa está segura, se disuelve.

Esta llamada a la influencia de lo irracional puede defenderse en tres ámbitos. Primero, uno físico: los hombres al frente de una formación atacada *no pueden* huir, como se vio en Agincourt, hasta que los que tienen detrás no hayan abierto camino. Segundo, hay testigos que corroboran que las columnas francesas en la retaguardia se comportaron como una muchedumbre, tanto durante los ataques de D'Erlon como durante los de la Guardia Imperial; un oficial del 52.º, escribiendo años después, compararía la huida de la Guardia con la de «una manifestación en Hyde Park cuando se carga *hacia* ella». Tercero, la masa está implícita en los ejércitos. Dentro de cada ejército, hay una potencia; y el mayor temor que tiene un mando —mayor aún que a la derrota, e incluso que a un motín— es que su ejército se convierta en una masa debido a algún error suyo. Porque una masa es la antítesis de un ejército, una reunión humana animada no por la disciplina sino por el capricho, mediante la acción de emociones inconstantes y potencialmente contagiosas, que, si se extienden, resultan letales para la subordinación de un ejército. Por eso los insultos militares más fuertes son acusaciones relacionadas con la masa —agitador, escoria, *canaille*, *Pöbel* [chusma]—; y el desprecio más profundo de que son capaces los soldados, se guarda para los jefes cuyos ejércitos se les disolvieron entre los dedos, como Cadorna, Kérenski, Gough, Gamelin o Perceval.

Muchos ejércitos empiezan como masas, como la milicia de los «voluntarios de noventa días» de Lincoln o los «nuevos ejércitos» británicos de 1914, y la transformación de esta masa en un ejército basta para que un militar se gane una fama perdurable. Aún se le concede a Kitchener —pese a que su reputación esté deshecha debido a otras causas— por sus triunfos en la construcción del ejército en 1914-1915; y Carnot y Trotski, el último incluso menos general que el primero, disfrutaban del título póstumo de líderes militares exclusivamente por haber proporcionado a sus respectivas revoluciones soldados disciplinados, reclutados de entre el populacho que había destruido el viejo orden.

Muchos ejércitos que empezaron como masas, lo siguen siendo durante su existencia. Las grandes huestes medievales, tenuemente ligadas por lazos de vasallaje y obligación, eran formidables debido solo a su tamaño y a las destrezas militares muy variables de sus miembros, tomados individualmente. Muy poco articuladas en el aspecto táctico, resultaban vulnerables al ataque de cualquier fuerza homogénea, instruida y determinada. Clive y Gordon, al mando de ejércitos europeos —o de estilo europeo— muy pequeños, fueron sistemáticamente capaces de desintegrar a los grandes ejércitos orientales a los que se enfrentaron, porque estos últimos, realmente, no eran

mucho más que masas feudales de partidarios y seguidores, que no solo desbordaban en número, sino que, al final, impedían la acción de los minúsculos núcleos de auténticos guerreros que contenían.

El relevo de los ejércitos-masa por los ejércitos profesionales nucleares fue uno de los procesos más importantes, y complejos, de la historia europea. Sus complejidades son tales que su examen requeriría una bibliografía completa, más que un párrafo; pero hay que destacar una de las consecuencias: la singularidad de la institución que resultó del proceso. Cualquiera que fuese el origen —forjado por una guerra civil a partir de una milicia de campesinos, como en el caso del ejército británico; o por una gleba de siervos llevada a cabo por oficiales extranjeros mercenarios, como en el del ruso—, el ejército regular que surgió en la mayoría de los estados europeos durante el siglo xvii permaneció solo y aparte: tanto de los otros componentes del aparato del estado, como de la experiencia y la imaginación del pueblo que vigilaba. Sobre ningún otro grupo de súbditos ejerció el estado su poder tan rigurosa, minuciosa ni continuamente; en ningún otro grupo —excepto en las órdenes religiosas, de las que la más reciente, y «progresista», la Compañía de Jesús, tenía deliberadamente una organización militar— estaban las acciones y las actitudes tan escrupulosamente reguladas por el código y el horario. Ni lo estarían hasta que la industrialización y la educación obligatoria, que comportaban los regalos envenenados de la disciplina de la fábrica y del aprendizaje de los libros de texto, transformasen la vida de las poblaciones urbanas dos siglos más tarde. Pero, incluso entonces, el ejército seguiría siendo para los civiles un modelo de conformidad y determinación; en especial para los líderes de los movimientos surgidos de la industrialización, que se convirtieron en sus enemigos. Tras haber aprendido la lección, por el constante fracaso de «sus» masas en la confrontación con los ejércitos en las calles después de 1830 —fracaso que fue absoluto a partir de 1871—, los revolucionarios, fuesen violentos o gradualistas, centraron su ambición en otorgar a sus seguidores las mismas ventajas de orden, mando y disciplina de que disfrutaban las fuerzas a las que solían denominar sus «enemigos de clase» —un nombre nuevo para una idea nueva—, para frustrar sus objetivos. La transformación de la voluble y espontánea multitud en la masa disciplinada de un partido político sería un acontecimiento tan importante para el futuro de los estados como en su tiempo lo había sido la creación de los ejércitos regulares. Tan importante, pero menos notable; porque Mauricio de Nassau o Gustavo Adolfo de Suecia no tenían nada sobre lo que basar sus normas de excelencia militar, excepto los consejos fragmentarios de los autores clásicos y el dudoso ejemplo de las compañías de mercenarios. Mientras que Bebel, Jaurès y Guesde, los creadores del *Sozialdemokratische Partei Deutschlands* y la *Section française de l'Internationale ouvrière*, tuvieron en la organización de sus propios ejércitos nacionales ejemplos del grado de centralización y de calidad del trabajo de estado mayor necesarios para movilizar el poder latente del proletariado. La segunda generación de partidos políticos de masas, los populistas y antimarxistas como los nazis alemanes o los fascistas italianos, adoptarían directamente la estructura y el uniforme propios de los ejércitos (el lenguaje del partido político de masas, como señaló Baudelaire, se había militarizado desde hacía medio siglo); y, por lo menos en Alemania, terminó provocando la más radical de las crisis políticas, al pedir que el ejército transfiriese sus funciones al partido uniformado. La idea aún les habría resultado más repelente a los generales de lo que era si se hubiesen dado cuenta de que había respetables raíces socialistas en los programas anteriores a 1914 del SPD y de la SFIO.

Pero sus raíces quizá fueran anteriores. La evaporación de la Revolución en la Francia revolucionaria es uno de los trucos de prestidigitación más desconcertantes de la historia europea moderna. Se ha hecho mucho para desmitificarla; y quizá no se ha hecho tanto con respecto al papel que los ejércitos de la República tuvieron en la absorción, tanto de los hombres violentos, como de las ideas violentas, de 1792. Sin embargo, la existencia de estos ejércitos, con sus continuos éxitos

exteriores, fue un factor que reconcilió a los libertarios y quizá incluso a los radicales con el anquilosamiento del movimiento revolucionario después de 1794. Porque una de las grandes ideas no expresadas de la Revolución era que «el militarismo es un robo»: con su existencia, el ejército regular privaba a los hombres libres de su derecho a protestar, a manifestarse, a interrumpir a un orador, a abrirse paso a empujones, a intimidar, a amotinarse; todos los derechos imaginables y que se habían podido ejercer hasta que el rey dispuso de soldados para reprimirlos. La apropiación del ejército por parte de Napoleón certificó la toma del poder de este, y le permitió instaurar un régimen más eficazmente represivo que ninguno administrado por el rey. Sin embargo, la represión de Napoleón no pareció ser la traición que fue, porque el ejército, que era la última garantía del Imperio, siguió siendo, en el estilo y en el *ethos*, una criatura de la Revolución. A fin de cuentas, era antiborbónico, anticlerical, igualitario, receptivo al talento. Millares de jóvenes franceses podían intentar evitar servir bajo sus banderas. Pero mientras estas fueran tricolores, mientras proclamasen «libertad, igualdad y fraternidad», a los que aún les importaba podían consolarse con la creencia de que la Revolución vivía. El ejército, ese extraordinario organismo, que marchaba con un millón de piernas sincronizadas bajo una única voz, que se levantaba y comía y dormía según un horario, que practicaba la puntualidad, que se movía al unísono con el redoble del tambor, que hablaba un lenguaje particular de sumisión y mando, al que se debía más lealtad que a la familia o al lugar, y que, en suma, no parecía haber bajo los extensos cielos de Francia otra institución que hubiese sido en mayor grado, con sus guerreras blancas, a la vez el símbolo del poder de los reyes y su agente; y que, en cambio, vestido de azul, representaba las victorias de la Bastilla, las Tullerías, el Campo de Marte, y personificaba, aunque fuese de manera oculta, el principio de la soberanía popular.

Por lo tanto, lo que sucedió en la falda de la colina junto a Hougoumont la tarde del 18 de junio de 1815 fue de importancia crucial en muchos aspectos. El grito incrédulamente agonizante de «*La Garde recule*» no solo expresaba la derrota de Napoleón, aunque lo hizo ciertamente: la orden de Wellington al comandante del 52.º, «¡Adelante, Colborne! ¡Adelante! No lo soportarán. No les deis la oportunidad de rehacerse», demostraba su reconocimiento de que la desintegración de la última reserva de Napoleón sellaba su victoria. Pero reducir la Guardia a una masa fugitiva también era la más poderosa inversión del curso de la corriente de la reciente historia europea. La Revolución se había manifestado en la derrota de la masa parisina o en la subversión del ejército real en 1789; la metamorfosis de la Guardia en una masa, con su espíritu machacado, su solidaridad rota, su militancia extinguida, con la motivación exclusiva de la autoconservación, y con la huida como único propósito, señalaba mejor que ninguna otra cosa la restitución del poder a sus primitivos propietarios. Así lo captó Luis XVIII al menos. Después de la segunda Restauración, atreviéndose a lo que no se había arriesgado en 1814, suprimió todos los regimientos e hizo otro nuevo de estilo diferente.

Pero desde un punto de vista estrictamente militar, el comportamiento masificado de la Guardia al final de la batalla, aunque se quiera explicar y no se pueda (porque los conceptos de anomia y de «neurosis colectiva», aplicados por los psicólogos sociales, según la moda, al comportamiento de la masa, no son de aplicación a un soldado fugitivo), es de menor interés que el comportamiento de los que huían. Porque, aunque el repentino y completo colapso de la Guardia implica un largo y terrible sufrimiento preliminar, lo cierto es que había sufrido poco en comparación con muchos regimientos británicos, que habían estado sometidos al fuego durante cinco, seis o siete horas desde su salida del abrigo próximo a La Belle Alliance.

¿Qué les hacía mantenerse en pie a estos regimientos? Y es importante resaltar que aquí «mantenerse en pie» se utiliza con precisión. A los regimientos, a las unidades subordinadas, a los individuos, se les permitía buscar abrigo, y lo hacían: Saltoun, detenido por Wellington cuando marchaba con sus compañías ligeras de Guards fuera del huerto de Hougoumont, les ordenó echarse

al suelo «de acuerdo con una costumbre invariable»; a los Royal Scots, en el momento del segundo ataque de D'Erlon, «se les adelantó a la cerca [...] se les ordenó formar una línea y tumbarse»; los Life Guards estuvieron echados antes de su gran carga; al 3/14.º se le ordenó tumbarse en el cuadro, con los hombres colocados como «arenques en un barril»; y los soldados de un regimiento de la división de Picton, que estaban tumbados detrás de la cresta durante la tarde, pasaron el tiempo leyendo cartas de las mochilas esparcidas de los franceses muertos durante el ataque de D'Erlon. Pero, a no ser que se les ordenase, tumbarse, o incluso agacharse, se consideraba, en el mejor de los casos, una cobardía, y en el peor, una negligencia. Leeke hace una distinción esclarecedora a propósito de uno de los nuevos sargentos del 52.º, que evitó una bola de cañón «inclinándose justo cuando la vio dirigiéndose a él, cerca; esto era admisible si sus camaradas estaban cómodamente echados». Poco después, él mismo se enfrentó a una situación parecida: «Pensé: “¿Me moveré?”. ¡No! Me levanté y me mantuve firme, con la bandera en la mano derecha» (fue el disparo que mató a los cuatro que estaban a su lado). Y todavía más tarde, cuando una granada explosiva cayó en medio del cuadro del 52.º, un oficial gritó: «¡Quietos!». Otro: «¡Nunca vi hombres más quietos en mi vida! [...]». La granada explotó y siete compañeros infortunados fueron alcanzados por los fragmentos». Los hombres que se encogieron fueron reprendidos: cuando una granada pasó por encima de la columna del 52.º, los hombres «agacharon automáticamente sus cabezas». Colborne, el oficial jefe, gritó: «¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Deben de ser los del 2.º [que eran reclutas]. Estoy seguro». En un momento, todas las cabezas se mantuvieron tíasas como una vela. Mercer también les había regañado a sus artilleros «por tumbarse cuando caían granadas cerca de ellos hasta que explotaban», y se vio obligado a mantenerse de pie «aparentando tranquilidad», cuando algunos instantes más tarde cayó una a sus pies, que felizmente explotó sin causar daños.

Su actitud con respecto a buscar refugio debió de haber sido dictada por el código de honor del soldado, cuyos principios están implícitos en su desdén por la conducta de uno de los médicos militares: «Cuando pasó un disparo demasiado cerca de él, o le pareció así, se puso a cuatro patas [...] y se revolvió como un babuino, con su cabeza vuelta con temor, como si estuviera vigilando el siguiente disparo, mientras los gritos y carcajadas de nuestros compañeros resonaban en el campo». Pero el soldado que compartía ese código, tenía un motivo más fuerte para forzar a sus hombres y a él mismo a mantenerse en pie: que el único propósito del tiro de artillería era hacer que los hombres rompiesen la formación. Cuando lo hacían movidos por el instinto de conservación, podía tener resultados desastrosos. El 30.º y el 73.º, a los que, «en un maldito momento», se les ordenó ponerse a cubierto en un ribazo contra el fuego de un par de cañones franceses que acompañaban el ataque de la Guardia, quedaron «desordenados, a causa de nuestros pobres compañeros heridos, que se agarraban a sus camaradas pensando que les estaban abandonando», y también al encontrarse de repente con más soldados británicos. En otros momentos o lugares, confusiones repentinas de este tipo provocaron cargas a caballo o a la bayoneta que podían conducir a la derrota de todo un ejército.

Por lo tanto, ¿qué fue lo que, incluso en momentos de desorden y peligro como los que se acaban de describir, pudo motivar a hombres «apiñados y arrastrados por la presión» a hacer el esfuerzo de mantenerse en pie, «riendo de buen humor [...] forcejeando para salir de la melé, o exclamando: “Por Dios que pararía, señor, pero estoy sin piernas”»? Por desgracia, es casi imposible analizar la «motivación para el combate», individual o colectiva, del soldado común de ese periodo, porque se sabe muy poco de él. No se debería descartar el simple valor, ni el deseo de quedar bien ante sus camaradas. Pero el soldado de infantería de línea, en contraposición al tirador selecto o al de a caballo, tenía pocas oportunidades de demostrar la iniciativa que hubiese llamado la atención sobre su bravura. Tenía el deber poco lucido de permanecer de pie para que le disparasen. ¿Qué le sostenía?

No todos se quedaban de pie. Las tropas no británicas del ejército de Wellington, en particular

algunos contingentes belgo-holandeses, y en menor grado alemanes, escurrieron el bulto más o menos flagrantemente; la mayoría de la caballería de estas nacionalidades rehusó cargar, o incluso huyó; mucha infantería quería abandonar el combate o tuvo que ser obligada a mantenerse en su sitio. Los hombres del frontal derecho del cuadro del 14.^o regimiento, «irritados por la [...] conducta de parte de la caballería belga, que no quería cargar y huía, unánimemente ocuparon su sitio y les dispararon una descarga». El duque de los húsares de Cumberland, un regimiento de voluntarios de jóvenes ricos de Hanóver, huyó del ataque de D'Erlon al galope hasta Bruselas con la noticia de que Wellington había sido vencido. Los de Brunswick, que habían estado huyendo a lo largo de la noche con el ruido de los cascos de los caballos de Mercer en sus talones por el camino de Quatre-Bras, cedieron a la vista de la Guardia, pero permitieron que se les juntase Wellington, que les hizo volver a la línea; algo antes, parte de la infantería belga había sido vista por un dragón ligero del 16.^o «disparando sus mosquetes al aire, en un intento por alejarse aprovechando la confusión»; también ellos fueron tranquilizados por Wellington. Finalmente, ningún regimiento británico huyó. Pero algunos artilleros fueron presa del pánico durante el ataque de D'Erlon, y algunos regimientos no estuvieron del todo firmes en ciertos momentos. Hubo ausencias individuales. Un herrero del 16.^o de dragones ligeros, viejo soldado, pero «trastornado», desapareció la mañana del 18 de junio y reapareció por la tarde. «Los hombres [...] no le echaron en cara su ausencia, conociendo cómo era y su debilidad». Otro de la misma tropa, que se creyó que «se había marchado durante el avance para saquear, fue traído por los hombres ante mí [Tomkinson] a la mañana siguiente y le propinaron patadas».

Quizá no fue maltratado por relajación de la disciplina. El saqueo parece haber sido una actividad tan universal, tan enérgicamente practicada incluso durante la misma batalla, en la línea de fuego y delante de ella, que bien pudo ser por adelantarse indebidamente por lo que le castigaron sus camaradas. En verdad, debería tenerse en cuenta la posibilidad de que era la esperanza del pillaje lo que ayudaba a mantener a los hombres en su puesto, con la intención de estar cerca para recoger la fruta cuando cayese. En el momento crucial de la batalla, un oficial de la división de Picton «vio (hay que contar la verdad) a más soldados nuestros de lo que se podía esperar ocupados en desvalijar los bolsillos de los muertos, y quizá de los heridos [...] con algún esfuerzo los cogimos. El coronel golpeó a los de nuestro regimiento con la hoja del sable mientras le quedó aliento. Los hombres sabían que se lo merecían; pero pensaban: “Otros estarán haciendo lo mismo, ¿por qué nosotros no?”». Algo semejante vio Seymour, ayudante de campo de Uxbrigde, que se encontró sin montura junto a Picton cuando este fue muerto, durante el rechazo del ataque de D'Erlon: «Del bolsillo del pantalón [de Picton] un granadero del 28.^o intentaba coger las gafas y una pulsera». Un poco más tarde, cuando el 44.^o regimiento fue atacado por la retaguardia por un francés rezagado, uno de los soldados lo desmontó de un solo disparo desde el frente del regimiento, se adelantó corriendo para rematarle, y le robó rápidamente antes de volver a la formación.

Los soldados siempre han saqueado; realmente, desvalijar al enemigo, sobre todo a un enemigo muerto en combate singular, y en especial si se trata de un objeto que valga la pena exhibir por su valor intrínseco o simbólico —las galas o las armas del vencido—, siempre ha supuesto una importante motivación para la lucha. Pero interviene también una razón económica. Capturar a un enemigo del que se pudiese obtener un rescate le ofrecía al guerrero medieval una de las pocas oportunidades que existían entonces de lograr una fortuna rápida. Sin embargo, hacía ya tiempo que el rescate había caído en desuso; y su sustituto institucionalizado, el premio en metálico, aunque procediese del derecho y no del azar, no podía compararse como recompensa: los premios de Waterloo para los soldados rasos llegaban a dos libras, once chelines y cuatro peniques. Pero se podían encontrar sumas mucho mayores que estas —equivalentes a la paga de cuarenta días— en los

cuerpos de los muertos y heridos; porque el único depósito seguro para las cosas de valor en un ejército sin banqueros era llevarlas encima. Los oficiales sabían muy bien lo que podía ocurrir, si caían heridos, con su dinero y sus relojes; de aquí los orígenes de las historias —tan queridas por los lectores victorianos, aunque entendiesen el porqué— de oficiales heridos que enviaban a buscar a sus mejores amigos para darles sus cosas. Sir William Ponsonby estaba entregando una caja de caudales a su ayudante, cuando ambos fueron atravesados por lanceros franceses; Howard, del 33.º, fue «repetidamente llamado» por su amigo Furlong, «que había recibido una herida peligrosa», y cuando vio que iba a poder encontrarlo, «dijo que iba a morir y por eso le enviaba el reloj». Furlong no murió, y aún tendría ocasión de reclamar el obsequio. Pero aquella noche «se vendía lo saqueado en grandes cantidades, sobre todo relojes de oro y plata, anillos, etcétera». «De los primeros —escribía un oficial de la división de Picton— podía haber comprado una docena por un dólar la pieza, pero no creo que ningún oficial comprase [...] pensando probablemente (como hice yo) que dentro de unos pocos días [esperaban otra batalla] nuestros bolsillos serían limpiados tan deprisa como lo habían sido los de los franceses».

Esta venta del fruto del pillaje a precios muy inferiores a los de su valor más bien deshace la idea de que el deseo de botín fuese una de las motivaciones para mantenerse el combate del soldado común. ¿Había otros factores?

La bebida debió de ser, ciertamente, uno de ellos. He indicado que el cansancio amortiguaría el miedo del soldado, y la mayor parte del ejército estaba cansado. Pero muchos habían bebido alcohol antes de la batalla, y continuaron haciéndolo durante la misma. Shaw, el Life Guard acuchillado, estaba bebido y se había vuelto loco, en opinión del sargento Morris, que lo vio bebiendo ginebra afanosamente a eso del mediodía, cuando fue ensartado por los coraceros franceses; el mismo Morris llevaba tres cantimploras llenas de ginebra «para los heridos», pero compartió parte de ella con un amigo; el ayudante del sargento Lawrence, en el 40.º regimiento, fue corriendo hasta él durante la batalla para echar un trago de su frasco de licor; y Dallas, el intendente de la Tercera División, al que su general le pidió: «Mis bravos hombres están sedientos y deseosos de apoyo, ¿qué hay de las bebidas que prometió enviarles?»; consiguió mandar un carro delante y hacerles llegar un barril rodando hasta dentro del cuadro, donde se le abrió la espita, y se les distribuyó su contenido en la fase final de la batalla.

Casi todos los memoriales de los regimientos se refieren a la distribución de bebida. Pero quizá no habría que atribuirle al alcohol más que un efecto indirecto a la hora de mantener las filas en su sitio. Tuvo más que ver, en el caso de los soldados que deseaban huir o hasta lo intentaban, el simple mecanismo de la coerción. La mayoría de los relatos de que se dispone son de soldados británicos, sobre todo de la caballería británica, que intentaban evitar que los contingentes no británicos abandonasen la posición. El 10.º de húsares permaneció detrás de algunas unidades de Brunswick durante los ataques de la caballería francesa, y «mantuvieron sus filas cerradas» para evitar que abandonasen el campo; el 11.º de húsares hizo algo semejante, así como el 16.º de dragones ligeros; Vivian mantuvo a sus húsares «diez metros detrás de la infantería que estuvo huyendo; volvieron a la línea, y nuestra caballería les animó a disparar de nuevo». Duperier, el oficial procedente de la tropa del 18.º de húsares, había rebasado a «la tropa belga, y vi con mis propios ojos a los oficiales detrás de ellos, azuzándolos (como hacía el vaquero con el ganado en España), para hacerles oler pólvora». Más tarde, durante el ataque de la Guardia Imperial, «formamos la línea al lado de nuestra infantería [estos debían de ser británicos], pegados a ellos y casi nariz con nariz con los franceses [...] y pasamos el tiempo haciendo como los oficiales belgas: si alguno se daba la vuelta, le ponía mi sable en el hombro y le decía que, si no volvía a su sitio, lo atravesaría, y eso tuvo el efecto deseado y aguantaron».

Pero, además de los belgas, otros oficiales podían ser brutales con sus soldados. Mercer se dio cuenta de que las filas de los de Brunswick «presentaban brechas de varias filas de ancho, que oficiales y sargentos intentaban rellenar empujando e incluso golpeando a sus hombres para juntarlos; mientras que estos estaban, como los leños [...] completamente estupefactos y asombrados [¿estarían bebidos?]. Debería añadir que eran unos niños. Puede que ninguno de los soldados tuviera más de dieciocho años». Los franceses maltrataban a sus hombres. Leeke vio «a un oficial francés golpear con la hoja del sable a un explorador que huía [...] hacia retaguardia»; y un oficial del 45.º regimiento francés estaba «empujando a un soldado para delante» cuando la brigada Union cargaba contra ellos.

Aunque la mayoría de las referencias que tenemos de oficiales británicos coaccionando a sus soldados son indirectas, no hay que suponer que no lo hicieran. En realidad, la misma formación en cuadro, aunque pueda parecer que es solo táctica, escondía también un importante propósito coercitivo. La infantería en línea, especialmente cuando formaba con un grosor de cuatro, ofrecía la misma cantidad de fuego contra la caballería que cuando formaba en cuadro. Pero en línea la proporción de oficiales por «longitud atacada» era menor que en el cuadro, porque en este todos los oficiales estaban agrupados en el centro y podían dirigirse en un instante a consolidar cualquier parte que fuese atacada; además, las armas que llevaban ellos y los sargentos, espadas y alabardas, aunque tenían poco valor ofensivo, eran exactamente lo que se necesitaba para evitar que los soldados huyesen, individualmente o en grupo. En uno de los lienzos del general Lejeune sobre una batalla napoleónica en la que participó, pintó literalmente a un sargento francés empujando detrás de una de las filas, con una alabarda en horizontal, para mantener a los hombres en su puesto. No es improbable pensar que los sargentos británicos hicieran lo mismo en Waterloo.

Pero ver el cuadro únicamente como un mecanismo disciplinario es subestimar toda su importancia, y perder de vista dos elementos, quizá los más importantes, que actuaron sobre la «motivación para el combate» de los británicos: la solidaridad del grupo y el liderazgo individual. Nada expresa mejor el significado del grupo para el individuo que estaba bajo la tensión de la batalla de Waterloo que el pequeño y patético incidente contado por Albemarle sobre un corneta del 51.º regimiento. Había estado fuera, de exploración, y al volver confundió el cuadro del 14.º con el suyo. «Aquí estoy a salvo», se le oyó exclamar. Y en ese momento de retorno aparente al hogar, una bola de cañón le arrancó la cabeza. Aquí lo que cabe destacar es que, probablemente, habría estado más seguro fuera durante su exploración, porque los franceses no malgastaban disparos de cañón contra los extraviados; de hecho, la bola que le mató fue seguida por otras dos que desarmaron a seis hombres e hirieron fatalmente a un sargento. Lo que ocurría era que, aunque objetivamente se trataba de un puesto más peligroso que la línea de exploración —en la mayoría de las circunstancias al menos—, el cuadro parecía más seguro. Si uno caía herido, solía ser ciertamente más seguro, porque lo llevaban al centro del cuadro y lo evacuaban a retaguardia los camilleros en cuanto las condiciones lo permitían; algo que no le cabía esperar al explorador. Fue la posibilidad de ser abandonados, cuando el cuadro se movió, lo que causó el pánico entre los heridos del 30.º. Pero, incluso cuando un cuadro estaba sometido al fuego y los hombres caían deprisa, los que quedaban intactos parecían sacar fuerzas para permanecer junto a sus camaradas y mantener la distancia del cuadro, su solidez, su configuración, moviéndose lateralmente para ocupar los huecos, aunque eso aumentase las posibilidades de ser alcanzado. «¿Qué hay en el suelo frente a ese cuadro?», se dice que preguntó sir Alexander Cadogan durante el ataque a La Haye-Sainte. Y la respuesta fue: «Es la posición de donde acaba de moverse el 30.º y el 73.º». Habían dejado trescientos muertos y heridos en el terreno donde habían estado.

Las banderas simbolizaban la integridad del cuadro y la del regimiento que lo formaba. Cada

regimiento llevaba dos. La Union Jack, como bandera del rey; y otra, con el color de su uniforme — azul, amarillo, verde, blanco—, como bandera del regimiento. Las banderas modernas se han reducido a proporciones modestas. Las que se llevaban en Waterloo eran enormes, de medio metro cuadrado, y, en cuanto hacía un poco de viento, requerían una considerable fortaleza física para portarlas. Las llevaban los dos oficiales más jóvenes del batallón, cada una escoltada por dos sargentos antiguos; estos eran los puestos más peligrosos durante la acción. El sargento Lawrence, del 40.º, a quien se le ordenó que escoltara la bandera a las cuatro de la tarde, recordaba su resistencia: «Este [...] era un trabajo que no me gustaba en absoluto; pero, a pesar de eso, fui a hacerlo lo más sereno que pude. Ese día habían sido muertos o heridos catorce sargentos antes que yo mientras estaban a cargo de las banderas, y una misma proporción de oficiales, y las banderas casi estaban hechas jirones». Un colaborador del *New Statesman*, en octubre de 1973, pretendía creer que «todas las historias de acciones heroicas en defensa de las banderas solo han podido ser parte de un mito». La historia de Waterloo no parece apoyar del todo esa idea. Hoy se tendería más —de acuerdo ciertamente con la moda— a buscar una explicación de la firmeza pétreo del cuadro en el hecho de estuviera situado sobre algún elemento o marca del terreno. Y, sin duda, había tales elementos del terreno, en el centro sobre todo, cuando la posición estaba cruzada por setos o por caminos con taludes. Pero resulta significativo que pocas memorias los mencionen, o que cuando lo hagan apenas les presten atención. Las banderas, en cambio, son mencionadas con frecuencia, y el énfasis se pone explícitamente en su importancia como punto de reunión y como fuente de inspiración. Más indicativos aún de su importancia —porque está implícita en ellos— son los numerosos relatos del extraordinario heroísmo desplegado en la defensa de las banderas, o en los intentos de capturarlas. Varios franceses cometieron virtualmente suicidio en intentos desesperados e innecesarios por conseguir banderas británicas. Belcher, que llevaba la bandera de regimiento del 32.º, estuvo cerca de un oficial francés que se había quedado sin montura durante el ataque de D'Erlon. En lugar de huir hacia sus hombres, que se estaban retirando, el francés, según Belcher, «se vino hacia mí, de pronto, y agarró la bandera, pero yo la retuve por la tela. Intentó levantar su sable, pero, antes de que lo consiguiera, el sargento encargado de la custodia, llamado Switzer, le clavó la pica en el pecho, y el guía derecho de la expedición, llamado Lacy, le disparó. Cayó muerto a mis pies».

Incluso hay historias de valor de oficiales británicos defendiendo sus banderas que ponen los pelos de punta. El alférez Christie, del 44.º, recibió el ataque de un francés, cuya lanza, «entrando por el ojo izquierdo, penetró hasta la mandíbula [...]. Christie, resistiendo agónicamente [...] se arrojó encima [de la bandera], se la arrebató al francés» y cayó al suelo sobre ella. Sobrevivió a su terrible herida y murió de fiebre en Jamaica en 1833. El voluntario Clarke, que llevaba la nueva bandera de regimiento del 69.º —la anterior la habían perdido un año antes en Bergen op Zoom—, le evitó al regimiento una vergüenza imperecedera en Quatre-Bras, por su valerosa tenacidad, que debió costarle la vida. Se quedó aislado, cuando sorprendieron al regimiento con el cuadro a medio formar, y recibió veintidós heridas de sable; pero se agarró a la bandera y, con el suyo propio, mató a tres jinetes franceses. Durante esta melé se perdió la bandera del rey, por lo que el 69.º a punto estuvo de quedarse sin ninguna bandera con la que luchar en Waterloo. Clarke solo tenía dieciséis años y se había presentado voluntario para la campaña cuando era cadete en Sandhurst.

Siendo como fueron importantes en Waterloo —tanto para la resistencia británica como para el empuje francés— la acción de los grupos y los símbolos, es inútil buscar explicaciones sobre la motivación que ambas cosas ejercían, ya que ni la solidaridad de los grupos ni la potencia de los símbolos son innatos ni se autogeneran. Su influencia deriva de quienes los dirigen y los manipulan; en el caso de los ejércitos, de los oficiales. Sugerir que su ejemplo y capacidad de liderazgo fueron cruciales en Waterloo puede parecer un punto de vista convencional y anodino; pero los hechos

parecen corroborarlo. ¿Qué otra cosa podía ser, a juzgar por la experiencia del 40.º regimiento? Habían llegado a Waterloo muertos de cansancio, tras haber recorrido ochenta y dos kilómetros en cuarenta y ocho horas; y esto después de haber desembarcado tres semanas antes procedentes de América, al término de un viaje por mar de seis semanas. Durante la jornada de Waterloo perdieron, entre muertos y heridos, casi doscientos soldados, de un total de setecientos; así como catorce de sus treinta y nueve oficiales. «Los hombres, debido a su estado de fatiga —escribía el sargento Lawrence—, empezaron a desesperarse durante la tarde, pero los oficiales no paraban de alentarlos». Cuando les rodeó la caballería francesa, «con fieros gestos y entrecejos fruncidos, donde era muy ostentosa la muestra de los incisivos», los oficiales les gritaban: «¡Ahora, soldados! ¡Hacedles burla!». Y al final del día, cuando los hombres «estaban temiendo otra carga», los oficiales se pasaron toda la tarde gritando: «¡Resistid, soldados! —añadiendo la promesa—: ¡Van a venir refuerzos!».

Puede que no suene muy original —aunque lo de «¡Hacedles burla!» lo sea—, pero el escueto relato de Lawrence destaca implícitamente que los hombres dependían del comportamiento de los oficiales. Por desgracia, no comprendemos las bases de las relaciones entre oficiales y soldados en el ejército de Wellington (la potestad de castigo corporal que tenían los primeros sobre los segundos es, sin duda, diferente a la del ejército británico moderno), y cabe la posibilidad de que el lazo emocional que hubiese de fondo desafíe el análisis. Con todo, sí puede deducirse, a partir de la manera en que los oficiales hablan en sus memorias de los soldados, que la relación no tenía la proximidad personal que al subalterno británico moderno se le anima a establecer con su sección. Los soldados, en las memorias de los oficiales que les mandaron, solo fueron siempre apellidos —«mi ordenanza (un soldado llamado Dwyer)», «un joven soldado [...] cuyo nombre ahora Penn no recuerda», «afirmación de... Aldridge, un cabo muerto», «un soldado (Penfold; no recuerdo su nombre de pila)»—, y no parece que ni sus hechos ni sus sufrimientos hubiesen requerido una atención especial. Macready, del 30.º, al describir la muerte de uno de sus soldados, recuerda que el hombre «le dirigió, gimiendo, una especie de reproche», a lo que «involuntariamente exclamé “¡Por Dios! ¡No lo pude evitar!”». Pero ese sentido intenso de la responsabilidad hacia los soldados en tanto individuos, que sería tan común en los oficiales británicos más avanzado el siglo XIX, estaba bastante ausente entonces. Dada la distancia social que había entonces entre las clases, y dado que tal distancia era extrema entre oficiales y soldados, sería probablemente una locura intentar encontrar algo parecido. Pero, si el liderazgo no se fundaba en las simpatías personales, ¿de qué dependía entonces?

Los teóricos modernos sobre el liderazgo militar destacan que los oficiales deben impresionar a sus hombres mediante la competencia «técnica» y «profesional». Y lo cierto es que algunos oficiales de Waterloo mencionan operaciones —propias o ajenas— bien fundamentadas en la técnica militar: Maitland recuerda que retuvo el fuego de la brigada de los Guards hasta que los franceses estuvieron a veinte pasos; Macdonald, de los Royal Scots, cuenta una conversación con el jefe de su brigada: «¿Cree que puede hacer blanco sobre aquellos?»; «No, pero más a la derecha creo que sí»; y Mercer describe cómo calibraba la velocidad del avance de la caballería francesa para lanzar sus descargas con el máximo efecto. Pero los oficiales también incurrieron en lapsus o impropiedades en cuanto a técnica militar. Saltoun, a propósito de cómo se comportaron los del 1.º de Guards en «el momento crítico», escribe: «La orden que se dio fue “Alto, frente, a formar”. Y esta fue la única cosa que se podía hacer»; aunque no estaba de acuerdo con el reglamento de instrucción. Davis, del mismo regimiento, describe con complacencia cómo por la tarde, en un momento de peligro, formaron a partir del cuadro una línea de manera muy poco reglamentaria. Y Mountstevens, del 28.º, relatando cómo respondía su regimiento al ataque de D’Erlon, escribió: «En cuanto a lo de “el ala derecha giró por secciones hacia la izquierda, etcétera”, puedo asegurarle que nunca vi nada menos reglamentario»; un comentario del que podrían tomar nota muchos historiadores militares modernos

cuyas descripciones de batallas parecen anotaciones coreográficas.

La mera competencia técnica, pues, era menos tenida en cuenta en el sistema de valores del oficial que otros atributos. ¿Cuáles eran estos otros atributos? El valor, naturalmente, seguía encabezando la lista. Pero hay que andarse con tiento a la hora de considerar qué creía valeroso —y qué no— el oficial de la época. La entrada en combate singular, que para el guerrero medieval constituía la hazaña culminante, parecía haber perdido buena parte de su atractivo. No podemos deducir que porque pensase que matar fuera degradante para su rango, como lo creería el oficial de un siglo después. Pero resulta significativo que empezase a portar armas de muy poco valor letal; y que, el oficial de infantería al menos, pareciera verse a sí mismo más como un director que como un ejecutor de la violencia. El capitán Wyndham, dentro de Hougoumont, al ver a un granadero francés entrar por la puerta, «le pidió de inmediato al sargento Graham, que traía un madero mientras el capitán le sostenía el mosquete, que lo dejase, cogiese un trabuco y disparase al intruso». La verdad es que la muerte es algo sobre lo que algunos oficiales de Waterloo admitían abiertamente disgusto o remordimiento. El alférez Charles Fraser, un «caballero fino por su manera de hablar y sus maneras», pudo provocar una carcajada cuando una bola de cañón francesa —la que degolló al pobre corneta del 51.º— «salpicó de sesos a todo el batallón, sin que dejaran de recibir su parte las banderas y sus portadores», al «decir con voz cansina: “Esto es extremadamente desagradable”»; pero esto fue más bien una pose. Por contraste, Albemarle, del mismo batallón, al relatar un incidente parecido, se aproxima al tipo de revelación que no sorprendería encontrar en un libro moderno sobre casos psiquiátricos:

Cuando me levantaba del suelo, una bola le dio a un hombre de mi compañía llamado Overman [...]. Al caer hacia atrás, me pilló con todo el peso de su equipo y su mochila, y me derribó de nuevo. Con alguna dificultad, gateé para salir de debajo de él. Parecía haber muerto sin resistencia. En mi esfuerzo por unirme al regimiento, lo pisé. El acto, aunque fue involuntario, me causaba una sensación desagradable cada vez que la recordaba.

De una forma más convencional, pero más reveladora aún, Leeke recuerda haber derramado lágrimas a la vista de los dos primeros soldados del 52.º que murieron el 18 de junio; por su parte, las cartas de los oficiales tras la batalla suelen tener un componente muy sensible, sin que falten listas de las heridas recibidas por sus compañeros. Wray, del 40.º, escribió:

El pobre mayor Heyland [que mandaba] recibió un disparo en la cabeza, y el pobre Ford recibió otro en la columna vertebral, pero no murió hasta poco después de ser evacuado. El pobre Clarke perdió su brazo izquierdo, y me temo que Browne perderá la pierna, porque ha recibido un disparo en la parte superior del muslo y tiene el hueso terriblemente destrozado. Hay otros ocho oficiales nuestros heridos, pero todos van bien excepto el pequeño Thornhill, que fue herido en la cabeza. Anthony [...] recibió ocho heridas y mejora.

Puede que aquí nos estemos aproximando a la motivación principal que el oficial ofrece. Era recibir heridas, y no causar la muerte, lo que demostraba el valor de un oficial. Y esta demostración quedaba reforzada por su rechazo a dejar su puesto pese a estar herido, o por la insistencia en volver tan pronto como le hubieran vendado las heridas. Y el honor de un oficial quedaba rubricado cuando

obedecía al detalle aquellas órdenes que hacían inevitables las heridas o la muerte. En resumen, los oficiales estaban más preocupados por la imagen que sus compañeros se formaban de ellos. El honor era de extrema importancia, y ganándose la honorabilidad con sus compañeros era como, indirectamente, ejercía el liderazgo sobre los soldados rasos. «Dos de nuestros oficiales —escribe Albemarle—, no se llevaban bien. Entonces uno vio al otro comportándose con valentía, y corrió hacia él gritando: “Démonos la mano y olvidemos lo ocurrido, eres un noble camarada”». El criterio del honor está más claro en los casos del mayor Howard, del 10.^o de húsares, y de lord Portarlington, del 23.^o de dragones ligeros. A Howard se le ordenó, ya al final del día, cargar contra un regimiento francés. Le preguntó por sus posibilidades a otro oficial, y «este le dijo que, sin la cooperación de la infantería, sería mejor no hacerlo, porque el cuadro estaba bien formado [...]. El mayor Howard le contestó que, habiendo recibido la orden de atacar, pensaba que no hacerlo sería complicado, y por tanto dio la orden». Grove, del 23.^o de dragones ligeros, le vio cuando cabalgaba hacia delante: «Nos saludamos con la cabeza [...] y era un caballero muy fino y elegante; pero parecía claro que había llegado su hora». Poco después, «dio la orden [de cargar] y lo hicieron bien, pero el enemigo logró resistir, siendo los oficiales [británicos] heridos junto a sus bayonetas, y el mayor Howard cayó de tal manera que un hombre de la línea [se adelantó y] le golpeó con la culata de su mosquete» [de hecho, le sacó los sesos]. Howard, «dirigiéndose a la muerte» a sabiendas, parece personificar para la mayoría de los oficiales de Waterloo lo que era comportarse con honor, porque se le menciona más que a ningún otro de los militares británicos que estuvieron; y su pariente Lord Byron, que peregrinó hasta su tumba, le dedicó una oda funeraria. Portarlington, en contraste, se llevó el oprobio; aunque en buena parte fueron imaginaciones suyas. El jefe del 23.^o había dejado su regimiento para ir a Bruselas la noche anterior a la batalla, probablemente para divertirse, y no había regresado cuando esta empezó. Llegó al campo muy tarde, y se encontró a su regimiento ya muy implicado; y, en un arrebató de vergüenza, se unió a una carga del 18.^o de húsares, en la que perdió su caballo. Se dieron muchas excusas —que había estado «*peligrosamente* enfermo con espasmos y un violento ataque intestinal», que no había podido «unirse a su regimiento a tiempo para comandarlo»—, pero los rumores no se detuvieron y fue obligado a retirarse de su grado de coronel en septiembre de 1815. Patéticamente, volvió a comprar una comisión como alférez, pero el ejército no lo olvidaría, y murió soltero, sin dinero y deshecho moralmente en un suburbio de Londres en 1845.

¿Y qué excusa podría tener Portarlington, si se le compara con Picton, que fue herido dolorosamente en Quatre-Bras, pero ocultó su sufrimiento hasta que murió en cabeza de su división cerca de La Haye-Sainte? ¿O con Uxbridge, quien, en palabras de Duperier, «recibió un balazo en la pierna, que le fracturó tanto el hueso, que se vio obligado a dejarnos, pero lo hizo tan bien que nadie le vio; yo lo sospeché, al verle andar despacio y darle la mano a lord Vivian»? ¿O con algunos oficiales anónimos de la división de Picton, que «habiendo sido heridos el día 16 rehusaron retirarse», y no pudieron ser convencidos hasta la noche del 17? ¿O con Bull, el oficial de artillería que «sufriendo mucho dolor y perdiendo gran cantidad de sangre [...] fue a retaguardia a que le vendasen el brazo», y en media hora ya estaba de vuelta? ¿O con los seis oficiales de regimiento de la Quinta División que, «tras ser heridos, fueron a retaguardia, y regresaron vendados para el avance final»? ¿O con los oficiales heridos del 10.^o de húsares, a quienes recuerda un compañero que se los encontró cuando volvían de retaguardia en el crepúsculo, con las cabezas vendadas y los brazos en cabestrillo, para ocupar de nuevo su puesto al frente de sus hombres? Comparar estas muestras de determinación y de desdén ante la muerte con la frívola excursión de Portarlington a Bruselas y su imprudente y poco disciplinado esfuerzo por recobrar el buen nombre, simplemente sería de mal gusto. Los otros demostraron que eran hombres de honor. Él no.

En su rigidez, el concepto del honor con el que actuaron los oficiales de Waterloo tenía mucho

de lo que se considera heroico a la manera clásica. Es particularmente cierto que, aplicando el test del profesor Finley, no contenía «noción de obligación social». Ochenta o cien años más tarde, la principal motivación del oficial británico podría ser definida en términos de «deber para con el regimiento»; el regimiento en el que muchos habían nacido y al que muchos estarían unidos mientras durase su vida de servicio. Pero el moderno sistema regimental aún no se daba en Waterloo. Los oficiales eran todavía caballeros independientes, que conseguían el grado comprándolo —lo que proporcionaba una cierta medida de su estatus familiar—, y cambiaban casi a voluntad de regimiento. Su preparación para ostentar el grado que poseían la demostraban mediante su conducta en la batalla, o en su carrera; pero su comportamiento, bueno o malo, redundaba en ellos mismos, no en el regimiento al que pertenecían. Pero el concepto del honor de los oficiales de Waterloo difiere del de los héroes de Homero en dos aspectos fundamentales. Según explica el profesor Finley, «no podía haber honor sin proclamación pública, y esta no existiría sin un trofeo como prueba». Trofeos que valiesen la pena solo se podían ganar en combate singular, y el combate singular solo podía concluir en muerte violenta; una muerte de la que el vencedor se regocijaba. En Waterloo hay poco o nada de esto. Las circunstancias de la muerte en la batalla están investidas, por lo que cuentan los testigos, o incluso quienes las perpetraron, de un tinte de arrepentimiento romántico, tomado, Dios sabe hasta qué grado, del *Werther* de Goethe y de la poesía de Schiller; mientras que la adquisición de trofeos, es decir, de las posesiones personales del muerto, era algo próximo al tabú. El honor, que era algo tan absolutamente concreto en Homero, era para el oficial británico de 1815 un ideal casi abstracto por completo; una cuestión de conducta, de exposición al riesgo, de aceptación de la muerte si tuviese que llegar, o de privada satisfacción —si no llegaba— por haber cumplido un código no escrito.

De aquí, en cierto modo, que el más agudo de todos los comentarios sobre Waterloo sea justo el más conocido y aparentemente más banal: el de que «se ganó en los campos de juego de Eton». Wellington, que era etoniano, sabía muy bien que pocos de sus oficiales habían sido alumnos allí, y que el fútbol tiene poca relación con la guerra. Pero no hablaba de sí mismo, ni sugería que Waterloo hubiese sido un partido. Lo que intentaba expresar era una idea mucho más sutil: que los franceses habían sido vencidos no por un general más sabio, ni por unas tácticas mejores, ni por un patriotismo superior; sino por la frialdad y la resistencia, por la búsqueda de la excelencia y de los objetivos, intangibles en sí mismos, que se aprenden en el deporte (este ya se había convertido en la actividad más importante en la vida de un caballero inglés). Napoleón había enviado al ataque a cada una de sus formaciones sucesivamente. Habían estado bien mandados; muchos de los británicos hablaron con admiración del valor de los oficiales franceses. Pero no habían sido capaces de dar con sus hombres el paso final. Sucesivamente, cada formación había fracasado y regresado colina abajo. Cuando al final ya no hubo más formaciones para atacar, los británicos aún mantenían la línea que Wellington les había marcado y que se había establecido deprisa, por el dominio que los oficiales tenían sobre sí mismos y por tanto sobre sus hombres. Había triunfado, en un sentido muy particular, el honor.

DESINTEGRACIÓN

En la última hora de la batalla, la que siguió a la retirada de la Guardia Imperial, se disolvió el orden que la tensión del combate había impuesto en los dos ejércitos. Entre los aliados, el desorden se manifestó en una erupción de muertes y heridas accidentales, cuando las unidades, al reunirse por la noche, tropezaban unas con otras sin reconocerse. Entre los franceses, tomó la forma o de una capitulación cobarde, o del pánico, cuando los regimientos encontraron impedida o amenazada su vía

de escape del campo de batalla.

Las heridas por accidente son uno de los mayores riesgos de la batalla, y el deseo de evitarlas es una de las razones principales de esa obsesión, tan ridiculizada, del soldado profesional por la instrucción. Porque entre grupos muy compactos de hombres equipados con armas de fuego, la del vecino supone una amenaza de muerte mucho más inmediata que cualquiera de las del enemigo. El teniente Strachan, del 73.º, murió por la descarga accidental de un mosquete durante la retirada de Quatre-Bras; y muchos otros habrían caído también en el campo sin una obediencia estricta a la secuencia «carguen-preparen-apunten-fuego». Así, el coronel Hay, del 16.º de dragones ligeros, fue alcanzado por la infantería británica durante el rechazo del ataque de D'Erlon (el 10.º de húsares sufrió varias bajas de una batería de artillería británica cuando perseguían a caballo a la caballería francesa, que era el verdadero objetivo de los artilleros); y el 52.º disparó por error contra el 2.º de dragones ligeros que continuaba rechazando a la Guardia (llegaron a matar el caballo de su propio coronel). El teniente Anderson oyó por casualidad una queja del coronel del 23.º, a la vista de un «número considerable» de jinetes suyos muertos o sin montura alrededor del 52.º: «Siempre ocurre lo mismo, siempre perdemos más hombres por nuestra propia gente que por el enemigo». Era una exageración. Pero en Waterloo hay numerosos relatos auténticos de pérdidas por «fuego amigo», e incluso por «sablazo amigo». Mercer describe detalladamente cómo sufrió debido a una batería prusiana que confundió a sus hombres con los franceses: les causaron más bajas que las que habían sufrido durante el día de combate, y al final solo fueron silenciados por la llegada de una batería de belgas —«totalmente borrachos [...] y no muy preocupados por adónde disparaban»—, que a su vez confundió a los prusianos con el enemigo. Entre la caballería, el 11.º de húsares casi cargó contra los húsares del 1.º de la Legión Alemana del Rey, que estaban formando para cargar contra ellos (hasta que «los reconocieron por sus vítores»), mientras que el 10.º y el 18.º de húsares «intercambiaron golpes» con un regimiento de caballería prusiana, matando o hiriendo a varios. Tomkinson, del 16.º de dragones ligeros, revela en un comentario cómo podían herirse individuos que se conocían bien entre sí: un francés había fingido rendirse, y entonces disparó; «el teniente Beckwith [...] se mantuvo firme e intentó alcanzarle con su sable; falló y casi me dio un tajo. Yo había llegado al lado siguiendo al hombre».

Este incidente tuvo lugar entre una masa de franceses, la mayoría de los cuales intentaban rendirse o eran completamente presa del pánico. La conducta que tuvieron, que describe Tomkinson con detalle, fue llamativa, y arroja luz sobre una de las transacciones más oscuras de la batalla: la de cómo consiguen los soldados que se les acepte su ofrecimiento de rendición. Leeke señala de forma proverbial: «Los soldados de un ejército derrotado nunca pueden estar muy seguros de que sus vidas vayan a ser respetadas por ninguno de los enemigos con los que puedan encontrarse». Y, ciertamente, esta vez, en otro lugar de la batalla, los prusianos estaban pasando a la bayoneta, con entusiasmo, a cualquier francés que se encontraban. Con anterioridad, cuando la mayoría del ejército francés estaba firme y con capacidad de lucha, los franceses se habían rendido fácilmente cuando se veían obligados a hacerlo —era suficiente con arrojar las armas al suelo o gritar «*Prisonnier!*»—, y estaban lo suficientemente poco vigilados como para poder escaparse a sus líneas si se ofrecía la oportunidad (aunque esto podía provocar que les matasen, como les ocurrió a algunos coraceros franceses que, a las dos de la tarde, escaparon de una compañía del 51.º). Sin embargo, al final de la batalla, Tomkinson y otros encontraron que franceses aislados, fuese individualmente o en grupos, y debido presumiblemente a que sabían que no podían esperar socorro de su propio bando, abandonaron cualquier vestigio de comportamiento marcial, ansiosos por ser tomados prisioneros. Murray, del 18.º de húsares, describía cómo la infantería de la Guardia «se arrojaba al suelo, excepto dos cuadros que se mantuvieron firmes, aunque sin hacer nada. Los prisioneros traidores que habíamos cogido

gritaban “*Vive le Roi!*” [...]. Cuando cargamos, no solo la infantería se tiró al suelo, sino que también la caballería bajó de sus caballos, gritando todos “*pardon*”, y muchos de ellos se pusieron de rodillas». Tomkinson, con el 16.º, también encontró que «muchos de los soldados de infantería tiraban inmediatamente las armas y se apiñaban unos con otros buscando la seguridad [...]. Nosotros íbamos a caballo en todas direcciones, mientras algunos grupos trataban de escapar». Continúa describiendo un fenómeno que puede ayudar a explicar aquellos extraordinarios «montones de muertos» de Agincourt: «Los del enemigo se habían tumbado juntos buscando seguridad —había una masa de unos metros de altura—, con gritos de dolor por la presión de unos sobre otros, y por el pisoteo de los caballos en sus piernas». ¿Podiera ser que, en casos de temor extremo, los hombres no solo se apiñen juntos buscando protección —o algo parecido—, sino que, de hecho, caigan juntos, en montones? ¿No nos recuerda a cuando, de niños, alcanzábamos una sensación de inmunidad, ante un simulado disgusto paterno, al arremolinarnos en una melé, en la que nos sentíamos más seguros cuanto más adentro estábamos? Y si los hombres, como suele decirse, llaman a sus madres *in extremis*, ¿no podrían, al igual que hacen con esa llamada, retrotraerse a la infancia también con sus acciones?

DESPUÉS

La concentración de prisioneros ocupó los últimos minutos del crepúsculo. La persecución de los restos de la caballería de Napoleón, tarea que llevó a cabo principalmente la caballería prusiana, duró toda la noche. Los británicos casi no tomaron parte en ella. «Habiendo estado cerca de doce horas en combate, diez bajo el fuego, de las cuales fácilmente ocho, de una forma u otra, muy comprometidas», como un oficial destaca —y esa fue la experiencia general—, la mayor parte de los soldados de Wellington estaban demasiado cansados, por la tensión tanto nerviosa como física de la jornada, como para otra cosa que desplomarse y dormir. Muchos de los soldados comunes, como el asistente del teniente Keowan, se escabulleron para saquear; hay muchos relatos de oficiales británicos heridos que fueron desvalijados, y hubiera habido más si los saqueadores no hubiesen matado a algunas de sus víctimas; pero lo que más querían los supervivientes era dormir, a menudo más que comer. Keowan, antes de preparar un lecho de paja para él y otro oficial, de forma que «no fueran tomados por muertos por los que se dedicaban al pillaje», encontró «una pierna escondida de algún animal», y la lavó con «algo de agua teñida de sangre», que fue todo lo que pudo encontrar: «Así fue el vino que bebimos en nuestro banquete caníbal». Pero la mayoría se dejó caer al aire libre, bajo cualquier tipo de cubierta que pudiese encontrar; un oficial del 52.º envió a su criado a buscar una manta de las mochilas abandonadas por la Guardia Imperial cerca de Hougoumont. Uno de los oficiales de Picton cayó dormido en el instante en que se dio el alto el fuego, y no pensó en comer hasta avanzada la noche, cuando se despertó y pudo tomar algunas chuletas cocinadas en la coraza de un coracero muerto (la carne frita en coraza estuvo muy *à la mode* en la campaña de Waterloo, como el espeto de ratas en bayoneta lo estarían en la de 1871, o el champán extraído de las bodegas de los castillos en la de 1914).

«Sobre las cuatro —continúa su relato—, nos sentamos y empezamos a charlar. Hablamos de la batalla, con nuestras mentes cada vez más ocupadas en *lo que se diría de nosotros en casa que en cualquier otra cosa*. ¡No había exaltación! ¡Ninguna! Muchos de nosotros, cuando estuvimos en la Península, conocimos el temple de los soldados franceses; concluimos que la campaña *acababa de empezar* y esperábamos tener otro combate desesperado en uno o dos días, por lo que determinamos

no dar gritos de júbilo hasta que estuviésemos fuera del bosque». Otros estaban reviviendo la batalla. A Keowan, dormido bajo el abrigo ensangrentado de un dragón francés, le turbaron «los gritos de los moribundos y la agitación de nuestras mentes, porque las olas estaban encrespadas, después de haber cesado la tormenta, y gran parte de la batalla volvía a mí en sueños». Esta manifestación del trauma de la batalla tiene un paralelo en la descripción de René Cutforth de una noche pasada en una choza llena de prisioneros recientemente capturados durante la Segunda Guerra Mundial, donde relata que durante varias semanas tuvo pesadillas, debidas a los gritos y farfullas de los hombres que soñaban con la experiencia que acababan de vivir. El trauma del combate está expuesto de manera distinta en el relato que hace el teniente Hamilton de cómo pasó la noche:

Al entrar en una casa en Waterloo encontramos cada habitación llena de muertos y moribundos. Tuve la suerte de conseguir una silla y me senté junto a una mesa en una gran habitación, donde en cada rincón había pobres criaturas que se quejaban. Habiéndonos traído el dueño de la casa un trozo de pan y una botella de vino, empezamos a hablar sobre los sucesos del día; y como él mismo había sido durante años soldado de Bonaparte, no nos faltaron temas [...] después de que terminásemos el pan y el vino, que apreciamos mucho, al ver que la habitación estaba llena de pobres seres humanos heridos, nos retiramos a un henal para pasar la noche, y tuvimos un reposo perfecto.

Esta indiferencia hacia los sufrimientos de los heridos de alrededor solo puede explicarse por la actuación de algún mecanismo mental de autodefensa; y puede ser que el sopor automático y casi universal que prendió en el ejército era en sí mismo un mecanismo colectivo de defensa. Porque, por muy cansado que estuviera el ejército, no podía estar tan exhausto como para ser incapaz de ofrecer siquiera unos primeros auxilios a los heridos. Sin embargo, en los relatos de los supervivientes se insiste en que no se hizo nada en absoluto, ni de manera general ni particular, aquel día, o en muchos casos durante más tiempo. Por muy inhumano que parezca, concuerda con lo que se sabe del comportamiento humano en situaciones de desastre, en que, cuanto mayor es la escala de devastación y de pérdidas de vidas, más profundo es el sentimiento de desamparo y frustración de los supervivientes, a lo que se intenta escapar por medio de la pasividad. Todas las batallas son desastres en algún grado, y para un mayor o menor número de combatientes. Waterloo fue un desastre de magnitud muy considerable. Dentro de un espacio de unos cinco kilómetros cuadrados de campo abierto, sin agua ni árboles y casi deshabitado, que había estado cubierto al principio de la mañana de cultivos, yacían a la caída de la noche los cuerpos de cuarenta mil seres humanos y diez mil caballos, muchos de los cuales estaban vivos y sufriendo horriblemente. Los franceses que podían haberles aliviado habían huido; muchos de los prusianos les seguían de cerca los talones; los británicos que habían quedado contemplaron el espectáculo y cerraron los ojos. Sabían lo poco que podían hacer para aliviar su aflicción: un regimiento había ido a la batalla solo con tres cirujanos, había perdido un tercio de sus efectivos y no tenía transporte sobre ruedas para evacuar a los casos más graves. Hasta la mañana siguiente no estuvieron en condiciones de poner a prueba su falta de preparación.

LOS HERIDOS

En Quatre-Bras, los heridos menos graves habían sido transportados desde el campo a Bruselas en

los caballos del 7.º de la guardia de dragones, destacados en misión de evacuación por orden de Wellington. Los que no podían soportar ir así, al final fueron recogidos en carros. A partir de la mañana siguiente, los heridos de Waterloo fueron recogidos por sus propios regimientos; de los casos más leves se ocuparon los cirujanos de los mismos, y los más graves fueron llevados a Bruselas, para su cuidado hospitalario. Para evacuar a los heridos de los que no se pudieron hacer cargo los regimientos, se requisó transporte extra, en su mayoría local. En general, los británicos fueron evacuados primero; algunos franceses lo fueron tan prontamente como algunos británicos, pero cuando ya no había ninguno de estos aún quedaban franceses. Algunos permanecieron así tres noches y dos días, y no fueron recogidos hasta el 21 de junio. Para entonces, la conmoción y la pérdida de sangre habían matado a la mayoría de los graves; y, donde no había agua disponible, la deshidratación terminó también con los leves.

Algunos de los heridos habían sido evacuados durante la batalla. Howard, del 33.º, le escribió a su familia que «cargaron contra nosotros tan furiosamente que apenas pudimos enviar a nuestros oficiales heridos a retaguardia, y mucho menos a los soldados»; una clara revelación, tanto de la práctica médica militar como del clasismo de su tiempo. Los heridos eran evacuados por los camilleros del regimiento, que, al no ser combatientes, no tenían otra misión en el campo; eran destacados saqueadores. Se esperaba que los heridos leves volviesen andando; los más graves podían ser transportados sobre una puerta, como lo fue el coronel del 15.º de húsares; los oficiales montados iban a caballo, como hizo Ellis, que mandaba el 23.º regimiento, cuando fue herido en el pecho por una bala de mosquete. Pidió a la línea trasera del cuadro que se abriese, salió cabalgando y se cayó cuando su caballo saltó una zanja; fue recogido y colocado en un cobertizo, que se incendió. «Exhausto por tantos traumas, expiró poco después».

El carácter de las heridas que se les presentaban a los cirujanos cuando, antes o después, les llegaban, era bastante uniforme. Algunos pacientes solo estaban conmocionados. Leeke describe cómo «a un muchacho [...] de nuestra compañía le golpeó una bola de cañón, y lo llevaron inmóvil y blanco como una sábana. Pensamos que se estaba muriendo. Dos o tres días después, apenas podía dar crédito a mis ojos cuando le vi entrar por su propio pie en el campamento. El disparo se lo había llevado su cartuchera [...] y lo que a él lo había dejado sin sentido era el susto». Pero Leeke también fue testigo del efecto de la herida real de cañón: «Woods [...] fue alcanzado por una bola en toda la rodilla. Lo llevaron al centro del cuadro. Vi cómo se le inflamaba rápido la parte de arriba de la rodilla, hasta que tuvo el tamaño de un cuerpo». El propio Leeke sufrió una extraña herida, cuando un trozo de cráneo de un hombre alcanzado delante de él le golpeó tan fuerte en el pulgar izquierdo, mientras sujetaba la bandera del regimiento, que a la mañana siguiente estaba negro y le dolía. Y fue testigo del resultado de otra: a dos soldados que se dirigían a retaguardia les alcanzó un mismo disparo de cañón, que al parecer pasó entre ellos, «porque ambos fueron golpeados exactamente en el mismo sitio, unos diez centímetros por debajo del hombro, y ese brazo, que se sujetaban con la otra mano, se les quedó unido a la parte superior solo por una tira de carne y piel». Había numerosas heridas de espada y lanza, y algunas de bayoneta; aunque estas habían sido ocasionadas en general después de que el hombre estuviese ya herido (no hay pruebas de que en Waterloo —como en ninguna otra batalla próxima— los ejércitos hubiesen combatido a la bayoneta). La mayoría de las heridas de espada y lanza las sufrían los de caballería, aunque no todas las heridas de los jinetes fueron con arma blanca. La lista de heridas sufridas por los veintidós oficiales del 13.º de húsares lo confirma: dos fueron heridos mortalmente por balas de mosquete; uno muerto por disparo de cañón; otro herido por metralla de granada en la cadera; dos heridos por bala de mosquete en la cabeza, de los que uno fue además contusionado en la ingle por una metralla que aplastó su reloj; uno fue herido en el brazo por bala de mosquete; uno herido en la mano (sin especificar) y contusionado en un

costado por un sable (no abandonó el campo); uno fue derribado del caballo y se golpeó; uno herido por una bala perdida en la mandíbula; dos heridos (probablemente en lucha) con cortes de espada en las manos.

La mayoría de las heridas sufridas en los regimientos de infantería fueron de proyectiles. Las heridas de bola de cañón eran mucho peores: desgarraban cabezas, mataban y herían a varios hombres en línea, mataban a un hombre y a su caballo; ser alcanzado por una bola de cañón significaba una muerte casi segura, a no ser que fuese en las piernas. La siguiente causa de muerte fue la metralla; aunque no era necesariamente mortal: el teniente Doherty fue «alcanzado por metralla en el estómago, e instantes después por una bala de mosquete en la cabeza»; pero vivió para escribirlo en 1834. Las balas de mosquete, aunque eran mucho más ligeras que los proyectiles, mataban con facilidad: Canning, uno de los ayudantes de campo de Wellington, «recibió un disparo de mosquete en pleno abdomen, y, aunque fue correctamente evacuado, apenas podía articular palabra a causa del dolor [...]. Lo levantaron hasta sentarlo, colocándole mochilas alrededor [...] pocos minutos después terminó su existencia». Debido a la poca velocidad de las balas de mosquete, los hombres podían quedar gravemente heridos sin ser derribados. De aquí las noticias sobre heridas que aparecían de pronto en alguien con quien se estuviese hablando o al que se estuviese mirando: Dawson Kelly estaba hablando con el general Halkett, cuando este «fue herido en la cara, por una bala que pasó a través de su boca»; y Hamilton, de los Greys, vio cómo la mejilla de un dragón real «se abrió justo cuando la estaba mirando, y sentí la bala pasar cerca de mis labios».

Ya era horrible de por sí ser herido de cualquiera de estas maneras. Pero lo que hacía que fuese doblemente penosa la situación del herido era que aumentaba la probabilidad de ser alcanzado de nuevo, salvo que lo lograsen evacuar rápidamente. En Waterloo hubo muchos que volvieron a ser heridos; muchos de manera mortal, y con frecuencia a propósito. Jackson, uno de los oficiales del estado mayor de Wellington, encontró a los prusianos pasando por la bayoneta a los franceses heridos cerca de Rossomme la noche de la batalla, y salvó a un dragón ligero británico «sobre cuyo destino dudaban [...] gritando “*Er ist ein Engländer*” [Es un inglés]». Los lanceros franceses, cuya arma les permitía alcanzar a un hombre tendido en el suelo, alancearon una y otra vez a los supervivientes de la brigada Union que habían perdido el caballo. Muchos fueron recogidos luego con doce o más heridas; y hubo uno con dieciocho que seguía vivo. Pero también la caballería británica fue culpable de propinar tajos a los heridos franceses. Un oficial de la división de Picton escribió lo que vio en el avance final: «¡Qué duro y egoísta se vuelve el hombre! [...] no podemos pasar por alto, sin lamentarlo, las heridas de sable infligidas por nuestra caballería. Hombres indefensos eran atacados en el desenfreno del triunfo. Un pobre soldado francés se sujetaba la mejilla casi cortada por un sablazo. Además, estaba herido y lisiado».

Puesto que muchas de estas heridas las causaron jinetes sobre soldados de infantería o sobre otros jinetes desmontados, quizá cabría pensar si no habría en juego factores «extraespecíficos»; es decir si los hombres a caballo no se sentirían superiores y distintos de los que estaban a pie, y por eso sentían menos escrúpulos al matarlos. De hecho, hay pocas pruebas en Waterloo de soldados de infantería que matasen a otros soldados de infantería indefensos; mientras que la tradicional y bien conocida antipatía del soldado de infantería por el jinete —debido en parte al uso habitual de la caballería en la represión de los motines de los regimientos de infantería— pudo fomentar este desprecio de la caballería por los desvalidos.

Las especulaciones acerca de qué empujaba a herir a los lisiados plantea también la pregunta de si es posible aplicar de alguna forma el concepto de «crueldad» a los actos cometidos en el curso del combate. Seguramente lo es. Porque, aunque el combate somete al ser humano a una extrema tensión, y aunque muchos de los procedimientos militares obligan al hombre a matar, como en la secuencia del «carguen-fuego», ni la tensión ni las circunstancias de la batalla aniquilan el libre albedrío, ni

tampoco la posibilidad del reconocimiento mutuo, entre enemigos, de la humanidad que se comparte. La descripción del cabo Dickson de su comportamiento durante la carga de la brigada Union es un caso claro de crueldad, aunque notablemente honesto: «Entonces nos metimos entre los cañones [...]. ¡Qué carnicería! Todavía puedo oír gritar a los franceses “*Diable!*” cuando les alcanzaba, y el largo silbido a través de sus dientes cuando sacaba mi sable [...]. Los artilleros conductores se montaron en sus caballos gimiendo en voz alta cuando nos metimos entre ellos; eran unos simples muchachos». Como prueba de que el ser humano puede tener un comportamiento mejor que este durante el combate, mostrando una generosidad espontánea y sincera, solo hay que acordarse de Murray, que mandaba el 18.º de húsares, ordenando a sus hombres, en circunstancias idénticas, que no causasen daño a unos artilleros franceses; de Hughes, el ayudante del 30.º, sacando a un oficial francés del 6.º de coraceros de debajo de las bayonetas de sus hombres y llevándolo al centro del cuadro para protegerle; del sargento del 14.º regimiento, cuyos hombres estaban a punto de disparar contra un jinete francés que se había rezagado para dejarle un estribo a un camarada desmontado, gritando: «¡No, no le disparéis! Dejadle marchar. Es un hombre noble»; de un coracero francés que bajó la punta de su sable al constatar la juventud de un trompeta de los Life Guards; y de otro, a quien al mostrarle un mayor de la KGL que tenía vacía la manga derecha, le saludó con el sable y continuó cabalgando. La historia de Waterloo, en verdad, está llena de ejemplos de contactos humanos muy neutros y normales entre hombres que se vieron cerca portando uniformes distintos; de soldados de infantería tumbados en busca de protección entre franceses heridos y preguntándoles su opinión sobre cómo podría terminar la batalla; de hombres haciéndose gestos unos a otros, intercambiando miradas, llegando a reconocerse como individuos cuando la corriente de la batalla juntaba y separaba rítmicamente a las formaciones. Pero, si en el fragor del combate son posibles la actitud neutral y las acciones generosas, también lo son los actos absolutamente crueles. De aquí la paradoja de que, de entre todos los sufrimientos de Waterloo, haya unos que nos den más lástima que otros.

Una vez que el trauma de la jornada se hubo disipado, el espectáculo de la batalla impresionó profundamente a los supervivientes. El sufrimiento de los caballos, que había afectado a los hombres durante la batalla como no lo hizo el humano, fue al día siguiente incluso más angustiante; Albemarle describe cómo a los soldados del 14.º les despertó compasión «el sufrimiento de unos caballos heridos que parecía que buscaban la protección de su cuadro». Habían sufrido la misma variedad de heridas que los combatientes humanos, pero a la mayoría no se les podía aliviar excepto rematándolos. Y muchos hasta tuvieron que esperar a esto, que se les practicó durante la recogida de los soldados heridos. El 19 de junio también fue descorazonador por otra razón: en algunos regimientos hubo casi tantos muertos como el 18. Porque entonces estaban actuando los peores enemigos del soldado de la época: conmoción, peritonitis, deshidratación, pérdida de sangre; muchos por sangría provocada al curarles. En el 32.º regimiento, que había tenido veintiocho muertos en combate, hubo otros dieciocho el 19 de junio; entre el 27 y el 28 morirían veintitrés más; y habría otros siete aún, el último el 16 de enero de 1816. Otras víctimas sucumbirían incluso más tarde: un oficial de los Foot Guards, que había perdido la mandíbula y la lengua en la batalla, moriría dos años después por malnutrición.

Han quedado pocos informes detallados sobre el cuidado de heridos, si es que llegaron a elaborarse (aunque sir Charles Bell, que fue a toda prisa a Bruselas con otros doctores ingleses y trabajó heroicamente en improvisados hospitales ha dejado acuarelas extraordinarias de las heridas que tuvo que tratar). El mejor está hecho por uno de los propios heridos, el teniente George Simmons, de la brigada de rifleros. Herido en la espalda en el mismo instante en que se estaba felicitando por su aparente invulnerabilidad, fue llevado a retaguardia, donde el cirujano le extrajo la bala, que se había alojado debajo de su tetilla derecha, y luego le sangraron un cuarto de sangre. Fue

transportado a Bruselas con dolores agudos, montado en un caballo llevado por el diestro, y alojado en casa de unos amigos. Durante las tres semanas siguientes, fue sangrado varias veces al día, hasta que hizo que su sirviente matase las sanguijuelas que se suponía debía aplicar, cayendo luego durante varios días en un sopor febril, y estando agónico algunos días más. Al final, el 14 de julio, reventó su herida, soltando una enorme cantidad de pus, a continuación de lo cual empezó a recobrase. Su caso ha sido diagnosticado por un médico moderno, a partir de los síntomas descritos, como «absceso subfrénico con fiebre intermitente»; el tratamiento que recibió fue casi exactamente el opuesto del que se le habría aplicado hoy, en que se le habría hecho una transfusión y se le habría medicado con antibióticos como preparación de una operación para drenar el absceso. A la luz de esta experiencia, quizá no parece tan descabellado lo que describió el doctor Bell sobre los prisioneros franceses al volver del hospital: «El segundo domingo [es decir, el 25 de junio], muchos [heridos] aún no se vestían».

Para entonces, los ejércitos ya estaban lejos. Los jóvenes oficiales que, como Macready, se habían preguntado la noche de Waterloo si el día sería simplemente despachado como «acción» o dignificado con el nombre de «batalla», se habrían quedado tranquilos; también lo habrían hecho quienes pensaban que tendrían que volver a combatir uno o dos días después. El 18 de junio había supuesto, claramente, una victoria definitiva; y los jefes discutieron qué nombre darle. El general Vivian había escrito a casa expresando la esperanza de que cada combatiente británico recibiera una medalla en la que estuviera inscrito el nombre de Mont-Saint-Jean. Blücher propuso el de La Belle Alliance. Wellington se decidió por Waterloo, porque lo pronunciarían mejor los ingleses. El alférez Howard, del 33.º, le escribió a su familia el 3 de julio: «A menudo he expresado el deseo de asistir a un combate general. Ya he asistido, y estoy plenamente satisfecho».

IV EL SOMME, 1 DE JULIO DE 1916

EL CAMPO DE BATALLA

Somme.— Departamento francés situado en la región de la Picardía. Prefectura: Amiens. Subprefecturas: Abbeville, Montdidier, Péronne. 4 distritos, 41 cantones, 835 comunas. Sede judicial y episcopal en Amiens. El departamento toma el nombre del río que lo surca.

«**L**etárgicamente», dan ganas de añadir. Porque el Somme es un río de curso lento, que serpentea, con sus aguas entorpecidas por la maleza, a lo largo de un valle de tierras de turba, bajo bosques de hayas y paredes de roca caliza. El paisaje también se mueve con lentitud, bajo la mirada del viajero que sigue una de las largas calzadas romanas que parten desde Amiens, radialmente, hacia el noreste, el este y el sureste. Con monotonía se suceden colinas y mesetas bajas, separadas por los valles poco profundos de los afluentes del Somme —el Aire, el Ancre, el Noye, el Avre y el Buce—, desprovistas de setos y casi de bosques, densamente pobladas e intensivamente cultivadas. Entre el Noye y el propio Somme, en la llanura de Santerre, el terreno es enteramente llano y está dedicado al cultivo más característico del departamento, el de la remolacha azucarera, que resulta aburrida de contemplar, difícil de trabajar y rica de cosechar. En septiembre, las carreteras de Santerre resbalan por el barro —«*Attention! Betteraves!*» [¡Atención! ¡Remolachas!], cuando la remolacha llena de tierra se transporta a las pequeñas azucareras, cuyas chimeneas altas y solitarias indican la situación de los pueblos en la llanura. En octubre, los propietarios de las azucareras se juntan con sus vecinos para cazar perdices y liebres por los campos, y por la tarde se sientan todos a comerse lo que llevan en el morral. En noviembre, emergen arados enormes de los hangares, que son arrastrados con cables entre tractores estáticos a través de campos de varios kilómetros de extensión. El ritmo de la vida en el Somme es tan lento como sus ríos, tan regular como sus elementos naturales.

Pero, al arar, aparecen al borde de los caminos pequeños depósitos de objetos extraños. Oxidados, deformados, con tierra incrustada, estos conos y esferas, cuando se les inspecciona de cerca, dejan patente que no son productos agrícolas sino bélicos: bombas de morteros antitrinchera, granadas de obús, torpedos de aviación —ocho pulgadas, setenta y cinco, setenta y siete, proyectiles de cañones de dieciocho, doscientos diez milímetros, Jack Johnsons, coalboxes, *whizz-bangs*^[11]—; los veteranos los identifican, seguros y sin vacilar, con el léxico de sesenta años antes, aunque se acercan a ellos con precaución y respeto. Cuando termina el periodo de labranza, llegan oficiales del ejército francés del servicio de desactivación de explosivos para llevarse los restos a un lugar seguro, y allí los explosionan. A veces un oficial muere. Tantas décadas después, siguen activadas las espoletas de estos «proyectiles sin estallar», y las cargas que llevan son explosivas.

También mueren oficiales de desactivación en Bélgica, a lo largo de las orillas del Yser y en las alturas que, con forma de media luna, dominan Yprés por el este; y en suelo francés, al sur del Somme, en los viñedos de Champaña y en los trigales de Lorena. Pero los depósitos que se acumulan

en el Somme difieren en dos aspectos de aquellos con los que tienen que vérselas los oficiales de desactivación en otros sitios. Primero, se dan en mayor cantidad. El Somme no fue el campo de batalla más duramente bombardeado del Frente Occidental. Según el número de granadas por metro cuadrado, el título le corresponde a Verdún; según la duración de los bombardeos, a las alturas del Aisne y al Camino de las Damas; según la implacabilidad, al saliente de Yprés. Pero, por múltiples causas, no aparecen en otros campos proyectiles enterrados en la cantidad en que lo hacen en el Somme. Alrededor de Verdún y Argonne, otro sector que fue golpeado muy duramente, hay pocos cultivos; lo mismo ocurre en las laderas de los Vosgos, cubiertas de bosques antes de la guerra y repobladas después. En la Champaña, históricamente el principal campo de maniobras del ejército francés, se han utilizado siempre grandes áreas para prácticas de artillería, y los proyectiles de la Primera Guerra Mundial enterrados son simples riesgos añadidos a los que ya existen, por lo que atraen poco la atención. Las alturas calizas de Artois, cuyas pendientes intentaron subir los franceses, y luego los británicos y canadienses, hacia las crestas de Vimy y Notre-Dame de Lorette, han vuelto a ser terreno de pastos; mientras que en Flandes, el suelo fangoso se traga los desechos, como se ha tragado las casamatas de hormigón con las que Hindenburg intentó cercar a británicos y belgas dentro del saliente de Yprés y los valles inundados del Lys y el Yser. Por lo tanto, el Somme es, con su agricultura en activo y su terreno ligero y desmenuzable, el que expulsa más abundantemente los desechos peligrosos de las grandes ofensivas.

La mayoría de los restos son británicos; y este es el segundo aspecto en el que los depósitos del Somme difieren de los que hay al norte o al sur. Porque el Somme fue territorio británico, lo que hace que no se parezca a ningún otro campo de batalla de la Primera Guerra Mundial. Yprés, naturalmente, se convirtió durante la guerra casi en un rincón de la tierra nativa; y así continúa, con su iglesia británica, sus *pubs* de habla inglesa («Bass on draft»), sus escuelas inglesas para los hijos de los jardineros de los cementerios de los caídos de la Commonwealth y de la multitud de memoriales de regimientos hechos por los ayuntamientos. Pero siempre fue un campo de batalla diminuto, donde Haig, incluso en el momento álgido de sus obsesiones ofensivas, apenas pudo concentrar más de media docena de divisiones en un ataque. Además, los británicos no obtuvieron ninguna victoria en Yprés, excepto esa curiosa victoria del espíritu que supone el que, medio siglo después, todavía se queden sobrecogidos los supervivientes del Saliente, y guarden silencio, bajo los arcos funerarios de la Puerta de Menin, al escuchar el «Last Post» en homenaje a los caídos, o al sentarse bajo los sauces en el cementerio de Ramparts, donde el césped crece sobre el techo del puesto de socorro de la Puerta de Lille, y donde los cuerpos llevados desde allí se alinean bajo la hierba. El Somme, en cambio, ofrecía un frente de ataque inmenso, que podían asaltar veinte divisiones por cada lado. Y además, en compensación por todas las miserias sufridas en él, también aportó triunfos. En el Somme, los británicos emplearon por primera vez los tanques en una acción, el 15 de septiembre de 1916, sobre el pueblecito destruido de Flers. Dos años más tarde, organizaron ante Amiens el primer gran avance acorazado de la guerra moderna. Y aquel mismo 1918, pero antes, habían detenido cerca de la ciudad, después del colapso terrorífico y casi total de uno de sus ejércitos, la mayor ofensiva «decisiva» de Hindenburg. Fueron estas batallas, junto con los largos periodos intermedios de vida de guarnición, los que hicieron que el Somme fuese un sector más británico que francés, belga o estadounidense. El campo de batalla que los estadounidenses podían considerar «suyo», al fin y al cabo, era ese tremendo páramo de bosques astillados y aguas estancadas que era Argonne; como los belgas podían pensar que el suyo era el Yser, donde llevaron a cabo una guerra semiacuática durante casi dos años. Los franceses, que habían derramado su sangre a lo largo de cada uno de los ochocientos kilómetros que se extienden desde Nieuport hasta Suiza, tenían media docena de lugares del Frente Occidental como sus *champs d'honneur* particulares: naturalmente Verdún, pero también el Camino de las Damas (Luis XV, debido a las vistas que ofrecía sobre el Aisne, hizo

construir para sus hijas la carretera que dio nombre a la cresta), Tahure y el Main de Massiges en Champaña, Les Eparges en el saliente de Saint-Mihiel (más tarde también escenario de una ofensiva estadounidense), y Sainte-Marie-aux-Mines y el Hartmannswillerkopf (o Vieil-Armand) en los altos Vosgos, sobre el cual los cazadores alpinos franceses y los alemanes (*Chasseurs alpins* y *Jäger*, respectivamente) derrocharon sus mejores habilidades en la guerra de montaña a lo largo de 1915. Mort-Homme, la Cota 304, Neuville Saint-Vaast, Somme-Puy, Malmaison, Moulin de Laffaux: fueron las luchas por los rincones olvidados de su tierra nativa las que les hicieron «franceses» de una forma como no lo habían sido antes. De la misma manera, las que hicieron «británico» al Somme, fueron las batallas de 1916 y 1918: Bazentin, Pozières, Morval, Thiepval, Transloy, Villers-Bretonneux. Pero ninguna más que la primera de todas, la batalla de Albert; ni que su primer día, el 1 de julio de 1916.

El Somme era, en 1916, un territorio virgen para gran parte del ejército británico. A mediados de 1915, el embrión del Tercer Ejército había ocupado un pequeño sector al norte del río, como parte de la política —acordada entre los aliados— de reducir la longitud del frente que mantenían los franceses; pero el grueso de la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF, según sus siglas inglesas) había permanecido en Flandes. Conforme aumentaba su tamaño, había ido extendiendo su frente hacia el sur; pero solo lo suficiente como para cruzar los llanos encharcados del río Lys hasta las monótonas minas de carbón al este de Lille, donde durante 1915 libró una serie de batallas de trinchera menores y mortíferas —Neuve-Chapelle, Aubers, Festubert, Givenchy—, y montó una importante ofensiva en Loos, que fracasó. Todas se habían caracterizado por la extrema ferocidad del combate y las miserables condiciones de vida que imponía el terreno. Entre Yprés y Armentières, se encuentra por todos sitios agua muy cerca de la superficie, y la mayor parte del frente tuvo que ser construido con muros de sacos de arena en lugar de con trincheras. Además, los alemanes ocupaban casi todas las alturas que dominaban el terreno: cerca de Yprés, las de Passchendaele y Messines; en las minas, la mayoría de los depósitos de escoria, así como —hasta que fueron destruidas— las torres de la bocamina. Los británicos, obligados a luchar por la posesión del terreno más alto y seco, habían llevado en muchos lugares sus líneas casi a una distancia en que podían conversar con los alemanes; en Spanbroekmoelen, al sur de Yprés, las trincheras estaban separadas por una sola alambrada «internacional», que cada guarnición arreglaba por su lado, protegida por la oscuridad. Pero Flandes, con esta intimidad física y los ataques constantes, y a pesar del alto y continuo coste en pérdidas —unas trescientas diarias—, se había convertido en una especie de hogar para la BEF. Detrás de las líneas —y los batallones dejaban las trincheras a intervalos regulares y muy frecuentes para «descansar»—, los pueblos proporcionaban techo, paja, cerveza, *pommes frites* y campos de fútbol. Cuando los campesinos empezaron a aprovecharse, el ejército y las confesiones religiosas montaron cantinas de campaña, donde la cerveza era más barata y más fuerte, y se servía té, algo que no habían hecho los lugareños. Más lejos, en las pequeñas ciudades flamencas con mercado —Poperinge («Pop»), Bailleul, Béthune—, proliferaron los cafés y los restaurantes, que captaban clientelas de jóvenes oficiales, que llegaban en grupos para celebrar una partida del frente en sillas confortables ante mesas bien provistas. También habían empezado a hacerse famosos otros lugares pequeños y atractivos: clubes donde tocaban conjuntos orquestales, traídos de Inglaterra o formados en las divisiones; puertos de destino espirituales, como la famosa Talbot House («Toc H», según la fonética de la guerra)^[12] en Poperinge, donde todos los visitantes se desprendían de su rango; y direcciones profanas donde los oficiales entraban furtivamente, o no entraban en absoluto. De este modo, la geografía del Flandes Occidental y del Norte-Paso de Calais llegó a ser para la BEF, a finales de 1915, extremadamente familiar. Su red de carreteras, desvíos y cruces (ya mejoradas, para entonces, por los ingenieros), se había grabado en el mapa mental del ejército, y, en una extensa área, sus nombres se habían *tomificado*^[13]; no solo los de los grandes puntos, cuyos equivalentes para los soldados eran

bien conocidos hasta en casa —Armenteers (Armentières), Wipers (Yprés), Vlam (Vlamertinge), Eetaps (Étaples)—, sino también los de muchas localidades diminutas y de poca importancia táctica local. Algunos de esos nombres Tommy tuvieron mucho eco —Plugstreet (Ploegsteert), Wood y Whitesheet (Wytschaete)—; pero la mayoría conformaron un código privado: Tram Car Cottage, Battersea Farm, Glencorse Wood, Beggar's Rest, Apple Villa, White Horse, Cellars, Kansas Cross, Doll's House. El origen de la mayoría de estos nombres, otorgados durante los épicos momentos de la BEF en octubre y noviembre de 1914, ya habían sido olvidados al verano siguiente. A finales de 1917, eran los propios lugares a los que designaban los que estaban arrasados. Pero los nombres continuarían pasando de boca en boca mientras nuevos batallones relevaban a los viejos entre montones de escombros, a lo largo de los fondos de los arroyos, en los bosques arrasados.

El Somme era, por tanto, un país del que debían desconfiar las divisiones que llegaron a su lado sur en marzo de 1916. Estos pequeños sectores, ocupados desde el verano anterior por el Tercer Ejército, le parecieron familiares al nuevo Cuarto Ejército: las trincheras estaban cuidadas y limpias, y con un trazado casi reglamentario, con alambradas continuas en el frente, con parapetos y *parados* (los lados traseros de la trinchera), con ramales (los quiebros regulares en el trazado que evitaban que un atacante que conquistase una trinchera pudiera enfilarla en toda su longitud), y con una línea de apoyo y otra de reserva a determinada distancia —una retrasada ciento ochenta metros, y la otra otros trescientos sesenta—, conectadas a la de vanguardia mediante trincheras de comunicación. Una vez instaladas de este modo, a las brigadas del Cuarto Ejército les era posible organizar una vida de trinchera con la rutina adecuada, haciendo rotar cada uno de sus cuatro batallones entre el frente, la reserva y el descanso en ciclos de dieciséis días. Las divisiones del Tercer Ejército, en cambio, que, debido a un movimiento transversal, heredaban un sector de los franceses, habían salido perdiendo. Según todas las pruebas, sus predecesores no habían hecho en absoluto guerra de trincheras; no, al menos, una cuyas reglas resultasen comprensibles para la BEF. Se había dejado crecer flores sobre los parapetos —el 1/4.º de Ox and Bucks se hizo cargo de una «trinchera de margaritas» de los franceses—, que en muchos sitios no eran realmente continuas, sino que se organizaba en «posiciones» independientes, que resultaban confortables de ocupar —al menos para una guarnición pequeña—, con pequeñas excavaciones en los muros y protección de zarzos en las esquinas de los ramales, pero poco preparadas para los ataques por sorpresa y para una sólida defensa del batallón.

Y la verdad era que, en efecto, los franceses no habían sostenido guerra de trincheras en el Somme. Para ellos se trataba de un sector «inactivo», que pretendían mantener con el mínimo de soldados de infantería en la línea de frente, utilizando la abundante artillería de los cañones de setenta y cinco milímetros de los cuerpos y las divisiones para disuadir de un posible ataque a los alemanes. Estos, por su parte, nunca les habían dado problemas. Porque su alto mando también estaba dispuesto a considerar el Somme como un sector tranquilo, y dejarlo en manos de divisiones de reserva, que tendrían una vida fácil, con la única misión de mejorar su frente —cavando y tendiendo alambradas—, para mantener a los franceses en tierra de nadie. En consecuencia, algunas de las divisiones alemanas del Somme llevaban allí desde septiembre de 1914, sin sufrir más pérdidas que las de los contingentes que había que destacar cada vez que los aliados atacaban en Flandes o en Champaña.

EL PLAN

Todo esto estaba a punto de cambiar. Desde diciembre de 1915, los franceses y los británicos planeaban una gran ofensiva en el Frente Occidental, y el sector elegido había sido «a través del

Somme». No se trataba de la primera ofensiva que se pensó en el oeste. De hecho, el trazado en s del Frente Occidental era en sí mismo el producto de una serie de ofensivas que tuvieron lugar en 1914. La primera, montada por los franceses en Lorena, había fijado la curva inferior de la s a lo largo de la línea de los Vosgos y del río Meurthe; la segunda, llevada a cabo por los alemanes, de acuerdo con el plan maestro del ya fallecido Schlieffen, y que pivotaba sobre Verdún, había plantado el centro de la s en el Aisne —aunque había rondado por el Marne durante una semana—; la tercera, una batalla móvil entre franceses y alemanes, conocida como Carrera al Mar, librada en las traviesas de las líneas paralelas de ferrocarril del noroeste de Francia, a través de los departamentos de Oise, Somme y Norte-Paso de Calais, había situado, por último, la curva superior de la s en el río Yser. Allí, en octubre y noviembre, en el único espacio abierto que aún quedaba en el oeste, franceses, británicos, belgas y alemanes habían terminado de perder la esperanza de conseguir una victoria rápida. De aquí que, si tenían que buscar una decisión, había que hacerlo al otro lado de las trincheras.

Pero gran parte del terreno que cruzaba el frente no era apropiado para operaciones decisivas. Al norte de Yprés, ambos bandos eran prisioneros de las inundaciones; al sur de Verdún, la proximidad de los ríos, bosques y montañas amenazaba todo intento de avance rápido, aunque se pudiera iniciar; entre el Oise y el Aisne, el centro absoluto, las escarpadas orillas de los ríos en los valles tampoco ofrecían muchas posibilidades de avance; y había cierto número de otros tramos poco estimulantes: los valles del Lys, al sur de Yprés, y el bosque de Argonne, al oeste de Verdún. Descartados estos sectores, a los alemanes les importaba poco un ataque desde la izquierda ajustado a un estrecho territorio; porque, una vez convencidos totalmente del fracaso del plan Schlieffen, que «iba a ganar la guerra», se contentaban con permanecer a la defensiva en el oeste, mientras en el este sumaban victorias sobre los rusos. Pero a los franceses sí que les importaba, puesto que los alemanes habían usurpado su honor nacional, y también mucha de su riqueza nacional; y además les importaba a los británicos, que, por el incremento de sus ejércitos, necesitaban un campo de batalla donde hacer sentir su fuerza (y su compromiso con la causa común).

Según un cuidadoso cálculo estratégico, solo había tres sectores en los que la orientación del terreno y la dirección de los ferrocarriles favorecieran un ataque aliado: el Somme, Artois y la Champaña. Durante 1915 concentraron sus fuerzas en los dos últimos. El acceso a ambos era por un terreno alto, seco y calcáreo; y podría avanzarse con velocidad por su interior si se pudiera romper la línea del frente. Pero no fue tanto la naturaleza del terreno como sus relaciones con otros lo que aconsejó al alto mando francés este campo de batalla. Joffre, que seguía persiguiendo la batalla decisiva que se le había escapado en 1914, insistía en ver el Frente Occidental como un «teatro de operaciones» más que como la posición fortificada que realmente era; de aquí que la sección central constituyese un «saliente importante». Era un saliente, dado que el frente entre Verdún e Yprés formaba más o menos un semicírculo, el que constituía la curva superior de la s, con su extremo norte en Artois y el sur en Champaña. Pero era una ilusión pensar que la estrategia adecuada fuese un ataque al saliente principal; o que, en las circunstancias de 1915, pudiera servir el método convencional de atacar un saliente. Había muchas razones en contra. Algunas se conocerían en la ofensiva francesa de la primavera de 1915, conocida como la segunda batalla de Artois, en la que no se pudo capturar la cordillera de Vimy. Otras se pondrían de manifiesto, y de un modo más completo, en la batalla de septiembre: una verdadera ofensiva conjunta, en la que los franceses atacaron en Champaña, y estos y los británicos, codo con codo, en Artois. Tampoco esta vez los franceses lograron conquistar la posición de Vimy, en tanto que los británicos solo pudieron conseguir el pueblo de Loos (creando las condiciones para un avance de la caballería); por su parte, la principal ofensiva francesa en Champaña —cuyo último asalto lo hicieron con banderas y música— se disolvió en sangre y miseria en las laderas de Tahure y La Main de Massiges.

De modo que la estrategia aliada de 1916 necesitaba un nuevo plan ofensivo. Joffre consideraba

además que hacía falta un frente nuevo. Esto se debía, en parte, a su creciente percepción de que un frente que ya había sido atacado se volvía «complicado» —por estar cauterizado y lleno de cicatrices, con un tejido de trincheras nuevas y viejas—, y que repetir un asalto por el mismo lugar tenía una perspectiva de éxito limitada; pero se debía, sobre todo, a su deseo de involucrar a los británicos en un esfuerzo ofensivo importante en 1916. Joffre era injusto al atribuirles a los británicos falta de interés; pero acertaba en algo al suponer que el lugar sobre el que habían elegido lanzar su ofensiva podría no ser útil para su propia estrategia maestra. El prestigio de Haig se debía a su defensa de Yprés a finales de 1914, y en cuanto asumió el mando de la BEF, en diciembre de 1915, había puesto a su estado mayor a planificar justo sobre aquel sitio la próxima gran ofensiva británica. Al seleccionar como foco de los esfuerzos aliados de 1916 el frente del Somme, que era donde se tocaban los sectores británico y francés, Joffre se aseguraba al menos de que tales esfuerzos se dirigieran conjuntamente a la derrota del ejército alemán sobre suelo francés y bajo su mando; aun así, el método que se iba a utilizar era, como llegaría a reconocer en privado, el de *usure* [desgaste], más que el de avance, que era en el que los británicos creían aún y el que deseaban.

Desgaste es un juego en el que pueden jugar dos. Tanto los británicos como los franceses habían dado por sentado durante demasiado tiempo que la postura alemana en el Frente Occidental era defensiva. Por ello, fue una gran conmoción, tanto física como psicológica, cuando, a mediados de febrero de 1916, los alemanes iniciaron una ofensiva importante y casi por sorpresa en Verdún, la bisagra inferior del Frente Occidental. Los franceses captaron al momento que su objetivo era forzarles a elegir entre una retirada humillante o una carnicería prolongada. Optaron por la carnicería; pero, desde el comienzo de la ofensiva, el ritmo académico y casi reflexivo de las discusiones con los británicos dio paso a otro más urgente, que se fue volviendo más desesperado conforme se incrementaban las bajas francesas en Verdún. Estas, entre heridos y muertos, ascendían a noventa mil a finales de marzo, solo seis semanas después del inicio de la ofensiva. En mayo, cuando Joffre visitó a Haig en su cuartel general, se calculaba que las bajas eran ya doscientas mil. Haig aceptó la necesidad de fijar una fecha más temprana para la ofensiva del Somme, e indicó el periodo del 1 de julio al 15 de agosto. Al oír esta última fecha, Joffre se descompuso y, con extremada agitación, dijo que, si no se había hecho nada para entonces, «el ejército francés habría dejado de existir». Entonces, ambos generales acordaron el 1 de julio. Los británicos atacarían con una docena de divisiones por el norte del río, los franceses con veinte por el sur.

LOS PREPARATIVOS

Los planificadores de Haig se ocupaban ya de los últimos detalles. Durante la primera mitad del año, habían estado creando, detrás del frente del Somme, la infraestructura —de carreteras, ramales de ferrocarril, campamentos, hospitales, estaciones hidráulicas, depósitos de abastecimiento y zonas de estacionamiento de vehículos— indispensable para montar una ofensiva en la era industrial. El almacenamiento de munición de artillería, de la que había en vanguardia 2 960 000 proyectiles (por comparar, Napoleón había tenido en Waterloo unos 20 000 para sus cañones), fue el esfuerzo final más importante. Lo último y principal del plan de ataque era, pues, lo correspondiente a la artillería. Se dividía en dos partes. La primera sería el bombardeo durante una semana del frente alemán, dirigido sobre todo a las trincheras ocupadas por la guarnición, pero también a las carreteras de aproximación a ellas, hasta donde se pudiese llegar. La segunda parte sería la barrera. Esta palabra, *barrage*, era nueva para los británicos en 1916, y su significado en inglés va unido desde entonces a

esta referencia histórica. Tomada del francés —en que se usa para referirse tanto a una barrera de carretera como a una presa; de lo que se deduce que había llegado al inglés por otro camino—, significa literalmente «impedir el movimiento». Y eso es lo que se pretendía con el *tir de barrage*: en efecto, el tiro (o fuego) de barrera consistía en una cortina de proyectiles que explotaban por delante del avance de la infantería, con el objeto de impedirle al enemigo moverse desde sus abrigos a sus posiciones, hasta que fuese demasiado tarde para hacer frente al ataque. Según la estricta teoría artillera, la barrera, mediante una «suspensión» cuidadosamente regulada, podía llevar limpiamente a la infantería, a la que protegía, a través de las posiciones del enemigo sin que sufriera ni una sola pérdida por el fuego de este.

El único límite teórico a la protección que podía ofrecer la barrera era el alcance de sus cañones; esto significaba que, más allá de cinco kilómetros y medio desde la línea de tiro, o unos cuatro y medio desde la línea de trinchera, la infantería no podría contar con que la artillería batiese el terreno que deseara atravesar. En la práctica, eran más cortos los alcances «efectivos». Este término ya no significaba lo mismo que en Waterloo, en que «efectivo» quería decir «que causaba un efecto sobre el enemigo»; algo que no haría un disparo a la distancia máxima, ya que habrían disminuido tanto su velocidad de impacto como su precisión. En 1916, en que el desarrollo tecnológico había incrementado diez veces la velocidad y la precisión, y la carga explosiva había hecho que las granadas fuesen letales incluso a la distancia máxima, fuego «efectivo» quería decir realmente fuego «observable»; es decir, fuego que cayese a la vista de un oficial observador que se comunicase con su batería para corregir el desvío y la elevación de sus cañones. Este oficial debía mantenerse muy próximo a la infantería atacante, y también debía mantenerse intacto su cable telefónico hasta la batería (algo más dudoso); por lo tanto, los límites de la eficacia del fuego eran los impuestos por su habilidad para localizar con precisión el lugar de caída del proyectil. Si se calcula su alcance de visión en novecientos metros, y su distancia a la infantería de vanguardia en otros novecientos, se llega al alcance «efectivo» de la barrera a algo más de tres kilómetros y medio desde la primera línea.

Esta era casi con exactitud la distancia prevista para el avance de cada una de las formaciones de infantería el 1 de julio; algo que no debe sorprender, puesto que se llegaron a tales «objetivos» exactamente a partir de estos cálculos. Y allí donde las posiciones alemanas eran más próximas, los objetivos finales de las divisiones británicas correspondientes estaban más cerca de su propio frente también. En menos de la mitad del frente, sin embargo, los objetivos estaban en la segunda posición alemana, cuya situación los alemanes habían determinado, naturalmente, según los mismos cálculos de alcance artillero en que se apoyaba la planificación del ataque británico. Por lo tanto, se le estaba pidiendo a la infantería británica que se empeñase en una ofensiva cuyo desenlace, aun resultando victorioso, dejaría a los alemanes en posesión de gran parte de un segundo sistema de fortificaciones completamente independiente, que quedaría intacto. Para capturarlo, se necesitaría adelantar toda la artillería y repetir el ataque otro día, a otra hora. El que esta perspectiva no les preocupara, se explica en parte por los informes que el estado mayor había dado a los oficiales de los regimientos, y estos a sus hombres: que el auténtico trabajo de destrucción, tanto del enemigo como de sus defensas, lo habría hecho la artillería antes de la hora H; que las alambradas del enemigo estarían deshechas, sus baterías acalladas y sus guarniciones sepultadas en sus refugios; que la labor principal de la infantería sería simplemente llegar hasta los objetivos que los oficiales habían señalado en sus mapas, acompañando su ritmo al de la barrera que se movería por delante; y que finalmente, una vez allí, solo tendría que instalarse en las trincheras de reserva alemanas para encontrarse en perfecta seguridad. Si alguien hubiera acuñado la frase «la artillería conquista, la infantería ocupa», habría sido la más repetida entonces... ¿O no? Porque la mejor explicación del optimismo del ejército era que se trataba de un ejército confiado. Creía en las garantías ofrecidas por el estado mayor; el cual,

todo sea dicho, también se las creía. Creía en la superioridad de su equipo sobre el de los alemanes. Creía en la dedicación y audacia de los oficiales de sus batallones. Y tenía razón al creer estas cosas. Pero, sobre todo, creía en sí mismo.

EL EJÉRCITO

La Fuerza Expedicionaria Británica de 1916 era una de las formaciones militares más notables y admirables que hubiesen estado jamás en campaña, y el Tercer y el Cuarto Ejércitos, los que iban a atacar en el Somme, proporcionaban una perfecta muestra representativa de las unidades que la componían. Cuatro de las trece divisiones de ataque eran regulares, es decir, que estaban completamente, o en su mayoría, formadas por soldados veteranos voluntarios. La 4.^a División demostraba la clase de unidad que era. Sus doce batallones de infantería de combate eran veteranos —dos irlandeses, uno escocés, cinco de Midlands o del Norte, dos del West Country, uno del Este de Inglaterra, y uno de Londres—, y, a pesar de haber estado continuamente en acción desde la batalla de Mons, en agosto de 1914, aún tenía a muchos de sus experimentados oficiales y suboficiales de antes de la guerra. La 7.^a y la 8.^a Divisiones eran menos profesionales —aunque, claramente, lo fueran también por espíritu—, cada una con una brigada Kitchener movilizada para la guerra (tres brigadas de cuatro batallones formaban una división). Esto también era verdad para la 29.^a División, que incluía dos unidades movilizadas —los llamados batallones de escuelas privadas y el regimiento Newfoundland—; pero, además, estaba formada por los batallones veteranos más curtidos, que se encontraban en ultramar, en las guarniciones del imperio, en agosto de 1914. Tres de las divisiones Kitchener también tenían batallones regulares, la 21.^a, la 30.^a y la 32.^a, contando con uno de ellos cada brigada; el resto de su infantería, como la de la 18.^a, la 31.^a, la 34.^a y la 36.^a Divisiones, eran «Kitchener» o «Nuevo Ejército». ¿Por qué resaltar estos noventa y siete, del total de ciento cuarenta y tres batallones que iban a atacar?

Primero, porque estaban compuestos por voluntarios. Los batallones regulares también se formaban por alistamiento voluntario; pero el motivo que impulsaba a un civil de antes de la guerra a alistarse por «siete y cinco» —siete años en filas y cinco en la reserva— solía ser algo más que la simple pobreza. «Preferiría verte muerto antes que con una guerrera roja», le escribió su madre a William Robertson —un soldado que llegaría a mariscal de campo— al oír que se alistaba; y esto dice bastante sobre lo que pensaba una respetable familia trabajadora victoriana de un hijo que se incorporaba al ejército. Se consideraba preferible cualquier otro trabajo, porque la milicia significaba exilio, malas compañías, alcoholismo (o tentación del alcoholismo), y la renuncia al matrimonio; es decir, el abandono de toda la influencia gentil o de mejora que se les había inculcado a los victorianos pobres. Este fondo es el sobre el que hay que contemplar el entusiasmo extraordinario por alistarse que cundió entre la población masculina de las islas británicas en el otoño de 1914, y que proporcionaría al ejército, en algo menos de seis meses, cerca de dos millones de voluntarios.

Entre los primeros cien mil —por razones administrativas, los voluntarios eran llamados en grupos de esta cantidad—, muchos no tenían trabajo, ya que, por ejemplo, hubo un paro importante en la construcción en el verano de 1914. Algunos, pues, se verían obligados a ir al ejército; y otros utilizarían el pretexto de una emergencia nacional para camuflar otra de tipo personal y justificar así el quebrantamiento de un tabú. Pero también, desde el principio, muchos abandonaron empleos estables y bien pagados para alistarse. Las cifras eran tan altas, que desbordaron la capacidad del

ejército para vestirles, armarles y entrenarles. Kitchener, tras su rápido nombramiento como secretario de Estado de la Guerra, había pedido al principio un único incremento de cien mil hombres para reforzar el ejército regular. Para la primavera de 1915, se encontraría con seis de esos «cien mil», con los que formó cinco Nuevos Ejércitos, cada uno de seis divisiones. Los dos primeros «cien mil» proporcionaron dos series de seis divisiones simétricas, que reflejaban la división regional del país, y, en gran medida, se correspondían con ella: la 9.^a y la 15.^a se llamaron escocesas; la 10.^a y la 16.^a, irlandesas; la 11.^a y la 17.^a, del Norte; la 12.^a y la 18.^a, del Este; la 13.^a y la 19.^a, del Oeste; y la 14.^a y la 20.^a, ligeras (formada por londinenses y otros habitantes del sur, en batallones de regimientos de fusileros y de infantería ligera). Pero el total de la oleada de reclutamiento pronto desbordó la organización bastante endeble que, desde el Ministerio de la Guerra, trataba de contenerla. También operaban contra su esquema los factores demográficos, ya que la población de las islas británicas no se dividía claramente en seis partes. Las mayores reservas de hombres estaban en las ciudades del norte y del centro, así como en Londres; circunstancia que empezó a ponerse de manifiesto a partir del tercer y cuarto «cien mil». Los que habían llegado primero en estas oleadas habían podido escoger los nombres para sus unidades, y también a sus oficiales en algunos casos, y a sus camaradas en casi todos. Estos fueron los hombres que formaron los llamados *Pals Battalions* [batallones de amigos].

Quizá no haya en la Primera Guerra Mundial ninguna historia tan conmovedora como la de los Pals. Es una historia de movimiento de masas espontáneo y genuinamente popular, que no tiene equivalente en el mundo moderno de habla inglesa, ni quizá pudiera tenerlo fuera de su propio tiempo y lugar: una época de un patriotismo intenso, casi místico, y del elitismo inarticulado del poder imperial de una clase trabajadora; una época de vida urbana pujante y vigorosa, rica en diferencias y con un desarrollado sentido de pertenencia —al lugar de trabajo, a las fábricas, a los sindicatos, a las iglesias, a los gremios, a las organizaciones de caridad, a las mutualidades, a los Boy Scouts, a las Boys Brigades, a las escuelas dominicales, al cricket, al fútbol, al rugby, a las boleras, a las asociaciones de antiguos alumnos, a las oficinas de la ciudad, a los departamentos municipales, a los gremios— a cualquiera de los centenares de organizaciones de los que el británico eduardiano extraía su seguridad y sus señas de identidad. Esta red de asociaciones provocaba en los hombres británicos unas reacciones emocionales que se apresuraron a manipular los comités de «reclutadores», formados por individuos de mediana edad que se habían puesto a la tarea con los primeros brotes de entusiasmo bélico, quizá sin darse cuenta de su poder. El primero de estos fue el conde de Derby, quien, en su papel de *caudillo* del noroeste comercial, llamó a finales de agosto de 1914 a los jóvenes de las oficinas de Liverpool para crear un batallón del Nuevo Ejército, asegurando que contaba con la garantía de Kitchener de que «los que se alistasen juntos, servirían juntos». La cantidad de hombres necesaria para el batallón se alcanzó enseguida, y hubo tal desbordamiento que pudieron formarse otros dos. Los empleados de la compañía marítima White Star formaron una sección; los de Cunard otra; el personal de la Bolsa del Algodón, los de los bancos, las compañías de seguros y los almacenes contribuyeron a otros contingentes. De manera que, entre el viernes 28 de agosto y el martes 3 de septiembre, se había formado una brigada completa de cuatro batallones de infantería (cuatro mil jóvenes). Se llamaron a sí mismos los batallones 1.^o, 2.^o, 3.^o y 4.^o de la ciudad de Liverpool; más tarde, el Ministerio de la Guerra les asignaría el nombre más oficial de 17.^o, 18.^o, 19.^o y 20.^o batallones del regimiento King's (Liverpool); es decir, los acomodaron dentro de la estructura regimental convencional del ejército en tiempos de paz, como 89.^a brigada de la 30.^a División. Pero ellos siguieron considerándose los Pals de Liverpool.

De inmediato, la idea de los Pals cautivó la imaginación de comunidades mucho más pequeñas,

menos seguras de sí mismas y comercialmente menos poderosas que Liverpool. Accrington, la pequeña ciudad del algodón del este de Lancashire, y Grimsby, el puerto de pesca del mar del Norte, no tardaron en tener sus Pals; y también Llandudno, y Blaenaw Festiniog, las plazas de descanso de Gales; y los distritos de los suburbios de Londres, Shoreditch, Islington, West Ham y Bermondsey. Se formaron brigadas de artillería en Camberwell, Wearside, Burnley, Lee Green, Lytham St. Anne's; compañías de zapadores del Royal Engineer en Tottenham, Cambridge, Barnsley, Ripon; y surgieron unidades con nombres tales como Ferrocarril del Noreste, 1.º de Fútbol, Chicos de la Iglesia, 1.º de Obras Públicas, Imperio, Artes y Oficios, Zapadores del Bosque de Dean, Banqueros, Liga del Imperio Británico o Mineros. Los mineros, que alcanzaban el millón doscientos mil en 1914 —alrededor del seis por ciento de la población trabajadora—, y cuyos puestos de trabajo estaban concentrados casi exclusivamente en West Midlands, Gales del Sur, el Noreste y las Tierras Bajas escocesas, aportaron un número desproporcionadamente alto de reclutas y de unidades. Había muchos individuos con un desarrollo físico tan deficiente que al principio no alcanzaban la talla exigida por el ejército; pero, por otro lado, eran robustos, por lo que terminaron incluyéndolos en unidades especiales llamadas «Bantam» [Gallitos], para las que la talla mínima se redujo a entre 1,52 y 1,60 metros. El espectáculo de la instrucción de estos hombrecitos uniformados tocaba la fibra más profunda del sentimentalismo de los periodistas *antihunos* [antialemanes]; en tanto que muchos reclutas, que lo único que tenían en común con los mineros era su poca estatura, resultaron ser malos combatientes, al igual que sus unidades. Pero fueron la excepción. En forma física, en subordinación, en motivación, en disposición para el autosacrificio, los soldados de los ejércitos de Kitchener, los «ciudadanos soldado», como les llamaba —empleando por una vez bien los términos— la propaganda de la época, eran insuperables, y solo les igualaban en calidad los magníficos contingentes de voluntarios proporcionados por los Dominios blancos [Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Terranova y Sudáfrica] y por el *Ersatzkorps* de los estudiantes de universidad y de instituto alemanes, que habían pagado el precio de ir sin entrenamiento a la guerra en la *Kindermord* [matanza de los inocentes] de Yprés, en octubre y noviembre de 1914.

Si los soldados de Kitchener hubiesen sido conscientes de la importancia de la *Kindermord*, habrían recibido una tremenda llamada de atención, porque el *Ersatzkorps*, que era superior en número a la diminuta BEF de 1914, había sido batido por la superioridad técnica militar de los soldados curtidos en la guerra. Los batallones Kitchener no tuvieron durante su formación, ni durante muchos meses más tarde, ningún conocimiento de técnica militar. Realmente, «batallón», que implica un mínimo indispensable de organización militar, era un nombre inapropiado. Algunos «batallones» ingresaban en la vida militar cuando un tren cargado con miles de voluntarios era vaciado en algún apeadero rural frente a un único oficial que había sido designado para mandarlo. Después de los dos primeros «cien mil», a pocos de estos batallones se les asignaba más de tres oficiales y tres suboficiales, que solían ser de segunda clase, retirados de la caballería india, coroneles de la milicia o pensionistas inválidos. Ocasionalmente, la elección era más prometedora (aunque lo de «elección», por supuesto, estaba limitado por la necesidad de mantener en Francia a cualquier oficial preparado y capaz), y los más inteligentes de estos mandos improvisados permitirían que los hombres se reuniesen durante unos minutos en pequeños grupos para elegir a sus propios líderes *juniors*, o les pedirían a los de más experiencia que aceptasen a prueba un rango para que supervisasen a los otros. Por muy igualitario que fuese el estilo de los ejércitos de Kitchener, a los llamamientos de este tipo solían responder candidatos, cuya autoridad era aceptada rápidamente por sus compañeros y podía ser confirmada después.

Este método proporcionó suboficiales, pero no logró muchos oficiales para los nuevos ejércitos. El Ministerio de la Guerra no estaba dispuesto a conceder nombramientos, a no ser que los aspirantes pudiesen probar su aptitud; y, aunque había delegado en los «reclutadores» locales la

potestad de nombrar, ambos tenían el mismo criterio en cuanto al significado de «aptitud». Los oficiales debían ser caballeros. Pero, del mismo modo que la distribución del personal no se pudo casar con la organización regimental del ejército británico, tampoco se pudo casar la geografía social del país con la humana. Gran Bretaña, en 1914, se dividía en dos naciones tan definidas como hacía setenta años; así, en todo el norte industrial, West Midlands, Gales del Sur y las Tierras Bajas escocesas, existían comunidades populosas y productivas sin casi ningún estrato profesional, y, por lo tanto, sin ninguna clase de oficiales. Los jóvenes con las cualificaciones requeridas —lo estipulado era la posesión del certificado A o B, concedido por el Cuerpo de Instrucción de Oficiales (OTC, según sus siglas inglesas); aunque en la práctica solía bastar con haber estudiado en uno de los colegios privados o de las mejores *grammar schools* que impartían la formación OTC^[14]— estaban concentrados en el sur y el oeste, y en media docenas de ciudades principales. De este modo, durante los dos primeros años de la Primera Guerra Mundial, se produjo una de las confrontaciones sociales más curiosas y representativas de la historia británica, que terminaría teniendo consecuencias políticas. Eran casi siempre encuentros entre extraños; a veces, prácticamente entre extranjeros. John Masters, al describir su incorporación al 4.º de Gurkha Rifles del viejo Ejército Británico de la India en la década de 1930, ha evocado maravillosamente la incompreensión mutua absoluta, aunque con buen humor, entre una sección y su nuevo oficial, recién llegado de Inglaterra, la primera vez que se encontraron. Algo muy similar ocurrió en los ejércitos de Kitchener en el invierno de 1914, cuando los jóvenes finamente educados de las vicarías del West Country o de los lugares de veraneo de la costa sur se encontraron cara a cara con cuarenta mineros de Durham, con siderúrgicos de Yorkshire o con remachadores de Clydeside, y unos y otros vieron que apenas hablaban el mismo idioma. Solo fueron posibles las relaciones entre ambos gracias al ardiente deseo, por un lado, de enseñar, animar y ser aceptado; y, por el otro, de aprender y ser dirigido. En este proceso de descubrimiento, tanto de los otros como de la vida militar, muchos de estos oficiales aficionados iban a adquirir un afecto y una preocupación por los menos favorecidos que finalmente provocaría la transformación de las actitudes de las clases medias hacia los pobres, en lo que ha sido la más importante tendencia social de la Gran Bretaña del siglo xx^[15]. Muchos de los *Tommies* de Kitchener iban a percibir en la muestra de interés hacia ellos por parte de sus oficiales una autenticidad que haría tolerable la espera de esta transformación. ¡Pero por qué extraña comunión se transmitieron tales sentimientos! Siegfried Sassoon ha descrito cómo cambió su propia vida al ver la expresión de total confianza y manifiesta autoentrega en las caras de los hombres que estaban sentados con las piernas cruzadas, mientras inspeccionaba sus pies después de una marcha por carretera.

Inspeccionar pies doloridos era uno de los primeros rituales del ejército profesional en que eran iniciados los oficiales de Kitchener; en parte, debido a su extraña falta de semejanza con cualquier otra cosa que hubiesen conocido en la vida civil, lo que convenció a sus superiores de que era lo más adecuado para sus subalternos (como realmente lo era en esa época de guerra no mecánica, cuando la movilidad táctica dependía de la resistencia a la marcha, y las ampollas no cuidadas podían dejar paralizado a todo un batallón); y, en parte, debido a que la marcha por carretera era, en los primeros meses de su existencia, casi la única forma de instrucción mediante la que podían prepararse las divisiones Kitchener. Porque durante muchos meses faltaron fusiles, e incluso uniformes; de manera que los batallones de Pals ni podían aprender el oficio de soldados ni simular su apariencia. Solo por medio de la instrucción y las incesantes marchas en formación, estos millares de voluntarios que no eran pura sangre, aun vestidos de paisano, y algo más tarde con sarga de cartero (de la que en 1915 había un curioso excedente), fueron capaces de recordar a los curiosos de las cunetas, y a veces de recordarse incluso a ellos mismos, que eran devotos del Gran Sacrificio. Muchas divisiones no recibieron los suficientes fusiles como para que cada hombre tuviera uno hasta solo unas semanas antes de ir a Francia, en otoño de 1915; y los materiales de artillería, cuya gestión era mucho más

complicada, tardaron todavía más en llegar. Por lo menos tres divisiones que iban a atacar el 1 de julio de 1916, llegaron al Frente Occidental en un estado de preparación que solo puede ser calificado de muy deficiente. La 30.^a, la 32.^a y la 34.^a Divisiones (todas pertenecientes al cuarto «cien mil»; κ⁴ en la jerga de entonces) se habían formado apenas en diciembre de 1914, se les había otorgado un magro cuadro de oficiales y suboficiales con experiencia, habían recibido su propio complemento de armas en el otoño de 1915, para ser embarcados todos entre noviembre de 1915 y enero de 1916. El augurio de tragedia que se cernía sobre estas bandas de inocentes uniformados se vería agravado más tarde a causa de lo circunscrito de su reclutamiento territorial. Lo que inicialmente había sido un consuelo para paliar las angustias de salir de casa —todos eran camaradas o compinches de la misma retícula de pequeños edificios urbanos adosados, o de los montones de casitas de mineros empinadas—, amenazaba los hogares con una catástrofe de corazones rotos cuanto más se acercaban a un encuentro real con el enemigo. Muy grave en el caso de la 30.^a, con sus tres brigadas de Liverpool y Manchester; y más aún en la 34.^a, que no solo contenía las llamadas brigadas Tyneside Irish y Tyneside Scottish, sino también un batallón de zapadores, el 18.^o de Northumberland Fusiliers, formado por la Cámara de Comercio de Newcastle y Gateshead con los empleados de las tiendas de la ciudad: la idea de un regimiento de Kippes y Mr. Pollys subraya el patetismo de la idea de los Pals.

De aquí puede deducirse que la composición de una división no mencionada aún, la 36.^a, resultaba potencialmente trágica. De entre todas las unidades Kitchener, era la que tenía una ligazón más estrecha, ya que su infantería al completo procedía del Ulster (y este era el nombre de la división). Sin embargo, su simple existencia era una muestra de la extrema militancia, y de la viva tradición militar, de ese pueblo protestante del que había surgido en exclusiva. Aunque los nuevos condados del Ulster eran en su mitad católicos, no había católicos en la 36.^a. Verdaderamente, su unidad madrina, la Fuerza Voluntaria del Ulster (UVF, según sus siglas inglesas), se había formado mucho antes de iniciarse la guerra, como un arma de la oposición protestante a la concesión de la Home —«Rome»— Rule a Irlanda; y el ofrecimiento que sus líderes le hicieron al Gobierno británico, como soldados, de sus miembros más capaces, le proporcionó a Westminster un gran respiro en el otoño de 1914, en que el reino parecía amenazado por una guerra civil irlandesa además de la extranjera.

Completando el ejército que iba a atacar en el Somme, había diversas unidades fundadas antes de 1914 y mucho mayores que la UVF. Eran las divisiones de la Fuerza Territorial —la 46.^a de North Midlands, la 48.^a de South Midlands, la 49.^a de West Riding y la 56.^a de Londres—, cuya existencia se debía a una vieja locura victoriana por el militarismo *amateur*, suscitada en su día por el pánico a que la armada de Luis Napoleón amenazase la inexpugnabilidad de los acantilados blancos, y que se apoyaba en el simple placer burgués de llevar uniformes y jugar con los títulos militares. Estos Voluntarios (los del Ulster tomaron su emotivo nombre) habían terminado siendo una parte aceptada —si bien ligeramente cómica— del tejido social victoriano. Eran aceptados por las clases respetables de un modo en que no lo eran los profesionales, ya que aspiraban a las virtudes militares sin incurrir en sus vicios; y resultaban cómicos porque sus aspiraciones se quedaban algo cortas. Pero algunos de los batallones territoriales, particularmente los de Londres, habían llegado a ser muy buenos, atrayendo a sus filas a un grupo de jóvenes con buena educación y deportistas; Conan Doyle hace que Sherlock Holmes caracterice a un empleado de bolsa que aparece en uno de sus casos como «representante del tipo que se encuentra en uno de nuestros mejores regimientos de voluntarios de Londres», refiriéndose probablemente a la brigada London Rifle o al Queen Victoria's Rifles, ambos pertenecientes en 1916 a la 56.^a División, que atacaría en Gommecourt. Y, después de la reorganización de 1908, hasta las más rústicas unidades de voluntarios habían alcanzado unos niveles

de instrucción parecidos a los de los regulares. De hecho, para entonces, y al cambiar el nombre de Voluntarios por el de Territoriales, habían perdido sus antiguos números de batallón y se habían incorporado a las series de los regimientos regulares del condado. Así, por ejemplo, una lista de los batallones de la 46.^a División (North Midlands) habría sonado como un segmento del ejército regular: contenía el 5.^o y el 6.^o batallones del regimiento South Staffordshire, el 5.^o y el 6.^o de North Staffordshire, el 4.^o y el 5.^o de Lincoln, el 4.^o y el 5.^o de Leicester, y el 5.^o, el 6.^o, el 7.^o y el 8.^o de forestales de Sherwood (del regimiento Nottinghamshire y Derbyshire). Pero, en términos humanos, cada uno de estos batallones representaba, en época de paz, un voluntariado a tiempo parcial en la milicia de los habitantes de una u otra ciudad del centro rural o industrial: Walsall, Wolverhampton, Burton, Hanley, Leicester, Loughborough, Lincoln, Grimsby, Newark, Nottingham, Derby, Chesterfield; y, en la práctica, su carácter local era aún más acusado, ya que muchos de ellos tenían sus compañías localizadas en un suburbio o ciudad inmediata, donde el patio de instrucción formaba parte del tejido social tanto como la iglesia de credos alternativos —y funcionaba igual de sobriamente—; y algunas hasta tenían secciones centradas en un solo pueblo. Lo mismo ocurría con la artillería, los ingenieros y los servicios de la división: la 46.^a tenía sus baterías en Louth, Boston, el mercado de Lincolnshire, Stoke-on-Trent (de donde era Arnold Bennett), West Bromwich, uno de los apéndices más monótonos de Birmingham, y Leek (adonde Winston Churchill no envió tropas para intimidar a los mineros en 1910, por más que los sindicatos sostuvieran lo contrario). Sus compañías de ingenieros de campaña estaban localizadas en Smethwick, otro lugar sin encanto alejado de Birmingham, y Cannock, una diminuta ciudad del campo, desbordada por las minas de carbón que la rodeaban, en el límite de la magnífica zona rural de Chase.

Por lo tanto, de una forma más difusa y tradicional que las divisiones Kitchener, la Fuerza Territorial era una personificación militar de las regiones que las acogían. Sin embargo, en el verano de 1916, muchos de sus componentes originales estaban inválidos o muertos. Porque, tras la destrucción de la Fuerza Expedicionaria regular en las batallas de 1914, fue la Territorial la que, desde principios de 1915, había mantenido el frente en Francia hasta que pudieron llegar los hombres de Kitchener. En la primavera de 1916, a un batallón regular como el 2.^o de Royal Welch Fusiliers (ese extraordinario batallón de poetas, residencia en tiempos de guerra de Siegfried Sassoon y Robert Graves), aún le quedaban doscientos cincuenta de los hombres que habían llegado a Francia dieciocho meses antes, con una media de pérdidas de unos diez soldados por semana (unas más y otras menos, naturalmente). Los territoriales, aunque llevaban «fuera» menos tiempo, tenían pérdidas similares, porque habían empezado con batallones más débiles y habían tenido que destacar hombres como cuadros a su «segunda línea», donde se formaban nuevos batallones. Por tanto, en casi ningún batallón de los previstos para el ataque del 1 de julio había más de una cuarta parte, de cualquier rango, que conociera la milicia en tiempos de paz. Algunos de los regulares, tirando de sus reservistas y de los reservistas especiales, aún podían completar casi un periodo de hombres de servicio largo. Pero, entre los restantes, había poco donde elegir, en términos de experiencia militar colectiva, entre el primer y el último incorporado.

LAS TÁCTICAS

La percepción de esta falta de experiencia era evidente en el cuartel general y en el estado mayor del Cuarto Ejército, que, en consecuencia, había preparado planes bastante simples para la infantería. Las once divisiones de primera línea del Cuarto Ejército, de las que seis no habían estado previamente en

combate, debían abandonar sus trincheras cuando cesase la preparación artillera, y avanzar detrás del fuego de barrera durante un kilómetro y medio, a lo largo de un frente de unos veinticuatro kilómetros. En el centro del frente, un recorrido de algo menos de esta distancia les daría la posesión de la segunda línea de trincheras alemanas; en el sector norte, la distancia hasta la segunda posición alemana era de más de tres kilómetros; en el sector meridional, la segunda posición alemana se consideraba que estaba demasiado alejada como para ser tomada en un solo día, y en consecuencia los objetivos se fijaron algo más cerca. Junto a los británicos, en el frente meridional debía atacar una fuerza francesa —la demanda insaciable de la batalla de Verdún la había ido reduciendo progresivamente, y el 1 de julio contaba con trece divisiones—, por las dos orillas del río Somme, detrás de un gran esfuerzo de artillería. La táctica francesa de las pequeñas unidades, costosamente perfeccionada a lo largo de dos años de guerra, ponía el énfasis en el avance rápido de pequeños grupos, en tanto otro los apoyaba con fuego; justo el tipo de tácticas que serían corrientes en la Segunda Guerra Mundial. Esta sofisticación del tradicional «fuego y movimiento» era conocida por los británicos, pero el estado mayor pensaba que era demasiado difícil para enseñárselo a las divisiones Kitchener. Probablemente tenían razón. Pero el orden táctico alternativo que dispusieron para ellos era excesivamente simple: las divisiones debían atacar en frentes de alrededor de un kilómetro y medio, generalmente con dos brigadas «delante» y otra en reserva. Esto implicaba, en términos de soldados sobre el terreno, que dos batallones, cada uno de mil hombres, formando la oleada de vanguardia de la brigada, abandonarían sus trincheras, utilizando escalas para trepar por el parapeto, desplegarían sus soldados en cuatro líneas, cada una de una compañía, en intervalos de dos o tres metros, con distancias entre las líneas de entre cincuenta y cien metros, y avanzarían hacia las alambradas alemanas. Estas debían estar abatidas, o al menos con grandes brechas, y las atravesarían y saltarían dentro de las trincheras enemigas, disparando, lanzando granadas o pasando por la bayoneta a quienes les hiciesen frente, hasta tomarlas. A continuación, las oleadas de reserva les rebasarían y avanzarían para capturar, con métodos similares, la segunda posición alemana.

La maniobra tenía que hacerse lenta y pausadamente, porque los hombres irían cargados con unos treinta kilos de equipo, ya que su reabastecimiento de víveres y municiones durante la batalla era una de las cosas que no podía garantizarles su estado mayor. En estas circunstancias, parecía que el éxito dependía verdaderamente de lo que pudiese hacer la artillería en favor de la infantería, tanto antes del comienzo del avance como mientras se estuviese efectuando.

EL BOMBARDEO

El plan de fuego de la artillería era tan elaborado, como simple el esquema táctico de la infantería. La artillería comprendía entonces una gran variedad de armas, que disparaban distintas clases de municiones: la artillería de campaña, la variedad más ligera y abundante, compuesta de cañones de dieciocho libras y obuses de 4'5 pulgadas, que disparaban pequeñas granadas o explosivos de gran potencia, o (más raramente) granadas de gas, hasta una distancia de cinco kilómetros y medio; la artillería de calibre medio, con cañones de sesenta libras y 4'7 o 6 pulgadas, que disparaban granadas de gran potencia explosiva hasta a nueve kilómetros; y una variedad de obuses pesados, de calibres de 6, 8, 9'2, 12 y 15 pulgadas, que lanzaban proyectiles de cien a mil cuatrocientas libras con gran elevación, a distancias de entre cinco y diez kilómetros. Además, las brigadas de infantería controlaban sus propios «morteros de trinchera», simples tubos de ánima lisa que lanzaban bombas de 2, 3 o 4 pulgadas, con una trayectoria muy curva desde una trinchera a la otra, a través de tierra de

nadie.

El alcance, el peso de la granada y la trayectoria determinaban las misiones de las distintas armas. Los morteros de trinchera, que tenían el alcance más corto y disparaban un proyectil sin capacidad de penetración, se utilizaban contra blancos próximos de superficie: las trincheras enemigas, para intentar deshacerlas; y las alambradas, para tratar de cortarlas. Esto último era realmente la misión más importante de la artillería, porque si las alambradas alemanas quedaban intactas la mañana del día D (el día del ataque), el avance de la infantería se vería detenido al otro extremo de tierra de nadie. Los cinturones eran muy anchos. En consecuencia, los cañones de dieciocho libras de la artillería de campaña de la división estaban casi exclusivamente asignados al corte de alambradas —aunque su fuego, con la granada de metralla de la época y su espoleta lenta, tendía a desperdiciarse en el suelo, por debajo de los alambres, en lugar de estallar sobre la hierba, contra ellos. Sin embargo, parte del fuego de los cañones de dieciocho se dedicaba también a la «contrabatería», disparando contra la posición estimada de las piezas enemigas, esperando destruirlas antes de que la infantería tuviese que avanzar a través de la barrera que pudieran formar estas. Las granadas de gas disponibles se reservaban normalmente para el último minuto del fuego de contrabatería, al entender los artilleros británicos lo difícil que les resultaría a sus oponentes alemanes manejar sus cañones llevando puestas las máscaras.

Los obuses y los cañones más pesados tenían la misión de la destrucción material de las trincheras de comunicación, de las carreteras de acceso, de los ramales de ferrocarril y de cualquier cosa que favoreciera el movimiento de los hombres y los abastecimientos hasta las trincheras que iban a ser atacadas; pero, sobre todo, de los puntos fuertes y los asentamientos de las ametralladoras. Estos eran de diferentes tipos. En varios lugares, especialmente en aquellos en los que el frente alemán pasaba por donde antes había habido un pueblo, las defensas eran mucho más fuertes que en los campos abiertos intermedios. Porque, aunque los alemanes habían excavado a intervalos regulares, y a lo largo de todo el frente, refugios a nueve metros de profundidad —a prueba de los impactos directos de toda clase de granadas, y gracias a los cuales las guarniciones sobrevivían incluso tras un prolongado bombardeo británico—, estas posiciones «de campo» no podían proporcionar, sin un enorme trabajo suplementario, la compleja falta de lógica que las ruinas de un área deshabitada presentaban a un atacante. En algunos puntos, como el saliente de Leipzig, entre los pueblos destruidos de Thiepval y Pozières, ataques y contraataques esporádicos habían producido un laberinto de trincheras tan impenetrable como cualquier ruina; y en muchos otros sitios, como el Reducto Schwaben, los alemanes se habían preocupado de realizar el trabajo preparatorio necesario para construir un atrincheramiento artificial tipo fortín. Pero los pueblos eran los principales puntos fuertes de la línea alemana; y el elemento más importante del esquema alemán de defensa en ellos era el fuego de ametralladora. La artillería pesada británica iba a consagrar su fuego, durante los seis días de la «preparación», a la destrucción de estos asentamientos, o a enterrar a sus dotaciones en sus refugios.

La ametralladora sería descrita por el mayor general J. F. C. Fuller, uno de los grandes *enragés* [fanáticos] de la teoría militar producidos por la guerra, como «la esencia concentrada de la infantería». Fuller intentaba que sus lectores comprendiesen que su invención había puesto en manos de un solo hombre la potencia de fuego que antes tenían cuarenta. La idea está bien planteada, dado que un buen fusilero solo podía disparar quince disparos por minuto, por los seiscientos de la ametralladora. Pero, como Fuller habría reconocido sin duda alguna, si se lo hubiesen preguntado, los servidores de una ametralladora no son el mero equivalente de un determinado número de soldados de infantería concentrados en un pequeño espacio. Los soldados de infantería, incluso bien instruidos y bien armados, por muy resueltos que sean y por muy dispuestos a matar que estén, siguen siendo agentes erráticos de destrucción. A no ser que estén dirigidos de manera centralizada,

elegirán, quizá mal, sus propios objetivos; iniciarán y terminarán el fuego individualmente; dejarán de apuntar cuando el enemigo les devuelva el fuego; se distraerán con las heridas de los que estén a su lado; serán presa del temor o la excitación; dispararán alto, corto o desviado. Fue por vencer este tipo de interferencias y de derivas —así como para evitar el peligro de accidente en las formaciones demasiado cerradas—, por lo que los ejércitos de los siglos XVII y XVIII pusieron tanto empeño en perfeccionar las descargas en cuadros, líneas y columnas. El resultado fue que resultara indiscutiblemente más peligroso acercarse a un regimiento de infantería de principios del siglo XIX (Waterloo) que a uno de finales del mismo siglo (guerra de los Bóers). Porque, aunque el último tenía mejores armas que el primero y disparaba a distancias muy superiores, estas ventajas técnicas quedaban, si no anuladas, ciertamente muy compensadas por la dispersión de los soldados que la propia mejora de las armas de fuego imponía; puesto que la dispersión implicaba falta de control, lo que a su vez producía fusilería pobre. De aquí el asombro con que se contempló la ametralladora cuando Maxim la convirtió en un arma práctica de guerra. Porque parecía que había vuelto a poner en manos del mando del regimiento medios múltiples y simultáneos para causar daño bajo una única voz de mando. Pero la aparición de la ametralladora fue, naturalmente, mucho más que una vuelta al viejo orden de cosas. Porque el hecho más importante sobre la ametralladora es que se trata de una *máquina*, y de tipo muy avanzado; similar en unos aspectos a un torno de alta precisión, y en otros a una prensa automática. Como el torno, requiere ser preparada para que actúe dentro de los límites deseados y predeterminados; esto se hacía en el cañón de la Maxim, común en todos los ejércitos de 1914-1918, ajustando el ángulo de cañón con respecto a su soporte fijo, y apretando o soltando el tornillo fijador. Entonces, como lo haría una prensa automática al ser accionada por un simple gatillo, empezaría y continuaría cumpliendo sus funciones con el mínimo de atención humana, proporcionando su propia energía y necesitando únicamente su alimentación constante de materia prima y un poco de mantenimiento de rutina para operar con eficacia durante un turno de trabajo. El que maneja la ametralladora era considerado, en resumen, como una especie de cerebro de la máquina, cuya tarea principal era alimentar la recámara con cintas de munición —algo que se podía hacer con el cañón en funcionamiento—, mantener a tope el fluido del manguito de refrigeración, y apuntar de izquierda a derecha, y de nuevo al otro lado, dentro de los límites dispuestos en el soporte. Para apuntar se empleaba una técnica conocida en el ejército británico como el «golpecito de dos pulgadas» [cinco centímetros]: con la práctica, el ametrallador aprendía a golpear el lateral de la recámara con la palma de la mano justo lo suficiente para mover la boca exactamente dos pulgadas contra la resistencia del tornillo de disparo. Una sucesión de «golpecitos de dos pulgadas», primero en un lado de la recámara hasta el final, luego en el otro, mantendría en el aire un aluvión de balas tan denso que nadie podría acercarse de frente a la posición de la ametralladora sin ser alcanzado; por supuesto, si el ametrallador había colocado su arma para disparar en tiro rasante y si el terreno estaba despejado. Por lo tanto, la aparición de la ametralladora no había *disciplinado* enormemente el acto de matar —que es lo que había hecho la instrucción del siglo XVII—, sino que lo había mecanizado o *industrializado*.

Esta letalidad automática e inhumana de la ametralladora determinó que los asentamientos desde los que actuaban fuesen los objetivos principales de la artillería pesada entre el 25 y el 30 de junio. Desafortunadamente para la infantería británica, los obuses pesados de 1916 eran una muestra de tecnología mucho menos perfeccionada, con relación a su potencial, de lo que era la ametralladora. Esta tenía como características deseables —junto con el funcionamiento eficaz— el ser portátil, ocultable y compacta. La Maxim cumplía la primera bastante bien, y las otras dos muy bien. El obús pesado tenía como características deseables la precisión exacta y el intenso efecto de conmoción. Esto no lo conseguían ni los obuses de 6'8 ni los de 9'2 pulgadas (los calibres más grandes eran demasiado escasos como para ser tenidos en cuenta). Sus granadas tenían un error de caída de por lo

menos veintitrés metros, y un poder explosivo insuficiente para destruir los abrigos muy profundos —abrigos «en mina», les llamaban los británicos, porque se construían con técnicas mineras a nueve metros por debajo de la superficie, donde se refugiaban durante el bombardeo los servidores de las ametralladoras con sus armas. De esta forma, los británicos no podían destruir la médula de un punto fuerte alemán. Lo más a lo que podían aspirar era a atrapar a los equipos bajo tierra, obturando el hueco de la entrada con materiales de la trinchera destruida; pero dar con las entradas (salvo que fuera por suerte) hubiera requerido, o unas fotografías aéreas que mostrasen más que las que podía hacer el Royal Flying Corps, o incursiones continuas a través de tierra de nadie, con inevitables bajas, para localizarlas con precisión.

Por tanto, si se consideran los preliminares del ataque del 1 de julio como una confrontación entre tecnologías, entre el manifiesto poder de la artillería británica y el poder latente de las ametralladoras alemanas, se verá claramente que se trata de una confrontación que los británicos libraban en términos desiguales, y que no pudieron invertir pese a la apariencia de una terrible devastación. El bombardeo se inició el 24 de junio. Estaba previsto que durase cinco días, pero una demora del día D los extendió a siete. Se dispararon durante el periodo alrededor de un millón y medio de granadas de los depósitos que habían sido traídos al campo, 138 000 el 24 de junio, 375 000 el 30. La mayoría —de un total de un millón— eran granadas de metralla de cañones de dieciocho libras; los obuses de 6 pulgadas dispararon alrededor de 80 000; y los de 8 y 9'2, unas 50 000 de cada. Estos totales son impresionantes. Para conseguirlos, las dotaciones de artillería debieron trabajar, cargando granadas y realineando sus potentes armas (el obús de 8 pulgadas pesaba trece toneladas) hora tras hora durante el día, y durante periodos largos por la noche. Allí donde caían, el ruido, las ondas de choque y el efecto destructor eran extremadamente desagradables. Al principio, los alemanes que estaban en las trincheras pensaron que el bombardeo anunciaba un ataque y se mantuvieron dispuestos en sus refugios. Luego, al ver que seguía creciendo y creciendo la intensidad del bombardeo, se dieron cuenta de que iban a sufrir una prueba muy dura, y se dispusieron a soportarla lo mejor posible.

Durante el 25 de junio [...] se incrementó el fuego de las baterías británicas; y mientras el día anterior nueve décimas partes eran fuego de metralla o procedente de cañones de pequeño calibre [la metralla no se tenía en cuenta, porque sus fragmentos mortíferos apenas se acusaban en las trincheras], ahora parecía superior el de las baterías pesadas. Sus granadas estallaban dentro de las trincheras alemanas, el suelo se estremecía y los refugios se tambaleaban. Aquí y allá, las paredes de las trincheras caían, dejándolas bloqueadas por completo. Masas de tierra entraban desordenadamente en los profundos abrigos, obstruyendo los accesos de muchos de ellos [que, por supuesto, estaban en la dirección *contraria* a la del bombardeo]. Por la noche, algunos sectores de la línea de frente alemana eran ya irreconocibles y se habían convertido en campos de embudos^[16].

Después, los británicos empezaron a mezclar gas con sus granadas, utilizando proyectores primitivos y corrientes de aire dominantes para transportarlo por tierra de nadie.

En las primera horas [del 26 de junio] nubes de gas cloro [...] alcanzaron la posición alemana [cerca de Fricourt] y, al ser más pesadas que el aire, llenaron cada grieta del terreno. El humo denso se arrastraba como un ser vivo, bajando los escalones de los refugios, llenándolos con veneno hasta que los pulverizadores neutralizaban su efecto [...]. Durante la tarde aparecieron por primera vez

torpedos aéreos, disparados con morteros pesados desde la primera línea británica. Cayendo casi en perpendicular desde gran altura, estos monstruos penetraban profundamente en el terreno, y entonces explotaban. [Se refiere seguramente, no a bombas de morteros, sino a granadas de obuses superpesados, que —por fortuna para los alemanes— eran escasos]. Toneladas de tierra y grandes bloques de caliza y roca eran lanzados al aire, produciendo embudos, algunos de tres metros y medio de profundidad y cuatro y medio de diámetro. Solo los refugios profundos y de mayor resistencia podían soportar el choque. Los alemanes, que hasta entonces habían sobrellevado el infierno casi con indiferencia, empezaron a sentirse alarmados. Con los nervios en tensión, escuchaban el ruido diabólico y esperaban el impacto sordo del siguiente torpedo al penetrar en el suelo, y luego la explosión devastadora. [La experiencia similar de escuchar los obuses de sitio Krupp de 420 milímetros, mientras sus granadas venían hasta los objetivos, había vuelto histéricos a los hombres que estaban dentro de los fuertes de Lieja en agosto de 1914]. La conmoción apagaba las velas y luces de acetileno en los abrigos más profundos. Las paredes se movían como los costados de un barco, y la oscuridad se llenaba de humo y gases. El 27 y 28 de junio trajeron escenas similares de continua devastación. El bombardeo continuaba como sin método: a veces un cañoneo intenso y aparentemente salvaje, a veces un fuego de artillería pesada cuidadosamente observado por baterías individuales, a veces bombas de morteros antitrenchera, torpedos aéreos o ataques de gas, o, de nuevo, un tornado repentino de granadas, con periodos ocasionales de completa calma.

El 30 de junio fue una repetición de los seis días anteriores. Ya no existían las defensas alemanas del frente [pero] a pesar de la devastación y el caos en la superficie, los defensores estaban en los abrigos todavía intactos [la mayoría]. Habían [...] sobrevivido a la prueba. Durante siete días y noches habían permanecido en sus largos bancos de madera o en las hamacas de los malolientes abrigos, unos siete metros y medio bajo la superficie, o más. El ruido incesante y la necesidad continua de alerta les había impedido dormir demasiado, y también había estado omnipresente el temor de que su abrigo pudiese convertirse en cualquier momento en una tumba viva, de la que sería imposible escapar. Apenas habían dispuesto de comida caliente [...] por lo que habían tenido que subsistir con [raciones en conserva].

Pero estaban vivos.

A las 6:30 de la mañana [del 1 de julio], sin embargo, un bombardeo de una intensidad desconocida hasta entonces estalló de pronto a lo largo de todo el frente. Al principio era más severo en el centro, sobre Thiepval y Beaumont; pero se extendió deprisa por toda la línea, desde el norte del Ancre hasta el sur del Somme. Durante la hora siguiente saltaron constantemente al aire enormes columnas de tierra, rocas, humo y desechos [...]. Las explosiones gigantes de las granadas más pesadas eran los únicos ruidos identificables en el continuo retumbar del bombardeo, y los intervalos cortos y regulares de sus explosiones otorgaban cierto ritmo. Para entonces, se había perdido cualquier traza del sistema de trincheras, y, con escasas excepciones, todos los cables telefónicos que las conectaban a las líneas de retaguardia y a las baterías, pese a que estaban enterrados a un metro ochenta de profundidad, habían sido destruidos. Por los largos periscopios que surgían de los abrigos, podía verse una masa de cascos de acero sobre el parapeto británico [...]. En consecuencia, los alemanes esperaron dispuestos en sus abrigos, cada uno con la cartuchera llena de granadas y con el fusil en la mano, a que se desplazase el bombardeo de la trinchera de vanguardia a las defensas posteriores. Era de vital importancia no perder un segundo en

salir fuera antes de que la infantería británica pudiese llegar a las entradas.

La batalla estaba a punto de comenzar. Y su primer acto, realmente decisivo, iba a ser «la carrera hacia el parapeto»: una carrera que para los británicos se extendía desde su propia trinchera de vanguardia hasta el otro lado de tierra de nadie; y para los alemanes, desde el fondo hasta arriba de las escaleras de sus abrigos. El que primero llegase al parapeto alemán, viviría. Y el bando que perdiese la carrera, moriría: o bombardeado en los escondrijos de la tierra; o de un tiro en la superficie, frente a la trinchera. Todos los esfuerzos británicos se habían dirigido a asegurar que los alemanes perdiesen la carrera; incluso a que ni hubiese corredores para la competición. Pero, como se ha visto, la mayoría de las guarniciones de las trincheras alemanas aún vivían a la hora H del día D. ¿Cómo había podido perderse, y resultar tan poco útil, el esfuerzo de la artillería británica?

La respuesta viene dada en gran parte si aislamos la proporción de elementos activos del bombardeo británico; es decir, de explosivo lanzado contra el área ocupada por los alemanes. El peso de las granadas transportadas hasta los cañones británicos fue de alrededor de veintiún mil toneladas, sin tener en cuenta las cargas de propulsión (el explosivo necesario para lanzar la granada en el momento del disparo). Había sido necesario el esfuerzo de unos cincuenta mil artilleros (casi todo el ejército de Wellington en Waterloo), trabajando durante siete días, para cargar estas cargas en sus piezas y dispararlas contra el enemigo; o, más precisamente, dentro del área, de veinticinco mil por dos mil metros, que iba a atacar la infantería británica. En términos generales, esto significaba que cada dos mil quinientos metros cuadrados habían recibido una tonelada de granadas; o, si se utiliza para el cálculo el número de granadas —y se habían disparado un millón y medio aproximadamente—, que cada mil metros cuadrados había recibido treinta granadas. Pero casi un millón de granadas eran de metralla, y las disparaban los cañones de campaña de dieciocho libras de la artillería de las divisiones; estos dañaban poco los terraplenes —ya que solo contenían pequeñas esferas de acero—, y solo un poco más las alambradas: aunque fuese su pretendida capacidad para cortar alambres la razón de su lanzamiento a mansalva. Lo cierto es que los cañones de dieciocho tuvieron que disparar metralla, porque las fábricas de munición de Inglaterra no podían producir para ellos grandes cantidades de granadas de gran potencia explosiva; por más que, para entonces, casi todos en la BEF y en el cuartel general, desde los oficiales hasta los simples artilleros, se habían dado cuenta de que solo el explosivo de gran potencia dañaba al enemigo atrincherado.

Una vez descontada la metralla, queda el efecto de los obuses y de los cañones pesados: alrededor de un millón de granadas de doce mil toneladas de peso. La granada más ligera —y la más abundantemente empleada— fue la del obús de campaña de la artillería de las divisiones, de treinta y cinco libras y 4'5 pulgadas; y la más pesada, la del obús de mil cuatrocientas libras y 15 pulgadas, cuya disponibilidad estaba muy limitada, puesto que solo había en el campo de batalla seis de estos monstruosos cañones. Su contribución al bombardeo —unas mil quinientas granadas, que pesaban mil toneladas— fue, con todo, impresionante; más aún si se tiene en cuenta que Napoleón solo dispuso en Waterloo de unas cien toneladas de proyectiles en total. Aunque resulta irrelevante comparar los esfuerzos de artillería de 1815 con los de 1916, porque los artilleros de Napoleón habían tenido la misión bastante simple de lanzar proyectiles macizos a corta distancia contra masas densas e inmóviles de soldados, para los que un impacto suponía la muerte; los artilleros de Haig, en cambio, no podían ver sus objetivos, y, aun si los alcanzaban, no podían estar seguros de si su fuego había tenido un efecto mortal. Y esto debía ser así a causa de la escasa proporción de explosivo que llevaba el cuerpo de la granada. Por ejemplo, la granada de mil cuatrocientas libras del obús de 15 pulgadas contenía doscientas libras de explosivo (amatol, una mezcla de TNT y nitrato de amonio); la granada de treinta y cinco libras del obús de 4'5 pulgadas solo contenía cuatro libras y tres onzas. La

explicación de esta disparidad entre el peso total de la granada y el del contenido tiene dos caras: la presión a la que estaba sometida la granada durante el disparo requería que tuviese un cuerpo muy fuerte, y por lo tanto pesado, pues de lo contrario se desintegraría dentro del cañón, con resultados desastrosos; mientras que el fin de la granada, según había sido concebida, era producir una gran cantidad de metralla, y a la velocidad suficiente como para que tuviera un efecto mortífero después de la explosión. Por esta razón, la mayoría de las granadas tenían las espoletas preparadas para explotar al impactar, produciendo su detonación esos enormes surtidores de tierra y humo característicos de las escenas de las batallas de la Primera Guerra Mundial.

Fue por estos surtidores por lo que se perdió la partida. De un total de doce mil toneladas —el peso de las granadas lanzadas sobre el área ocupada por los alemanes—, solo unas novecientas eran de explosivos de gran potencia. Y la mayor parte de esta carga con poco explosivo se disipó en el aire, lanzando hacia arriba una masa de material de superficie que resultaba visualmente impresionante, con una aureola terrorífica, y que esparcía fragmentos de acero; pero que, hacia abajo, transmitían proporcionalmente una conmoción insignificante hasta los escondrijos de las guarniciones alemanas. Cada diez metros cuadrados solo habían recibido medio kilo de explosivo de gran potencia; o cada dos mil quinientos metros cuadrados unas treinta toneladas. Veintiocho años más tarde, las fuerzas aéreas aliadas lanzarían sobre las posiciones alemanas en Normandía, y no en días, sino en minutos, unas ochocientas toneladas de bombas por cada dos mil quinientos metros cuadrados, consistiendo la mayoría de este tonelaje en explosivo de gran potencia, en bombas en caída libre que, al no estar sometidas a presión, se les puede dar la más ligera de las carcargas. Hoy la doctrina táctica de la OTAN vería la posición del Somme como el blanco adecuado de varias pequeñas cabezas nucleares, cada una de las cuales podría producir muchos millares de toneladas de equivalentes de TNT por cada dos mil quinientos metros cuadrados. Pero algunos defensores, convenientemente protegidos con cubiertas sobre la cabeza, aún podían sobrevivir; como hicieron muchos soldados alemanes durante la preparación aérea de las operaciones Goodwood y Cobra en julio de 1944, que sobrevivieron y emplearon sus armas contra las columnas de carros británicos y estadounidenses que emergían de entre las humaredas del bombardeo.

De ese modo, se puede entender por qué el gran bombardeo del Somme, pese a su ruido y su furia, era inadecuado para la misión que pretendían sus planificadores. Las granadas que los cañones británicos dispararon contra las trincheras alemanas, como las que un mes antes habían explotado en las planchas de los acorazados alemanes en Jutlandia, no eran los proyectiles adecuados para la tarea, y a menudo estaban mal hechos. Y, mientras que los artilleros británicos navales habían sido capaces de ver, y sabían cómo alcanzar sus objetivos, los de guarnición y campaña, muchos de ellos aficionados, no solo tenían que adivinar dónde estaban sus verdaderos objetivos —los servidores de las ametralladoras alemanas, que permanecían ocultos—, sino que también solían carecer de la capacidad de hacer caer la granada donde querían. De aquí que, a pesar de la precisión del plan de fuego, los embudos se formasen a la buena de Dios, a veces más allá y a veces más acá de la línea de trincheras y de las alambradas alemanas, como mencionan todos los observadores del Somme.

LOS ÚLTIMOS PREPARATIVOS

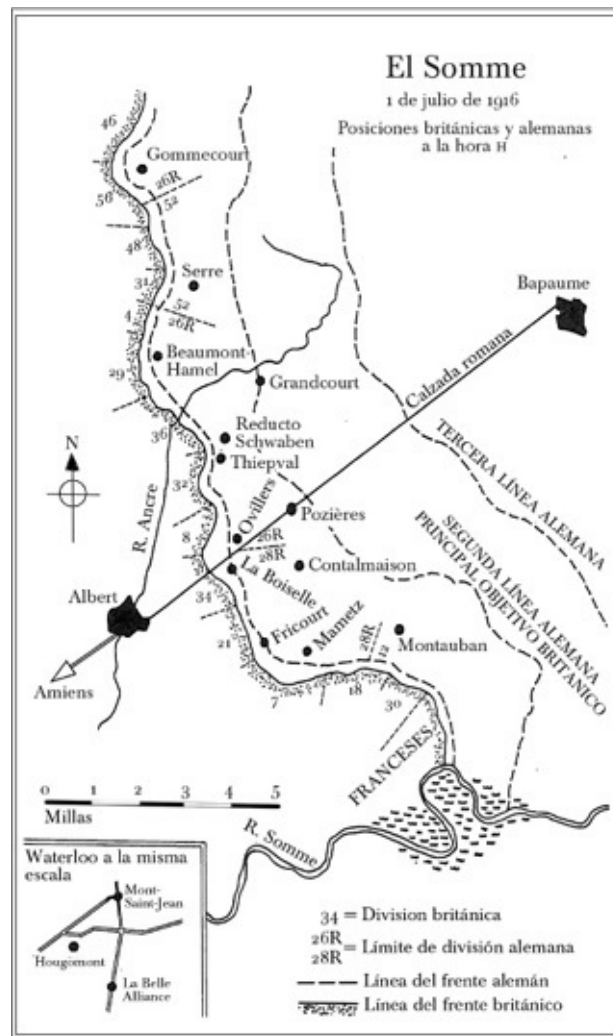
Afortunadamente, la infantería permaneció mucho tiempo ignorante de los resultados insatisfactorios y azarosos del bombardeo que había estado retumbando en sus oídos a lo largo de la última semana, durante cada hora del día y bastantes de la noche. Había mucha aprensión individual. «Era la primera

batalla de la división —escribió el historiador de la 18.^a—, y la solemnidad del momento afectaba a todo el mundo». El soldado Gilbert Hall, del 1.^o de Barnsley Pals (13.^o de York y Lancasters) no se encontraba muy bien y tuvo dolor de cabeza con el bombardeo. El capitán E. C. T. Minet, oficial de ametralladoras del 11.^o de Royal Fusiliers, se encontraba «sudando a la hora H; pero supongo que era por excitación nerviosa». El soldado Frank Hawkings, del Queen Victoria's Rifles, había notado desde el 29 de junio «una ansiedad muy molesta y a todo el mundo [...] muy inquieto». Pero, por el largo prolegómeno que vivían todos los participantes —por el nuevo desarrollo de la guerra y como efecto de la compleja preparación requerida por las batallas de la era industrial—, le había permitido a cada uno apañarse como buenamente pudiera con sus temores. La mayoría escribió a su familia, hizo testamento y dio la mano a sus camaradas. Muchos habían asistido a misa. Cada batallón de la BEF —al fin y al cabo, el ejército de una época y una nación que iba a la iglesia—, tenía su propio capellán de la confesión de turno, que había oficiado en retaguardia uno o dos días antes. El segundo teniente John Engall, del 16.^o regimiento London, escribió a casa «el día anterior al más importante de mi vida [...]. Ayer tomé la comunión, junto a docenas de otros que van a cruzar mañana, y nunca he asistido a una misa tan impresionante. Encomendé mi cuerpo a Dios y voy a la batalla con Su nombre en mis labios, lleno de fe y confiando en Él sin reservas». Como tantos otros subalternos de la división de Londres, Engall moriría frente a Gommecourt. Su abierta devoción, que le habría chocado a la mayoría de los alféreces de Wellington, era tan natural en él como en ellos la indiferencia. Pero no tendría por qué haberles sorprendido; la asistencia a la comunión (anglicana) de «docenas de otros» —soldados de su regimiento— le habría dado seguridad. El carácter irreligioso era consustancial a aquellos soldados mucho más rudos, en conjunto, que los más curtidos veteranos de 1914.

También ayudó a aliviar los temores el que las horas previas a la hora H mantuvieran a la mayoría de los soldados de infantería ocupados, según un cuidadoso y ajustado programa de actividades. Los batallones atacantes, que no estaban en la línea, tenían que marchar hasta las trincheras desde los pueblos en que se alojaban; primero por carreteras, después por las trincheras de comunicación que cubrían el último kilómetro y medio. Por el camino, los hombres iban incrementando cada vez más la carga de su equipo. Empezando por doscientos cartuchos y una ración para dos días, iban recogiendo sucesivamente sacos terreros vacíos (para fortificar las posiciones que iban a tomar), una piqueta de alambrada (con el mismo propósito), granadas, palas, bengalas, y a veces jaulas con palomas mensajeras; estas últimas para posibilitar la comunicación de los oficiales con la retaguardia una vez que hubiesen traspasado los terminales telefónicos de la trinchera de vanguardia. Todo esto requería mucho tiempo; y, además, las columnas debían avanzar contra la corriente de hombres de los batallones relevados que regresaban desde las trincheras. Cuando llegaban a sus puestos de inicio del ataque, se alegraban de poder meterse bajo una manta o un capote en el suelo de la trinchera y dormir.

La mayoría despertó pronto, y se encontró con una ligera llovizna que caía entre la blanda niebla matinal. En algunos sitios persistió incluso hasta después de que hubiese empezado el bombardeo de las 6:25 para la sesión matinal regular, por lo que el teniente Chetwynd-Stapleton, que estaba de patrulla aérea sobre el frente, vio «un banco de nubes bajas», donde «se podían ver las ondulaciones [...] del terrorífico bombardeo que estaba teniendo lugar abajo. Parecía un extenso lago de niebla, al que millares de piedras estuvieran siendo arrojadas». De pronto, la niebla se levantó enseguida de casi todo el frente, dando paso a un sol brillante en un cielo sin nubes. Aquí y allá se elevaban pequeñas plumas de humo rosa, en la zona británica donde furtivamente se preparaba el desayuno. Las órdenes eran alimentar a la tropa con comida traída desde retaguardia, y en los batallones mejor organizados llegó caliente y a tiempo. El teniente coronel Crozier, que mandaba el

9.º de Royal Irish Rifles (el batallón East Belfast de la Fuerza de Voluntarios del Ulster), felicitó a su sargento de cocina por haber dispuesto para sus soldados lonchas de tocino, pan frito, jamón y té, así como una mezcla de té frío y limón para que se la llevaran en las cantimploras en la travesía de tierra de nadie. A los oficiales se les había traído agua caliente para afeitarse y limpiaban sus uniformes, todavía muy diferentes del de los soldados, salvo que perteneciesen a los batallones donde no estaba mal visto ponerse la áspera sarga de un *Tommy*. El mayor Jack, que mandaba una compañía del 2.º de Cameronians, se puso sus espuelas de plata para la ocasión, y su asistente le dio «un cepillado final». Pocos, o casi ninguno, llevarían espada (aunque, al ser nombrados, incluso los oficiales temporales las compraban todavía); pero todos llevarían bastones: encerados y con cantonera de plata en los regimientos irlandeses; y en los demás, de malaca o de fresno y con el mango curvo, como los que se venden en los puestos de la playa. Algunos no llevaban nada más, ni siquiera revólver, considerando que el papel de un oficial es dirigir y conducir, no matar; necesidad esta, en cualquier caso, que creían anulada por el bombardeo.



Entre las 6:30 y las 7:30 de la mañana, el ruido del bombardeo alcanzó mayor nivel que nunca, cuando las armas de todos los calibres lanzaron sus últimas oleadas de granadas contra las trincheras alemanas. Hawkins, del Queen Victoria's Rifles, estaba fijándose en una alondra que se elevaba hacia el cielo, frente a Gommecourt, cuando la artillería, que hasta entonces había estado disparando espasmódicamente,

prorrumpió de repente en un trueno colosal. Los sordos estampidos de los cañones pesados de retaguardia apenas podían distinguirse, entre los estallidos más agudos e incesantes de

los cañones de dieciocho y 4'7 que estaban más cerca de la línea. Parecía haber una continua corriente de granadas retumbando y zumbando por encima de nuestras cabezas y camino de las posiciones enemigas, donde la sucesión de explosiones se sumaba al ruido general. Obuses de 15 pulgadas y granadas de 9'2 caían sobre el bosque de Gommecourt, árboles enteros eran arrancados de raíz y lanzados al aire, hasta que el bosque se incendió. El paisaje aparecía emborronado por nubes de humo; pero, como parte de nuestro plan era disponer una cortina de humo, empezamos a lanzar granadas de humo.

Bajo el peso de este cañoneo, los alemanes se acurrucaron en sus abrigos, ocultándose en espera de que terminase el fuego, momento que sería la señal para correr hacia las bocas de salida. Mientras, los soldados del 1.º de Somerset Light Infantry estaban sentados sobre sus parapetos riendo y animados a la vista de las explosiones.

Otros soldados ya estaban fuera de sus trincheras, en las que lo último que casi todos recibieron fue una fuerte ración de ron; ron de la Armada, de alta graduación alcohólica. En el 11.º de Suffolks, dos hombres que habían recibido la ración de los abstemios se emborracharon completamente, hasta perder el sentido, y no se pudieron volver a poner en pie; y a J. F. C. Fuller, al investigar una confusión en la brigada de forestales de Sherwood, se le dijo que toda la primera línea estaba borracha. Creyó que se trataba de una exageración —como seguramente era—; pero sabiendo que «en muchos casos los hombres evitaban deliberadamente comer antes de la batalla, por temor a ser heridos con el estómago lleno», y al descubrir que, «por algún error», la primera línea obtuvo la ración de ron prevista para la segunda, además de la suya propia, concluyó que «muchos de los hombres de la primera línea debían de llevar borrachos desde bastante antes de la hora H». Una fuerte ración de ron, cualquiera que fuese su efecto sobre la capacidad de funcionar, debió de resultarles particularmente reconfortante a los hombres de las divisiones cuyos mandos habían decidido sacarlos de las trincheras para permanecer tendidos en tierra de nadie antes de la hora H: la 8.^a, la 36.^a, la 46.^a, la 56.^a, y parte de la 32.^a.

La señal para que estos hombres se pusieran de pie y empezasen a avanzar, y para que los de las trincheras trepasen por las escaleras y saltasen sobre los parapetos, era el pitido de los silbatos de los oficiales de sección, que tocarían cuando sus relojes sincronizados diesen las 7:30 de la mañana. Aunque en cuatro sitios —Mametz en el frente de la 7.^a División, Fricourt (21.^a División), La Boisselle (34.^a División) y Beaumont-Hamel (29.^a División)—, la señal, unos diez minutos antes de la hora H, sería la explosión de ocho enormes minas que habían sido excavadas debajo de las trincheras alemanas y cargadas de dinamita.

LA BATALLA

Pese al enorme desarrollo de la complejidad de la maquinaria y de los asuntos de la guerra que había tenido lugar en los ejércitos occidentales desde 1815, la batalla del Somme iba a ser en muchos aspectos un acontecimiento más simple que Waterloo; no, ciertamente, en los esfuerzos de dirección que exigió a sus comandantes y a sus estados mayores, pero sí en la variedad de encuentros entre los diferentes tipos de grupos armados que tuvieron lugar sobre el terreno. En Waterloo se asistió a siete clases distintas de encuentros: artillería contra artillería, contra infantería y contra caballería; caballería contra caballería y contra infantería; infantería contra infantería; y combate individual.

Algunos de ellos pudieron haberse producido o no en el Somme. Por ejemplo, el caballo había desaparecido del campo de batalla; aunque lo lamentaban casi todos —hasta los oficiales de infantería hablaban bien de sus caballos— y el trabajo temporal en la sección de transporte de los regimientos de infantería era muy solicitado por los soldados, que parecían encontrar en el cuidado de los animales una salida a sus emociones más bondadosas, que no podían expresar entre sus compañeros. Haig había hecho traer tres divisiones de caballería al frente del Somme, pero ni se esperaba que tomaran parte el 1 de julio, ni lo hicieron; como en ningún otro día de 1916. También el combate singular había dejado de ser una opción; porque, en un campo de batalla barrido por las balas, los soldados no podían ponerse en disposición para ello, ni arriesgarse el tiempo necesario para intercambiar golpes, ni siquiera si se enfrentaban en encuentros circunstanciales. Lo más cercano al combate individual en la guerra de trincheras (aparte del golpe de bayoneta «o él o yo») era quizá el juego de «bombardear los ramales», en el que la característica más llamativa, y típica, de la Primera Guerra Mundial, era que no se veía al enemigo. Por lo tanto, solo había tres clases de encuentros posibles en el campo del Somme: artillería contra artillería; artillería contra infantería; e infantería contra infantería. Aunque, si se consideran las ametralladoras como una categoría independiente, también se puede considerar el de infantería contra ametralladoras y el de artillería contra ametralladoras.

Ya se ha visto el poco o mucho éxito que tuvo la artillería al atacar a la infantería y a las ametralladoras, y al atacar a la otra artillería. El bombardeo previo había destrozado muchos cañones de las baterías alemanas y había matado a muchos servidores. Pero quedaban los suficientes como para efectuar acciones de desgaste contra las trincheras británicas del frente en el momento de su ataque —una compañía del Queen Victoria's Rifles, concentrada en sus trincheras de partida, fue alcanzada por una repentina concentración de proyectiles a eso de las siete de la mañana y tuvo cuarenta bajas, entre muertos y heridos, en unos pocos minutos—, y para disparar barreras de contención en tierra de nadie en cuanto tuvieran señal de que los británicos habían dejado sus trincheras. Pero aparte de estos tipos de encuentros, ¿cómo le fue a la infantería de ambos bandos, una vez que los británicos habían dejado sus trincheras para avanzar hacia el asalto?

INFANTERÍA CONTRA AMETRALLADORAS

Varios supervivientes han dejado relatos sobre los primeros momentos del ataque. El Queen Victoria's Rifles, un batallón de vanguardia de la 56.^a División Londres, tenía que cruzar unos quinientos metros de tierra de nadie durante el ataque de distracción del VII Cuerpo en el flanco norte del Cuarto Ejército; y compañías del Royal Engineer crearon cortinas de humo, mediante descargas, para cubrir su avance. Poco después de las siete, los alemanes «empezaron a batir nuestros parapetos con fuego de ametralladora, pero justo en el momento de la hora H (las 7:25 de la mañana para la división) colocamos nuestras escalas y salimos a campo abierto. Las granadas explotaban por todas partes, y a través del humo que vagaba ante nosotros, pudimos ver la primera línea del enemigo, de donde emergían figuras grises [...]. Avanzamos en largas líneas, entorpecidos por los muchos embudos abiertos por las granadas, por las alambradas y por los cascotes, y detrás de nosotros aparecían más oleadas». Hacia el centro del frente del Cuarto Ejército, el 9.^o de Royal Inniskilling Fusiliers, de la 36.^a División Ulster, iba en la oleada de vanguardia. Su comandante, Ricardo,

se puso de pie en el parapeto, entre las dos salidas centrales, para desearles suerte. Se pusieron a avanzar, sin demora ni alboroto, sin carreras ni gritos; todo muy compacto y minucioso, como los mismos hombres [eran agricultores del condado de Tyrone]. Aquí y allá, algún muchacho me saludaba con la mano cuando le gritaba con mi megáfono: «¡Buena suerte!». Y todos parecían contentos. Muchos llevaban cargas. ¡Era extraño avanzar contra un fuego potente con un gran rollo de alambre de espino en el hombro!

Describiendo un ataque de la segunda oleada, en un relato que sirve también para la primera, Gilbert Hall, del 1.º de Barnsley Pals (13.º de York y Lancasters de la 31.ª División), oyó el silbato de su oficial «y la compañía c trepó al parapeto y avanzó, para enfrentarse con [...] una extensa ladera cubierta de hierba que subía suavemente hacia una serie de colinas bajas que estaban a unos quinientos cincuenta metros al frente. Las trincheras alemanas eran claramente visibles; tres líneas de fortificaciones con parapetos de sacos terreros, a las que la pendiente permitía disparar escalonadamente —las de arriba por encima de las de abajo— contra la infantería británica que avanzaba. Frente a las líneas enemigas, había anchos cinturones de alambradas sin cortar, solo con pequeñas brechas». Los Barnsley Pals se dirigieron contra estas alambradas, como, a lo largo de toda la línea, hicieron a la hora H otros 60 000 soldados de infantería. En algunos batallones, los hombres podían moverse de pie, con las armas empuñadas o al hombro, según lo previsto. En otros, pronto se doblaron hacia delante, como los hombres que marchan con un viento o una lluvia fuertes, con las bayonetas caladas y los fusiles en horizontal. «Según mi experiencia —escribió lord Chandos—, inconscientemente adoptan esta posición encogida cuando avanzan bajo un fuego intenso».

Muchos soldados se encontraron, pues, con un fuego intenso al dejar sus trincheras. Dos compañías de segundo escalón del 10.º de West Yorks, que atacaba en dirección al pueblo en ruinas de Fricourt, en el pequeño valle del río Ancre, se vieron frenadas en campo abierto por las ametralladoras alemanas, que emergieron de sus refugios después de que les pasaran por encima las oleadas de vanguardia. Fueron «prácticamente aniquiladas y las líneas quedaron rotas». En la división vecina, los batallones 15.º y 16.º de Royal Scots, dos batallones Edinburgh Pals, con una alta proporción de originarios de Manchester, fueron batidos por un fuego de flanco desde las ruinas de La Boisselle y perdieron varios centenares de hombres en pocos minutos; aunque los supervivientes siguieron avanzando hacia las líneas alemanas. Los batallones vecinos, el 10.º de Lincolns y el 11.º de Suffolks (el Grimsby Chums y el batallón Cambridge), cayeron en el mismo fuego de flanco; de los que siguieron hasta las trincheras alemanas, algunos, según la historia oficial, «fueron quemados vivos por los lanzallamas cuando alcanzaron el parapeto [alemán]»; otros se vieron otra vez ante el fuego de las ametralladoras al penetrar en la posición. Un oficial de artillería que cruzó más tarde se encontró con «línea tras línea de hombres moribundos, allí donde habían caído». Detrás de los Edinburghs, los cuatro batallones Tyneside Irish, de la 103.ª brigada, sufrieron una masacre extraña y sin sentido. El jefe de la 34.ª División había decidido mover el total de sus doce batallones simultáneamente hacia el frente alemán: las brigadas 101.ª y 102.ª desde sus trincheras, la brigada 103.ª desde la línea de apoyo (llamada línea Tara-Usna, en un pequeño reentrante conocido como el valle de Avoca; los tres nombres en alusión a bellos lugares de Irlanda celebrados por Yeats y los escritores nacionalistas irlandeses). Por esta decisión, la última brigada debía atravesar un kilómetro y medio de campo abierto para situarse en su línea de frente: una travesía segura si las ametralladoras enemigas hubiesen sido acalladas; de lo contrario, una marcha fúnebre. Un sargento del 3.º de Tyneside Irish (el 26.º de Northumberland Fusiliers) describe cómo fue: «Podía ver largas líneas de hombres, a mi izquierda y a mi derecha, hasta la lejanía. Entonces, se oyó el “ra-ta-ta-ta” de las

ametralladoras a lo lejos. Recorrí unos nueve metros y vi que apenas quedaban hombres a mi alrededor. Entonces yo mismo fui alcanzado». No todos cayeron tan pronto. Unos pocos espíritus heroicos continuaron hasta la primera línea británica, cruzaron tierra de nadie y entraron en las trincheras alemanas. Pero la brigada fue destruida; uno de sus batallones había perdido unos seiscientos hombres, entre muertos y heridos; otro, quinientos; el mando de la brigada y dos jefes de batallón habían sido heridos; un tercero, muerto^[17]. Militarmente, el avance no había conseguido nada. La mayoría de estos cadáveres yacían en territorio británico antes del comienzo de la batalla.

En la vecina 32.^a División, el 16.^o de Northumberland Fusiliers (Newcastle Commercial) y el 15.^o de Lancashire Fusiliers (1.^o de Salford Pals), fueron también batidos por fuego de ametralladora desde Thiepval, cuando salían de sus trincheras; los Newcastle Commercial tras el saque de balón de un futbolista famoso del país. Varias oleadas fueron eliminadas al instante, y los jefes ordenaron a las compañías intactas que permaneciesen en las trincheras. En el valle pantanoso del Ancre, varios batallones de la División Ulster fueron enfilados por las ametralladoras alemanas cuando los hombres trataban de cruzar tierra de nadie, que allí tenía trescientos sesenta y cinco metros de anchura. Las bajas fueron peores en el 9.^o de Royal Irish Fusiliers (los batallones Armagh, Monaghan y Cavan de la UVF): 532 oficiales y soldados cayeron cuando corrían hacia la alambrada —táctica ortodoxa aprendida en las colinas irlandesas en batallas simuladas cuatro años antes— y las balas los detuvieron. Las pérdidas en los otros dos fueron casi tan fuertes. En la 29.^a División regular, a la izquierda de los del Ulster, algunos batallones sufrieron la peor de las experiencias de la Primera Guerra Mundial: avanzar por tierra de nadie bajo un fuego muy intenso, encontrarse con las alambradas sin cortar (así estaban en muchos lugares) y ser batidos por las ametralladoras mientras buscaban un sitio por el que atravesarlas. Entre ellos estaban los Royal Inniskilling Fusiliers, los mismos Inniskillings que, un siglo y un año antes, tuvieron que aguantar en formación de cuadro los cañoneos durante la tarde, cerca del cruce de caminos de Waterloo. Frente a Beaumont-Hamel, en unos minutos fueron baja 568 Inniskillings —de los que 246 murieron—, por el fuego de ametralladoras alemanas que habían surgido de los escondrijos del barranco Y, que no había sido alcanzadas por ni una sola granada durante el bombardeo, pese a los intentos de los artilleros aficionados. Poco después, el único batallón del Imperio que tomó parte en el ataque del Somme, el 1.^o del regimiento Newfoundland, formado exclusivamente por nativos de allí, trató de encontrar un camino por donde habían fracasado los Inniskillings; y en el intento tuvieron más muertos, heridos o desaparecidos —710 en total, incluidos todos los oficiales— que ningún otro batallón el 1 de julio (aunque el 10.^o de West Yorks perdió exactamente el mismo número frente a Fricourt, en el frente de la 21.^a División). Finalmente, en el frente de la 46.^a División (North Midlands), en el extremo norte del campo de batalla, el 1/6.^o de North Staffords y el 1/6.^o de South Staffords, los batallones territoriales de Wolverhampton y Hanley, perdieron sus compañías de vanguardia frente a alambradas sin cortar; y la mayoría de los que lograron llegar, fueron abatidos por disparos o granadas de los defensores.

INFANTERÍA CONTRA INFANTERÍA

Puede que el fuego de ametralladora acabara así con veinte batallones en tierra de nadie, del total de sesenta empleados en la primera oleada del ataque; un fuego al que no habían sido capaces de responder, y cuyos orígenes, en general, no habían logrado identificar. Algunos también cayeron por el fuego de barrera alemán —auténtico fuego de barrera, puesto que tomó la forma de una cortina

continua de granadas a lo largo de una línea concreta—, efectuado por cañones que se habían salvado de las baterías británicas, o que habían permanecido «ocultos» (es decir, presentes pero en silencio, y por lo tanto no localizables), o que habían llegado al frente del Somme hacia el final del bombardeo; este había puesto sobre aviso al alto mando alemán con tanta antelación, que le permitió enviar refuerzos. La barrera fue particularmente densa en el frente del VIII Cuerpo, quizá porque sus artilleros estaban aún peor instruidos que los demás de este ejército poco instruido; fue allí donde había menos alambradas cortadas, prueba suplementaria de la incompetencia artillera.

Pero los batallones que lograban penetrar habían superado lo peor, en términos colectivos; porque, una vez dentro de las posiciones de los alemanes, los artilleros de estos ya no podrían someterlos al fuego de barrera, por tener a sus propios hombres mezclados con los británicos; y estos, además, podían aprovecharse de las trincheras para protegerse contra las granadas y los disparos de la infantería alemana. En la práctica, las cosas resultaban menos simples y más peligrosas de lo que sugiere este análisis; porque los británicos, al tener que conquistar objetivos más distantes, no podían permanecer en las trincheras alcanzadas; y, si no querían ser atacados por detrás cuando continuasen, debían seguir combatiendo un rato. Los alemanes, por otro lado, tenían intacta la red telefónica lo suficiente como para poder informar a veces a sus baterías acerca de las trincheras que estaban en manos británicas, para que pudieran abrir fuego sobre ellas. Los británicos, en cambio, carecían de esta comunicación con las suyas, ya que las líneas telefónicas que habían tendido por tierra de nadie habían sido cortadas casi sin excepción, lo que no sorprendió a nadie. Para mayor complicación, los batallones que habían penetrado en la vanguardia alemana tenían la orden, tanto de consolidar la posición —limpiar la trinchera capturada de cualquier resistencia alemana—, como de «seguir la barrera» —avanzar tras la cortina de fuego hasta la segunda o tercera línea de trincheras alemanas, o hasta una «posición de embudos» intermedia—; algunas artillerías divisionarias se habían permitido hasta seis de estos «saltos».

Avanzar detrás de una barrera de metralla, pese al estrépito de esta, no resultaba peligroso en sí, dada la precisión de la artillería; porque la metralla salía proyectada hacia delante, y solo ocasionalmente la vaina podía saltar hacia atrás y herir a la infantería que la seguía. Para finales de 1917, los soldados de infantería británicos habían aprendido, y estaban orgullosos de ello, a marchar solo a veinticinco metros de una abrasadora y estruendosa nube de explosiones y polvo, mentalizados de que era más seguro exponerse a la muerte de la barrera que quedarse rezagado y poder ser víctima de un alemán que se hubiese salvado de los proyectiles y al que el propio retardo le hubiese dado tiempo para salir de su abrigo. En julio de 1916, sin embargo, pocos artilleros sabían aún cómo hacer para que una barrera se «arrastrase» a un ritmo de marcha regular sobre un terreno ocupado por el enemigo, y, por prudencia, pocos soldados de infantería se arriesgaban a acercarse demasiado hasta comprobar que se desplazaba convenientemente hacia el siguiente objetivo. La consecuencia era que el avance consistía en una serie de sacudidas discontinuas, que dejaban a los soldados literalmente sin aliento, incluso cuando era según lo planeado; el desplazamiento de la barrera al siguiente objetivo era la señal para que la infantería que estaba a la espera dejara sus abrigos y corriese los doscientos o trescientos metros que le separaba de ella, para volver a situarse bajo su protección. A la 18.^a y la 30.^a Divisiones, las que enlazaban con los franceses en el extremo sur del campo de batalla, este procedimiento les funcionó muy bien, y ambas alcanzaron sus objetivos dentro de los límites de tiempo previstos; aunque cada una con alrededor de tres mil bajas. Pero les había beneficiado tener cerca a los franceses, cuya artillería, tras dos años de guerra, era muy superior a la Royal Artillery; y cuya infantería, perteneciente aquí al XX Cuerpo, estaba considerada entre las mejores del Frente Occidental. Por lo tanto, el avance del III Cuerpo británico fue, de algún modo, y según el argot de la época, «por simpatía».

Más al norte, en cambio, donde los británicos tuvieron que avanzar solos, casi todos los

batallones, tarde o temprano, «perdían» la barrera; incluso cuando conseguían llegar hasta las posiciones alemanas, desde donde veían cómo se les escapaba inexorablemente, con su chirrido ruidoso, de acuerdo con el horario preestablecido; solo en escasas ocasiones, y con mucha dificultad, lograban que volviese adonde se encontraban detenidos. En todas partes, las razones de estas «pérdidas» de la barrera eran las mismas: la infantería llegaba a la trinchera alemana demasiado desorganizada por sus pérdidas como para ser capaz de continuar en el momento requerido; o era entretenida tanto tiempo por la resistencia de los defensores alemanes, que la barrera se marchaba sin ella; o llegaba tan agotada por el esfuerzo físico y nervioso —más rápido de lo que había previsto el estado mayor—, que se detenía a descansar.

El agotamiento fue lo que detuvo el avance en el sector norte del frente de la 21.^a División, tras una acometida muy valiente y rápida que había llevado a los dos batallones de vanguardia de la 64.^a brigada a penetrar muy adentro de la posición alemana. A pesar de las fuertes pérdidas por fuego de ametralladora en tierra de nadie, el 9.^o y el 10.^o de King's Own Yorkshire Light Infantry (KOYLI) la atravesaron, encontraron buenas brechas en las alambradas alemanas, aniquilaron a los defensores que les hicieron frente y tomaron la primera trinchera. Allí se les unieron los batallones de apoyo, el 15.^o de Durham Light Infantry y el 1.^o de East Yorkshire; siguieron a la barrera hasta la siguiente trinchera alemana, en donde capturaron a unos doscientos prisioneros, que mandaron a retaguardia. Todo esto en unos diez minutos, en que la mitad de los oficiales y la mayoría de los suboficiales fueron baja. Entonces la barrera continuó hacia delante, y los batallones aún fueron capaces de seguirla; pero se encontraron con más alemanes, ocultos en embudos o en segmentos de trinchera, desde donde les lanzaron granadas o les dispararon con sus fusiles. Media hora después de la hora H, en que habían cubierto algo más de kilómetro y medio de terreno desde su línea de frente, los hombres de Yorkshire alcanzaron un viejo camino en trinchera. Aquí se detuvo la mayoría —«se dio un alto general», eufemismo empleado por el historiador oficial—, aunque algunas partidas de los cuatro batallones avanzaron algo más, hasta la trinchera Crucifix, el primer objetivo de la brigada. Los alemanes empezaron a disparar con sus ametralladoras desde asentamientos ocultos en el bosque, a cuatrocientos cincuenta metros; para entonces, «la barrera había pasado». El avance del 9.^o y el 10.^o de KOYLI se había terminado por ese día, ya que los hombres no daban más de sí, tanto por la fatiga como por el temor de continuar solos, ya que habían sido baja los oficiales que debían dirigirlos. Con bastante retraso, llegaron noticias de la situación de estos LOOB (siglas inglesas de «Mantenidos Fuera De la Batalla» hasta que dispusieran de mandos, si las pérdidas eran muy fuertes), y uno de los oficiales, el joven capitán Basil Liddell Hart, avanzó bajo el fuego de ametralladora alemán para tomar el mando. Permaneció toda la tarde con los supervivientes, mientras las bombas caían en una sucesión de ataques británicos y contraataques alemanes. Por la noche fueron retirados.

En el frente de la 8.^a División, la causa de que los batallones británicos perdiesen la barrera fue la desorganización. La artillería alemana, que estaba enfrente, no fue dominada, y desencadenó un denso fuego en tierra de nadie cuando la infantería estuvo a setenta y cinco metros de la alambrada. Ya habían sufrido el fuego de las ametralladoras desde gran distancia, durante el proceso de escalar sus parapetos, desfilar por las brechas abiertas en sus alambradas, formar en oleadas (cada batallón se desplegaba en cuatro oleadas, a cincuenta pasos de distancia entre ellas) y marchar a través de tierra de nadie, que aquí era de setecientos cincuenta metros. Bajo el azote de la barrera alemana, la infantería británica había roto su formación y corrido hacia la alambrada. En varios lugares, los supervivientes consiguieron alcanzar la trinchera alemana, e incluso rebasarla. Pero la mayoría de sus oficiales habían caído, y los grupos de atacantes eran pequeños y estaban alejados unos de otros. Sospechando esta circunstancia, uno de los mandos, el teniente coronel Bastard, del 2.^o de Lincolns, cruzó solo tierra de nadie desde el lado británico, reunió a sus soldados esparcidos y a los del

batallón vecino, y organizó para la defensa un trecho de la trinchera capturada. La barrera británica que debía haberles ayudado caía entonces muy lejos, sobre posiciones que los británicos no tenían esperanza de alcanzar, y menos aún de tomar; y hasta las 9:15 de la mañana, casi dos horas después de la hora H, no se discutió la posibilidad de retrasar el fuego entre el mando y los brigadieres. Entonces estos dijeron que no era posible reanudar el ataque con sus brigadas deshechas, y que volver a formar la barrera sobre la línea de frente alemana podía causar más bajas entre los propios que entre los enemigos. De modo que se dejaron así las cosas. Al final, Bastard y su puñado de hombres se retiraron.

Las circunstancias más frustrantes al perder la barrera fueron las experimentadas por los batallones que llegaron más o menos intactos al interior de las líneas alemanas, pero que encontraron una resistencia tan resuelta que no fueron capaces de continuar hasta el siguiente objetivo según el horario previsto. Una experiencia de este estilo —típica, aunque rara el 1 de julio— fue el del London Scottish. Perteneciente a la 56.^a División Londres, que tenía encomendado el ataque de distracción al saliente de Gommecourt, al norte del frente del Cuarto Ejército, el London Scottish era uno de los batallones territoriales más famosos y mejores de la BEF. Era la primera infantería territorial que había desembarcado en Francia; había combatido en la primera batalla de Yprés en 1914; en Givenchy, Festubert y Loos en 1915; y, desde comienzos de mayo de 1916, había estado en vanguardia frente al saliente de Gommecourt. Este era un sector de trincheras extraordinariamente fuerte; aquí el terreno favorecía al defensor, que lo había mejorado con el tiempo; y además, estaba guarnecido por una excelente división alemana, la 2.^a Guard Reserve. Las baterías alemanas eran numerosas, y su fuego sobre las divisiones atacantes lo complementaba el de las baterías situadas aún más al norte, más allá del límite de la ofensiva británica. Con todo, el London Scottish, junto a otros territoriales de Londres, como el batallón Queen Victoria's Rifles, el Queen's Westminster Rifles, el de los Rangers y la brigada London Rifle estaban seguros de su capacidad para llegar hasta la posición alemana y conquistarla.

Su confianza estaba justificada. El plan de barrera les dejaba media hora para limpiar su objetivo y estrechar la mano de los mandos de la 46.^a División North Midlands, con la que tenían que realizar un ataque convergente. Al abandonar sus trincheras detrás de una cortina de humo a las 7:30 de la mañana, el London Scottish fue sometido de inmediato a una dura barrera fija en tierra de nadie, pero continuaron hacia delante; y, aunque varios oficiales perdieron la dirección a causa del humo, condujeron a sus hombres a otros sectores de la trinchera y lograron llegar casi todos a la línea frontal alemana. Los alemanes la habían abandonado en varios lugares, probablemente a propósito, ante el avance de los Scots; por lo que estos, allí y en otros sitios, penetraron rápido hasta la segunda trinchera. A la derecha, una de las compañías pudo alcanzar y rebasar su objetivo; replegándose cuando descubrió su error. A la izquierda, la compañía D se había encontrado con una resistencia más fuerte durante todo el tiempo, y no pudo llegar hasta su objetivo final, una cuarta trinchera detrás de las tres que ya habían alcanzado. Eran entonces las ocho de la mañana y la artillería divisionaria alargó su tiro, según el horario previsto, hasta el punto de contacto con la 46.^a División, que estaba bastante lejos, hacia la izquierda, de los London Scots. Esto les dejó abandonados a sus propios medios. Peor aún, se habían quedado aislados físicamente, porque la barrera fija alemana no se movía: siguió lanzando una cortina de proyectiles en tierra de nadie durante toda la mañana y toda la tarde, con lo que tenía cortada la vía de abastecimiento entre las trincheras británicas y las alemanas capturadas.

Lo que se hizo pronto esencial para los británicos fue el abastecimiento de granadas y municiones; sobre todo de las primeras. Porque, en su aislamiento, estaban sometidos a los contraataques de los alemanes, que ahora les rodeaban por tres lados. Estos contraataques

proporcionan un excelente ejemplo de cómo fue la guerra de trincheras en la Primera Guerra Mundial, y por qué tomó esta forma.

El efecto del fuego, tanto de los cañones de campaña como de las ametralladoras, hacía que en las trincheras todos fueran iguales. Pero las trincheras daban acceso unas a otras, formando una retícula continua; las trincheras de tiro estaban comunicadas por ramales transversales. Aunque raramente se verían los bandos entre sí, porque tanto las trincheras de combate como las de comunicación estaban en zigzag; se excavaban así para impedir que un hipotético atacante pudiese enfilarse toda una trinchera a lo largo, y también para limitar los efectos de un proyectil que cayese en el interior. En estas circunstancias, soldados de ambos bandos podían aproximarse bastante sin causarse excesivo daño mutuo, aunque siendo conscientes de la presencia enemiga. Podía producirse un *impasse*. Este podía resolverse si un individuo o un grupo tomaba la decisión de «ir por encima» o «sobre el suelo». El sargento Gurney, de la compañía D, murió cuando intentaba hacer eso en el avance inicial, saltando sobre el lateral de la trinchera para llegar hasta algunos alemanes que resistían el ataque tras una esquina. Pero el método habitual de resolver el *impasse* era «con granadas»; es decir, lanzando una granada de mano por encima de la trinchera de comunicación, y dando la vuelta a la carrera para llegar justo después de que hubiese explotado. Si no se hacía bien, era un juego extremadamente peligroso, porque uno se podía encontrar con la explosión de la propia granada, o con el fuego de un soldado enemigo ileso, o con la granada de otro que la hubiese lanzado desde la siguiente transversal. Aunque también podía suponer un simulacro de combate, con los dos bandos prudentemente protegidos en sus respectivas transversales y las granadas cayendo sin daño en el espacio entre ellas. En las trincheras que el London Scottish había capturado sucedió otra cosa: fue una cuestión de desgaste estático. Los Scots habían volado varias secciones de trincheras a su alrededor, con los explosivos de los ingenieros que les acompañaban; de este modo, se habían cercado a sí mismos con un muro de tierra. Dentro podían haber estado seguros, en espera de que la sección de la trinchera que habían capturado fuese incorporada, mediante las correspondientes zanjas, al sistema de trincheras británico del otro lado de tierra de nadie. Pero varias circunstancias lo impidieron: los dominaban por tres lados; las trincheras habían sido tan dañadas por el bombardeo británico que en muchos lugares sus ocupantes estaban expuestos al fuego; los alemanes disponían de artillería para dispararles a corta distancia, y de infantería fresca para contraatacar; el fuego de barrera en tierra de nadie evitaba que cruzasen abastecimientos y refuerzos. Al otro lado, el jefe de los London Scots, que había estado en reserva (LOOB), se dio cuenta de la difícil situación de sus compañías, y reunió una partida de refuerzo. Partió en tres grupos entre las nueve y las diez de la mañana, cada uno cargado con cartucheras y cajas de granadas. Solo tres de los cincuenta y nueve que partieron pudieron cruzar, y aunque esto no quiere decir que los restantes fueran alcanzados, ya que presumiblemente algunos habrían buscado refugio en los embudos, las cifras atestiguan el volumen de fuego que los alemanes estaban provocando sobre y por delante de las posiciones de los London Scots. Para entonces, dos de los cuatro jefes de compañía estaban fuera de combate, y poco después de las dos de la tarde murió un tercero. El peso de llevar a cabo la defensa recayó entonces totalmente sobre el cuarto, el capitán Sparks. «Para dirigir mejor el combate, fue visto a menudo de pie y moviéndose en el terreno despejado entre las trincheras»; una conducta que hubiese despertado admiración en Waterloo, y que al producirse en un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial, desata al panegirista. Sus hombres, aunque estaban menos expuestos, eran heridos o muertos continuamente por granadas o tiradores ocultos; y su guarnición, pese al ocasional refuerzo de refugiados de batallones sometidos a más presión en su flanco izquierdo —el de los Rangers, el Kensington y el Queen Victoria's—, veía menguar su fuerza. Los supervivientes se estaban quedando a marchas forzadas sin munición, y como si fuesen defensores de alguna fortaleza imperial en el cinturón de la frontera, siguieron disparando a lo largo de la calurosa tarde, empleando para sus

fusiles cartuchos extraídos de las cartucheras de las bajas. Hacia las cuatro, el capitán Sparks reconoció que su diminuta fuerza, atacada entonces por trece compañías de infantería alemanas de tres regimientos distintos, estaba a punto de ceder. Envió el siguiente mensaje a través de tierra de nadie: «Me enfrento a esta situación. He recogido todas las granadas y cartuchos de las bajas. Todo ha sido utilizado. Tengo tres alternativas: a) seguir aquí con los hombres que quedan y morir; b) rendirme al enemigo; y c) retirarme con cuantos hombres pueda. Cualquiera de las dos primeras alternativas me desagrada. Propongo adoptar la tercera». Utilizando municiones y rifles alemanes abandonados, ofreció, junto a cuatro suboficiales, una última resistencia en la trinchera, mientras los otros supervivientes escapaban por tierra de nadie. Allí se escondió la mayoría, incluido Sparks, hasta que cayó la noche y pudieron volver a las líneas británicas. Durante el día, los London Scottish, que al amanecer contaban con 856 hombres, habían quedado reducidos, entre muertos y heridos, a 266.

LA VISIÓN AL CRUZAR TIERRA DE NADIE

Ese fue el resultado —que se repitió en otros veinte o treinta puntos a lo largo del frente de batalla del Somme la tarde del 1 de julio— de confiar en el poder de la artillería de la época para destrozarse una posición enemiga y «disparar contra la infantería a través de» sus ruinas. Los cuatro tipos de fracaso que acabamos de examinar no agotan todos los que tuvieron lugar en la jornada. La División Ulster no fue capaz de alcanzar su objetivo final, tras un avance muy rápido hasta el primero, simplemente porque se detuvo la barrera británica; esto permitió que los alemanes pudiesen reforzar la posición desde la retaguardia; de lo contrario, los hombres del Ulster la hubiesen encontrado vacía. Se entiende, pues, que la División Ulster contase el 1 de julio como una victoria; y la fecha, que coincide con el aniversario de la batalla del Boyne (Old Style), es considerada por los protestantes de la provincia como uno de sus días sagrados. Otros batallones fracasaron en sus ataques porque sus apoyos no pudieron o no quisieron seguir el camino que habían abierto en las posiciones alemanas, dejándolos así aislados en ellas. Esta debió de ser la suerte de algunos del 12.^o de York y Lancasters, cuyas sepulturas fueron encontradas el 13 de noviembre, ya al término de la batalla, cuando el pueblo de Serre —uno de los objetivos del primer día no alcanzados— cayó al fin en manos británicas. Muchos batallones de la segunda línea fracasaban en sus ataques porque, al llegar a las trincheras alemanas, se mezclaban tanto con los supervivientes del batallón que había atacado antes, que perdían el orden y la cohesión. La 7.^a División tomó algunos objetivos iniciales, la 18.^a la mayoría, la 30.^a todos; y batallones de la 21.^a y la 34.^a aseguraron considerables secciones de las trincheras alemanas que tenían enfrente. Los franceses, más instruidos, con más experiencia, y con una artillería mucho más pesada, habían tomado todos los objetivos del primer día, y hubiesen seguido si el plan hubiese previsto un éxito inesperado. El primer día del Somme no había sido un completo fracaso militar.

Pero había sido una tragedia humana. Los alemanes, con unos sesenta batallones en el frente británico del Somme, aunque los de vanguardia fueron unos cuarenta, es decir, alrededor de 35 000 soldados, tuvieron unas 6000 bajas. Bastante malo; pero el peso de la tragedia radica en la enorme disparidad entre sus pérdidas y las de los británicos: el 1 de julio, el 180.^o regimiento alemán perdió a 280 hombres, de entre 3000; los británicos que los atacaron perdieron a 5121, de entre 12 000. En total, los británicos perdieron a 60 000 hombres, de los que 21 000 fueron muertos; la mayoría durante la primera hora del ataque, quizá en los primeros minutos. «Las trincheras —escribió Robert Kee cincuenta años después—, fueron los campos de concentración de la Primera Guerra Mundial»;

y, aunque la analogía, desde el punto de vista académico, puede ser tachada de anacrónica, algo hay de Treblinka en casi todos los relatos del 1 de julio acerca de esas largas líneas de hombres dóciles, vestidos de lana mala, con su enorme carga y su número alrededor del cuello, avanzando penosamente a través de un terreno sin accidentes hacia su exterminio dentro de las alambradas. Los relatos del Somme provocan en los lectores y en los oyentes el mismo tipo de emociones que las descripciones de lo que sucedía en Auschwitz —fascinación culpable, incredulidad, horror, asco, lástima y rabia—, y no solo en los que son sensibles y pacíficos; ni solo en el historiador militar, sobre el que cae un tremendo letargo mientras relata la extinción de tal o cual intento valiente, con las teclas de su máquina de escribir golpeando pesadamente sobre el papel, formando renglones cada vez más lentamente, conforme se acerca al final de la hoja, como si fuesen oleadas de un batallón Kitchener fracasando al conquistar su objetivo... No solo en ellos, sino también en los soldados profesionales. Lo que suele suscitar en ellos la historia del Somme es cólera. ¿Por qué no hicieron nada los mandos? ¿Por qué permitieron que siguiese el ataque? ¿Por qué no frenaron a un batallón que seguía el camino de otro que ya se había encontrado con la muerte?

Sí frenaron a algunos batallones. En la cara norte del saliente de Gommecourt, donde el ataque de la 46.^a División North Midlands había fracasado completamente, con fuertes pérdidas durante la mañana, uno de los jefes de brigada, el brigadier general H. B. Williams, que había visto al 1/6.^o de North Staffordshire y al 1/6.^o de South Staffordshire destrozados poco después de la hora H, decidió no enviar por la tarde a los batallones hermanos, el 1/5.^o North Staffords y el 1/5.^o South Staffords. A la 10.^a y a la 12.^a brigadas de la 4.^a División se las retuvo al completo, para que no reanudarán un ataque sin sentido al norte de Beaumont-Hamel sobre la misma hora; y más avanzada la tarde, el general De Lisle, que mandaba la 29.^a División, les dio una contraorden al 1/4.^o y al 1/5.^o de KOYLI — que habían sido adelantados desde la reserva del x Cuerpo—, para que abortasen otro intento contra las laderas cubiertas de cadáveres de Thiepval. Hubo más suspensiones; pero lo cierto es que la mayoría de los batallones que tenían previsto atacar, atacaron: sin importar lo que les hubiese sucedido a los batallones precedentes. Hay diversas razones de que esto fuera así. Una es el habitual sentido militar de compromiso con un plan; otra, el estilo de los mandos de la época, educados en la creencia de la inevitabilidad del alto número de bajas; una tercera sería la idea de autosacrificio que impregnaba a los ejércitos de Kitchener. Pero existe otra razón más decisiva aún: la ignorancia que, durante la mayor parte de la jornada, se tuvo en todo el lado británico acerca de lo que estaba sucediendo.

Incluso sesenta años más tarde, resulta muy difícil encontrar datos precisos, detallados y humanamente reveladores sobre la suerte de un gran número de batallones del Cuarto Ejército aquel día. Muchos de los regimientos territoriales de Londres, con un arraigado sentido de la identidad y compuesto por hombres de clase media, relacionados con periodistas y con editores, produjeron después de la guerra excelentes historiales, en los que la crónica oficial se complementa y se ilumina con un gran número de recuerdos personales de los supervivientes más elocuentes y cultos. Los batallones regulares de los Guards y los regimientos de línea aumentaron copiosamente los historiales que ya tenían. Pero, como se ha visto, en el Somme predominaron grupos más humildes y transitorios, a los que el ejército regular cubrió por un tiempo bajo el manto de su identidad, pero que, llegada la paz, se desvanecieron de la memoria popular casi tan rápidamente como habían surgido. No fue por un acto deliberado de ocultación. Los regimientos regulares que habían reclutado el mayor número de batallones de «servicio» eran a menudo los menos acomodados (una regla elemental para calcular el estatus social de un regimiento inglés era que, cuanto más lejos estuviese su depósito de Londres, menos de moda estaría y menos adinerados serían sus oficiales), y, por lo tanto, los que menos podían permitirse el gasto de editar una historia exhaustiva. Se daba, por

lo demás, una dificultad en cuanto a las fuentes. La principal del historial de una unidad es el Diario de Guerra, que se supone redacta cada día el oficial de inteligencia. Cuando es un aficionado, su contenido tiende a ser esquemático; y cuando la acción es intensa y hay muchas bajas, puede llevar un retraso de varios días, hasta que al final se rellena con un relato de los hechos simple y a veces de segunda mano. Estas consideraciones valen para los diarios de guerra del 1 de julio. El resultado es que la incertidumbre sobre la experiencia de algunos batallones Kitchener ha constituido un suplemento de patetismo para su historia colectiva. Y así pudo haberse mantenido, con las incertidumbres por siempre sin aclarar. Pero en el último momento, un granjero de Lincolnshire, Martin Middlebrook, al que una visita casual a los cementerios de guerra del Somme, a finales de la década de 1960, le despertó una curiosidad obsesiva por la naturaleza y la suerte de los ejércitos de Kitchener, se embarcó en una búsqueda de supervivientes del 1 de julio, y, en un esfuerzo sencillamente heroico de trabajo histórico de campo, encontró y entrevistó a 546 de ellos, que para entonces tenían setenta años o más, salvo algunos que se habían alistado siendo menores.

El libro que hizo con sus entrevistas es toda una proeza, comparable a la de Siborne con respecto a la historia de Waterloo; construida sobre la misma base, logra estar a su altura, y además resulta más legible^[18]. Pero, mientras que Siborne envió su cuestionario a todos los oficiales supervivientes, y de sus respuestas fue capaz de extraer y de relacionar detalles con los que se podía alcanzar una descripción significativa de la batalla, las respuestas que obtuvo Middlebrook eran, naturalmente, solo de los grados inferiores, cuya visión era muy local y cuyo efecto colectivo es el de un caos casi indescifrable. Ya vimos lo que decían los corresponsales de Siborne a propósito de las limitaciones que imponían las circunstancias de la batalla a la hora captar los acontecimientos. Lo que más llama la atención de los testimonios aportados por Middlebrook, es el grado en que un siglo de transformación tecnológica ha reducido el alcance de la visión efectiva en el campo de batalla, muy en especial en aquellos que no están acostumbrados a las realidades de la guerra. «A mi izquierda —escribió un soldado del 1/8.º de Royal Warwicks sobre lo que pasaba a la hora H—, podía ver grandes explosiones de granadas mientras avanzaban los West Yorks, y vi caer a muchos hombres. Al principio pensé que estaban buscando tapabocas (uno de los recuerdos favoritos), hasta que me di cuenta de que habían sido alcanzados». Al otro lado de tierra de nadie «encontré alambrada alemana bien cortada —escribía un soldado del 4.º de Tyneside Scottish—, pero solo pudimos pasar tres de la compañía: mi teniente, un sargento y yo. Al resto parece que los alcanzaron en tierra de nadie [...]. El oficial decía: “¡Dios, Dios! ¿Dónde están los demás?”». El soldado Tomlinson, del 1/7.º de forestales de Sherwood, acompañó a su jefe, que había ido a averiguar por sí mismo lo que le sucedía a su batallón: «Cuando llegamos a la alambrada alemana, me quedé espantado al verla intacta, después de lo que nos habían dicho. El coronel y yo nos refugiamos detrás de un pequeño terraplén. Al rato, el coronel se puso a gatas para ver mejor. Fue alcanzado de inmediato por un disparo limpio en la frente».

Con esta visión de los hechos tan difícil y tan peligrosa de conseguir cerca del enemigo, cabe deducir que en las líneas británicas resultaba aún más complicado formarse una idea global de la batalla. Rowland Feilding, un Coldstream Guard que se había aproximado para observar la batalla desde un punto situado enfrente de Mametz, le escribió a su esposa: «La vista era inspiradora y magnífica. De derecha a izquierda, pero en especial frente a los franceses [...] el horizonte entero parecía estar en llamas, con las explosiones de los proyectiles mezclándose con el humo de los pueblos que ardían [...]. Esta es una región de extensas vistas. No hay mejor sitio para contemplar operaciones militares». Pero Feilding se había asomado allí como turista, buscando sensaciones y no datos precisos. Un turista más inquisitivo y con una motivación profesional, J. F. C. Fuller, encontró al llegar «un intenso bombardeo [...] en plena danza, y había tanto polvo y humo [cubriendo] el

saliente de Gommecourt que era difícil ver nada con claridad. Cinco minutos antes de la hora H, se preparó una barrera de humo algo dispersa, y seguidamente se produjo el ataque por tierra de nadie. No puedo decir que lo viera. Todo lo que puedo atestiguar es que, un poco más tarde, logré captar con mis prismáticos a varios grupos de hombres, presumiblemente de la 139.^a brigada, avanzando hacia el bosque Pigeon». Un mando del sector de Gommecourt, que no debía de andar lejos de Fuller, el coronel Dickens del Queen Victoria's Rifles, vio aún menos que él: «Durante dos horas a partir de la hora H, no se recibió ninguna noticia desde el frente [que solo se encontraba a novecientos metros], al haber fallado todas las comunicaciones visuales y telefónicas. Además de contestar las llamadas de la brigada [el siguiente cuartel general superior], que pedía información, intentábamos mirar lo que pasaba». Pero no se supo nada hasta que, pasadas las nueve, llegaron «dos valientes mensajeros que habían cruzado a nuestra línea a través de la barrera».

¿Por qué tuvo que depender de mensajeros? La razón es sencilla. El sistema de comunicación del Cuarto Ejército, parecido en lo fundamental al establecido a lo largo de todo el Frente Occidental y a ambos lados de tierra de nadie, era integral. Se basaba en el teléfono y en el telégrafo —este sustituido al otro cuando no se podía asegurar la amplificación—, y corrían a través de una malla muy elaborada de «líneas terrestres» o «líneas aéreas». Las «líneas aéreas» iban desde los principales cuarteles generales —cuartel general en Montreuil, y el del estado mayor del Cuarto Ejército en Querrieux—, hasta el cuerpo y la división, con todas las derivaciones necesarias para el enlace con los flancos. A partir de la división, y hasta la brigada y el batallón, las líneas dejaban sus postes para ir por tierra, pasando a ser «líneas terrestres»; en este momento de la guerra ya no tendidas a lo largo de las paredes de las trincheras de comunicación, sino enterradas bajo los enrejados de madera del suelo. Cuanto más se acercaban a la primera trinchera, tanto más se enterraban, hasta que en la zona de vanguardia alcanzaban una profundidad de un metro ochenta. La instalación de este «enterramiento a metro ochenta» había sido una de las operaciones que más tiempo había consumido en la preparación de la ofensiva; pero estaba justificada porque garantizaba la comunicación incluso bajo el fuego enemigo más intenso. Pero tenía una seria limitación: se detenía en el borde de tierra de nadie. Una vez que las tropas abandonaron sus trincheras, a las 7:30 de la mañana del 1 de julio, quedaron más allá del alcance de su sistema de transmisiones, hacia lo desconocido. El ejército les había proporcionado algunos medios improvisados para que indicaran su posición: bengalas, triángulos de hojalata cosidos en las mochilas con símbolos para ser reconocidos por el aire, lámparas y banderas, y algunos medios de señales unidireccionales, como manipuladores de Morse, banderas de señales y palomas mensajeras; pero ninguno sería de utilidad el 1 de julio. De hecho, parece que estos medios lo único que hicieron fue estorbar todavía más a unos hombres que iban ya sobrecargados, de un modo que recordaba más a exploradores partiendo para una expedición que a soldados dirigiéndose a la batalla. La historia de la última expedición de Scott, cuyas noticias habían electrizado al mundo de habla inglesa en vísperas de la guerra, pudo haber tenido un significado especial, visto en retrospectiva, para un soldado reflexivo del Cuarto Ejército, que quizá pensara, al verse doblegado bajo el peso de las raciones y del equipo de protección, que la noche del 30 de junio había estado preparándose para partir del campamento base en busca del objetivo final; tiene semejanzas con el destino de los soldados desaparecidos del 12.^o de York y Lancasters, cuyos cadáveres fueron descubiertos en el corazón de la posición alemana cinco meses después.

Hoy parece incomprensible que una partida pudiese desaparecer así, no en las extensiones de la Antártida, sino en un lugar que casi estaba al alcance de la vista de sus propias líneas; y nos lo parece porque estamos acostumbrados a pensar que la radio proporciona comunicaciones instantáneas con todo el campo de batalla. Pero la nube de lo desconocido que caía sobre un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial a partir de la hora H era asumida por sus generales como uno de los riesgos. Desde mediados del siglo XIX, se había ido ampliando tanto el campo de batalla, y a tal

velocidad, que ningún general podía aspirar ya a estar presente en los sucesivos lugares críticos de la misma, como había podido hacer Wellington; y desde finales de siglo, el alcance y el volumen de fuego de las armas portátiles se había expandido de tal modo, que ningún general podía aspirar a observar la batalla desde vanguardia, como también había podido hacer Wellington. Para entonces, se aceptaba que el principal trabajo del general debía hacerse en el despacho, antes del comienzo de la batalla; y, ciertamente, una de las obras de literatura militar más comentadas en el ejército británico antes de la Primera Guerra Mundial fue un relato del general sir Edward Swinton, *A Sense of Proportion*, cuyo protagonista era un general —basado obviamente en el gran Moltke— que, tras haber tomado sus disposiciones en vísperas de la batalla, pasaba el tiempo cazando moscas para pescar truchas, con la completa seguridad —que la conclusión de la historia justificaba— de que había hecho cuanto estaba en su mano.

Ningún general británico pasó el 1 de julio pescando. Pero el espíritu que animaba los planes del Cuarto Ejército, fuesen los de una unidad como el XIII Cuerpo (de tamaño equivalente al del ejército de Wellington), que ocupaban treinta y una páginas (Wellington no dio ningún plan escrito en Waterloo), o fuesen los de una unidad como el Queen Victoria's Rifles, con menos de mil hombres, que ocupaba veinte párrafos numerados, era esencialmente swintoniano. En dicho espíritu no estaba el prever eventualidades, sino más bien intentar predeterminar el futuro; un espíritu nacido, en suma, del lenguaje de las órdenes: «la infantería y las ametralladoras avanzarán una vez que [...]»; «la artillería de sitio y la pesada se adelantarán»; «alcanzados los objetivos finales de la 30.^a División, será relevada por la 9.^a». Los intentos del hombre por predeterminar son arriesgados siempre; y un requisito básico para el éxito es la cooperación de todos los implicados. En este caso, como es obvio, los británicos no podían contar con los alemanes. Por ello, en cada punto en que la predeterminación podía ser amenazada cuando tuviese lugar, Haig y Rawlinson se habían asegurado: alargando la duración del bombardeo, añadiendo objetivos que destruir e incrementando la proporción de fuerzas en el espacio.

Todo esto complicó el plan. Y la complicación de un plan cuyo éxito depende de la suave interacción entre un gran número de elementos dependientes los unos de los otros, está invocando al fracaso. La interacción tiene como requisito la articulación, por emplear el lenguaje con que a J. F. C. Fuller le gustaba oscurecer las verdades militares; y esto significa que, si se va a llevar a cabo una operación de envergadura contra una resistencia enemiga, los mandos deben poder hablar en todo momento con sus unidades, estas con la artillería de apoyo, y así sucesivamente. Tales comunicaciones eran fáciles cuando todos estaban en el mismo lado de tierra de nadie. Pero cesaron en cuanto la infantería inició su marcha; a partir de entonces las comunicaciones debían efectuarse, y eso si podían hacerse, mediante los mensajeros de batallón, que podían llegar, como le ocurrió al coronel Dickens, dos horas después del comienzo de la batalla.

Fueron estas discontinuidades en la recepción de información, en especial la referida a dificultades o fracasos, las que hicieron imposible el control de la batalla, del modo tangible e instantáneo en que lo había tenido Wellington en Waterloo. Los mandos no lograban saber dónde estaban los soldados: «La observación de las tropas era extremadamente difícil, debido al humo y al polvo, y aunque dos patrullas de aeroplanos de contacto hicieron gala de su audacia, volando a lo largo del frente, en ocasiones solo a quince metros de altura y bajo un intenso fuego de armas individuales, no se podía obtener ninguna información precisa» [de la 4.^a División a media mañana]. Los batallones sometidos a una gran presión no podían pedirles fuego a sus baterías su apoyo; así, la 4.^a brigada, detenida por un fuerte fuego de ametralladoras procedente de Thiepval desde las 8:45 de la mañana, no pudo obtener una barrera hasta las 12:05. Los soldados, que habían ensayado cuidadosamente, no podían cooperar cuando los acontecimientos provocaban cambios en los planes:

«Un grupo [de la 56.^a División] al que se le había ordenado llevar alambrada estuvo un tiempo sin entender que debía dejar su carga y ayudar en la formación de una oleada de ataque». A lo largo de toda la mañana y de toda la tarde, Rawlinson en Querrieux, y Haig en su cuartel general avanzado del *château* de Beauquesne, dieciséis kilómetros al norte, trataron de seguir la batalla a partir de informaciones fragmentadas e imprecisas que tenían varias horas de retraso. Nadie pudo darles sentido. Muy prudencialmente, nadie ordenó ningún cambio sustantivo en el plan. Muchos artilleros, cuyo fuego, de haberse dirigido del modo adecuado, habría sido muy efectivo, salvando vidas británicas, también permanecieron, pese a estar más cerca, como espectadores inactivos: «En conjunto —escribió Neil Fraser Tytler, de la brigada territorial Lancashire—, tuvimos un día delicioso, sin nada que hacer salvo enviar numerosos informes al cuartel general y observar el estupendo espectáculo que teníamos delante. No había nada que hacer en cuanto al control del tiro de mi batería, porque todas las órdenes para el fuego de barrera ya habían sido dispuestas de antemano». Durante todo ese periodo, el único grupo de soldados con información precisa que ofrecer acerca de los paraderos y las circunstancias de sus unidades fue el de los mensajeros de batallón. Al final, el sarcasmo lanzado por Hitler de que él —exmensajero del 19.º regimiento bávaro de reserva— sabía más de la guerra que muchos oficiales del Estado Mayor General alemán —muy instruidos pero excluidos por la política oficial de servir en las trincheras— no dejaba de tener, irónicamente, su pizca de verdad.

LOS HERIDOS

El no haber sabido cómo iba el Cuarto Ejército, durante la mayor parte del 1 de julio, disculpa la pasividad del alto mando; y el silencio de este hace comprensible el que los mandos subordinados continuaran con el plan. Por lo demás, las consecuencias militares de esta inercia tampoco fueron desastrosas, al menos a corto plazo. Porque los alemanes en el Somme eran demasiado débiles —en efectivos, en artillería y en medios auxiliares— como para que se les hubiese ocurrido aprovechar la desorganización británica para una rápida contraofensiva. Desde este punto de vista, por lo tanto, la continuación del ataque a lo largo del día no agravó el error militar. Pero sí multiplicó el grado y la duración del sufrimiento humano de la batalla, según un factor difícil de cuantificar pero en verdad muy grande. Provocó que fuesen heridos muchos hombres sin necesidad, y dejó a estos heridos agonizando en tierra de nadie durante todo el día, desde muy temprano.

Cuando no eran instantáneamente mortales, en Waterloo las heridas habían tenido en muchos casos consecuencias muy desagradables, siendo las peores la septicemia y la peritonitis. Pero las heridas de Waterloo (las de cañón aparte) habían sido por lo general simples y únicas: penetraciones o perforaciones de lanza o de bala a poca velocidad, o cortes de sable. Si no se desangraban demasiado, si no se manchaba la herida con tierra ni se abrían los intestinos, las posibilidades de supervivencia del paciente eran mejores de lo que se podría pensar. Las heridas sufridas en el Somme fueron mucho más variadas y severas de lo que ningún cirujano de Waterloo hubiera podido ver. Las de arma blanca casi habían desaparecido, porque, aunque se encontraron señales de bayoneta en algunos cuerpos, se pensó que fueron causadas después de que la víctima hubiese muerto; la mejor estadística disponible dice que las heridas por arma blanca representaron el uno por ciento de todas las heridas de la Primera Guerra Mundial. Las de bala fueron mucho más frecuentes, alcanzando alrededor del treinta por ciento de todas las heridas nuevas; pero, probablemente, en mayor proporción el primer día del Somme, debido a los blancos inusuales que se les presentaron a las

ametralladoras. Por esta razón se reduciría también la proporción de heridas de granada y bomba, que normalmente llegaban al siete por ciento. Las heridas de granada eran con seguridad las más temibles, debido a los múltiples efectos que sus explosiones podían producir en el cuerpo humano. En el peor de los casos, eran capaces de desintegrarlo de forma que no quedase nada reconocible; a veces, aparentemente nada en absoluto: «Un soldado de transmisiones acababa de salir —recuerda el oficial médico del 2.º de Royal Welch Fusiliers, a propósito de una batalla posterior—, cuando le estalló una granada encima, que no dejó de él ningún vestigio visible». Un poco antes, había sido testigo de otra consecuencia fatal del efecto de una granada, igualmente estremecedora: «De repente, dos hombres saltaron por los aires, quizá cinco metros, entre una nube de polvo de más de cien. Se elevaron y cayeron con el porte grácil y ligero de los acróbatas. Un fusil se adelantó a ellos en la subida, llegando más alto mientras daba vueltas lentamente, y seguía dando vueltas cuando cayó. La imagen me trajo a la memoria, incluso en mitad de aquello, un recuerdo de mi juventud: el del trapecio en un circo ambulante en St. Andrews, que me daba escalofríos». La explosión de granada podía crear sobrepresión o vacío en los órganos, algo menos espectacular pero a veces igual de mortífero, pues podía romper los pulmones y producir hemorragias en el cerebro y en la médula espinal. Esto fue lo que mató a tres fusileros galeses «que estaban sentados en un embudo [...] y no tenían más marcas visibles que el uniforme algo chamuscado». Pero la mayoría de las heridas producidas por lanzamiento de granada eran por fragmentos de metralla. Estos proyectiles llevaban poca velocidad, y la perdían rápidamente; y en este sentido, eran menos temibles que las balas. Pero a menudo se proyectaban en racimo, por lo que podían provocar heridas grandes y múltiples en una misma persona. Los fragmentos de metralla eran de forma irregular, por lo que causaban heridas severas con mucho daño para los tejidos; además, solían incrustar en el cuerpo fragmentos de uniforme o de otras materias extrañas, lo que hacía que las infecciones fuesen casi inevitables. Y los fragmentos muy grandes podían, al igual que las bolas de cañón de Waterloo, amputar piernas, decapitar, partir en dos o mutilar enormemente el cuerpo humano.

Aunque la gran campeona como agente de muerte, a distancias tanto largas como cortas, era la bala. A diferencia de la de mosquete, que al ir a baja velocidad y sin girar, se limitaba a abrirse un camino limpio en el tejido blando, la bala cónica de alta velocidad y rotando velozmente alrededor de su eje, podía producir dentro del cuerpo humano una serie de efectos extremadamente perjudiciales. En el mejor de los casos, dejaba un canal recto, con la herida de «salida» del mismo tamaño que la de «entrada». Pero si «cabeceaba» dentro del cuerpo, bien al golpear un hueso o por alguna razón balística, su camino a partir del punto de cabeceo sería mucho más amplio y la herida de «salida» — confundida a menudo por los inexpertos con la de entrada— tendría una apariencia de «estallido». Los efectos del cabeceo producidos al golpear un hueso se verían amplificados por los fragmentos del hueso tras el impacto, que se convertirían en proyectiles secundarios capaces de producir daños masivos en los tejidos de alrededor. Algunas balas también provocaban efectos hidráulicos, al extraer hacia la herida fluidos corporales debido a presiones que los tejidos colindantes no podrían resistir. Por lo tanto, el que la proporción de heridas de bala que muestran las estadísticas médicas fuera menor, puede deberse a un mayor índice de mortandad inicial: ya que los médicos tomaban nota de la naturaleza de las heridas que atendían, no de todas las que se habían producido. Por ejemplo, es sospechoso que en un importante puesto de clasificación de bajas, la proporción de heridas de bala en el pecho, con respecto a las de otras armas de fuego, y en un año de fuertes combates, fuese de alrededor del tres por ciento.

La mayoría de las heridas producidas por las armas en la guerra de trincheras, al margen de su volumen, eran nuevas para los cirujanos. Aunque todos los ejércitos, y particularmente el británico, habían hecho notables esfuerzos por afrontar los problemas quirúrgicos que les presentaba la guerra. Para el Somme se habían preparado, con cierta antelación, camas para los soldados heridos que

fuesen evacuados de la batalla; se disponía en abundancia de anestésicos, antisépticos, vendajes e instrumental (además, cada soldado llevaba cosido a su uniforme un paquete con una «primera venda estéril» de campaña). En cuanto a la sangre, los grupos sanguíneos habían sido clasificados por Landsteiner justo antes de la guerra, y para entonces ya se sabía que se podían hacer transfusiones fácilmente; y a partir de 1917 se harían bastante más a menudo. La cirugía estaba muy desarrollada, y se adaptó con admirable flexibilidad a los tipos de heridas producidas por la guerra; el principio de «desbridar», o quitar los tejidos dañados de la herida, fue establecido en 1915, y desde que empezó a aplicarse protocolariamente, se previno con notable éxito la aparición de una de las más temidas consecuencias de un daño muscular severo, la gangrena gaseosa (una infección contraída por organismos del suelo que penetraban en la herida cuando caía la víctima). Pero la cirugía debía ser en muchas ocasiones necesariamente drástica, y la decisión de amputar fue mucho más común de lo que sería en la Segunda Guerra Mundial, cuando el injerto de huesos y otras técnicas de reconstrucción habían alcanzado un mayor grado de desarrollo. En los casos, en fin, de grandes heridas en el abdomen, en el pecho o en la cabeza, donde la infección se presentaba desde el principio, la cirugía no tenía remedio. Ni se encontraría ninguno hasta la aparición de los antibióticos a finales de 1943.

Por lo demás, a pesar de la intensificación de los daños para el soldado en las batallas de la Primera Guerra Mundial, los cuidados de la medicina podían hacerles frente. En conjunto, la infraestructura del servicio médico era impresionante. Paralelamente a las complicadas redes de abastecimiento y comunicación, desplegadas para transportar al soldado a la batalla y proporcionarle lo necesario mientras permanecía allí —el sistema de cable enterrado, terminales de ferrocarril y carretera, tranvías, depósitos de cuerpo y división, talleres, parques de material de campaña—, había un sistema igualmente elaborado para evacuarle si era herido, tratar sus heridas y devolverle la salud (y también devolverle a la línea de combate). El primer punto del sistema era el puesto de primeros auxilios del regimiento, donde los oficiales médicos de los batallones clasificaban las bajas, separaban a los moribundos y evacuaban con calmantes, y convenientemente vendados, a aquellos a los que no podían tratar (que eran todos salvo los heridos muy leves). Su destino era el puesto de clasificación de bajas, vía puesto de socorro, y el puesto de recogida, de donde serían transportados por tren a un hospital base, o fijo, en Francia o en Gran Bretaña. Al comienzo de la guerra, la práctica era demorar la operación hasta que el paciente hubiera sido llevado a las instalaciones más completas del hospital base. Pero, como quedó patente que algunas categorías de heridas «viajaban» mal, sobre todo las de pecho y abdomen, cada vez fueron acercándose más a vanguardia las intervenciones quirúrgicas más importantes. En 1916, el puesto de clasificación de bajas ya se había convertido en el principal lugar quirúrgico en que se salvaban vidas, aunque también lo hacían equipos quirúrgicos móviles especiales en puestos de socorro avanzados, dentro del radio de la artillería de mediano alcance.

Pero aún quedaba una tarea de selección brutal en la cirugía militar, que quienes la llevaban a cabo se la ocultaban lo mejor que podían a sus pacientes, pero que no podían ocultarse sí mismos. Se llamaba *triage*, o «clasificar», y estaba tomada del vocabulario del ejército francés, que la había instituido. Consistía en que durante la batalla, de entre las bajas que afluían, los cirujanos decidían cuáles podían soportar el traslado, para que fuesen evacuadas; y, de las demás, cuáles podían ser sometidas a una operación importante, y a cuáles había que dejar morir. Cuanto mayor era la presión de las bajas, tanto mayor era el último grupo. Un puesto de clasificación de bajas solía contar con una tienda especial, conocida tácitamente como el pabellón de moribundos, donde era congregada la desgraciada tercera parte del grupo clasificado.

Aunque «desgraciada» es un término muy relativo en estas circunstancias. A los pacientes del pabellón de los moribundos se les administraban calmantes, se les afeitaba, se les alimentaba, se les daba de beber, eran reconfortados por las enfermeras, y se les protegía del hecho de su muerte

inminente. Haber alcanzado el pabellón significaba haberse librado de lo peor que podía hacerle la batalla al soldado herido de aquella y de cualquier otra guerra, y que miles de soldados heridos del Somme sufrieron el 1 de julio de 1916: morir solo y con dolor en el campo de batalla. Porque, en la elaborada cadena de disposiciones sanitarias previstas por el Cuarto Ejército, había un eslabón débil, o quizá ausente. En la retaguardia del puesto de socorro avanzado había mucho transporte; pero en vanguardia, el transporte era muy escaso. La evacuación de los heridos de un batallón recaía en treinta y dos camilleros, capaces de transportar a dieciséis heridos, necesitando una hora o más para cada viaje. Pero, en muchos batallones, el 1 de julio fueron heridos más de trescientos hombres; o, más bien, llegaron heridos al puesto de primeros auxilios del regimiento. Entre estos heridos, estaban los leves, que eran mayoría y podían evacuarse solos, y los graves que se habían encontrado aún con vida en tierra de nadie. Pero ¿qué pasaba con los que habían caído más en vanguardia?

Algunos hombres heridos en la cabeza, el pecho o el sistema sanguíneo, cerca de la primera línea británica, habrían muerto por muy rápido que los hubieran recogido los camilleros; y lo mismo ocurriría con los hombres heridos de esa forma cerca de las líneas alemanas. Pero había un tipo de heridas de gravedad intermedia —perforaciones de pulmón («heridas aspirantes»), que provocan una fatal pérdida de oxígeno en la sangre; perforaciones de abdomen, que causaban derrames internos y amenazaban con la peritonitis— que mantenía a la víctima con vida durante un tiempo, y de las que se podría recobrar si se trataban con rapidez. Pero estas heridas, y otras menos serias, se combinarían con el fenómeno conocido como *shock*, en el que se pierde sangre, y que solo puede curarse con asistencia exterior. Es muy difícil calcular la proporción de heridos que el 1 de julio pudieron sufrir este tipo de daño. Pero el pecho y el abdomen constituyen alrededor del cincuenta por ciento de la superficie que presenta un cuerpo erguido ante proyectiles enemigos; la piel que cubre la médula y el sistema circulatorio —el corazón y las arterias principales— representa menos de la mitad de eso. Por tanto, se puede deducir que alrededor de un cuarto de las heridas recibidas y no instantáneamente mortales fueron en el abdomen o en el pecho. A esta categoría crítica de heridas habría que sumar las fracturas de fémur, a las que casi siempre sucede un *shock* masivo y una gran pérdida de sangre; y las perforaciones en la cabeza, que, sin antibióticos y si la cirugía se demora más de doce horas, suelen conducir a abscesos fatales del cerebro. Por lo tanto, quizá un tercio de las heridas recibidas el 1 de julio eran «críticas pero no fatales irremediablemente». Los que las sufrieron en la parte menos accesible de tierra de nadie, o dentro de la posición alemana, sobre todo en los sectores en que el ataque británico fracasó o se enfrentó a una fuerte resistencia, tenían muy poca esperanza de vida. En muchos lugares, y sorprendentemente en las primeras fases de la batalla, los alemanes ofrecieron a los británicos una tregua no oficial y unilateral: a eso de las dos de la tarde, en el frente de la 56.^a División Londres, donde «un oficial médico alemán salió con una bandera blanca y dijo que no había objeciones a la evacuación de los heridos del lado británico de la alambrada, siempre que no hubiese disparos»; y en el frente del VIII Cuerpo, donde los alemanes permitieron a los camilleros que se moviesen libremente en tierra de nadie entre mediodía y las cuatro de la tarde. Pero en todos los demás sitios, los heridos tuvieron que quedarse en el suelo hasta que se hizo de noche; o hasta la mañana siguiente, cuando de nuevo los alemanes ofrecieron en varios lugares una tregua humanitaria; o incluso hasta más tarde. En el frente del III Cuerpo, no se pudieron evacuar todos los heridos del campo de batalla hasta el 3 de julio; en el del X Cuerpo, hasta el mediodía del 4; y esto a pesar de que se encomendó a muchos ingenieros y artilleros para que hiciesen de camilleros. Gerald Brenan, al cruzar el campo de batalla para visitar a su amigo Ralph Partridge, tres semanas más tarde, tropezó con las consecuencias de la demora: «Los heridos que no habían podido ser evacuados se arrastraron hasta los embudos, se envolvieron en sus chubasqueros, sacaron sus biblias y murieron así»^[19]. Por lo tanto, puede que, de los 21 000 muertos o desaparecidos del 1 de julio, un tercio se hubiese salvado de haber sido evacuado el primer día, incluso en el puesto de primeros auxilios del

regimiento.

LA MOTIVACIÓN PARA EL COMBATE

El soldado de finales del siglo xx no cuenta con ser abandonado en el campo de batalla y morir de las heridas. Porque, desde 1918, la reducción del plazo de evacuación de los soldados heridos hasta el puesto de primeros auxilios ha sido sorprendente, y puede que represente el avance más importante de los muchos avances que ha habido en la moderna medicina militar. En los ejércitos occidentales de la Segunda Guerra Mundial, el plazo desde que el soldado era herido hasta que se le evacuaba al puesto de primeros auxilios, por lo general, se había reducido a menos de una hora; en Vietnam, donde los pilotos de helicóptero «de evacuación de bajas» estaban entrenados para tomar tierra en zona de combate y bajo el fuego, la media era de quince minutos (bastante menos de lo que la víctima de un accidente de tráfico civil puede pasar en una ambulancia). Ahora, además, se le puede hacer al paciente una transfusión en el helicóptero, y se le puede depositar en un hospital que ofrezca una gama completa de instalaciones de reanimación y disponga de cirujanos de diferentes especialidades. La víctima hoy es, lamentablemente, la que, habiendo escapado de una muerte en el acto, sucumbe a los efectos de sus heridas.

El soldado de principios del siglo xx ya notaba la esperanza de vida que ofrecía, si había caído herido, la nueva combinación de cirugía especializada, anestésicos y antisépticos; pero era una percepción menos inmediata que la de los peligros, enormemente incrementados desde Waterloo, del campo de batalla en el que tenía que moverse; así como de la gravedad, igualmente incrementada, de la clase de heridas que en él podía sufrir. Dadas estas percepciones, ¿qué era lo que le impulsaba a dejar la protección, avanzar y trabar combate?

No todo el mundo estaba preparado para hacerlo, ni siquiera en los grandes momentos de la guerra. En vísperas del Somme, que fue la quintaesencia de un gran momento, varios soldados se autoprovocaron heridas para evitar tener que «saltar el parapeto»^[20]. En las horas bajas de la guerra, de las que hubo muchas en las últimas fases de la tercera batalla de Yprés (Passchendaele), algunos batallones británicos aceptaron con realismo que una parte de sus hombres no querrían o no podrían aceptar la tensión de la acción y los excusaron del servicio: «Para dar satisfacción a un humanitarismo sensiblero —escribió con excesiva dureza el oficial médico del 2.º de Royal Welch Fusiliers en octubre de 1917—, se les permite a tres o cuatro docenas de sujetos mediocres escabullirse cada vez que corre peligro su pellejo; así, cada vez hay más hombres del montón que aprenden a escurrir el bulto impunemente, y los ataques fracasan y las bajas se elevan a millares porque se quedan sin apoyo los hombres más disciplinados». Mirando la guerra desde una amplia perspectiva, en cada ejército se alcanzó un punto en el que, o bien la mayoría, o bien una minoría mentalmente incapacitada, se negaba a continuar. Este punto lo alcanzó el ejército francés en mayo de 1917, cuando se produjo «indisciplina colectiva» en cincuenta y cuatro de las cien divisiones del Frente Occidental; y en el ejército ruso en julio de 1917, cuando no pudo resistir el contraataque alemán que siguió al colapso de la «Ofensiva Kérenski»; y en el ejército italiano en noviembre de 1917, cuando el Segundo Ejército se desintegró ante un ataque germano-austriaco en Caporetto. En marzo de 1918 se colapsó el Quinto Ejército británico, tanto moral como físicamente; y en octubre el ejército alemán del oeste manifestó a sus oficiales el deseo de no continuar la lucha. En todos estos casos, excepto en el de Alemania, y si se cuenta la batalla de Loos, de septiembre de 1915, en que Gran Bretaña se enfrentó por primera vez a una enorme cantidad de bajas, el colapso se produjo

entre dos años y seis meses, y dos años y once meses después del inicio de la guerra. Aunque lo significativo, probablemente, no sea el periodo de tiempo, sino la relación entre el número total de bajas y el de tropas combatientes empeñadas. Un cálculo grueso, y nada mejor que un cálculo grueso para cifras tan notoriamente poco fiables como las de las bajas, indica que el colapso se producía poco después de que el número de muertos sufrido igualase al de la infantería combatiente de las divisiones. Si en la infantería combatiente de una división había 10 000 soldados, y el número de divisiones británicas, francesas, italianas y rusas empeñadas contra las potencias centrales eran 60, 110, 45 y 120, respectivamente, se obtienen cifras de 600 000, 1 100 000, 450 000 y 1 200 000, que, más o menos, eran los totales de muertos sufridos por cada potencia combatiente en el momento en que su ejército sufrió el colapso o la crisis. El ejército alemán, que ciertamente sufrió muchas más muertes antes de resquebrajarse, escapa a la norma; pero es importante recordar que, casi hasta el final de la guerra, se había alimentado con victorias: en 1914, Tannenberg; en 1915, Gorlice-Tarnow; en 1916, la derrota de Rumanía; en 1917, Caporetto y el armisticio ruso; en 1918, una sucesión de ataques sobre los frentes británico y francés.

Pero esta perspectiva tan amplia no dice nada acerca de lo que motivaba al soldado (o no) a luchar en la situación de combate específica de la guerra de trincheras. Se ha visto que en el Somme, el 1 de julio, actuaban factores especiales que estaban implícitos en la composición y experiencia —o inexperiencia— del Cuarto Ejército. Pero además de su cohesión, su sentido de la misión, su espíritu de autosacrificio y su patriotismo local y nacional, había otros elementos en juego. Ciertamente, estaban presentes la autoconfianza y la credulidad, que resultaban enormemente efectivas a la hora de persuadir a los Pals para que saltaran el parapeto. Pero encomendarlo todo al carácter populista de los ejércitos de Kitchener es minimizar la importancia que desempeñó el mando para que fuesen a la batalla. Hay razones para pensar que el liderazgo —consciente, con principios y ejemplar— fue de más calidad y tuvo una mayor significación en la Primera Guerra Mundial —al menos en el ejército británico— que antes o que después.

Los de «generación perdida» y «oficial de escuela privada», son clichés muy manidos ya como para que merezca la pena repetirlos o analizarlos nuevamente en este contexto. Lo cierto es que, al final de la guerra, los oficiales de la Fuerza Expedicionaria Británica ya no eran un grupo social exclusivo, y quizá fue reclutado más ampliamente que el de la Segunda Guerra Mundial. Porque en el ejército británico de 1939-1945 la selección de oficiales se hizo sobre una base científica, haciendo que todos los aspirantes pasasen pruebas de inteligencia, estabilidad, compañerismo, capacidad de mando, etcétera; consideraciones que favorecieron al aspirante de clase media sobre el de clase trabajadora. Pero, aunque se hubiera adoptado este sistema en la Primera Guerra Mundial, el porcentaje de bajas entre oficiales lo habría hecho fracasar. Cuando se alargó la campaña del Frente Occidental, se puso en práctica la promoción directa desde la tropa con las recomendaciones del jefe de unidad. Así, hombres cuya única cualificación para su nombramiento era la de haber demostrado ser buenos soldados, y que no habrían tenido oportunidad alguna en tiempos de paz, o ni siquiera hubiesen pensado en llegar a oficiales, se vieron de pronto como tenientes, luego capitanes, comandantes, e incluso tenientes coroneles. A la larga, esta concesión en masa del estatuto de oficial a jóvenes de la clase media baja y de la clase trabajadora alta iba a tener un efecto muy beneficioso sobre el sistema de clases británico (algo que se evitó en el ejército alemán mediante el recurso a fórmulas como la creación de «segundos oficiales» o «tenientes —sargentos— mayores»). Pero cada nuevo oficial tenía que afrontar de inmediato una dificultad: la de encontrar y adoptar un estilo personal que estuviese a la altura del rango en que la suerte lo había colocado.

La conducta del oficial profesional debería haber servido de modelo para el temporal («caballero temporal», era su mote poco amable en la guerra). Pero al oficial profesional no le gustaba servir en los batallones Kitchener. («La inspección continuó. El general encontró que muchos

de los hombres habían salido de casa en agosto de 1914. Se encontraba entre los suyos; acababa de llegar de inspeccionar al 20.º de Royal Fusiliers [un batallón Kitchener]. Charló y bromeó, pellizcó sus brazos y orejas, preguntó cuántos hijos tenían, y si les darían permiso para ir a por otro. Cuando pasaba de un hombre de 1914 a otro, le palmeó la espalda al comandante y exclamó: “¡Es usted un hombre con suerte!”. Al terminar, le dijo: “Ha sido una delicia. Este es el tipo de gente que hemos conocido durante treinta años”»^[21]). Los únicos oficiales profesionales a los que conoció la mayoría de los batallones Kitchener fueron el coronel y el ayudante. La decisión de elegir a los primeros oficiales temporales de entre los alumnos de los colegios privados, tal como recordaba R. C. Sherriff, fue lo que sirvió para garantizar que los nuevos oficiales se pareciesen a los antiguos, en una época en que el oficial profesional británico tenía un perfil más de enseñanza privada que claramente militar. Lo cual podría tener su parte de tautología, puesto que los críticos de los colegios privados de antes de 1914 solían acusarlos de militaristas. Y de alguna forma lo eran. Aunque, a diferencia de las escuelas militares alemanas, que segregaban al futuro oficial desde la infancia y lo educaban en un régimen estrictamente militar, los colegios privados británicos educaban a toda la clase media alta inglesa, y no solo en el aspecto militar, sino también en el deportivo, el académico, el ético y el religioso. El joven de dieciocho años que iba al Royal Military College era tratado cuando llegaba allí como alguien ya familiarizado con su carácter y su actitud, y lo único que necesitaba para ocupar su puesto en su regimiento era instrucción táctica.

De manera que el oficial no profesional de los Nuevos Ejércitos sabía desde el principio lo que se esperaba de él. Y sabía también el tipo de institución en la que debería crecer el embrión de regimiento al que se había incorporado. Porque el regimiento británico, con su complejidad y su acumulación singular de tradiciones, afinidades locales, rituales anuales, rivalidad entre las compañías, orgullosa autonomía y nombre distintivo —King’s Shropshire Light Infantry, Loyal North Lancashire, Duke of Wellington’s Royal Fusiliers—, era una extensión, en verdad una creación, del sistema de colegios privados victoriano. Por lo tanto, solo con ser ellos mismos, los primeros oficiales aficionados ya proporcionaban a sus soldados sin instrucción tanto un ambiente como un estilo de mando casi idéntico a los de un regimiento regular en tiempos de paz. Organizaban juegos para los soldados —en los que ellos mismos participaban—, porque este era el procedimiento de las escuelas privadas para que los jóvenes ocuparan de manera constructiva su tiempo libre. Organizaban competiciones entre secciones y compañías —carrera campo a través, tiro con rifle, excavación de trincheras—, porque la competición era la dinámica de la vida en el colegio privado. Cuidaron la alimentación de los soldados, la salud, la limpieza, porque así les habían enseñado que hicieran con los jóvenes. Administraron automáticamente el código militar de premios y castigos, porque ese era el sistema en el que se habían educado. Y llevaron a sus hombres a la iglesia, porque era allí donde la escuela los llevaba en masa los domingos.

Aunque no hay que exagerar el carácter devoto del oficial de escuela privada de los Nuevos Ejércitos. Algunos, como el más famoso de ellos, Rupert Brooke, se habían hecho agnósticos intelectuales en la universidad. Otros eran indiferentes, o distantes, por lo que en el ejército de Wellington se habrían sentido automáticamente como en casa. Graham Greenwell, un joven de dieciocho años, seguidor de Wykeham, cuyo diario es un importante correctivo para algunos mitos de la «generación perdida», compartía con Julian Grenfell, un oficial profesional, la opinión, en palabras de este último, de que «la guerra es como un gran *picnic*, pero sin la falta de objetivo de este», y que nunca antes «había estado tan bien ni tan feliz». Aunque Grenfell, a diferencia de Greenwell, parecía disfrutar matando alemanes, para lo que se había hecho fabricar un rifle especial de francotirador. Muchos oficiales aficionados, y algunos profesionales, en las primeras etapas de la guerra, rechazaban matar. Greenwell relata cómo estuvo vigilando hasta que vio a un alemán, y cómo, cuando al fin vio uno a su alcance de tiro, le pasó el fusil al sargento para que disparase él.

Handbury-Sparrow, un oficial profesional, era más específico sobre su objeción de conciencia: «Tú no quieres que te maten, ni matar a nadie. Tú, como oficial, no tienes que meterte en el fregado de la lucha, esto es para los soldados; la parte que a ti te toca es la de pensar». Esta objeción, como vemos, no es estrictamente ética; pero su punto de vista es más elevado al hablar de las cualidades que debería poseer un oficial:

¿Eran o no los más valientes? Depende de vuestro criterio [...]. Porque el acto de ser valiente obligaba a utilizar toda la reserva de fuerza moral que hay en un hombre [...]. Cada batallón tenía su pequeño núcleo de oficiales en torno al cual se forjaba. Estos oficiales podían caer heridos o enfermos, pero era seguro que volverían [...]. Alrededor de este núcleo había una renovación incesante de oficiales. La muerte se llevaba a muchos, pero, de entre los supervivientes, solo los buenos gravitaban hacia el centro. El resto [...] no se podían pegar a él, y entre estos casi invariablemente estaban los grandes bebedores y los mujeriegos incorregibles; es decir, los hombres cuya conducta revelaba realmente su falta de disciplina interna. Aquí en las trincheras tus pecados te descubren.

Esta identificación del valor con la moralidad, una suerte de puritanismo heroico, fue una característica de la mentalidad de colegio privado de la Primera Guerra Mundial, al menos en sus fases iniciales. Aunque Sparrow no era ortodoxamente cristiano, sino discípulo de Rudolf Steiner. Donald Hankey, muerto en el Somme en octubre de 1916, fue un cristiano que articuló esta perspectiva en palabras que parecían expresar los sentimientos de muchos oficiales del Nuevo Ejército. Los ensayos donde hablaba en nombre de su generación fueron escritos para *The Spectator*, bajo la firma de «Un estudiante en armas». Quizá el más significativo de ellos para el lector moderno sea «The Beloved Captain» [El capitán querido], en el que caracteriza al líder ideal:

Llegó en los primeros días [...] alto, erguido, sonriente [...]. Durante un tiempo se limitó observar. Entonces, se puso a trabajar. Escogió a los más torpes y [...] se los llevó aparte [...]. Su confianza era contagiosa [...]. Su simplicidad no podía dejar de ser comprendida [...] muy pronto el pelotón de los torpes ya no lo fue más [...]. El hecho es que se había abierto camino hacia nuestros corazones. Le queríamos [...]. Si alguien tenía un pie dolorido, él se arrodillaba y se lo miraba. Si había que reventar alguna ampolla, casi seguro que lo hacía él mismo [...]. Tenía algo de religioso su preocupación por nuestros pies. Había un toque de Cristo ahí.

El punto al que Hankey lleva al lector, a través del catálogo completo de las virtudes del oficial, pero con más arte del que este extracto muestra, es a la revelación del capitán querido como Cristo mismo:

Éramos conscientes de que tendríamos que perderlo [...]. Pero ¿cómo saldría adelante la compañía sin él? Solo con verlo nos olvidábamos de nuestras ansiedades personales, para pensar solo en el regimiento y en el honor. «Murió’. Pero vive [...]. Y los que lo conocimos no lo olvidaremos. Creo que los que marcharon al oeste lo han visto. Cuando pasaron al otro lado creo que se encontraron [...] y cuando se arrodillaban ante esa misericordiosa

Figura atravesada creo que veían cerca la sonrisa del capitán. Sea como sea, permitidme morir con esta fe, si me llegase la muerte.

Muchos oficiales no aceptarían del todo el punto de vista de Hankey sobre cómo debería ser un oficial. Pero este parece ser un indicativo de sus aspiraciones al principio de la guerra; en cuyo caso, podríamos comprender más fácilmente por qué miles de soldados de los Nuevos Ejércitos saltaron tan dispuestos a tierra de nadie el 1 de julio, siguiendo a sus jefes de sección. Pero, una vez que se encontraban allí, hace falta otro tipo de explicación que nos diga por qué siguieron avanzando y disputándole el terreno al enemigo; porque una de las condiciones del campo de batalla de la Primera Guerra Mundial es que hacía imposible el mando en la modalidad de «orden cerrado», como el que se ejerció en Waterloo. En el Somme los hombres se desplegaban en «orden abierto», de manera que muchos se encontraban demasiado alejados del oficial como para estar bajo su control físico —este no podía empujar o golpear a su tropa de vanguardia—; en tanto el nivel de ruido, más alto aún que en Waterloo, hacía imposible que se oyera la voz humana a pocos metros.

Como motivación hay que descartar la esperanza de botín. Los soldados de 1914-1918 podían dejar su dinero con el pagador, y las pertenencias habían perdido valor relativo; de forma que había poco en tierra de nadie por lo que valiese la pena arriesgar la vida. La coerción, por su parte, seguía siendo el agente importante que siempre había sido a la hora de llevar a los hombres a la lucha. Crozier describe cómo se enfrentó a unos desertores de su batallón la tarde del combate de la División Ulster por el Reducto Schwaben:

Una numerosa chusma de extraviados, cansada, hambrienta y sedienta se me acercó por el este [...]. «¿Dónde van ustedes?», pregunté. Uno dijo una cosa, otro otra distinta. Se les dio de beber y se les hizo regresar al combate. Pasó otro grupo más numeroso. Van listos si pretenden quedarse [...]. Un joven subalterno, corriendo, trata de que vuelvan. Le empujan. Saca el revólver [...]. No le hacen caso. Dispara. Cae un soldado británico a sus pies. El efecto es instantáneo. Se dan la vuelta.

Cada batallón, además, formaba con algunos hombres una «policía de batalla» —en el Queen Victoria's Rifles su misión era «comprobar que no se quedaban rezagados en las trincheras», y «a los que encontraban [...] mandarlos a sus compañías»—; y la topografía del campo de batalla de la Primera Guerra Mundial hacía relativamente fácil su tarea. Porque aquellos que pretendían evitar la muerte, se quedarían, naturalmente, en el sistema de trincheras; por el cual se patrullaba igual que por los pasillos de una escuela, en busca de quienes hacían novillos.

En cualquier caso, el argumento de la coerción no nos responde del todo; y ni siquiera en parte. Quizá se perciba mejor si consideramos qué motivaba a los defensores, en este caso a los alemanes, a combatir. Para su motivación, también la topografía del campo de batalla ejercería una poderosa influencia. Porque, como destacaba el plan británico, y los alemanes sabían sin que se lo hubiesen dicho, la posesión del parapeto de la primera trinchera sería decisiva para determinar quién viviría y quién moriría (aunque el plan no lo dijera así). Los británicos, si lo alcanzaban primero, podrían eliminar sin riesgo a los defensores, lanzando granadas por la boca de los abrigos. Los alemanes, por supuesto, podrían disuadirles de hacerlo si les ofrecían su rendición. Pero, cuestiones de honor y espíritu de lucha aparte, rendirse era un asunto peliagudo en la guerra de trincheras. Los prisioneros carecían de valor intrínseco, por lo que los soldados no estaban especialmente interesados en capturarlos. La responsabilidad recaía más bien sobre el posible prisionero, que debía intentar que su

rendición fuese aceptada; algo difícil cuando el encuentro cara a cara era tan raro, y, cuando tenía lugar, la reacción automática solía ser apretar el gatillo; además de que un grito pacífico en lengua extranjera desde la oscuridad de un abrigo podía ser malinterpretado. Pero, incluso habiendo sido hecho prisionero, la integridad de un soldado no estaba garantizada. Porque, por prudencia, debía ser enviado por tierra de nadie, en la que podía caer bajo el fuego de barrera de su propia artillería, o ser confundido por un atacante por la infantería de la segunda oleada que aguardaba en la línea siguiente. Estas dos suertes corrieron los prisioneros alemanes el 1 de julio. Unos ochenta de los trescientos alemanes ilesos evacuados a las trincheras de la 56.^a División Londres, frente a Gommecourt, murieron a las 9:30 de la mañana debido a proyectiles alemanes; más tarde, Crozier, que mandaba el 9.^o de Royal Irish Fusiliers, se dio cuenta de que sus reservas en primera línea estaban disparando contra prisioneros a quienes algunos de sus heridos daban escolta por el otro lado. Detuvieron el fuego a una orden suya; aunque a regañadientes. «Después de todo —oí decir a un jovencuelo— no son más que alemanes».

No hacen falta muchos más ejemplos para explicar por qué los alemanes ametrallaron tan ferozmente las líneas británicas que avanzaban a la hora H del 1 de julio. En cierto sentido, no había nada personal en ello. Rendirse era deshonroso y podía resultar peligroso. Huir era imposible (naturalmente, los alemanes tenían su propia policía de batalla más allá de las trincheras). Por lo tanto, eliminar británicos era una necesidad, aunque la mayoría lo hubiesen llamado un deber; por más que a los británicos que estaban en el lado malo de la alambrada pudiera parecerles que lo hacían por placer. Ciertamente, como se ha visto, el poder matar con facilidad parece que genera en los seres humanos síntomas de placer, que el zoólogo Hans Kruuk ha intentado relacionar con el comportamiento condicionado de algunos animales depredadores cuando se encuentran con grupos de presas sin posibilidad de escape. Pero no había venganza en los tiros que, en muchos lugares, dispararon más tarde los alemanes contra los heridos británicos caídos fuera de las trincheras, cada vez que se movían. Los alemanes, que acababan de salir de un bombardeo terrible, que eran inferiores en número, y a los que se les acababa de conmutar la pena de muerte por explosión de granada bajo la superficie, se encontraban en estado de tensión y disparaban contra cualquiera que, con el menor movimiento, pareciese amenazar con atacar de nuevo a su posición.

Si esto ayuda a explicar la «motivación para el combate» alemana, ayuda también a aclarar qué motivaba a los británicos a disputarles la posición de la primera trinchera. ¿Pero explica qué empujaba a la infantería que la alcanzaba a dejar el refugio y continuar hacia el objetivo siguiente? La excitación, el sentido del deber, el conocimiento del plan, los ensayos previos de la misión, todo habría sido un estímulo; también lo habría sido la reorganización del mando que la posesión de la trinchera posibilitaría: muchos relatos describen cómo los oficiales se movían por las trincheras capturadas para hablar con sus hombres, remediar la desorganización, dar ánimo, felicitar, exhortar. Pero de nuevo, como en el caso de los alemanes, estaban presentes factores mecánicos y topográficos. Una trinchera enemiga de primera línea era un lugar peligroso; sus defensas estaban en otro lado y tenía detrás tierra de nadie, un área de intensos peligros. Ser contraatacado en la primera trinchera era arriesgarse a ser expulsado a una zona de peligro de la que se acababa de escapar —la barrera enemiga—, o al área batida por las ametralladoras. En muchos casos, lo más seguro era seguir presionando; sobre todo si la propia barrera, esa cortina de seguridad hecha de explosiones, estaba aún al alcance y brindaba un tránsito seguro hasta la siguiente trinchera enemiga. Alcanzarla suponía ganar espacio a retaguardia para poder maniobrar en caso de que los acontecimientos obligaran a una posterior retirada; y suponía también dejarles espacio a las siguientes oleadas, que podían servirles de apoyo en caso de contraataque enemigo. Es muy difícil calcular durante cuánto tiempo este conjunto comparativamente complejo de percepciones impulsaría a la infantería a seguir hacia delante dentro del territorio enemigo. Realmente, estas percepciones son propias de un oficial.

Pero las condiciones precarias de vida en la trinchera enemiga habrían sido evidentes también para todos los soldados; y, una vez persuadidos de que debían moverse hacia delante, es plausible que lo hicieran, hasta que la resistencia enemiga o el agotamiento les forzase a meterse en la tierra. A partir de lo cual volverían a imponerse las reglas de la guerra de trincheras examinadas antes.

CONMEMORACIÓN

La batalla del Somme no terminó el 1 de julio. Los ataques se repitieron varias veces durante el verano, el otoño y el principio del invierno, y solo se darían por concluidos el 18 de noviembre. La historia oficial de la guerra establece ocho «fases» de la batalla después del 1 de julio; después de la guerra, el Comité de Nomenclatura de Batallas denominó a la primera como «batalla de Albert» (en referencia a una pequeña población situada tras el frente); pero es un nombre que no utiliza nadie.

Para cuando finalizó la batalla, en el Somme habían sido baja 419 654 soldados británicos, y unos 200 000 franceses. El número exacto de bajas alemanas ha estado sujeto a debate desde entonces: los historiadores oficiales han pretendido demostrar que fueron superiores a las de los aliados; y sus oponentes lo contrario.

Pero, de algún modo, la batalla del Somme no se ha terminado todavía. Todos los pueblos y ciudades del campo de batalla fueron reconstruidos, a mediados de la década de 1920, con un ladrillo rojo vulgar. Para entonces, la mayor parte de los restos de los soldados caídos en el Somme habían sido desenterrados de sus tumbas improvisadas y vueltos a enterrar; los británicos en cincuenta hermosos cementerios ajardinados, que la Comisión Imperial de Tumbas de Guerra ha creado en cada país donde Gran Bretaña ha tenido bajas desde 1914. Pero el recuerdo principal que el Somme dejó a la nación británica no está en los monolitos ni en las inscripciones. Es de orden intelectual y literario, y consiste en una revelación de la que hasta entonces, y gracias a su armada, se habían visto libres los británicos: la de que la guerra podía amenazar con la muerte a la juventud de toda una nación. Este descubrimiento iba a tener importantes consecuencias políticas durante la Segunda Guerra Mundial: «Una vez, en Inglaterra, el general [estadounidense] Marshall se esforzaba en ofrecer argumentos convincentes y lógicos en favor de una invasión inmediata del continente [...] Lord Cherwell le advirtió: “Es inútil, está usted intentando argumentar contra las bajas del Somme”». Esta misma idea iba a impregnar el pensamiento estratégico británico, tanto oficial como académico, sobre el tipo de guerra que se debería hacer. Porque la causa de la derrota en el primer día del Somme no necesita análisis: cualquiera podía entender que cuando una gran mayoría de soldados empeñados en un ataque son muertos o heridos en sus momentos iniciales, los restantes quedarán demasiado impresionados y desorientados como para continuar.

Con todo, esta impresión podría haberse disipado si no hubiera sido porque la experiencia del Frente Occidental, del que el Somme marcó el inicio de una fase crucial, despertó en la generación que lo sufrió una literatura poderosa y de gran alcance. Mucha de esta literatura tuvo carácter poético, y fue la poesía la primera que se publicó, buena parte de ella aún en el transcurso de la guerra. Pero, precisamente porque esta temprana manifestación de protestas fue poética, género que sustrae al público su valor documental, su efecto resultó transitorio; o más bien, era un efecto que, para que se prolongase, necesitaba ser ratificado por medio de la prosa; es decir, necesitaba que se confirmase en lenguaje ordinario que lo que habían escrito Sassoon, Graves o Blunden no era algo privado y subjetivo, sino la expresión de los sentimientos de toda una generación. «Toda una generación», por supuesto, es mucho decir; ya que de ella formaban también parte, no solo muchos sin el bagaje

educativo y emocional que les permitiera ver y sentir lo que estos poetas vieron y sintieron; sino también un número considerable que, aun con su misma formación y sensibilidad, toleraron la guerra e incluso la disfrutaron. Pero una mayoría silenciosa de esa generación probablemente sí percibió en sus versos un fondo de verdad que podían suscribir. Y una década después de su final, entre 1928 y 1932, la verificación en prosa del grito de los poetas desde las trincheras se expresó de pronto, y encontró un público. Las obras *Sin novedad en el frente* de Remarque, *Murmullos de guerra* de Blunden, y *Adiós a todo eso* de Graves, fueron publicadas en 1928; *La muerte del héroe* de Aldington, y *Adiós a las armas* de Hemingway, en 1929; y *Memorias de un oficial de infantería* de Sassoon, en 1930. Relatos autobiográficos o de ficción, documental de la guerra en el frente alemán, en el británico o en el italiano; cuatro de ellas de escritores que ya habían adquirido reputación como destacados «poetas de guerra».

Los escritores son rápidos como el que más, a veces incluso más que los editores, para detectar las tendencias del mercado literario. Por lo tanto, habría que ser cautos al interpretar el repentino resurgimiento de la literatura de guerra al final de la década de 1920, en términos psicológicos, como «el final de una amnesia colectiva» o «la disipación de una represión de las masas». Todas las grandes guerras de los tiempos modernos han tenido una respuesta literaria, pero siempre a cierta distancia del fin de las hostilidades. Bloem, cuyo libro *Vormarsch* es uno de los clásicos de la Primera Guerra Mundial, del que se ha hecho caso omiso, ya tenía una reputación literaria en Alemania antes de 1914, gracias a una serie de novelas sobre la guerra franco-prusiana, en la que no había participado porque le pilló de niño; Crane, en Estados Unidos, hizo lo mismo con la guerra de Secesión al escribir *La roja insignia del valor*. Ambos habían reconocido una nueva disposición del público a escuchar lo que ellos tenían que decir; y, una vez que captaron su atención, les siguió una multitud de imitadores.

Pero si la erupción de libros sobre la guerra entre 1928 y 1932 hubiese consistido en un mero juego de ambiciones literarias, mucho de lo que se publicó no habría seguido teniendo lectores; un crítico moderno se habría limitado entonces a comentar un buen libro y su conjunto de imitaciones mediocres. Y este, naturalmente, no es el caso. La obra de Remarque resulta un tanto empalagosa para el gusto actual. Pero las de Blunden, Graves, Hemingway y Sassoon no solo han soportado bien el paso del tiempo, sino que todo indica que seguirán siendo leídas, no ya como material de base para entender la Gran Guerra, ni como prueba documental, sino como una conmovedora y perdurable expresión de la verdad del hombre al afrontar la inevitabilidad de la muerte.

Lo que concede a la experiencia del Somme la importancia que continúa teniendo es la calidad de la mejor literatura sobre la Primera Guerra Mundial (una calidad también destacable en muchos de los autores secundarios). La referida a la Segunda Guerra Mundial no es comparable (aunque se hayan publicado algunas novelas notables, injustamente relegadas: en Inglaterra, *Flesh Wounds* [Heridas en la carne], de David Holloway; y en Estados Unidos, *La delgada línea roja*, de James Jones). En verdad, la única clase de libros sobre la Segunda Guerra Mundial que se impuso en Inglaterra fue la de historias de prisioneros de guerra. Su extraordinario desarrollo invita a especular acerca de los canales por los que discurre la percepción de la guerra por parte de los no combatientes. Si se parte de la premisa de que es el peligro de lo ocurrido lo que suscita el interés, entonces el éxito de la literatura sobre la vida en las trincheras resulta comprensible. En tal sentido, la obsesión del público por lo que sucedió detrás de las alambradas de Stalagluft III o de Colditz ¿implica un reconocimiento tácito de que tenía que ser en un campo —de concentración, de exterminio, de trabajo, de prisioneros de guerra; da igual—, y bajo el dominio del enemigo, y no frente a él, lo que realmente resultaba peligroso en la Segunda Guerra Mundial; y que el soldado, en comparación, habría vivido con relativa seguridad en la batalla? ¿O se trataba más bien de un reconocimiento por parte del público de que, con la literatura de la Primera Guerra Mundial y de la

historia del Somme, ya había aprendido todo cuanto las guerras modernas podían hacerle al hombre, y había percibido que al final se había llegado a un cierto límite de lo que los seres humanos podían o no soportar en el campo de batalla; y que ninguno de los refinamientos de la técnica militar o del perfeccionamiento de las armas desde 1918, debidos a la ciencia, habían agravado en la práctica el apuro del individuo que se encontraba en la zona de combate; y que la voz que hablaba desde las trincheras lo hacía ya por todo soldado posible de la era industrial? Si así fue, los lectores de Sassoon, Graves y Blunden habían captado una parte importante de la realidad^[22].



V EL FUTURO DE LA BATALLA

EL CAMPO DE BATALLA MÓVIL

El Somme trae a nuestros días la historia del desarrollo de la batalla como experiencia y prueba humanas; a estos días de economía industrial, masas electorales y ejércitos de reclutamiento obligatorio. Esto es cierto, aunque, dada la forma de pensar de finales del siglo xx, el Somme puede parecer una batalla pasada de moda —más del estilo, digamos, de Gettysburg, que de Kursk, El Alamein, las Ardenas o el Sinaí—; y esto sucede, ante todo, por la falta de presencia en el terreno del «vehículo de combate» y de aviones que ataquen a la tierra desde el cielo. Pero hacer hincapié en la importancia de estas ausencias supone adoptar un punto de vista exclusivamente occidental. Porque, aunque es verdad que las grandes batallas de la Segunda Guerra Mundial en Francia y en el desierto se caracterizaron por el empleo de carros de combate y aviación en abundancia, y en una proporción alta con respecto a la infantería de acompañamiento —esos «soldados desnudos» del Somme y Waterloo que hemos visto aguantando y muriendo a campo abierto—, para la mayoría de los combatientes el combate estaba tan ligado al terreno como en los doscientos años anteriores, y la mayor parte del tiempo a ritmo de caracol y sin caparazón. Las batallas del Pacífico y de Birmania se hicieron casi totalmente sin el beneficio de la coraza, aunque bajo la protección de la jungla, y sin intervención apenas de la aviación; la larga campaña de Italia la hicieron los alemanes sin cobertura aérea y con pocos carros; las grandes batallas iniciales de Rusia las llevaron a cabo grandes ejércitos de infantería, excepto en la parte central del frente, y a pesar de interrupciones como la de Kursk, la campaña siguió siendo, hasta el último año, en que los rusos organizaron sus grandes ejércitos acorazados, una guerra de botas de cuero y carne de caballo —que se comerían en los peores momentos (los soldados llegaron a cocer sus correajes en Stalingrado)—, siendo zarandeados, además, a lo largo de las extensiones sin fin de la estepa, a veces hacia el este, a veces hacia el oeste, según la guerra empujase. Stalingrado, que es en cierto modo la batalla de esa guerra —se la ha llegado a llamar, con cierta malicia, «el Verdún del Volga»—, fue casi exclusivamente una batalla entre soldados de infantería (detenidos entre las ruinas de la ciudad por las artillerías enemigas); porque los carros alemanes se revelaron inútiles dentro de la propia Stalingrado, en tanto que las columnas acorazadas con las que los rusos cercaron a los atacantes al final fueron desplegadas bastante más allá de su extrarradio.

Además, cuando se disecciona cualquiera de las grandes batallas de carros de combate, es sorprendente comprobar lo poco de combate que hubo entre los carros; algo, por lo demás, típico en esta clase de enfrentamientos. La fase crítica de la batalla de Kursk, 11-13 de julio, vio enormes cantidades de carros trabados en combates a corta distancia dentro de un área comparativamente limitada, casi desprovista de infantería de apoyo. En la fase final de la operación Goodwood, al este de Caen, los carros británicos que llegaron al pie de los altos de Bourguebus, para ser destruidos allí por los cañones más pesados del I Cuerpo Panzer ss, hacía tiempo que habían dejado atrás su infantería de acompañamiento debido a la velocidad del avance; y en el desierto, una y otra vez los alemanes forzaron a los británicos a arrojar sus frágiles Crusaders y Stuarts sin protección de

infantería contra las bocas de los cañones anticarro de 88 milímetros (utilizando sus propios Panzer Mark III, no muy superiores, para cebar la trampa). Realmente, se pueden multiplicar los ejemplos importantes e incluso decisivos de fuertes enfrentamientos entre carros: el contraataque de Avranches, la ofensiva de Moscú en el invierno de 1942, el combate en el saliente de Kiev en el invierno de 1943, y así una larga lista. Pero, debido a la composición de las fuerzas enfrentadas, la mayoría de los combates entre divisiones acorazadas no, en la práctica, entre carros, sino entre infanterías; y cuanto más se alargó la guerra, más fue así.

Esto suena a paradoja; pero se resuelve con un simple vistazo a las unidades que componen una división acorazada. Algunas de estas eran, naturalmente, regimientos de carros; pero otras eran regimientos de artillería y de ingenieros, y algunas simplemente batallones de infantería. Llamar a estos batallones «infantería acorazada» (en el ejército alemán, *Panzergranadiere*) era una moda de la guerra. Resultaba bastante apropiado cuando se les proporcionaba, como a los primeros *Panzergranadiere*, vehículos semioruga ligeramente blindados para moverse sobre ellos por el campo de batalla. Pero pocos ejércitos fueron capaces de dotar a los batallones de infantería de sus divisiones acorazadas con este equipo tan especializado y caro —los rusos nunca, los británicos raramente—; además, todos se sintieron obligados, conforme progresaba la guerra, y se ponía de relieve la vulnerabilidad de los carros contra las armas anticarro de la infantería, a incrementar la proporción de esta con respecto a la de los carros en sus unidades acorazadas. Así, los alemanes, cuyas primeras divisiones Panzer tenían cuatro regimientos acorazados —unos quinientos carros—, por tres regimientos de infantería, habían invertido las proporciones al final de la guerra, de forma que cuatro batallones de infantería apoyaban a dos regimientos acorazados (con menos de ciento cincuenta carros). Esta inversión fue en parte forzada, debido a su incapacidad de producir tanques al mismo ritmo que sus enemigos —las mismas carencias que impidieron dotar a más de uno de los cuatro batallones *Panzergranadiere* con transporte acorazado—; pero, aunque el caso sea exagerado, la misma tendencia era detectable en la misma época en las organizaciones de ejércitos con más medios. Los británicos, que habían empezado la guerra con una división acorazada, que contenía seis regimientos de carros y un solo batallón de infantería, terminaron con esa misma división contando con cinco batallones de infantería por cuatro regimientos de carros; y los estadounidenses, aunque mantuvieron el número de tres batallones de infantería en sus divisiones acorazadas a lo largo de toda la guerra, fueron reduciendo progresivamente el número de regimientos de carros desde ocho a seis, hasta finalmente también tres.

Por lo tanto, una división acorazada de la Segunda Guerra Mundial en acción, se parecía poco a la flota de acorazados veloces, moviéndose y disparando al unísono, con que habían soñado los visionarios de la *Blitzkrieg* [guerra relámpago]. Por supuesto, ocasionalmente, como durante el fulgurante avance de Rommel desde el Mosa hasta Arrás en 1940, o en el avance del xxx Cuerpo del Ejército británico desde el Sena hasta Bruselas en 1944, una ofensiva de carros podría tomar la forma de una persecución por el mar. Pero, cada vez que los carros se juntaban en grandes cantidades, su velocidad descendía inevitablemente a la de la marcha a pie, interrumpida por largos periodos de inmovilidad; y sus operaciones perdían la simplicidad de las acciones entre buques, ya que se entremezclaban con confusos combates de infantería de naturaleza no muy diferente a la que los soldados de la Primera Guerra Mundial habían experimentado en muchas de las grandes ofensivas. Porque la «infantería acorazada», los *Panzergranadiere* y los soldados motorizados —tal como los estadounidenses, los alemanes y los británicos, respectivamente, habían llamado a la infantería de sus unidades de carros—, aunque podían moverse en sus vehículos dondequiera que sus mandos quisieran emplazarlos, siempre desmontaban a cierta distancia del enemigo, antes de iniciar el movimiento para entablar contacto, aunque solo fuese por prudencia, ya que sus vehículos eran objetivos de primer orden. Y, una vez en tierra, resultaban tan vulnerables a los diferentes tipos de

fuego como cualquier soldado de infantería de la época o el lugar que fuese. La descripción del general Von Mellenthin del ataque de una formación de carros rusa contra las posiciones de la 19.^a División Panzer en el Nieper, en octubre de 1943, lo señala con claridad:

[Durante] el bombardeo de la artillería [...] no era posible efectuar ningún movimiento, porque doscientos noventa cañones de todos los calibres machacaban un kilómetro del frente [...]. Le disparaban hasta al cuartel general avanzado de la división, y las dos divisiones que mantenían el frente del cuerpo del ejército eran batidas con tal intensidad que era imposible determinar el *Schwerpunkt* [punto fuerte] [...]. Tras dos horas de bombardeo, nuestro sistema de trincheras parecía un campo recién arado, y, a pesar de estar cuidadosamente enterradas, muchas de nuestras armas pesadas y de nuestros cañones anticarro habían quedado fuera de combate.

De repente, atacó la infantería rusa en un frente estrecho y en líneas compactas, detrás de una barrera y con carros de apoyo, y en sucesivas oleadas. Numerosos aviones en vuelo rasante atacaron los puntos fuertes que aún hacían fuego. Un ataque de infantería rusa es un espectáculo que inspira temor; las largas oleadas grises llegan martilleando a cañonazos, lanzando gritos feroces, y las tropas que se defienden necesitan tener nervios de acero^[23]. Para hacer frente a estos ataques, la disciplina de fuego es de vital importancia.

El violento ataque ruso tuvo algún éxito, pero durante la tarde las tropas de asalto acorazadas, que manteníamos en reserva, fueron capaces de barrer a los rusos que habían penetrado en el sistema de defensa. Solo perdimos como un kilómetro y medio de terreno.

Este pasaje resulta interesante a varios niveles. Como la obra de muchos soldados profesionales, está escrito en una especie de lenguaje críptico, aunque es difícil juzgar si deliberada o inconscientemente: «la disciplina de fuego es de vital importancia», la frase clave, significa, aunque un lector civil medio pueda no entenderla, que la infantería alemana tenía que contener su propio fuego hasta que los rusos estuviesen muy cerca —terroríficamente cerca— de los agujeros donde se encontraban ocultos, y disparar entonces con ráfagas sostenidas, simultáneas y apuntando bien, para eliminar cuantos enemigos fuera posible antes de que estos encontrasen también refugio en el terreno y recuperasen el aliento y el valor. Disparar demasiado tarde —que es justo lo contrario de la reacción natural— podría significar ser eliminado; disparar demasiado pronto podría empujar a los rusos a ponerse también rápidamente a cubierto, salvándose muchos y quedando intacta su voluntad de avanzar, y podrían pedir más apoyo sobre las posiciones alemanas de la terrible preparación artillera que habían sufrido en las dos horas precedentes.

Pero, a otro nivel, su interés es histórico y literario: por la similitud entre la acción descrita y la de los soldados que guarnecían las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Verdaderamente, en casi todos los aspectos, lo que describe Von Mellenthin es una batalla de la Primera Guerra Mundial, resultando casi irrelevante la presencia de los carros y los aviones, y los mismos nombres de las unidades —regimientos Panzer, divisiones de infantería motorizada— son del mismo estilo. La situación de los soldados, estuvieran atacando o defendiéndose, es exactamente la de sus predecesores de 1914-1918 en circunstancias similares, e idéntica su suerte. «Solo perdimos como un kilómetro y medio de terreno»; eso sería mucho, hay que admitirlo, en el Frente Occidental en 1916, pero está completamente dentro de los parámetros de las experiencias comunes en el este, y es una frase que implica el entierro de muchos soldados en cualquiera de las dos guerras.

Pero, si muchas batallas de la Segunda Guerra Mundial se parecen a las de la Primera en cuanto a experiencia humana, ¿cuáles fueron las funciones y las conquistas de todos esos militares de los

carros —alrededor de un cuarto de millón fueron construidos en la Segunda Guerra Mundial, frente a menos de diez mil en la Primera— que recorrieron los campos de batalla de 1939-1945: Shermans, T-34s, Churchills, Tigers, Panthers, Panzers Mark IV, Cromwells, Matildas, Valentines, Stuarts, Grants, J.S.IIIs, retumbando, resonando y rodando con estrépito a través del desierto, la estepa, los pastizales, el asfalto, los campos nevados, las llanuras encharcadas? Se trata de una pregunta compleja. Podríamos plantearla mejor reconociendo que la «función» y las «prestaciones» pueden ser en este contexto cosas muy distintas, como lo eran en la práctica. Muchos de los carros antes mencionados tenían una función especializada, y limitada por tanto. Por ejemplo, el Churchill, como el Matilda o el Valentine, eran carros de «infantería», descendientes directos del Mother cruzatrincheras y corta-alambradas de la Primera Guerra Mundial, y, como aquel, diseñados para destruir, mediante el fuego o la intimidación, la resistencia de la infantería enemiga en los puntos fuertes. El Tiger, por otro lado, era, en último extremo, un carro anticarro: el superacorazado del campo de batalla, capaz de sobrepasar con su cañón a cualquier oponente, y de absorber o desviar su respuesta. Pero, en cualquier caso, las prestaciones de estos carros con una función especializada, solo podían ser limitadas y locales. El Churchill podía «batir a la infantería» a través de un espeso cinturón de alambradas y casamatas, forzando así una progresión que, sin su asistencia, sería detenida o rechazada. El Tiger, si estuviera disponible cuando apareciese el Churchill, podría destruirlo y «restablecer el frente». Pero ninguno de los dos podía hacer cualquiera de estas cosas más deprisa que el paso humano, o a cierta distancia, ya que su enorme peso le restaba velocidad y le ocasionaba un desgaste de zapatas tan rápido como el de las modernas maquinarias de movimiento de tierras, y tenían que ser transportados de un lugar a otro en vehículos construidos para ello, y muy poco marciales.

Sin embargo, el Sherman, el T-34, o el Panzer Mark III, aunque ninguno de ellos podía igualar en potencia de cañón ni de coraza a los más pesados, lograban, en raros momentos de oportunidad, modificar el curso de toda una campaña. No podían hacerlo a menudo, ni a la carta, porque se precisaba la concurrencia de circunstancias que no dependían de la simple concentración de una superioridad acorazada. Pero cuando sucedía, el foco del combate podía desplazarse ciento sesenta kilómetros en una semana —como sucedió en Francia en mayo de 1940, o en Polonia en junio de 1944—, y las rutinas de los ejércitos enfrentados se revolucionaban. Esta transformación no se alcanzaba en función de la velocidad de los carros, ni de su capacidad de vencer la resistencia del enemigo que se encontraba a su paso. Porque los carros que se limitan a penetrar a través de las líneas enemigas y a avanzar en su territorio tienen una corta esperanza de vida. Las averías mecánicas, a las que están extraordinariamente expuestos, reducirán rápidamente su número, y el agotamiento del combustible, del que solo pueden llevar para unas horas de marcha, obligará pronto a los restantes a detenerse. El «avance acorazado», con el que han soñado todos los mandos —o que les ha causado pesadillas— desde septiembre de 1939 requiere, por lo tanto, una considerable preparación.

Buena parte será simplemente administrativa: concentración de tropas, armas y abastecimientos en los lugares escogidos para el intento de avance. Esta preparación administrativa es esencial; algunos comentaristas de estrategia la ven realmente como el principio y el fin del mando. Pero «preparación» tiene, en el contexto militar, otro sentido más importante, como en «preparación artillera». Aquí significa algo diferente: tanto causarle daño al enemigo como prepararle —«dejarle dispuesto»— para el golpe que irá a continuación, que será el que le origine el auténtico daño. Este es el tipo de preparación que resulta crucial para un avance acorazado. Muy esporádicamente se puede eludir, o se puede prescindir de él; bien porque los antecedentes del ataque se oculten para favorecer la sorpresa —como sucedió antes de la ofensiva de las Ardenas en diciembre de 1944—, bien porque el ejército que lo va a recibir esté tan poco familiarizado con el potencial de las fuerzas acorazadas

—como estaban los franceses en el Mosa en mayo de 1940— que el poder de resistencia de la víctima se quede paralizado ante la conmoción del propio ataque. Pero circunstancias como estas ocurren muy raramente; por lo general, solo al comienzo de una guerra, o en un frente que estaba «tranquilo» desde hacía tiempo. Mucho más a menudo, la capacidad de resistencia del defensor necesita ser disminuida mediante un prolongado proceso de combate —«desgaste» es la palabra que se utiliza hoy— antes de que el general atacante considere oportuno lanzar sus carros para el avance.

Pero el desgaste es un proceso demasiado doloroso como para que un enemigo se someta voluntariamente a él. A veces, como le ocurrió a la Wehrmacht en Normandía en 1944, se tiene que someterle gustoso o no; y entonces la batalla en la que combate seguirá los pasos prescritos de «fijar», «desgastar» y «avanzar». Pero si está alertado, o si tiene espacio a su disposición, se comportará de forma diferente: si está alertado, se atrincherará, colocará minas y alambradas —como hicieron los rusos en Kursk— con tanta seguridad que el esfuerzo de desgaste del atacante solo agotará la propia fuerza de este; si tiene espacio —como Manstein en su contragolpe de Járkov en febrero de 1943—, romperá el contacto a la primera señal de ataque y se retirará, «rompiendo» así la batalla y haciéndola «fluida», con lo que forzará al enemigo a combatir en un terreno que no le sea familiar —pero que sí conozca bien el defensor—, y en unos términos y según un horario que ya no dictará aquel, sino este. Por lo tanto, si el atacante pretende llevar a cabo su avance, debe conseguir que el enemigo «se esté quieto»: que luche resueltamente, es decir, sobre el terreno donde es atacado, reemplazando las tropas que progresivamente se vayan desgastando en su defensa por otras de su reserva, hasta que no le queden más con que alimentar la batalla. Si entonces el atacante, gracias a una mejor economía de medios, cuenta con algún excedente, y si en este hay elementos acorazados en cantidad suficiente, está en condiciones de efectuar el avance acorazado.

No obstante, para el avance no bastará solo con esto; ni siquiera aunque los carros ganen terreno en el otro lado penetrando por alguna brecha que se abra en las líneas enemigas. Hacen falta más cosas: los carros deben lograr que el ejército les siga. Pero la disposición de un ejército para avanzar cuando se presenta la oportunidad no es ni automática ni espontánea. Realmente, en todos los ejércitos modernos hay una enorme resistencia al movimiento, que es en parte material y en parte psicológica; y tan fuerte que sus efectos pueden compararse incluso a la que ofrece el enemigo. La resistencia psicológica quizá sea la más fácil de comprender. Porque, aunque en el propio hogar se dan por supuestos el abrigo, el calor, la diversión o una dieta variada, se sabe que en campaña todo esto resulta difícil de encontrar; se puede comprender, pues, que cuando se encuentre sea muy valorado y haya una gran resistencia a abandonarlo. Un buen alojamiento, un área tranquila, un refugio mejor, son realmente para todos, con la única excepción de algunos espíritus excepcionales, lo que cada soldado veterano busca, y su predisposición para hacer de ellos un sustituto temporal del hogar es algo contra lo que un mando enérgico tiene que luchar duramente si quiere mantener viva su campaña. Incluso un alojamiento mediano, o un refugio claramente malo, despertarán en el soldado la tentación de esperar. Lo fuerte que es esta tentación lo percibí en casa cuando me encontraba estudiando un mapa de trincheras a gran escala de la Primera Guerra Mundial; le pregunté a mi padre si su batería de cañones de 6 pulgadas había estado desplegada en el área del mapa. Dijo que sí, y al momento se puso a señalarme sus características más destacadas, con esa facultad de recuerdo topográfico absoluto —que se mantiene cincuenta años después— que al parecer poseen todos los supervivientes de la Primera Guerra Mundial. Aquí estaba el huerto donde la batería tenía el puesto de tiro, y allí la línea de piezas; y además —lo que era visiblemente más importante para él—, aquí estaba la presa del canal donde se habían bañado las tardes de buen tiempo, allí el campo donde habían jugado al fútbol, aquella era la granja donde la familia Courvisier les había hecho tortillas (tenían un hijo fuera de casa en la guerra y allí eran bien recibidos los soldados, en especial si hablaban un poco de francés), allí estaba el Calvario, donde esperaba a su hermano mayor, que venía

a pie desde una batería vecina con noticias de casa, escuchando en la peligrosa oscuridad el tintineo de sus espuelas en el pavés. Era obvio que este kilómetro cuadrado de la Picardía, a pesar de toda su devastación y su terror, había llegado a ser para él, en los pocos meses que pasó allí, algo tan familiar, e incluso tan seguro, como el Staffordshire rural en el que se había criado. Y no fue él solo el que encontró su Staffordshire en Francia; en toda la *Zone des Armées* —este es, de hecho, el tema de *Spanish Farm* [Granja española] de Mottram— había individuos, grupos de amigos, unidades enteras aislándose todo lo que podían de la guerra, formando sus pequeños mundos temporales, resistiendo los cambios, echando raíces.

Con todo, las raíces más fuertes que echan los británicos, como cualquier ejército moderno, eran y son materiales. Plantaban cara al enemigo que se encontraban en su camino. Pero sujetándoles, incluso arrastrándoles hacia atrás en ese camino, había una red —densamente tejida— de lo que los oficiales del estado mayor llaman «enlaces de retaguardia»: con los depósitos de la división, con los puntos de aguada, con los nudos telefónicos, con los terminales de ferrocarril, con los arsenales, con los depósitos de material... Su función era la de extender el despliegue del ejército; pero su efecto —más centrípeto que centrífugo— era atraerlo hacia atrás, hacia su propia base. Estos enlaces eran flexibles en teoría; pero en la práctica iban a mostrarse notablemente rígidos cada vez que recaía sobre ellos la tensión de un avance, en tanto que los puntos a los que estaban anclados —bases de cuerpo y de ejército, parques de campaña, cuarteles generales, depósitos de forraje y munición, hospitales— eran virtualmente inamovibles; llevaría meses de paz, entre 1918 y 1919 soltarlos del terreno. Los ejércitos de la Segunda Guerra Mundial, que estaban organizados para el movimiento, demostraron ser menos inamovibles en caso de emergencia; pero, a pesar de la apariencia de rapidez que sus flotillas de camiones les daban, estas solo servían en realidad para viajes cortos. Si les pedían desplazarse a una cierta distancia con velocidad, necesitarían el uso del ferrocarril, que el enemigo, o los partisanos amigos, o sus propias fuerzas aéreas, seguramente habrían destruido del todo.

En cualquier caso, la disponibilidad de ferrocarriles no garantiza la rapidez de movimiento, como demuestra el avance a paso de caracol de los ejércitos franceses desde sus terminales de ferrocarril hasta Lorena en agosto de 1914. Es necesario algo más que unos simples medios de transporte —aunque el transporte sea aún más vital que una convicción profunda en los poderes de la ofensiva (y esta era muy fuerte en el ejército francés de 1914)— si un ejército va a ser impulsado en rápido movimiento hacia delante. En 1914, el ejército alemán, recorriendo a pie treinta kilómetros hacia el sur día tras día, estaba poseído por una visión, la victoria total en seis semanas, la derrota del ejército francés, entrar en la Ciudad de la Luz, el desfile triunfal por los Campos Elíseos. Pero visiones como esta se presentan raramente; y, por mucho que un general trate de conjurarlas para que existan, normalmente se resisten a sus artificios. O quizá fuese más preciso ponerlo en pasado: normalmente se *resistían*. Porque se puede argumentar que, aunque la mecanización de los ejércitos ha producido una revolución en la guerra, la consecuencia real, su potencial efectivo de cambio, no es material sino psicológico; que, en suma, habría que considerar al carro de combate menos como un arma que como un artificio teatral, un *deus ex machina*, manejando el cual un general es capaz de manipular las emociones, de estimular las respuestas de un ejército para que venza su resistencia al movimiento y supere su tendencia a la autoprotección, y de romper su ritmo normal de campaña, mediante la imposición de un objetivo más alto que el de mantener el propio terreno, el de expulsar al enemigo que está enfrente, o incluso el de obtener una rotunda victoria. Ese objetivo más alto es el rescate de camaradas en peligro.

Es un objetivo que el general puede imponer de un modo aún más determinante gracias al uso de las fuerzas paracaidistas. Por ejemplo, en la operación de Arnhem, Montgomery pudo utilizar la apurada situación de la 6.^a División Aerotransportada, que había sido lanzada en profundidad en territorio enemigo, como un estímulo para el avance de la División Acorazada de Guards; y pudo

utilizar el riesgo de estos carros en la *via dolorosa* al norte de las líneas aliadas, como un acicate para el resto de la infantería del xxx Cuerpo, que les seguía detrás. Los franceses, en operaciones como *Lorraine*, en el norte de Indochina, donde lanzaron batallones de paracaidistas en el corazón de la fortaleza del Vietminh y desafiaron a sus columnas a que les alcanzasen por carretera, elevaron esta técnica al nivel de principio estratégico. Pero es una técnica demasiado arriesgada como para ser empleada a menudo, como estableció el resultado de Arnhem. Por otro lado, la penetración acorazada ofrece a un general la oportunidad de excitar el sentimiento de solidaridad de sus soldados con compañeros en peligro y de controlar el riesgo al que están expuestos. Por supuesto, se puede calcular mal, como le ocurrió a Rommel en la batalla de Crusader, en noviembre de 1941, en cuyo caso hay que suspender la penetración acorazada, si no se quiere que se encuentre en una posición débil cuando se tenga que detener más adentro. Pero si su alcance se calcula bien —como le ocurrió a Hitler en mayo de 1949, o a Hoth y Guderian en el verano de 1941—, la infantería, azuzada por la pesadilla de dejar morir a las tripulaciones de los carros abandonados, tratará de seguir hacia delante, cruzando la sima que se abre entre su línea de partida y el punto más alejado del avance de los carros; una sima que en otras circunstancias pensarían acertadamente que era insalvable, pero que, mediante una semana o dos de esfuerzo irracional, tanto moral como físico, debido a sus exigencias, pueden transformar con su avance el curso de toda una campaña.

LA NATURALEZA DE LA BATALLA

Por tanto, en la culminación de un avance hay tanta astucia psicológica como preparación material y control racional. Ciertamente, no se podría organizar ningún avance sin la ayuda de este truco de confianza moral, que actúa sobre el sentido de unión entre los soldados y los compañeros aislados, y alimenta el efecto estimulante generado por el avance para su rescate. Pero, antes de que pueda producirse un avance, se requiere un truco psicológico aún más importante, que, como se ha visto, hay que conseguir en *ambos* ejércitos, tanto en el atacante como en el defensor: hacer que sus soldados se detengan. Porque, a no ser que los soldados estén parados, agrupados unos junto a otros, intercambiando golpes y sintiendo el enorme desgaste, un avance no tendrá, en realidad, un efecto más duradero que cualquier otro lance de astucia. Las victorias fáciles entre iguales casi nunca persisten. El derrotado lame sus heridas, alimenta sus agravios y espera que las diferencias se equilibren de nuevo. La facilidad de las victorias de Alemania en 1870 explica sobradamente la amargura que los franceses mantuvieron contra ella durante cuarenta años, así como la magnitud del precio que exigieron en su desquite en los campos de batalla de 1914-1918. Las fáciles victorias de Hitler de junio-agosto de 1941 le aportaron las agonías de Stalingrado; de la misma forma, y por la misma razón, que Pearl Harbour le costó a Japón la derrota en el golfo de Leyte. Y en la década de 1970 se ha visto la inflexibilidad de los ejércitos árabes en su negativa a aceptar las victorias relámpago de Israel en 1967, como una prueba válida de sus potencias relativas, volviendo a la confrontación e insistiendo en repetir el intento. Se puede decir por esta razón que, aunque el carro ha transformado el ritmo y el aspecto de las campañas modernas, no ha cambiado la naturaleza de la batalla. El foco del combate se puede desplazar treinta kilómetros en un solo día mediante un ataque acorazado; pero, cada vez que se detiene, ha de producirse exactamente el mismo tipo de confrontación entre hombre y hombre que han visto los campos de batalla desde que existen los ejércitos.

Por lo tanto, la batalla es en esencia un conflicto moral; y esta no es una idea que haya que llevar

al límite, como lo fue para Foch y la «escuela ofensiva» de los estrategas franceses antes de la Primera Guerra Mundial. Para que tenga lugar hace falta un acto de voluntad mutuo y sostenido de las dos partes contendientes; y para que se resuelva, debe producirse el hundimiento moral de una de ellas. La duración de ese acto de voluntad, como el alcance del hundimiento moral, no son cosas que puedan concretarse. En una batalla «ideal», la acción se debería sostener lo suficientemente como para que el hundimiento fuese total; situación ideal que casi se plasmó perfectamente en Waterloo. Pero, aunque a uno le gustaría decir que «una batalla es algo que sucede entre dos ejércitos y que lleva a la desintegración moral y después física de uno de ellos» —y esta es la definición más aproximada que puede hacerse de una batalla—, en pocas batallas se ve a los dos ejércitos en un empeño moral tan completo y sostenido, o llegando así a un final. Los ejércitos pueden, por supuesto, intentar fervorosamente la desintegración del otro y fracasar, a pesar de espantosas pérdidas humanas, como ocurrió en el Somme. También pueden saltar al campo de batalla despreocupadamente y sufrir allí una devastadora catástrofe moral, como la que sorprendió a los franceses en Agincourt. Pero el resultado —negativo o «equivocado» en estos casos menos que «ideales»— no significa que tales encuentros no respondan a la definición de lo que es una batalla, ni que la invaliden. Algunos de los efectos morales que un estancamiento o una batalla sin éxito tienen en algunos de sus supervivientes serán idénticos a los que sienten los vencedores o los conquistados en una batalla que se ajuste exactamente a la definición. Habiendo encontrado la resolución moral para resistir cualquiera que sea su origen (y esto es un tema muy complicado), interiormente disfrutarán su recompensa o pagarán la falta.

Por tanto, cuando sir Herbert Butterfield propone en *Man on his Past* que «puede que cada batalla de la historia universal sea distinta de cualquier otra, pero todas han de tener algo en común si queremos agruparlas, de algún modo, bajo el término “batalla”», sin considerar qué pueda ser ese «algo en común», estamos ahora en disposición de hacer una sugerencia. No se trata de algo «estratégico», ni «táctico», ni material, ni técnico. No es algo que revele ningún mapa coloreado, ni ninguna colección de estadísticas comparativas de fuerzas y de bajas, ni siquiera ninguna lectura paralela de los clásicos militares (aunque los clásicos iluminen brillantemente nuestra comprensión de la batalla una vez que llegamos a ella). Lo que las batallas tienen en común es humano: el comportamiento de hombres que tratan de reconciliar su instinto de autoconservación, su sentido del honor y el logro de un objetivo por el que otros hombres están dispuestos a matarle. Por lo tanto, el estudio de la batalla es siempre un estudio del temor y generalmente del valor; siempre del mando, generalmente de la obediencia; siempre de la obligación, a veces de la indisciplina; siempre de la ansiedad, a veces del júbilo y la catarsis; siempre de la duda, la incertidumbre, la falta de información y el error, generalmente también de la fe y a veces de la visión; siempre de la violencia, a veces también de la crueldad, el autosacrificio, la compasión; y, por encima de todo, es siempre un estudio de la solidaridad y generalmente también de la desintegración: porque la batalla está orientada a la desintegración de grupos humanos. Pero no es solo un estudio para el sociólogo o el psicólogo; quizá, esa es la verdad, no debería ser un estudio adecuado para ninguno de estos dos. Porque los grupos humanos en la batalla, así como la calidad y la fuente de la tensión que sufren, han sido extraídos de la vida y del significado de esta por el enfoque de laboratorio que practican los científicos sociales. Las batallas pertenecen a momentos definidos de la historia, a las sociedades que preparan los ejércitos que las llevan a cabo, a las economías y a las tecnologías que sostienen a esas sociedades. La batalla es un sujeto histórico, cuya naturaleza y evolución solo pueden entenderse por medio de una amplia perspectiva histórica.

¿Cuáles son las tendencias en la evolución de la batalla? Se trata de una pregunta demasiado general como para plantearla en bruto; y, aunque mi propósito de partida ha sido ocuparme solo de batallas situadas en una misma zona climática y geográfica —la Europa del noroeste; entre grupos étnicos afines: europeos blancos—, ^[24] y encuadradas en un mismo sistema de valores —los del cristianismo occidental—, no estoy seguro de que estos límites resulten suficientes. Hay otros muchos factores que se inmiscuyen, además del clima, el terreno y el *ethos*; los más obvios serían la tecnología y la economía. Aunque si se contempla la batalla como una situación que implica al individuo y al grupo, en un periodo de tiempo y en un sitio determinados, la mayoría de tales factores podrían excluirse. Porque, aunque el desarrollo industrial ha incrementado considerablemente el poder que pueden desplegar unos estados contra otros en una guerra, y aunque la mejora de los armamentos ha extendido casi indefinidamente el alcance de un enfrentamiento general, lo cierto es que la difícil situación del individuo en el campo de batalla aún hay que medirla, cualquiera que sea el momento que se considere, según una escala muy pequeña: el de la resistencia mental y física del individuo y de su grupo. Los hombres solo pueden soportar una cantidad limitada de algo (y la muerte de un hombre es siempre muerte, la cause una flecha o un potente explosivo); por lo que, para nuestros propósitos, el factor que debemos establecer no es el factor por el que la mecanización de la batalla ha multiplicado el coste de una guerra para los estados implicados, sino el grado en que ha incrementado la tensión en los seres humanos que en ella participan.

¿Cómo podríamos marcar la gradación de esa escala? El mundo del montañismo nos ofrece una útil analogía. Las montañas, como los campos de batalla, son lugares intrínsecamente peligrosos para el individuo que está allí. Naturalmente, si se toman las debidas precauciones, es más difícil matarse en una montaña que en un campo de batalla; pero el riesgo de muerte —que es su principal seducción— acecha siempre al alpinista, y cada año hay más que se matan. Pero el grado de peligro al que se expone el alpinista oscila entre límites muy amplios, determinados por la altura de la cima que quiere escalar, la pendiente y la inaccesibilidad de la cara («exposición» es el término técnico), la severidad y las predicciones de las condiciones del tiempo que se producen en esa cara, así como por la estabilidad del material de que está compuesta. Cuanto más alta es la cima, al menos en la escala alpina, la ascensión se hace a menor temperatura y es también más larga, con lo que al peligro se añade la fatiga; cuanto menos predecible es el tiempo, tanto mayor es el riesgo de quedar atrapado en la cara; cuanto más agudo es el gradiente y más inestable su composición, tanto mayores son los «peligros objetivos»: avalanchas, desprendimientos de hielo, piedras sueltas. A veces las piedras sueltas, significativamente llamadas por los montañeros alemanes «artillería de montaña», son quizá los peligros más letales del alpinismo, porque aparecen sin avisar y son causados por los factores menos sometidos al control del alpinista.

A comienzos del siglo xx, cuando los montañeros empezaron a viajar por todas partes buscando nuevas escaladas, se intentó ordenar las dificultades que presentaban, de forma que un extraño pudiese conocer si estaban o no a su alcance. Y, aunque los británicos, los franceses, los suizos y los italianos establecieron sistemas distintos de clasificación para sus propias montañas, tales sistemas coincidían en establecer más o menos seis grados de dificultad, desde «fácil» hasta «muy difícil». Saber que una cara estaba en la parte alta de la escala era a menudo suficiente para disuadir a los principiantes de intentarlo, y la mayoría de los alpinistas se contentaban con limitarse a las de la banda intermedia.

Así, el sistema alcanzó su propósito. Pero, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, de los alpinistas europeos de más clase, que ya habían llegado a lo máximo de la clasificación, se apoderó

un nuevo espíritu, que les impulsó a escaladas cada vez más espectaculares, empeñándose desde entonces en el más difícil todavía. Dicho espíritu era el de escalada «extrema» —subir hasta «los límites de lo que es posible física y psicológicamente»— mediante métodos «artificiales»: el uso de clavijas de metal, clavadas en la roca, en caras donde no se puede encontrar ninguna presa «natural» para pies ni manos. Estos métodos suscitaron una violenta hostilidad entre los alpinistas tradicionales, que habían desarrollado una filosofía romántica sobre el montañismo, que destacaba los valores espirituales que esta actividad le reportaba al hombre, al hacerle estar en armonía con la naturaleza; estos alpinistas tradicionales tacharon las prácticas de los «extremistas» de «perversiones», «degradaciones» y «demostraciones demoniacas». La escalada extrema más publicitada de entre las primeras fue la de la «inescalable» cara norte del Eiger, en varios intentos de 1935 y 1936, y tuvo como resultado la muerte de seis alpinistas. Esto reforzó su desaprobación, llegándose a decir incluso que el espíritu de la montaña lo había considerado como una afrenta que no estaba dispuesto a tolerar.

Pero en 1938 la cara norte fue conquistada mediante técnica extrema, y desde la guerra ha sido escalada una y otra vez. Se buscaron peligros adicionales para añadir pimienta y sensacionalismo, tanto a esta escalada como a las demás: haciéndola en mitad del invierno; o mediante escalada directa —*superdirettissima*—, por la línea que «seguiría una gota de agua que cayese directamente desde la cima»; o, en fin, haciéndola en invierno y «directa»; al principio en cimas menores, como la Cima Grande de los Dolomitas, y al final en el mismo Eiger. Pero en el momento en que se alcanzó este nivel, el sistema clásico de graduación había perdido ya casi todo su significado. La mayoría de las escaladas eran del nivel cinco o seis; pero las dificultades técnicas palidecían al lado de los peligros objetivos —las avalanchas de piedra bajando por la cara a velocidades mortales, las duchas de astillas de hielo, los rayos, a los que el alpinista «extremo» rondaba con las piezas metálicas de su equipo, actuando finalmente como elemento de atracción—; a la vez que estos «peligros objetivos» quedaban oscurecidos por los que podríamos denominar (aunque no los llamen así los montañeros) «peligros subjetivos». Porque varios días en las grandes caras, y varios días eran los que requería la *superdirettissima*, conducían al hombre al límite de sus reservas físicas, junto con las que se iban su voluntad y su coraje, de los que depende todo lo demás en la escalada extrema. La escalada, que supone siempre una prueba para la habilidad física y para los nervios, ha sido transformada por la manía de los extremistas —que hoy ya usan perforadores eléctricos, clavijas de expansión y lo que al ignorante le parecen sospechosamente como piezas de andamio, en su búsqueda de líneas cada vez más «directas»— en una batalla de desgaste donde el poder de la voluntad y la resistencia son los soberanos. Y las bajas que han sufrido se pueden comparar con las sufridas en la guerra de desgaste: de los setenta primeros alpinistas que intentaron la *Eigerwand* [cara norte del Eiger] entre 1935 y 1958, diecisiete se mataron, por caída o por exposición. Dos de ellos, Hinterstoisser —con cuyo nombre se designó una de las rutas más difíciles de la cara— y Kurz —cuya muerte heroica se ha convertido en una de las leyendas del alpinismo—, habían pedido permiso en el ejército alemán para abordar la escalada. Su regimiento, el 100.^o de Gebirgsjäger, fue escogido posteriormente durante la invasión de Creta de 1941 para llevar a cabo un aterrizaje de circunstancias en las pistas del aeropuerto de Máleme, bajo el fuego de los neozelandeses que lo defendían —quizá la operación singular más audaz de la guerra, que le dio la vuelta a la batalla, tornando el desastre en victoria para los alemanes—, y al hacerlo sufrió ciento cincuenta bajas de un total de ochocientos hombres: un dieciocho por ciento, frente al veinticuatro por ciento de los trece primeros intentos del Eiger. Así, una operación de guerra de la clase más «extrema», fue al final ligeramente menos peligrosa para la unidad que la ejecutaba que la diversión escogida por sus espíritus más temerarios.

Entonces, si la pregunta es si el montañismo se ha vuelto más peligroso a lo largo del último siglo, la respuesta sería: «Sí, si se practica en la parte alta de la clasificación». Lo que había

empezado siendo la actividad de una jornada, subir por la ruta más fácil hacia la cumbre de cualquier montaña que a un grupo de amigos le atrajese, por su altura o por sus vistas, para disfrutar del placer de ejercitar la propia agilidad, poner a prueba los nervios, practicar el espíritu de equipo y disfrutar de los grandes espacios abiertos, se ha convertido en nuestra época en una especie de operación militar, donde el deporte imita a la guerra, y a una guerra de las más aburridas y mortíferas, donde hay que arrostrar muchos riesgos. Verdaderamente, los hombres duros de la «directa del Eiger en invierno», acurrucados, temblando de frío en sus diminutos, mugrientos y malolientes agujeros hechos en la nieve, sujetos con infinito trabajo a la cara, deprimidos por la muerte de compañeros suyos, escasos de alimentos y esperando ser barridos de un momento a otro por el estallido de una avalancha, recuerdan muy vívidamente a los soldados del Sexto Ejército de Paulus, congelándose hasta morir en idénticos agujeros en la nieve, entre las ruinas de Stalingrado.

Pero, naturalmente, si colocamos Agincourt, Waterloo y el Somme en una escala de dificultad, ¿se puede decir con seguridad que están en el «dos», en el «cuatro» o en el «seis»? ¿Se puede establecer una graduación según la «duración», los «peligros objetivos», la «exposición» y la «dificultad técnica»? Incluso en el caso de que se pueda, ¿llevará a la conclusión de que los riesgos para el soldado individual de primera línea en el campo de batalla se han ido incrementando durante el periodo que se considera?

DURACIÓN

Hay algo que puede afirmarse con rotundidad: las batallas son cada vez más largas. Agincourt se hubiera podido medir en horas y minutos. Y Waterloo, aunque, como se ha visto, para algunos regimientos fue parte de una prueba de tres días, para otros fue asunto de uno solo; razón por la que Wellington la consideró una batalla menos dura que la de Talavera, que ocupó dos días y una noche. Pero cincuenta años más tarde, Gettysburg, la batalla más sangrienta de la guerra de Secesión estadounidense, duró tres días, desde la media mañana del primero hasta el anochecer del tercero. Y a comienzos del siglo xx, las batallas entre grandes ejércitos como la de Liaoyang, entre rusos y japoneses en Manchuria, pudo ocupar una quincena. A mediados de la Primera Guerra Mundial, su duración había alcanzado varios meses: el Somme tuvo una duración oficial de cuatro meses y medio (del 1 julio al 18 de noviembre), Passchendaele de algo más de tres (del 31 de julio al 10 de noviembre de 1917), Verdún de diez (del 21 de febrero al 20 de noviembre de 1916). Es verdad que, de no ser por los casos de Stalingrado (del 23 de agosto de 1942 al 31 de enero de 1943) y Normandía (del 6 de julio al 25 de agosto de 1944), podría haberse afirmado que las batallas se habían vuelto a acortar desde 1918. Pero esta objeción podría refutarse a partir de la aplicación del término «batalla», al ser perfectamente sostenible la opinión de que la mayoría de los combates de la Primera Guerra Mundial no fueron «batallas» propiamente dichas, sino «sitios»: algo mucho más limitado y concreto en sus objetivos, y casi siempre mucho más prolongado. Si comparamos de verdad la batalla de la Primera Guerra Mundial con los sitios de Petersburg en la guerra de Secesión, o de Sebastopol en la de Crimea, que duró un año, la prolongación comparativa parece más aparente que real.

Pero, del mismo modo que ningún soldado luchó durante todo el periodo del Somme, ni los de Petersburg o Sebastopol pasaron cada día bajo el fuego en las trincheras; los sitios, como nos muestran las fotografías de Roger Fenton o las de Mathew Brady, tienen sus momentos de calma. Incluso el Somme los tuvo; y, aún más importante que eso, fue una batalla que se desarrolló bajo un

riguroso sistema de rotaciones. Casi todos los regimientos británicos que llevaron a cabo el gran ataque, fueron retirados al día siguiente; y la mayoría de los regimientos alemanes que lo rechazaron, fueron relevados durante la semana. Por lo tanto, la duración de una batalla no implica necesariamente un incremento del riesgo para el individuo. No obstante, las grandes batallas que se prolongan suponen demandas insaciables del depósito general de regimientos, los cuales pueden ser utilizados una y otra vez en un mismo trozo de terreno. A veces, la misma intensidad del conflicto lo impide. Y algunos ejércitos están organizados de tal forma que obliga al individuo a permanecer por largo tiempo en primera línea, sin interrupción o, en el mejor de los casos, con relevos breves.

Desde el principio hasta el fin, el Ejército Rojo no les concedió permiso a sus soldados para ir a casa; lo que constituye una de las crueldades más insidiosas que padeció el pueblo ruso en la Segunda Guerra Mundial. Los hombres seguían en sus unidades hasta que morían o quedaban inválidos; y, en tanto aguantaban, muchos tomaron «esposas de campaña» entre sus camaradas femeninos, tras haber abandonado mentalmente a sus familias. Resulta curioso que, durante esa misma guerra, también lo hiciera el ejército estadounidense: una vez asignado un hombre a una unidad combatiente, solo podía esperar liberarse del peligro por las heridas o por la muerte; ya que la política era mantenerle continuamente en línea durante periodos largos, compensando las bajas con reemplazos individuales. La sensación depresiva de «sin fin» y «sin esperanza» que esto provocó se extendió tanto, que finalmente el alto mando se vio obligado a señalar plazos fijos de combate, de los que el controvertido «año en Vietnam» es la consecuencia más conocida.

Sin embargo, hasta el soldado más reacio podía encontrarse en su año en Vietnam con día tras día de combate, como en el sitio de Khe Sanh. El mismo carácter de la batalla impedía su relevo. Y aún fue más durante la batalla de Normandía, cuya intensidad requirió que los regimientos británicos, que normalmente podían esperar descansos regulares en sus turnos en primera línea, se quedaran semanas y semanas donde habían desembarcado; el Comando 3, una fuerza de incursión preparada y equipada para una exposición muy breve al enemigo, pasó diez meses en el bosque de Bavent, en el extremo del flanco izquierdo de la cabeza de puente de Normandía, en el transcurso de los cuales perdió la mayoría de sus oficiales y casi la mitad de sus hombres. Y los regimientos de la Primera Guerra Mundial sufrieron con mucha frecuencia la peor combinación posible de pruebas: la de ser relevados de una batalla después de un intenso desempeño y ser enviados a retaguardia, hasta que el número de bajas fuese superior al del cien por cien de la fuerza original. De este modo, en Verdún, el 3.º de Jäger y el 87.º de infantería alemanes perdieron cada uno, en varias semanas, más que el número inicial de soldados con los que habían comenzado la batalla.

PELIGROS OBJETIVOS

Así, aunque la prolongación de las batallas no signifique, en muchos casos, que el soldado moderno tenga que someterse a un periodo de combate más largo que el que sufrieron los hombres de Grant o Wellington (aunque en la práctica lo haga), ciertamente han aumentado los riesgos para el individuo, al multiplicar las ocasiones en que una misma batalla puede obligarle a participar. Pero ¿y en cuanto a los riesgos que corre en el campo de batalla, al margen de que se trate de su primera, su segunda o su tercera vez? Se trata de un asunto complejo, y difícil de desenmarañar; porque depende de las dimensiones del campo de batalla, del tipo de armas en acción y del grado de protección que pueda encontrar el soldado. Obviamente, siempre ha sido muy peligroso encontrarse en la «zona de muerte», ya midiese ciento ochenta metros como en Agincourt, ochocientos metros como en

Waterloo, o unos ocho kilómetros como en el Somme. Aunque la ampliación de la zona probablemente también haya intensificado el peligro de sus ocupantes, además de haber aumentado el número de hombres sometidos al riesgo, sobre todo en el frente de esa zona (Borde Anterior de la Zona de Resistencia —BAZR—, según se les enseña a los alumnos de la Escuela de Estado Mayor). Se puede asegurar esto porque, aunque el porcentaje de bajas sufridas en batallas tan separadas en el tiempo como las de Waterloo y el Somme son del mismo orden de comparación, el ritmo al que fueron causadas varía enormemente. En las dos batallas, el 1.º batallón de Inniskilling Fusiliers sufrió 427 y 568 bajas, de un total de 698 y 801 soldados: unos porcentajes de bajas del sesenta y uno y el setenta por ciento, respectivamente. Pero, según se vio en Waterloo, las bajas se repartieron a lo largo de tres horas; mientras que en el Somme se produjeron probablemente en los primeros treinta minutos. Los batallones fueron destrozados en ambas ocasiones; pero el proceso solo ocupó en el Somme un sexto del tiempo que en Waterloo.

Además, a pesar de las mejoras en la asistencia médica de los heridos, e incluso reconociendo que las disposiciones para su evacuación se rompieron en el Somme, resulta significativo que la proporción entre las bajas mortales y las otras sufridas por el batallón en las dos batallas difieran totalmente: en Waterloo murieron o sucumbieron a las heridas 117, en el Somme 245; un porcentaje de bajas mortales del veintisiete y el cuarenta y tres por ciento, respectivamente. Naturalmente, se trata de un ejemplo demasiado pequeño como para fundar en él cualquier argumentación; pero no se aduce como una prueba en un caso dudoso, sino como mera ilustración de algo que en realidad no necesita ser demostrado: que el poder destructor de las armas y el volumen de municiones con que alimentarlas ha crecido durante los últimos dos siglos, con resultados previsibles. Los arcos de los arqueros de Agincourt, los mosquetes de los soldados de infantería de Waterloo, fueron agentes muy eficaces para la transformación temporal de un espacio de tamaño modesto en un entorno de gran letalidad. Pero los adjetivos más importantes aquí son «modesto» y «temporal». A comienzos de la Primera Guerra Mundial, los soldados poseían los medios de mantener amplias áreas como entorno letal, y durante periodos prolongados. De ahí los títulos de algunas de las novelas más conmovedoras de la guerra: *El fuego* de Henri Barbusse, *Se podría estar de pie* de Ford Madox Ford, y *Tempestades de acero* de Ernst Jünger. Por medio de cada una de ellas, estos soldados-autores intentaron transmitir a sus lectores qué tenía la nueva guerra que la hiciera distinta de todas las que había experimentado el ser humano hasta entonces: estaban abandonados en ella como en un continente desconocido, en el que una capa del aire del que dependían para vivir estaba cargada de partículas metálicas letales, a consecuencia de lo cual se veían forzados a adoptar una morada subterránea y una postura abyecta, donde se invertía el uso del día y de la noche, en el que se invertían los términos, y en el que, mediante una extraña modificación, propia de la lógica de Erewhon, la buena salud era vista como una carga y las heridas como un beneficio que había que cuidar y disfrutar. Era como si los fabricantes de armas hubiesen tenido éxito al introducir un nuevo elemento en la atmósfera, compuesto de fuego y acero, cuya presencia hiciese inhabitable el campo de batalla (dándoles esa extraña mirada vacía, que, en un soldado experimentado del siglo xx, es el primer indicio de que el peligro acecha alrededor). La introducción del gas venenoso en la guerra (empleado por primera vez por los alemanes en Yprés, en 1915) terminó provocando, obviamente, un cambio en la atmósfera del campo de batalla; y durante algún tiempo, hasta la década de 1940, se pensó que su letalidad sería insuperable. Pero los avances posteriores en la metalurgia y en el diseño de proyectiles, junto con las reducciones del coste y la disponibilidad de explosivos de gran potencia, han permitido a los agentes letales mecánicos sobrepasar una vez más la capacidad de destrucción. Hoy, una gran abundancia de minas antipersonas (utilizadas ampliamente por primera vez en la Segunda Guerra Mundial), minas Claymore (cargas de revólveres estáticos gigantes), granadas y proyectiles de gran fragmentación^[25], y munición de subcalibre para armas automáticas llevadas universalmente por el

soldado de infantería, proporcionan incluso a unidades muy pequeñas los medios para inundar su frente con metales volantes, hasta hacer virtualmente imposible el acceso de cualquiera que carezca de protección acorazada. Estos agentes mortíferos se han hecho tan abundantes (por no hablar de los que se disparan a más distancia, desde armas de más alcance o desde el aire), que se ha modificado el objetivo principal de la instrucción de muchos ejércitos: porque el tradicional de enseñar al soldado a alcanzar un blanco seleccionado, se ha sustituido por el de enseñar a un grupo a crear una zona impenetrable; de carácter semejante al de esos cinturones de meteoritos que se supone amenazarán a los viajeros cuando el hombre se aventure más en el espacio. A los soldados de las secciones de infantería francesa se les enseña a «disparar» solo hasta dos mil cien metros, dejando la puntería selecta a un par de *tireurs d'élite*; la sección de infantería italiana está equipada casi exclusivamente con metralletas, solo efectivas para barrer las inmediaciones, y que no requieren más destreza de la que necesita un ama de casa para echar insecticida en su cocina con un aerosol; y, por si estos ejemplos no son suficientes, las compañías de infantería rusas, alemanas y estadounidenses solo llevan armas automáticas, que disparan munición ligera moderna, de la que el soldado de infantería puede transportar dos o tres veces la que llevaba su homónimo de la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, «malgastar munición», que fue durante décadas el pecado militar más grave, es ahora una virtud militar; y «dar en el blanco», que fue durante décadas la principal habilidad militar, es algo que hoy se abandona a las leyes de la probabilidad. Quizá solo en el ejército británico —tradicionalmente una corporación de tiradores selectos, que en la década de 1970 se vio involucrada en una campaña en Irlanda del Norte que le exigía al soldado poderle responder con fuego a un terrorista sin alcanzar a aquellos a los que pudiera utilizar como cobertura— se enseñe y se elogie el tiro de precisión.

EXPOSICIÓN

Peligros enterrados bajo el suelo del campo de batalla, llevados por sus brisas, difundidos en forma sólida por su espacio aéreo —minas, gas, proyectiles—: estos peligros objetivos, algunos nuevos, otros antiguos como la guerra, debido a su sobreabundancia, han convertido en el siglo xx la zona de muerte en un lugar aún más peligroso para el soldado de lo que —incluso en el borde anterior de la misma— había sido nunca. Realmente, este exceso inédito de agentes mortales ha traído una situación no prevista por ningún estrategia clásico: la transformación del entorno de la batalla en un entorno casi total e indiscriminadamente hostil al hombre. Además, al menos desde el punto de vista del individuo, y quizá con una gran significación, el tamaño del área abarcada por este entorno hostil está constantemente en expansión; aunque dentro de unos límites de rigidez progresivamente mayores. De nuevo el montañismo nos permite ver lo que esto puede suponer para el individuo. Porque la moda moderna de combinar la técnica «extrema» con ascensiones muy largas ha incrementado el grado de «exposición» (peligro de caída, riesgo de desprendimiento de piedras) hasta límites casi intolerables, al tiempo que hace cada vez más difícil la retirada de esas situaciones expuestas. La suerte de Sedlmayer y de Mehringer, los primeros alpinistas que intentaron la *Eigerwand*, ilustra los peligros de esta tendencia. Al cabo de cinco días y cuatro noches en la cara, durante muchos de los cuales los habían perdido de vista los observadores que estaban debajo, volvieron a aparecer moviéndose todavía hacia arriba. Los turistas manifestaron optimismo. Los montañeros guía y los alpinistas con experiencia se mantuvieron silenciosos. Se habían dado cuenta de que la línea de retirada de la pareja había sido cortada por avalanchas y por caídas de piedra en las

pendientes más bajas, y que «su única esperanza ya es intentar llegar a la cumbre».

Antes de que pudieran conseguirlo, el frío de la cara norte los mató a los dos, en un punto del centro demasiado lejano como para que ningún equipo de socorro los pudiese alcanzar desde la cumbre o la falda del pico. Así que, más que ninguna otra causa, les venció el gran tamaño de la cara norte y su implacable hostilidad. Del mismo modo, es el tamaño mismo del campo de batalla moderno, dados los «peligros objetivos» presentes, lo que constituye la mayor amenaza para el soldado individual. Porque ahora es casi imposible huir del campo de batalla. «Un ejército racional huiría», pensaba Montesquieu, lo que implica que en su época los soldados tenían elección. En la práctica, era una elección que sus jefes, con notable esfuerzo, trataban de impedir («el soldado raso debe temer más a su oficial que al enemigo», decía Federico el Grande); pero, cuando el temor menor sobrepasaba al mayor, los soldados podían huir y lo hacían. El primer movimiento de la huida, como demuestra convincentemente Du Picq, era probablemente el más peligroso de cuantos un soldado podía efectuar en el campo de batalla, porque era entonces cuando más expuesto estaba a los golpes del enemigo; pero si podía abandonar la zona de muerte sin que le disparasen en la espalda o un jinete le propinase un sablazo en su persecución, tenía muchas posibilidades de salir ileso. Como se vio en Agincourt, gran parte de la fuerza de caballería francesa, lacerada por las nubes de flechas, viró bruscamente hacia el bosque vecino, que a pocos segundos de cabalgada les ofrecía una seguridad perfecta; y en Waterloo, un cuerpo considerable de tropas belgas, habiendo buscado refugio en bosques igualmente adecuados, esperaron allí alrededor de sus hogueras de campamento hasta que el anochecer les persuadió de que había pasado el peligro. Naturalmente, los generales no están dispuestos a conceder este «derecho a huir». Pero su posibilidad es una de las cosas que en el pasado han hecho soportable la batalla, permitiéndole al soldado creer que, en última instancia, su presencia en el campo era voluntaria; y ha sido ejercida frecuentemente por ejércitos de todas las naciones, no siempre con resultado fatal para el individuo, ni para la causa superior: la primera batalla de Bull Run, la segunda batalla del Somme, y la batalla de Kasserine proporcionan las verificaciones modernas más obvias de la verdad a medias de que, el que combate y huye, vive para combatir otro día.

Y lo cierto es que, si un ejército huye, puede causar una seria frustración en los planes enemigos. El temor de Schlieffen de que los rusos rehusaran mantenerse en su terreno fue el principal factor que le persuadió para planear su notable diseño de una victoria relámpago en Francia, que la retirada francesa del Marne frustró en 1914. Y la rapidez con la que un intacto ejército francés retrocedió hacia el Marne ante la *Blitzkrieg*, en 1940, impulsó a Hitler, con su cabeza llena de los recuerdos de 1914, a perdonarles la vida a los británicos en Dunkerque, por miedo a perder en la batalla contra ellos los carros que necesitaría para volver a escribir esa página de la historia. En cualquier caso, lo que busca un soldado cuando vuelve la espalda en el campo de batalla no es la frustración de los planes enemigos, sino preservar su propia persona. Y la evidencia sugiere muy poderosamente que la huida cada vez servirá menos a este propósito. Porque, para el soldado de a pie, las dimensiones de los campos de batalla modernos, que pueden tener una extensión de ciento cincuenta kilómetros por treinta, a veces más, y ciertamente de treinta a cincuenta veces más grandes que los del siglo XVIII, han situado sus bordes casi fuera de su alcance. Y aunque llegase a alcanzarlos, probablemente serían impenetrables; además de que en el campo de batalla moderno, a diferencia del pasado, hay más concentración en retaguardia que en vanguardia. Los soldados combatientes son hoy minoría en los ejércitos (un hecho contra el que siempre están luchando desesperadamente los oficiales de estado mayor), y el que haya decidido dejar de combatir, encontrará su paso atrás dificultado por una espesa multitud de soldados de los servicios, por no hablar de los policías militares, cuyo deber es justo impedir que los fugitivos puedan escapar libremente. Esta congestión le pondrá más difíciles aún las cosas al soldado que pretenda escapar en vehículo, porque el control de carreteras y puentes es una de

las misiones prioritarias de las tropas de las aéreas de retaguardia; mientras que los aviones enemigos, por su parte, aunque puedan ignorar, o ni siquiera ver, al soldado de a pie, siempre se sentirán atraídos por los vehículos en movimiento.

Con todo, hay probabilidades de que el errante soldado de a pie resulte tan visible desde el aire como desde el suelo. Porque los campos de batalla modernos, si se combate en toda su extensión, son rápidamente devastados. Los árboles y los matorrales desaparecen, los edificios son derruidos, incluso se modifican los contornos del terreno. Los movimientos en superficie se hacen imposibles de día y peligrosos de noche, debido a la iluminación artificial, y ahora a la vigilancia con rayos infrarrojos. Se suele creer que las características de una vida nocturna subterránea que imponen estos fenómenos son exclusivas de la Primera Guerra Mundial, donde el arte de la defoliación y sus ventajas estratégicas fueron descubiertos por accidente. Pero fue también una circunstancia dominante en muchos campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial, y muy general en la guerra de Corea y en diversos lugares de Vietnam e Israel. Por tanto, al posible fugitivo, atrapado en la superficie desnuda del campo de batalla moderno, puede no quedarle, como a Sedlmayer y a Mehringer, otra alternativa que combatir; esperando ya alcanzar por medio de la derrota del enemigo el alivio que sabe no puede conseguir retirándose.

Sin embargo, hay otra alternativa, familiar al investigador de la guerra de sitio, y bautizada por ellos como «deserción interna». Impracticable en una fortaleza bien organizada, florecía particularmente entre los civiles, cuando el mando no conseguía concentrar todos los suministros en sus propios almacenes. Los campos de batalla modernos, debido a la dificultad de escapar de ellos, promueven entre los soldados una mentalidad de sitio; pero, debido a la prodigalidad del moderno abastecimiento militar, a menudo están llenos de comida en conserva. Un soldado que haya decidido no servir más, pero que prefiere no desertar ante el enemigo y que encuentra un lugar para esconderse, a veces consigue quedarse al margen del combate, si se queda quieto, durante periodos considerables. Los restos del «viejo campo de batalla del Somme», horadados de refugios y trincheras sobre muchos kilómetros cuadrados, fueron colonizados durante 1917 por un grupo de filibusteros australianos, que vivían asaltando depósitos militares y que eludieron a la policía militar durante muchos meses, algunos incluso hasta el final de la guerra. Más significativa fue la deserción de una parte de la guarnición no francesa en Dien Bien Phu, que se hizo escondrijos en las orillas del pequeño río que atravesaba la muralla de la fortaleza y que vivió robando lo que necesitaba de las cargas lanzadas en paracaídas cada noche dentro del perímetro, a veces disputándoselas a los propios combatientes. Al final del sitio se cree que superaban en número a la guarnición en activo.

ACCIDENTE

Algo que hay que sumar a los demás beneficios de la deserción interna (muy teóricos, naturalmente, porque la actividad es muy poco usual; quizá debido a que solo muy rara vez se presentan las condiciones idóneas) es la supresión del riesgo de accidente que amenaza al soldado. El accidente siempre ha causado una proporción de muertos y heridos en la batalla, aunque es difícil calcular cuál era la correspondiente a las batallas anteriores. Los guerreros que murieron sofocados bajo la presión de los cuerpos en Agincourt, y los franceses que fueron heridos por la «carga al revés» de su caballería debieron de ser muy numerosos; pero la mayoría de las muertes en la época de las armas blancas eran intencionales. Con la aparición de las de fuego, los accidentes se volvieron mucho más comunes; he descrito varios que ocurrieron en Waterloo, principalmente de los que el ejército

denominaba «descargas por accidente», cañones que se disparaban de improviso. Y no solo las armas portátiles eran peligrosas para los usuarios o sus amigos, sino que también los grandes cañones podían matar. Mercer describe cómo uno de sus artilleros tropezó junto a la boca del capón de su pieza en el momento del disparo: «Como hace un hombre instintivamente cuando cae, extendió los dos brazos ante él, y le fueron arrancados hasta los hombros» (probablemente más por la corriente de gas de la explosión que por el mismo proyectil); Mercer supo más tarde que había muerto desangrado camino del cirujano. Como los ejércitos han acumulado una maquinaria mayor y más pesada, y explosivos más volátiles y de mayor poder, la tasa de accidentes ha crecido aún más. Los carros son notablemente peligrosos para la infantería de acompañamiento, al estar muy limitada la visibilidad de los conductores; y los transportes acorazados son peligrosos para sus propias tripulaciones, ya que vuelcan con facilidad cuando van deprisa por un terreno difícil: el 2.º regimiento de Household Cavalry sufrió al final más bajas en accidentes de instrucción durante la Segunda Guerra Mundial que a manos del enemigo. La artillería moderna es también un arma de apoyo de doble filo, ya que la práctica del tiro «indirecto», o sobre referencias de mapa más que sobre blancos visibles, provoca que sus granadas caigan a veces (los soldados de infantería británicos sostienen que siempre) entre tropas propias en lugar de sobre el enemigo. Y los propios cañones son peligrosos para sus servidores, aún más de lo que sucedía en los tiempos de Mercer: las explosiones «prematuras» —es decir, la explosión de la granada dentro del cañón en vez de fuera—, aunque ciertamente son raras, matan a los servidores. El tendido de minas, y aún más su levantamiento, son operaciones en que mueren zapadores, quienes también tienen mucho riesgo cuando preparan demoliciones; y hay otras cosas en las que los ingenieros militares pueden sufrir daños: el oficial que dio fuego a la gran mina de debajo de Spanbroekmoelen en junio de 1917 fue electrocutado por la descarga del explosor.

Pero es seguramente la mecanización de los ejércitos lo que más ha incrementado la cifra de accidentes: los jóvenes son considerados por las compañías de seguros como la clase de más riesgo, y las guerras ponen a millares de jóvenes a cargo de vehículos poderosos sobre carreteras sin controlar y llenas de peligros. Las colisiones, los patinazos, la inflamación de combustible, las zanjas, los vuelcos, son habituales en las maniobras. Y en la guerra real son aún más frecuentes; hasta el extremo de que durante las semanas de calma de la guerra de Vietnam, los accidentes de tráfico solían matar a más soldados estadounidenses que el Vietcong.

Se han hecho algunos intentos de calcular la proporción de muertes por accidentes con respecto al total en la batalla. Siguen siendo intentos, pero hay pruebas indiscutibles que demuestran que hay un alto nivel de muertes por accidente en la guerra (que alcanzó en el ejército británico hasta un quinto de las muertes de la batalla en la guerra de Crimea, y un séptimo en la de los Bóers); y que una proporción considerable, y en aumento, de estos accidentes se sufren en, y como resultado, de la propia batalla.

DIFICULTAD TÉCNICA

Se podría pensar que la mecanización de la guerra, que está en la base de esa creciente proporción de accidentes, podría tener, como otro resultado directo, una complicación significativa del papel del soldado. Si se prosigue con la analogía con el montañismo, los desarrollos en este campo podrían conducir también a la misma conclusión; porque el alpinista extremo debe dominar, no solo el tradicional manejo de la cuerda, el equilibrio y las presas, sino también los crampones, la colocación

de pitones y clavijas y su recuperación, la escalada de hielo, y la colocación de estribos. Sin embargo, es en este punto donde la analogía se interrumpe; porque, mientras el montañero necesariamente tiene que seguir siendo conocedor de todo, el soldado moderno es cada vez más un especialista. En realidad, para halagar a sus miembros más humildes, el ejército estadounidense ha reemplazado ampliamente el título de «soldado» por el de «especialista». Este, sin embargo, es un nombre con poca sustancia, porque, aunque al que lo detenta se le atribuye una especialidad, a menudo esta no consiste más que en la muy simple función que la continua división del trabajo en los ejércitos le haya dejado: alimentar una cinta de munición en una ametralladora, girar el dial de un equipo de radio, accionar el gatillo de un arma automática... Sería perverso sugerir que el soldado moderno de primera línea es menos diestro que el mosquetero o el artillero de Waterloo, porque el propósito de la instrucción que recibieron cada uno de ellos fue el de convertirlos en autómatas, y el soldado moderno no lo es. Y el caso es que, ciertamente, el hombre que está detrás del «especialista» —el armero, el mecánico de radio, el operador de computadoras de tiro, el piloto de helicóptero— practica una técnica con un orden de dificultad que no podría comprender casi ningún soldado de antes del siglo xx. Sin embargo, se puede afirmar, y de manera contundente, que el arquero de Agincourt ejercía unas técnicas de más alcance y extensión que las del fusilero moderno, y el hombre de armas de a caballo incluso más. El arco, la espada y la monta son actividades atléticas, que precisan de una serenidad, una coordinación y un juicio como pocas actividades militares modernas necesitan, y que, en consecuencia, pocos soldados modernos podrían emular, aunque casi todos sean más fuertes y estén más sanos que los soldados de la época de las armas blancas.

EL ROSTRO INHUMANO DE LA GUERRA

La guerra en la época de las armas blancas requería aún otra cualidad militar desaparecida, quizá más importantes para el manejo de las armas que la agilidad o los buenos reflejos: una especie de empatía con el propio adversario, que posibilitaba anticipar sus acciones y prever sus golpes, combinada con un descaro físico que permitía que un hombre mirase a un extraño a la cara y le golpease hasta derribarle sin provocación ni remordimiento. Naturalmente, los boxeadores profesionales poseen esta cualidad, sea heredada o aprendida, y solo por esta razón ejercen para el hombre común una intensa fascinación, casi zoológica. Porque la violencia directa, cara a cara, la de derribar y arrastrar, es algo que el hombre occidental moderno de clase media raramente encuentra en su vida diaria. Sin embargo, pese al entusiasmo popular por el boxeo profesional, y pese a los elogios de moda sobre «el sentido social de la violencia», se puede dudar sobre si su desaparición ha dejado un vacío doloroso en el modelo de deseos del hombre occidental. Matar a la gente, en la medida en que afecta tanto a «matar» como a «la gente», no es una actividad que parezca tener una aprobación muy extendida. No solo en la India los verdugos públicos forman una tribu despreciada y rechazada. Incluso en la Francia prerrevolucionaria, esa profesión había llegado a ser hereditaria —la familia Sanson la practicó durante siete generaciones—, y los verdugos que no tenían un refugio familiar, eran alojados en cuchitriles abominables, y no se atrevían a entrar en las ciudades excepto para realizar su trabajo, e incluso entonces había que darles una escolta para garantizar su seguridad; en la Inglaterra del siglo xx, el puesto también fue monopolizado hasta su abolición por una sola familia, los Pierrepoints, que consiguió uno de ellos entre una fuerte competencia (aunque, como él mismo admitió, entre gentes de baja estofa).

Por supuesto que son completamente distintas la muerte en la horca y la muerte en el campo de

batalla. Pero, a pesar de las elaboradas explicaciones esgrimidas por las sociedades civilizadas para liberar al soldado que mata en la batalla de la mancha de la culpabilidad personal y de la desaprobación social —la de que sufre el mismo riesgo de muerte que su adversario, que mata para evitar un mal mayor—, vale la pena señalar que el tipo de soldado de vanguardia que puede elegir si matará o no —es decir, el oficial— se ha ido apartando consistente y progresivamente de esa acción durante el periodo que hemos considerado. Este apartamiento puede apreciarse, como ya hemos indicado, en que las armas portadas por los oficiales han sido cada vez de carácter más simbólico: a comienzos del siglo XVIII, cuando la pica estaba perdiendo su utilidad en el campo de batalla, la sustituyó por una especie de pica en miniatura; a comienzos del siglo XIX, cuando la espada estaba quedando en desuso, por una espada ornamental; a finales del siglo XIX, cuando la ametralladora había confirmado su dominio, por una pistola, normalmente en su funda; durante la Primera Guerra Mundial, a menudo ningún arma letal, simplemente un bastón. Y esta impresión de distanciamiento del oficial de la oportunidad de causar muerte se refuerza leyendo las citaciones escritas para justificar la concesión de altas condecoraciones al valor: las redactadas para los soldados ponen el énfasis en su éxito al matar —«el cabo X se abrió camino valerosamente por el flanco de la ametralladora que contenía el avance, y entonces cargó, con su carabina a la altura de la cadera, librándose de seis enemigos» (los redactores de las citaciones evitan el verbo «matar» y hacen amplio uso de «librarse de», «despachar» o «liquidar»)»; mientras que los escritos referidos a oficiales minimizan su responsabilidad directa a la hora de matar y resaltan su poder de estímulo y de organización cuando a su alrededor se está perdiendo la cabeza (en sentido metafórico: nunca se deslizó en una citación nada tan sucio como una decapitación): «El capitán Y, tomando el mando en un momento difícil de la batalla, reunió rápidamente a sus hombres sin cuidarse de su propia seguridad, y los condujo de nuevo a campo descubierto hasta la posición que se habían visto forzados a abandonar antes». Sin embargo, para ser honestos con los redactores de citaciones, el asunto ya está de alguna manera predeterminado, ya que en general se les da medallas a los soldados por eliminar y a los oficiales por hacer otras cosas. Pero lo único que se hace con esto es trasladar a un escalón superior —del redactor de la citación al que concede la medalla— la responsabilidad de reconocer una determinada conducta. Y aún podríamos seguir subiendo escalones, hasta encontrarnos con el obstáculo inamovible del sistema militar de valores, uno de cuyos dogmas principales parece ser el de «los oficiales no matan», o el de «matar no es de caballeros».

Pero matar sí fue una vez una actividad propia de oficiales, cuando se practicaba entre iguales y con un estricto respeto de las reglas. Gronow, el Foot Guard que tiene unas memorias de Waterloo muy reveladoras, era un duelista notable; el mismo Wellington se batió en duelo, y uno de los participantes en el mayor duelo realizado en suelo británico, en 1852, era un coronel Romilly. En verdad, hasta muy avanzado el siglo XIX, se podía perder la profesión si se rehusaba un duelo de honor. Además, si se vuelve a un momento muy anterior en el tiempo militar, al de Agincourt, se encuentra un mundo donde matar, o al menos combatir, era la única actividad de un caballero. ¿Cómo y por qué se ha producido esta progresiva depreciación del acto central de la guerra entre la clase que la dirige, a lo largo de un periodo en el que, según se ha visto, la mortandad pretendida y lograda en el campo de batalla se ha ido incrementando de siglo en siglo?

La respuesta casi está implícita en la pregunta. Porque, para que matar sea un asunto de caballeros, debe tener lugar entre caballeros; las reglas del duelo eran realmente claras en este punto; y las leyes de la caballería, aunque menos exigentes y exclusivas, insistían igualmente en que los únicos hechos de armas que merecían este nombre eran los desempeñados entre nobles, bien uno contra uno o en números aproximados (idealmente idénticos). Pero todas las tendencias en la guerra, desde el final de la Edad Media, han ido en la dirección de hacer cada vez más difíciles los encuentros personales en el campo de batalla entre hombres de igual estatus social —el orden cerrado, la

innovación militar más importante del siglo XVI, exigía que un hombre permaneciese donde se le había colocado en vez de ir buscando un adversario que valiese la pena; y el humo, el efecto secundario más molesto de la mosquetería, hacía esta búsqueda prácticamente imposible—; y tales encuentros, aunque fuese posible prepararlos, cada vez podían presentarse menos como «combates limpios». Porque el «combate limpio» requiere que uno y otro tengan una habilidad equivalente. Pero las armas de fuego reducen la habilidad a algo irrelevante, y era por eso, sobre todo, por lo que las condenaban los caballeros. El golpe de espada, practicado mil veces, pulido, refinado y medido para atravesar al adversario, pese al intento de este por esquivarlo, era batido por un simple tiro de mosquete. El mosquetero, hablando en términos militares, era tan bueno como el hombre de armas, o mejor, y, cuando estaba bien instruido y formado, y estaba bien dirigido, superior a cualquier número de jinetes. Dado que esto era así, los nobles fueron empezando, a lo largo de los siglos XV y XVI, a regañadientes y muchos casi a escondidas (aunque con menos reparos en el sur que en el norte de Europa), a cambiar las emociones del combate singular por las rutinas del orden cerrado y los deberes del mando, dándose cuenta de que, si no lo hacían, corrían el riesgo de perder su rango social junto con el militar, en favor de los capitanes mercenarios cuyo dominio del nuevo arte de la guerra era tan irritantemente completo.

Pero, al hacer esto, aceleraron, naturalmente, la tendencia contra la que estaban resentidos. Para la época de Agincourt, la guerra de caballeros ya llevaba probablemente un siglo pasada de moda; la batalla de Crécy (1346) prefiguró su camino y sus resultados en casi todos los aspectos. A pesar de todo, la pasión por el combate singular se había mantenido viva, y al hacerlo mantuvo en jaque a muchas de esas innovaciones militares; innovaciones que, cuando se les dio rienda suelta, iban a hacer que las batallas del Renacimiento y del post-Renacimiento fuesen aún más costosas de lo que lo habían sido las de caballería. Por tanto, la última resistencia de tipo medieval de las clases nobles al cambio militar había ejercido una restricción moralmente beneficiosa. Los ecos de las acciones que hicieron en su defensa se pueden oír sonar a través del estrépito de las batallas de la era de la pólvora. Y aún resuenan.

Pero la aversión por matar que estos ecos han comunicado a la clase de los oficiales de Europa occidental —que sigue constituyendo una clase en varios sentidos— es naturalmente mucho menos importante para el resto de nosotros que los hechos ante los que retrocede el profesional bien formado. La batalla, que siempre fue desagradable para una minoría de sus participantes, ha ido convirtiéndose progresivamente en una experiencia intolerable para la mayoría. Quizá esto pueda explicarse mejor si consideramos la batalla como una exagerada desviación de la normalidad social y cultural. La batalla es siempre una anomalía. Pero en las sociedades violentas y técnicamente primitivas, los hechos de la batalla les chocan menos a aquellos que la afrontan por primera vez, y presumiblemente les dejan menos huella, que a los que la experimentan en los estados ordenados y técnicamente desarrollados. Esto no quiere decir que un soldado medieval se adaptara mejor a la vida en un campo de batalla moderno de lo que lo haría un contemporáneo. Sería una tontería decirlo, aunque solo fuera por el nivel de ruido, para el que no lo habría preparado absolutamente ninguna de sus experiencias, y que con toda probabilidad bastaría para desorientarle y desarmarle. Lo que quiere decir es que al haberse criado en un mundo rural donde eran habituales las disputas entre vecinos, humildes y grandes, disputas que a menudo se resolvían mediante la violencia; al tener práctica, si no con las armas en sí, ciertamente sí con herramientas de la vida cotidiana que se les parecían mucho; al estar acostumbrado a la compañía de los caballos y conocer de cerca sus virtudes y vicios; al ser, en suma, todo esto así, no se habría encontrado en una batalla de su época nada relevante que le hubiese chocado o sorprendido —al menos no hasta el momento en que empezaran las muertes—, a excepción del despliegue notable de colores y trajes que era el deleite de los cronistas. En resumen, había una considerable congruencia entre los hechos civiles y militares de la vida medieval, y solo un

mínimo —aunque podríamos admitir que muy sustancial— de divergencias entre ellos en el campo de batalla.

A finales del siglo xx hay también una considerable congruencia entre la tecnología y la vida civil y militar. Los vehículos acorazados tienen su contrapartida en la maquinaria agrícola y de movimiento de tierras; los camiones son camiones, sea para llevar detergente al supermercado o para llevar tropas al frente; la radio nos mantiene al corriente minuto a minuto, sea en el baño o en una trinchera; los aviones civiles son tan ruidosos como los militares; la calidad, aunque no el volumen, del ruido del campo de batalla resulta familiar por las películas de guerra; y esto es solo citando artefactos o efectos secundarios con los que la población en general tiene un contacto diario. Los hombres y las mujeres empleados en industrias de trabajo continuo están indirectamente familiarizados con otros fenómenos del campo de batalla: están habituados, en un grado considerable, a constantes niveles de ruido de alta intensidad y a la emisión de luces intensas; trabajan cerca de máquinas peligrosas y de agentes químicos, incluyendo gases venenosos; y están implicados en procesos automáticos de alta velocidad —estampado, torneado, escariado, corte, moldeado, colado de metales fundidos y plásticos— que requieren una cooperación humana estrictamente regulada, que se acerca en muchos aspectos a la acción de los modernos sistemas de armas, como las piezas automatizadas de artillería, los cañones de carro de carga automática, las ametralladoras, los lanzallamas, las descargas de cohetes, etcétera.

Además, la industria moderna inculca en los trabajadores hábitos de orden, y un comportamiento obediente y uniforme —aunque casi todos los ciudadanos aprenden las mismas lecciones, primero en la escuela y más tarde como *administrados* de la burocracia del estado—, que los embriones de ejércitos del siglo xvi no podían ni pensar encontrar en ninguno de sus lerdos reclutas, aunque reconocieron acertadamente que su posesión era esencial para la nueva guerra y dedicaron un esfuerzo largo y brutal a inculcarlo. Si a estas precondiciones para la batalla se añaden los poderes indudables que los sentimientos nacionalistas e ideológicos ejercen en contra de los instintos humanos de autopreservación, se debería concluir que el hombre del siglo xx es, en potencia, un soldado mejor que el de cualquier otra época.

Sin embargo, no parece plausible esta conclusión. En primer lugar, después de las dos guerras mundiales, el clima de la vida familiar, escolar y cultural, a pesar del respeto que se les concede a las virtudes militares (sin nombrarlas), se ha impregnado de una profunda antipatía hacia la violencia y el conflicto. La abolición de la pena capital en la mayoría de los países occidentales es uno de los ejemplos más destacados de esta aversión; y a ella hay que añadir la eliminación gradual del castigo corporal en la educación, el derecho a la objeción de conciencia —hoy reconocido incluso por los estados que, como Francia, la han castigado como antisocial—, la búsqueda de la cooperación económica y política entre las naciones a costa de una parcial disminución de soberanía, y la extendida creencia en la posibilidad de alcanzar una edad de oro social sin pasar por el fuego de la lucha de clases. Por supuesto, no hay que sobrevalorar este clima. Los caprichos son como contrapuntos, de forma que el quietismo de los que abandonan se equilibra con las creencias insurreccionistas del círculo revolucionario. Las modas son también inconstantes, y lo absurdo de mucha de la propaganda del pacifismo social está calculado para acelerar el cambio de corriente. Por lo tanto, deberíamos estar preparados para un cambio dialéctico desde la fraternidad hacia doctrinas de autosuficiencia y la autodefensa *coûte que coûte* [cueste lo que cueste] (de la que israelíes y palestinos están proporcionando una versión muy exportable). Pero, aunque esta tendencia completase su recorrido, dudo mucho que el correspondiente cambio de imagen de la juventud occidental se efectuase para el servicio en el campo de batalla del futuro. Porque, a pesar de las congruencias de la tecnología civil y militar, que es una característica destacable del mundo moderno, donde los automóviles se parecen a los misiles y determinadas máquinas a las

ametralladoras, en una realización de las fantasías futuristas, la divergencia entre los hechos de la vida diaria y los del campo de batalla no es solo mayor que antes, sino que se acrecienta de año en año.

¿Cuáles son los indicios de esta divergencia? El primero de ellos es lo que se podría llamar —no es una expresión que suela aceptarse— la impersonalización de la batalla. Sus progresos son algo que se puede controlar con mucha dificultad. Los soldados medievales no solo veían a sus oponentes muy cerca (muy a menudo, los nobles se conocían incluso entre ellos), sino que combatían cara a cara. En consecuencia, el ritmo y la duración del combate estaban dictados por las limitaciones humanas: un hombre avanzaba hacia su oponente, le lanzaba un golpe, notaba cómo se le cansaba el brazo de la espada, y sabía que tenía que vencer en los próximos cinco minutos o estaría perdido; y *pari passu* [sin preferencia] se imponía el mismo ritmo en sus oponentes. Debido a que los ejércitos medievales eran pequeños, y a que las batallas solían realizarse sin que ningún bando tuviese hombres en reserva, tales ritmos determinaban la duración del combate. Y debido a que el poder de las armas no era muy superior al poder muscular de los que las manejaban, las heridas causadas no eran muy diferentes de las sufridas cotidianamente en el campo o en el taller, pudiendo ser clasificadas de una ojeada como insignificantes, discapacitantes o fatales. En suma, el terror y la brutalidad de las batallas aún podían ser comprendidos dentro de una escala de tiempo y de forma humanas. Esta íntima relación con la vida diaria era puesta de relieve por la oportunidad que tenían los civiles locales de tomar parte; como en Agincourt, en que hubo una incursión *ad hoc* contra los carros del bagaje por parte de los campesinos del distrito, bajo la dirección de su señor, que fue la que provocó la orden de Enrique de hacer matar a los prisioneros. Y la resistencia de los soldados en cumplir sus órdenes, cualesquiera que fuesen los motivos, es otra evidencia de que había mediaciones contra la inhumanidad de la batalla medieval: la preservación de las vidas de los prisioneros, aunque fuese la de caballeros acaudalados más que la de los arqueros pobres, suponía una importante disminución del horror de la guerra, y apuntaba a una regla para el bien general.

El conjunto de prisioneros en el campo de batalla en la época de la pólvora se benefició de la generalización del principio del rescate. Una vez que los ejércitos se organizaron debidamente, y se reguló legalmente el cuidado e intercambio de prisioneros, los soldados de cualquier graduación, como ocurrió en Waterloo, podían ofrecer su rendición con cierta seguridad, esperando que les sería aceptada sin que se les causara daño ni vejaciones; aunque era probablemente más seguro, como también se comprobó, ofrecer la rendición a soldados de la misma clase, por ejemplo, de infantería a infantería —que sería una rendición «interespecífica»—; mientras que la de infantería a caballería parece que en ocasiones provocó actos de crueldad. El combate cara a cara, todavía una de sus características más señaladas pese al incremento en el alcance de las armas, podía suponer también una mediación de la violencia; y es interesante señalar que, aunque sus corazones estaban endurecidos ante el espectáculo del sufrimiento de sus compañeros, los soldados se veían muy afectados por el de los caballos, y les costaba rematarlos incluso para acabar con él.

Las batallas de la época de la pólvora, sin embargo, ya eran más impersonales que las de la época de las armas blancas. Llevar uniforme, por muy abigarrados, por muy espléndidos que fueran, diluyó la identidad individual de los combatientes, mientras que resaltarla era una de las funciones primordiales de la panoplia medieval. También lo hizo la imposición de una cadena de mando rígida, que les quitó a los subordinados esa independencia que tanto habían estimado los testarudos nobles, mientras que la nueva insistencia en la instrucción reducía el estatus del soldado individual al de una unidad mecánica en el orden de batalla. La misma batalla, debido a este mecanismo interior, fue adquiriendo su propia dinámica en la edad de la pólvora, debido a la acción de la artillería, que disparaba sistemáticamente a una distancia de varios centenares de metros contra bloques de seres humanos que los artilleros percibían como masas de diferentes colores, y era suficiente para hacer

que la batalla se desarrollase tanto si los ejércitos estaban en íntimo contacto como si no.

Pese a ello, las batallas de la época de la pólvora —que se realizaban durante el día, en series independientes de una jornada, a distancias cortas, sobre unos pocos campos, cuyos cultivadores podían contemplar la carnicería desde la seguridad de una colina o un bosque vecinos (el bosque de Soignes se llenó de campesinos del distrito de Waterloo durante la batalla), calculando el coste del daño causado a sus cosechas contra los ingresos que las ganancias inesperadas de la guerra les dejarían— eran hechos que pertenecían manifiestamente al mundo de los hombres. Algo que sería cada vez más difícil decir acerca de las batallas del siglo xx, porque las sensaciones de los combatientes están en relación con el peso que tienen. Y lo que atestiguan casi todos los soldados de la Primera Guerra Mundial, y muchos de los de la Segunda, incluso los de los ejércitos victoriosos, es su sensación de pequeñez, casi de insignificancia, de su abandono en una soledad física, dominada por vastas fuerzas impersonales, de las que incluso han sido eliminados elementos normales como, por ejemplo, el paso del tiempo. Las dimensiones del campo de batalla, completamente despoblado de civiles^[26] se extendían mucho más allá de los límites de la percepción humana; los hechos que se producían allí —bombardeos sin fin de artillería, poderosos bombardeos aéreos repentinos y destructores, irrupciones en masa de vehículos acorazados—, reducían su papel subjetivo, aunque objetivamente fuese vital, al de una simple víctima. Y también se arriesgaba a ser una víctima incluso si adoptaba, o se veía forzado a adoptar, la decisión de dejar de luchar y entregarse como prisionero. Porque los hombres, que raramente llegaban al cara a cara, o apenas se veían como figuras, difíciles de distinguir en sus monótonos uniformes sin forma, generalmente no tenían manera de comunicar esas intenciones a los otros. El grito de rendición desde la oscuridad de un abrigo era demasiado a menudo la invitación para recibir una granada; agitar un brazo desde la escotilla de un vehículo inutilizado era la señal para le dispararan una ráfaga de fuego automático; eliminar las tripulaciones de los carros detenidos o incendiados cuando abandonaban el vehículo era una práctica normal entre los soldados de infantería de la Segunda Guerra Mundial. Una de las crueldades específicas de la guerra moderna es la inculcación, incluso en soldados preparados voluntarios, de un sentido de su insignificancia que les anima a tratar las vidas de sus oponentes desarmados o desmoralizados como igualmente insignificantes.

A otro nivel, fomentar y causar deliberadamente crueldad señala una segunda divergencia importante entre los hechos de la vida diaria y la existencia en el campo de batalla en el siglo xx. Las armas no han sido nunca amables con la carne humana; pero el principio que gobernaba su diseño no solía ser el de maximizar el daño y el dolor que pudieran causar. Antes de la invención de los explosivos, los propios límites del poder muscular recortaban su nocividad; e incluso durante algún tiempo después, las inhibiciones morales, alimentadas por la percepción de la escasa nobleza que había en añadir elementos mecánicos y químicos al poder del hombre para lastimar a su hermano, sirvieron para restringir las barbaries deliberadas que hubiese en el diseño. Algunas de estas inhibiciones, contra el uso del gas venenoso y las balas explosivas, fueron codificadas e impulsadas internacionalmente mediante la Convención de La Haya de 1899; pero el auge de armas «mata cosas» en oposición a las armas mata personas —la artillería pesada es un ejemplo— invalida estas limitaciones, debido a que los efectos secundarios causan grandes daños y desfiguraciones. Las limitaciones, en consecuencia, han sido abandonadas; y un efecto muy perseguido ahora por las armas mata personas es causar las heridas más terribles y aterradoras que se pueda. Como, por ejemplo, la mina Claymore, rellena de partículas metálicas (¡qué lejos estamos del famoso cañón de Thomas Puckle, que disparaba balas redondas contra los cristianos y cuadradas contra los infieles!), o la bomba de fragmentación con trozos dentados de metal; en ambos casos, porque la forma del proyectil desgarrar y fractura más extensamente que si fuera de cuerpo liso. Los disparos *Heat and Hesh* de los cañones anticarro están diseñados para llenar el interior de los vehículos acorazados con

chorros de metralla o corrientes de metal fundido, que inutilizan el carro al eliminar a su tripulación. Y el napalm, que, por razones éticas, incluso cuenta con la antipatía de muchos duros soldados profesionales, contiene un ingrediente que aumenta la adhesión del petróleo ardiendo a la superficie de la piel humana. Los cirujanos militares, que tuvieron tanto éxito durante el siglo XIX resucitando soldados heridos y curando heridas de creciente gravedad, tienen que hacer frente ahora al reto de agentes atacantes concebidos deliberadamente para derrotarles.

Parece que vale la pena citar estas inhumanidades intencionadas; porque las sociedades que las sancionan, tratan a los seres humanos fuera del campo de batalla con los niveles de consideración, e incluso de compasión, más altos de que se tenga noticia. El estado occidental moderno asume la responsabilidad, no solo de proteger la vida individual y su propiedad —tradicionalmente el mínimo legal—, sino también de educarle y cuidarle, de apoyarle en la vejez y cuando esté desempleado, y de garantizar cada vez más su prosperidad. ¿No podría pensar con propiedad el moderno recluta, la primera vez que toma contacto con las armas que le impone el estado, que su código humanitario evidencia una sucia hipocresía o una incapacidad psicopática a la hora de conectar las acciones con los resultados?

La tercera divergencia, y quizá la más turbadora, entre la vida dentro y fuera del campo de batalla, está en el papel que juega la coerción para mantener a los hombres en la zona de muerte. «Coerción» es una palabra a la que el vocabulario de la democracia da cabida a regañadientes. Al estado liberal le gusta creer que funciona mediante el consenso y la persuasión, y que solo las formas más bajas de política recurren a la obligación como procedimiento para tratar a los ciudadanos. La verdad es, por supuesto, que todos los ejércitos, pertenezcan a democracias o a dictaduras, dependen del principio coercitivo (la mayoría de los ejércitos tienen un código de ley y de castigos separado del administrado por los tribunales civiles), que es un elemento vital para que las batallas puedan funcionar, y que el carácter de la guerra moderna inviste de más y no de menos fuerza. Este último punto puede parecer difícil de sustentar si recordamos las variedades de coerción directa aplicadas en Waterloo: situar la caballería a retaguardia de los batallones de infantería poco dispuestos, de forma que no pudieran abandonar y huir, las azotinas de los oficiales a los soldados para hacerles avanzar, o los disparos de la infantería contra la caballería «propia» por estar disgustada por su cobardía. Pero el hecho de que la coerción fuese verdaderamente directa y personal en el campo de batalla de la era de la pólvora, y que el oficial que azotaba demasiado fuerte se arriesgaba a que le disparasen cuando se diera la espalda (cosa que a veces sucedía, como le pasó al coronel Breyman con uno de sus granaderos, al que había golpeado con su bastón durante la batalla de Saratoga), o que la caballería intimidadora situada demasiado cerca de la infantería pudiese sufrir sus bayonetas, pone límites a su amplitud. La impersonalidad de la guerra moderna es un factor que coacciona al soldado; a veces por medio de personas a las que podría identificar con certeza, pero más a menudo, más continuamente y más violentamente, por medio de vastas fuerzas ilocalizables contra las que puede despotricar, pero a las que no puede golpear y a las que al final tiene que someterse: el fuego que le clava al terreno o le obliga a meterse bajo tierra, la gran distancia que se extiende entre él y la seguridad, la creciente progresión de un avance o retroceso sobre un vehículo que le lleva de grado o por la fuerza. La dinámica de la batalla moderna impulsa más efectivamente que cualquier sistema de disciplina que pudiera haber soñado Federico el Grande.

La impersonalidad, la coerción, la crueldad deliberada, desplegadas todas en una escala creciente, hacen que cada vez sea más dudosa la capacidad del hombre moderno para soportar la tensión de la batalla. Y esto me parece cierto por más que el «hombre moderno» sea una figura demasiado vaga como para basar en ella una afirmación tan general. Hay que tener en cuenta que en todas las épocas ha habido siempre hombres con una indudable disposición para el riesgo, puede que incluso para disfrutar del peligro extremo y la crueldad arbitraria. En las filas de gladiadores, aunque cada aspirante debía hacer un juramento por el que aceptaba «ser quemado, atado, golpeado y muerto a hierro (*uri, vinciri, verberari, ferroque necari*)», había voluntarios además de esclavos. Y no todos eran desechos sociales: Lucio, el hermano de Marco Antonio, combatió como gladiador en Asia Menor. En nuestra época, casi todos los soldados profesionales pueden recordar relaciones con hombres para quienes parece tener poco sentido los terrores de la batalla. «El cabo Lofty King —escribió el brigadier Durnford-Slater sobre uno de sus comandos—, era muy alto y muy resistente. Era un hombre duro en muchos aspectos, y era muy duro con sus hombres; no le importaba tumbar al que fuera. A veces yo le decía que estaba siendo demasiado bruto, y Lofty respondía: “Es bueno para ellos, coronel, no les causará daño”. Eso decía, y lo pensaba de verdad. Le gustaba de verdad el combate, y parecía de lo más feliz, realmente inspirado, en la batalla. En el campo era más amable con sus hombres, como si el combate fuese una especie de alivio para él». Lofty King es una figura representativa, cuyos caracteres se pueden descubrir en el fragor del combate en muchos campos de batalla (Legros, *l'enfonceur* de la gran puerta de Hougomont pertenecía también a este tipo), y su poder para imponer su voluntad superior sobre sus compañeros conduce a apoyar la sospecha de que después de todo la batalla es del fuerte; y que sin la presencia de los Lofty Kings y los Legros, muchos campos de batalla se quedarían vacíos de soldados con los primeros disparos; y que una de las sutiles formas de coerción practicadas en los ejércitos es el dominio de los grandes de las filas altas sobre los pequeños e intimidados de las bajas. La batalla también es para los jóvenes. Sus sufrimientos físicos, sus incomodidades, su falta de sueño, su hambre, su sed y sus cargas, no solo son soportados mejor por los hombres menores de treinta años, sino que también lo son sus terrores, sus ansiedades, sus separaciones, sus privaciones. También los jóvenes se motivan más intensamente que los de más edad, por los consuelos morales con que la batalla compensa al soldado —sería absurdo pensar que no hay compensaciones— a cambio de sus crueldades: la emoción del compañerismo, las excitaciones de la caza, el regocijo de la sorpresa, la decepción y las *ruses de guerre* [estratagemas militares], la exaltación del triunfo, la diversión compartida con una pícara irresponsabilidad. Lord Robbins, el eminente economista, describe en su autobiografía cómo durante los pocos días de guerra de movimiento que experimentó como joven oficial de artillería en el Frente Occidental, se dio cuenta inesperadamente, al liberarse de la severa rutina de las trincheras, de lo absorbente y divertida que podía ser la batalla activa, y por qué en tiempos pasados había colmado las energías y la imaginación de la clase alta europea por encima de casi cualquier otra cosa.

Sin embargo, la perspectiva de una batalla, excepto quizá la primera batalla de una guerra o el bautismo de sangre de una unidad novata, lo que suele hacer en el soldado, por muy joven y vigoroso que sea, es despertar su ansiedad, más que excitar sus expectativas. De aquí el recurso a la bebida, que parece una parte inseparable tanto de la preparación para la batalla como del mismo combate. Como se sabe, el alcohol inhibe los reflejos de autoprotección, provocando que aparezca el valor, o la sensación del mismo. Otras drogas producen este efecto, en especial la marihuana; la extendida adicción a la misma del ejército estadounidense en Vietnam, aunque resultó muy turbadora para la conciencia de la nación, podría ser considerada, si no como algo natural, sí al menos como una respuesta consagrada a las incertidumbres con las que la batalla atormenta a los soldados. Por lo demás, la elección particular de este ejército contaba con antecedentes locales: los piratas del mar del sur de China se drogaban tradicionalmente con marihuana antes de atacar a los barcos europeos.

Aquí también podría verse la reavivación, o la excitación, de un deseo de fortificación espiritual antes de la batalla. En la guerra primitiva, la ejecución de ritos tribales era a menudo un prolegómeno absolutamente necesario de cualquier combate previsto con el enemigo; y en los ejércitos cristianos de la alta Edad Media, como hizo Enrique en Agincourt, oír misa y confesarse (Enrique oyó tres misas seguidas) podría haberse contemplado del mismo modo, aunque estos sacramentos eran ofrecidos por los sacerdotes, por supuesto, estrictamente como medio de renovación personal de la gracia y no como inspiración corporativa. En realidad, cuando la luz de la religión no está extinguida en los ejércitos, los hombres parecen tener hambre de su consuelo en vísperas de una acción; en los ejércitos de Kitchener, en la espera del amanecer del 1 de julio, no bastaba con escribir a casa, hacer testamento y estrecharle la mano a los amigos; ir a la iglesia fue para muchos una culminación necesaria de los preliminares. El ron fue bien recibido para sofocar las palpitations del miedo, al igual que lo fue para la impía mayoría de Wellington, cuando se aprovisionaron suficientemente ante la inminencia del combate. En cualquier caso, se prepare la entrada en combate mediante algún tipo de observancia religiosa, o mediante algún solemne ritual militar —como la gran revista de Napoleón a sus tropas la mañana de Waterloo—, o mediante la proclamación de la orden del día, o mediante el ceremonial que sea, parece que siempre hay que añadir algo —una pausa, un momento de recogimiento, un emplazamiento de la fuerza, una dedicatoria, una oración de intercesión— a las disposiciones puramente materiales y administrativas de un ejército, para que sus hombres vayan a la batalla con los corazones tan resueltos como puedan. Quizá sea esta la razón de que una batalla que comienza con un ejército sorprendiendo a otro no siempre produzca el resultado que teóricamente cabría esperar; porque, a no ser que un ejército se haya fortalecido interiormente para el choque, no soportará ser vencido.

Pero cualquiera que sea el proceso de fortalecimiento interior, el choque quebrantará la resolución de algunos hombres. Desafortunadamente, es imposible representar las características de este quebrantamiento de manera comparativa, porque solo desde comienzos del siglo xx los ejércitos han aprendido a aceptar que «coraje y cobardía [no] son alternativas que se le presenten libremente a cada hombre, dominando todas las tensiones emocionales; que un hombre [no puede] sin más elegir lo que prefiere y [...] ser valiente si se le dice que lo sea»^[27]. Huir, rehusar el combate, temblar como un azogado o quedarse inerte eran, hace menos de setenta años, muestras de cobardía que se condenaban; y solo con muchas dificultades, incluso un ejército tan comparativamente humano en espíritu como el británico, se pudo llegar a pensar de otra manera. Hombres cuyos síntomas se pueden reconocer hoy como los de auténtico derrumbamiento psíquico fueron fusilados por desertión durante los dos primeros años de la Primera Guerra Mundial; y el temor a la pena capital produjo multitud de «síntomas de conversión histérica» (mediante la cual los hombres pierden el uso de las piernas, el habla o la vista antes que mostrar claramente síntomas de ansiedad). El ejército, finalmente, reconoció el hecho inevitable del derrumbamiento psíquico de muchos de sus soldados, inventando la noción de «conmoción por bombardeo» —que sugería una única causa física—, y trató a los soldados afectados en lo que se denominó hospitales NYDN (siglas inglesas de «No Diagnosticado Todavía, Nervioso»). Pero sigue sin conocerse ninguna estadística sobre la proporción de bajas psicológicas con respecto a las de combate durante 1914-1918. En la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, los psiquiatras del cuerpo de sanidad británico, y aún en mayor medida los del estadounidense, fueron capaces de insistir en una adecuada identificación y tratamiento de casos psicológicos, al tener las manos mucho más libres, gracias a su éxito al enseñar a los ejércitos cómo identificar, de entre los reclutas, cuáles eran los más adecuados para las funciones militares de especialista —que cada vez era más necesario cubrir—, y cuáles los que seguramente no podrían ser soldados en absoluto. Gracias a esto, disponemos hoy de un material estadístico fiable: y revela que, a pesar del sistema de selección que instituyeron los psiquiatras, las

bajas por motivos psicológicos en cada fase de la guerra alcanzaron un porcentaje significativo de todas las bajas de combate, siendo diagnosticadas como casos de «agotamiento» en sus formas más simples, y como casos «neuropsiquiátricos» en las más graves. «Dependiendo del tipo de batalla — escribió uno de los psiquiatras británicos de mayor graduación—, del dos al treinta por ciento de todas las bajas pueden ser psíquicas». Esta prueba revela que, de todas las bajas de combate, del diez al quince por ciento eran psicológicas durante la fase «activa» de la batalla de Francia en 1940; del diez al veinte por ciento durante los diez primeros días de la batalla de Normandía, y del veinte por ciento durante los dos meses posteriores; del siete al diez por ciento en Oriente Medio a mediados de 1942; y del once por ciento en los dos primeros meses de la campaña de Italia. Muchos de estos, quizá hasta un noventa por ciento, volvieron después a algún tipo de servicio, más o menos exigente; pero, incluso entre los que estaban en condiciones de volver pronto a su unidad de combate «(las cifras varían entre el setenta y el cincuenta y seis por ciento) [...] hasta un cinco por ciento se derrumbaba de nuevo en la misma batalla». Además, conforme el tiempo se alargaba, casi todos los soldados expuestos a combate continuo o semicontinuo se vinieron abajo. Como explica el autor del informe oficial estadounidense *Combat Exhaustion* [Agotamiento de combate]:

No existe eso de «acostumbrarse al combate». Cada momento del combate impone una tensión tan grande que los hombres se derrumbarán en relación directa a la intensidad y duración de su exposición [...]. Las bajas psicológicas son tan inevitables en la guerra como las heridas de bala o de metralla. La mayoría de los soldados no eran efectivos después de ciento ochenta o incluso de ciento cuarenta días. Había un consenso general de que un hombre alcanzaba su efectividad máxima en los primeros noventa días de combate, que después su eficacia empezaba a decaer, y que poco a poco era menos válido, hasta que resultaba completamente inútil [...]. El número de soldados en unidades después de entre doscientos y doscientos cuarenta días de combate era pequeño, y su valor para la unidad insignificante.

En resumen, el combate de la Segunda Guerra Mundial llevaba al soldado de infantería al derrumbamiento en poco menos de un año. Muchos fueron los efectos indirectos de esta consecuencia de la batalla; pero algunos de los más interesantes fueron los experimentados y revelados por los mandos de los ejércitos. Los generales, desde el final de la Primera Guerra Mundial, se habían vuelto marcadamente sensibles a la disparidad entre los riesgos sufridos por los hombres que concebían los planes y los que los ejecutaban. En las batallas de épocas anteriores, esta disparidad era pequeña, si es que llegaba a darse. Por ejemplo, Wellington corrió indiscutiblemente más riesgo que muchos de sus subordinados; y en Agincourt, Enrique (aunque hablar de «generales» y de «planes» resulta dudoso para la guerra medieval, en la que el ejemplo lo era todo) deliberadamente corrió riesgos durante la batalla. Por otro lado, Hindenburg, Haig, Joffre, nunca olieron la pólvora; Haig, debido a motivos que estaba dispuesto a racionalizar, ni siquiera visitaría a sus heridos. El estilo que tuvieron de «mando de *château*» (un estilo del que, todo sea dicho, fueron más herederos que creadores) ofendió profundamente, aunque no lo exteriorizaron, a la generación de oficiales que fueron subalternos en 1914 y comandantes de alta graduación en 1940, y promovió entre ellos un nuevo estilo consistente en compartir riesgos, y que públicamente se justificaba por el mayor control de la batalla que permitía (en un momento en que la proliferación de equipos de radio hacía que fuese delicado mandar desde un *château*); y cabe sospechar que íntimamente era deseado porque mitigaba un sentimiento de culpabilidad indirecto y anticipatorio.

La variante de este estilo en Rommel fue mandar desde el carro de cabeza; la de Guderian, vagar por sus campos de batalla en un vehículo acorazado de transmisiones; la de Montgomery, ocupar un «cuartel general táctico» desde donde se oyera el combate. Los generales también empezaron a llevar armas, invirtiendo la tendencia establecida hacía largo tiempo por los oficiales de distanciarse del acto de matar: Patton llevaba habitualmente un par de revólveres con cachas de nácar, Ridgway un par de granadas, Bock un revólver, Wingate un rifle; y, como Grant, de quien en su día se pensó que era un excéntrico, se fueron vistiendo cada vez más como soldados. Montgomery, Bradley, Stilwell resultaban apenas distinguibles en sus uniformes del soldado más humilde bajo su mando. Sin embargo, quizá por estos esfuerzos por identificarse con sus hombres, muchos generales parecían incapaces de reproducir esa necesaria resistencia al desgaste que marcó tan notablemente los caracteres de una generación anterior. El pesar y la ansiedad solo perdonan a algunos raros ejemplares entre los mandos; Wellington lloró copiosamente después de Waterloo, Federico el Grande hacía que su cirujano le sangrase durante sus batallas para aliviar la tensión que sentía, y el pobre Enrique VI cantaba un interminable lamento discordante durante todas las batallas a las que sus cortesanos le obligaban a asistir. Pero el código militar exigía tradicionalmente compostura, incluso en momentos de agonía personal; y el mismo código la suscitaba: Castelnau y Foch siguieron dirigiendo las operaciones después de recibir la noticia de las muertes de sus hijos en la batalla de las Fronteras de 1914; Ludendorff se mantuvo al mando a pesar de la pérdida de sus queridos yernos en los momentos culminantes de la Primera Guerra Mundial. Durante la Segunda Guerra Mundial, el código pareció incapaz de sostener a sus partidarios. Los generales incompetentes siempre causan baja: en esta guerra se vieron afectados también generales competentes. Rommel, por todo su arrojo, sufrió las agonías de un estómago nervioso, que dos veces le hizo abandonar el frente en momentos críticos; Guderian fue baja en Rusia por un ataque al corazón; Reichenau sufrió un amago durante la campaña; Ridgway tuvo una severa pérdida de conocimiento en septiembre de 1945, y se le aconsejó el retiro. Poco a poco, conforme la Segunda Guerra Mundial se alargaba, la simple firmeza de carácter, como la mostrada por Zhukov o Model, llegó a ser, más que cualquier olfato estratégico o táctico especial, la principal virtud militar. Otros mandos que parecían soportar la tensión lo lograron solo cultivando un curioso desapego hacia la conducción de la propia batalla. Los tres generales más admirados de los ejércitos británico, estadounidense y alemán —Alexander, Eisenhower y Rundstedt, respectivamente— fueron, cada uno a su modo, no realmente generales, sino más bien no generales, o antigenerales incluso. Alexander, aunque tenía una buena formación como joven oficial, insistía en dejarles el control a sus subordinados y limitarse a promover buenas relaciones dentro de su ejército multinacional. Lo mismo hacía, y en mayor grado incluso, Eisenhower, cuya aura terminó siendo más papal que militar. Rundstedt, reverenciado por todo el cuerpo alemán de oficiales profesionales en tanto último arquetipo prusiano, rehusaba tratar los detalles o mirar mapas a pequeña escala, como si el combate mismo no fuese de su agrado, y pasaba días leyendo novelas policíacas, llegando a entregar el mando tres veces.

Pero quizá el ejemplo más interesante, y el más conocido y comentado, de la reacción de un general a la fatiga de combate moderno sea el castigo de Patton a un soldado «psiconeurótico» en un hospital siciliano. El incidente publicado fue de hecho el segundo; en ambos, manifestó su indignación por que un «cobarde» pudiera ser tratado de la misma forma y en el mismo lugar que los soldados heridos físicamente con honor. ¿No podría entenderse esta reacción, por parte de un general con dos revólveres y que asumía riesgos, como una expresión de disgusto porque a él —que compartía la suerte de sus soldados, que los buscaba en primera línea para ensalzar su coraje y que estaba dispuesto a sacrificar su vida tanto como el que más—, a cambio de identificarse con ellos, se le retribuiese con una conducta que cuestionaba su sinceridad; al constituir una acusación tácita de que no conocía la realidad última de los sufrimientos que pedía a sus soldados, y burlarse así de su

encarnación del héroe? El curioso alejamiento de Alexander de los mecanismos del mando pareció haberse apoyado en una preocupación semejante para no caer en esta falsedad, rehusando dar órdenes cuyas consecuencias en detalle no fuera a sufrir directamente.

La oportunidad de intervenir en el mismo borde anterior de la batalla en el momento culminante del combate, respondiendo casi instantáneamente a la llamada, explica el entusiasmo contemporáneo de los generales por el helicóptero. De una forma que Patton hubiese envidiado absolutamente, el helicóptero vuelve a llevar al general a la situación en que mandaba Wellington, y le devuelve el poder de observar, de manejar, de animar, de maniobrar, de mirar a la batalla a la cara. En el helicóptero, el general tiene la impresión de controlarla y moldearla para sus fines, como un ejercicio de poder útil y decisivo. ¿Pero es esto realmente así, o se trata de una ilusión? Porque el helicóptero no solo lleva al general a la batalla. También lleva al soldado «aerotransportado», en cuya experiencia se da el contraste extraordinario entre la normalidad de la confortable vida de guarnición y los terrores del campo de batalla, a los que puede ser transportado suavemente en menos de media hora. Se trata de una experiencia parecida, aunque de forma agigantada, a la de una tripulación de avión, en la que recaen tensiones tan uniformes e intensas que, si se quiere evitar que se trastorne, el número de sus misiones ha de ser limitado. El soldado «aerotransportado» constituye, por su parte, un elemento más del nuevo ejército mecanizado, con cadenas y acorazado, hasta un grado sin equivalencia en ninguna de las formaciones acorazadas de la Segunda Guerra Mundial. Todo está mecanizado en todas las unidades de combate a ambos lados de la frontera del Frente Central en Alemania, incluyendo abastecimientos, mantenimiento y equipos de puentes; y gran parte del material, incluyendo la artillería, está sobre cadenas y acorazado. Infantería acorazada y sobre cadenas; pelotones de infantería de diez hombres apretujados dentro del transporte acorazado de personal: ahí está la revolucionaria diferencia entre los ejércitos de la década de 1970 y los de la de 1940. Los ejércitos en movimiento, en ataque o en defensa, son instruidos para maniobrar, y esperan operar a cincuenta kilómetros por hora, moviéndose en densas oleadas a través del terreno, deteniéndose solo si se les ordena o si encuentran oposición, a la que intentarán vencer mediante el fuego de sus cañones y de las armas de sus soldados de infantería.

Nos falta una imagen de cómo sería en la realidad un encuentro entre dos ejércitos así; y nos falta afortunadamente: porque sería el paso previo al empleo de armas nucleares. Aunque la guerra del Yom Kippur, entre Siria, Egipto e Israel, proporcionó algunos atisbos. Para empezar, la batalla sería más ruidosa que ninguna de las experimentadas en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial, ya que, al constante estallido de los proyectiles de las armas de tiro indirecto —artillería de campaña y lanzacohetes—, se añadirían las explosiones de minas (de las que el futuro campo de batalla estará literalmente sembrado) y las explosiones en cascada de las bombas de fragmentación lanzadas por aire; mucho estrépito y zumbido mecánico, y el inconfundible sonido metálico periódico de los disparos de gran potencia alcanzando sus blancos. El ruido que hace un bloque sólido de tungsteno al impactar en un carro acorazado es muy característico, de tono muy alto; y, aunque esta nota no predominaría sobre el futuro estrépito del campo de batalla, para los ocupantes de los vehículos acorazados sería la nota clave, ya que sería el tañido por la inutilización de un vehículo y la eliminación de su tripulación. Quizá no a toda su tripulación; pero, al depender casi exclusivamente de su sentido del oído para conocer lo que sucede fuera de su concha, los ocupantes de los carros y los transportes acorazados de personal podrían tender a imaginárselo así.

El estado mental de estos ocupantes influye muy considerablemente en el ejercicio del mando. Ya ha sido asumido que encerrar a un hombre en una cámara acorazada, confinado y sin ventanas, durante periodos largos, es arriesgarse, entre otros efectos, a desorientarle seriamente. Por eso se intentará proporcionar a cada pasajero, en el siguiente tipo de transporte acorazado que se construya, una mirilla de cuarzo, de forma que pueda tener alguna imagen, aunque sea fragmentaria,

del sitio por donde le llevan. También se sabe que los soldados no pueden estar apiñados y congestionados durante largos periodos de tiempo sin perder su eficacia, y que los interiores de los transportes de infantería deben estar acolchados y tener aire acondicionado —como ya lo están los carros—, y con medios para calentar las comidas y enfriar las bebidas. Cabe preguntarse, sin embargo, si todas estas medidas lograrán la eficacia necesaria para el combate. Porque, ¿no se tratará más que de suavizaciones menores de lo que, en el fondo, es una mayor impersonalización de la guerra, una mayor enajenación del soldado de cualquier cosa reconocible como natural o humana en el campo de batalla, una mayor reducción aún de su estatus, hasta no ser más que un simple suplemento de la maquinaria, el *software* del sistema? Y, mientras que es indudablemente posible que pelotones de soldados soporten durante cortos periodos condiciones como las que impondrá la guerra acorazada y encerrada —las tripulaciones de carros y de aviones lo vienen haciendo sistemáticamente desde hace cincuenta años, y los servidores de las torretas navales desde hace más de cien—, es importante recordar que las descripciones de la batalla futura suponen que todos los soldados combatientes, apelotonados o sueltos, serán capaces de tolerar algo análogo al entorno de las tripulaciones de aviones, durante periodos no de horas, sino de muchos días y noches. El concepto de «operaciones continuas» que se plantea en una batalla acorazada en Europa, y para el que se está proporcionando a los ejércitos el más elaborado equipo electrónico de combate nocturno —proyectores de rayos infrarrojos, intensificadores de imagen, radares de vigilancia—, requiere soldados que permanezcan en acción continuamente durante periodos de cien a ciento cincuenta horas. Se habla incluso de mantenerles despiertos durante ochenta horas seguidas, utilizando si fuera necesario dosis de anfetaminas; y resulta irónico que la condena del uso privado de alucinógenos y tranquilizantes tenga como contrapunto la administración de estimulantes por vía oficial. En la práctica, los israelíes y los árabes, tan pródigos en equipos de combate nocturno, se encontraban tan agotados al final de las batallas diurnas de octubre de 1973, que caían en un sueño reparador en cuanto se hacía de noche. Pero los poderes de la OTAN no pueden contar con detener sus guerras mediante intervenciones externas, como hacían los dos bandos del conflicto palestino cuando se perfilaba la derrota. Por eso, sus ejércitos deben prepararse muy seriamente para «la batalla terrestre en la Europa Central»; tienen que aprender a vivir durante días con sofocantes máscaras antigás y pegajosos equipos antirradiación (que deberán ser llevados como precaución incluso durante operaciones convencionales), aislados, dentro de sus vehículos acorazados, de la visión y el olor del mundo exterior, solo conectados a él mediante voces incorpóreas recibidas por radio, y debiendo formarse una impresión de los acontecimientos que alientan más allá de su caparazón, en función únicamente de los fragmentos de los hechos que autoridades más altas se dignasen comunicarles.

«Con toda seriedad», a la luz de estas circunstancias, sería correcta «la instrucción con gran dedicación»; parece mucho más dudoso «entrenarse con una firme convicción de que la batalla que practican es probablemente la que se hará». Porque, a pesar de la ventaja inicial de la superioridad numérica de los ejércitos comunistas, sus soldados no son diferentes psicológicamente de los del otro lado. Y ahora nos enfrentamos a un tipo de batalla que, mediante el desgaste físico y nervioso, les impondrá a los combatientes «el síndrome de la fatiga múltiple», amenazando con afectarles tanto si llegan al contacto directo con el enemigo como si no. Los psiquiatras militares aliados habían descubierto al final de la Segunda Guerra Mundial que las primeras horas de combate inutiliza al diez por ciento de una fuerza combatiente. Una mayor intensificación de la tensión que colapsa a estos hombres —como las impuestas por varios días de «operaciones continuas»— se supone que colapsará también a la mayoría, y que la «decisión» de la batalla no se alcanzará causando directamente bajas, por muerte o por heridas, sino sometiendo a un ejército a una situación que pueda mostrarse intolerable desde el punto de vista psicológico.

Como empecé diciendo, «decisión» es un concepto que los historiadores militares utilizan de

forma ambigua. Con la expresión «batalla decisiva» pueden referirse simplemente a la batalla que tiene un resultado, que termina con la clara victoria de un bando sobre el otro; pero también a una batalla cuyo resultado causa un cambio real en la dirección de los asuntos más allá del campo de batalla, provocando la caída de un poder hasta entonces dominante, poniendo fin a una ola —hasta ese momento irresistible— de expansión imperial, derribando un sistema político, cortando en seco la carrera de un héroe conquistador... Por *déformation professionnelle*, el historiador militar busca resultados casi siempre dirigidos a uno de estos niveles: el del efecto inmediato de la batalla en la fortaleza del ejército y la mente de su comandante; o el de su impacto en la moral y en los recursos del poder que sostienen la guerra. Sin embargo, como he tratado de argumentar, los efectos más importantes, los realmente «decisivos», son más inmediatos y personales que los que se refieren a estas categorías. Son los ejércitos los que hacen las batallas, y los ejércitos contienen a los hombres que, en cualquier sociedad, pueden y quieren y saben cómo combatir. Las batallas, o más aún las derrotas, son decisivas de manera inmediata, porque matan a algunos de estos hombres y disuaden a los restantes —por un periodo más o menos largo— de querer luchar más. En cuanto a las consecuencias de mayor alcance: cuando la mayoría de los combatientes son hombres extraídos de la clase gobernante, como en el ejército feudal o en la milicia patricia, hay que buscarlas primero en la nueva disposición en que habrán colocado a las personalidades la muerte, la cobardía o las proezas; y después en el estado de ánimo y en las aspiraciones que el ejército portará al volver a casa. Pero cuando los guerreros forman un único y caro grupo de especialistas, como en los ejércitos de la Europa dinástica y posdinástica, hay que buscarlas en otro sitio: en el coste económico del estado para reforzar la masa urbana o el campesinado con que se formó el ejército derrotado; y también en su coste político en cuanto a las concesiones a las clases que pagan impuestos, que a su vez tendrán que financiar la reconstrucción; así como en las demandas de garantía de privilegios que las clases militares presentarán. Cuando los ejércitos los forman directamente la juventud masculina del país mediante el reclutamiento general, como en los estados liberales, y no tan liberales, de la Europa y América del siglo xx, hay que buscar, en fin, de un modo más extenso y profundo. La verdadera escala de la Primera y la Segunda Guerra Mundial ha determinado que no se puedan categorizar aún todas esas consecuencias, ni medir sus dimensiones. Aunque al menos no niega las contradicciones: que la experiencia de muerte súbita y violenta ha sido llevada por la batalla a muchos, quizá a la mayoría de las familias; que el temor al sufrimiento que puede causar la batalla —sea arbitrario y accidental o deliberado y con un propósito— a las sociedades humanas es profundo y casi universal, y que la utilidad de la batalla futura es ampliamente dudosa.

Los jóvenes ya han tomado su decisión. Cada vez están menos dispuestos a servir en ejércitos que consideran ornamentales. Los jóvenes militantes han dado un paso más: lucharán por las causas en las que creen no mediante los mecanismos del estado y su poder armado, sino, cuando sea necesario, justo contra ellos, mediante métodos de guerrillas y de guerra clandestina. Falta que los ejércitos admitan que las batallas del futuro se librarán en el país de nunca jamás. Mientras las grandes huestes acorazadas permanezcan frente a frente a ambos lados de la frontera entre el este y el oeste, ningún soldado, sea del bando que sea, reconocerá que no cree en la función para la que planea y se entrena. Mientras los estados pongan armas en sus manos, se mostrarán mutuamente el rostro de hierro de la guerra. Pero crece la sospecha de que la batalla ya se ha abolido a sí misma.

BIBLIOGRAFÍA

HISTORIOGRAFÍA

- BARRACLOUGH, Geoffrey, *History in a Changing World*, Blackwell, 1955 [ed. esp.: *La historia desde el mundo actual*, Nicolás Ramiro, tr., Revista de Occidente, Madrid, 1959].
- BERLIN, Isaiah, *The Hedgehog and the Fox*, Weidenfeld & Nicolson, 1953 [ed. esp.: «El erizo y el zorro», en *El estudio adecuado de la humanidad*, Francisco González Aramburo, María Antonia Neira, Hero Rodríguez Toro y Juan José Utrilla, trs., Turner, Madrid, 2009].
- BLOCH, Marc, *The Historian's Craft*, Manchester University Press, 1954 [ed. esp.: *Introducción a la historia*, Pablo González Casanova, Max Aub, trs., Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1988].
- BUTTERFIELD, Herbert, *Man on his Past*, Cambridge University Press, 1955.
- GARDNER, P. L., ed., *Theories of History*, Allen & Unwin, 1960.
- GEYL, Pieter, *Debates with Historians*, Meridian Books, 1958.
- *Encounters in History*, Collins, 1963.
- GOOCH, G. D., *History and Historians in the Nineteenth Century*, Longman, 1952.
- HEXTER, J. R., *Reappraisals in History*, Longman, 1961.
- *Doing History*, Allen & Unwin, 1971.
- LUVAAS, Jay, *The Military Legacy of the Civil War*, University of Chicago Press, 1959.
- *The Education of an Army*, Cassell, 1965.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, *Studies in Historiography*, Weidenfeld & Nicolson, 1966.
- RENIER, G. J., *History, Its Purpose and Method*, Allen & Unwin, 1950.
- RHODES-JAMES, Robert, «Thoughts on Writing Military History», en *R.U.S.I. Journal*, mayo de 1966.
- SMALLEY, Beryl, *Historians in the Middle Ages*, Thames & Hudson, 1974.
- USHER, Stephen, *The Historians of Greece and Rome*, Hamish Hamilton, 1969.
- WILLIAM, S., ed., *Essays in Modern European Historiography*, University of Chicago Press, 1970.

AGINCOURT

- ALLMAND, C. T., *Society at War, The Experience of England and France during the Hundred Years' War*, Oliver & Boyd, 1973 [ed. esp.: *La guerra de los Cien Años*, Juan José Faci Lacasta, tr., Crítica, Barcelona, 1990]. (Contiene una bibliografía muy completa de todo el periodo).
- BARBER, Richard, *The Knight and Chivalry*, Longman, 1970.
- BARNIE, John, *War in Mediaeval Society*, Weidenfeld & Nicolson, 1974.
- BLOCH, Marc, *Feudal Society*, Routledge & Kegan Paul, 1961 [ed. esp.: *La sociedad feudal*, Eduardo Ripoll Perelló, tr., Akal, Madrid, 2002].
- BURNE, A. H., *The Agincourt War*, Eyre & Spottiswoode, 1956.
- HIBBERT, Christopher, *Agincourt*, Batsford, 1964.

- KEEN, M. H., *The Laws of War in the Late Middle Ages*, Routledge & Kegan Paul, 1965.
- LOT, Ferdinand, *L'Art Militaire et les Armées au Moyen age*, Payot, París, 1946.
- NEWHALL, R. A., *The English Conquest of Normandy, 1416-1424*, Harvard University Press, 1924.
- , *Muster and Review*, Harvard University Press, 1940.
- NICOLAS, Harry, ed., *History of the Battle of Agincourt*, Londres, 1832.
- OMAN, Charles, *A History of the Art of War in the Middle Ages*, Methuen, 1924.
- POWICKE, Michael, *Military Obligation in Mediaeval England*, O.U.P., 1962.

WATERLOO

Existe una excelente bibliografía en *Wellington at Waterloo* de Jac Weller (Longman, 1967), pero incluye pocos historiales de los regimientos británicos, de los que hay unos cuarenta. Para identificarlos, debería utilizarse el orden de batalla como clave en *Bibliography of Regimental Histories of the British Army*, de A. S. White (Society for Army Historical Research, 1965).

- ANGLESEY, marqués de, *One-Leg, The Life and Letters of Henry William Paget*, Cape, 1961.
- BANNANTYNE, teniente coronel Neil, *History of the Thirtieth Regiment*, Littlebury, Liverpool, 1923.
- BRETT-JAMES, Antony, ed., *The Hundred Days*, Macmillan, 1964.
- CHANDLER, David G., *The Campaigns of Napoleon*, Weidenfeld & Nicolson, 1966 [ed. esp.: *Las campañas de Napoleón*, Carlos Fernández-Vitorio y Francisco Fernández Vitorio, trs., La Esfera de los Libros, Madrid, 2005].
- DALTON, Charles, *The Waterloo Roll Call*, Arms and Armour Press, 1971.
- GLOVER, Richard, *Peninsular Preparations, The Reform of the British Army 1795-1809*, Cambridge University Press, 1963.
- GREENHILL GARDYNE, teniente coronel C., *The Life of a Regiment: The Gordon Highlanders*, Medici Society, 1929.
- HOUSSAYE, Henri, *1815, Waterloo*, Black, 1900.
- HOWARTH, David, *Waterloo: Day of Battle*, Atheneum, 1968.
- LANCEY, señora de, *A Week at Waterloo*, John Murray, 1906.
- LEEKE, reverendo William, *The History of Lord Seaton's Regiment* (53.º de infantería ligera), Hatchard, 1866.
- MERCER, Cavalié, *Journal of the Waterloo Campaign*, Peter Davies, 1927.
- OMAN, Charles, *Wellington's Army, 1809-1814*, Methuen, 1913.
- SIBORNE, capitán William, *The Waterloo Campaign 1815*, Constable, 1904.
- SIBORNE, general de división H. T., ed., *Waterloo Letters*, Cassell, 1891.
- WOOD, general Evelyn, *Cavalry in the Waterloo Campaign*, Pall Mall Press, 1897.

EL SOMME

Una tesis escrita por Arthur T. E. Bray para ser miembro de la Library Association, *The Battle of the Somme 1916: A Bibliography* (University Microfilms Ltd., 1968), incluye casi todas las fuentes

publicadas en inglés, así como las francesas y alemanas más importantes.

- BERGONZI, Bernard, *Heroes' Twilight*, Constable, 1965.
- CARRINGTON, Charles, *Soldier From the Wars Returning*, Hutchinson, 1965.
- CHAPMAN, Guy, *A Passionate Prodigality*, McGibbon & Kee, 1965.
- CROZIER, F. P., *A Brass Hat in No Man's Land*, Cape, 1930.
- EDMONDS, James, *Military Operations, France and Belgium 1916*, vol. I, Macmillan, 1932.
- FARRAR-HOCKLEY, A. H., *The Somme*, Batsford, 1964.
- FEILDING, Rowland, *War Letters to a Wife*, Medici Society, 1919.
- GERMAINS, V. W., *The Kitchener Armies*, Peter Davies, 1930.
- HANKE, Donald, *A Student in Arms*, Andrew Melrose, 1916.
- HART, B. H. Liddell, *Memoirs*, vol. I, Cassell, 1965.
- JÜNGER, Ernst, *Storm of Steel*, Chatto & Windus, 1929 [ed. esp.: *Tempestades de acero*, Andrés Sánchez Pascual, tr., Tusquets, Barcelona, 1987].
- KEESON, mayor C. A. Cuthbert, *The History and Records of Queen Victoria's Rifles*, Constable, 1923.
- LINDSAY, teniente coronel J. H., *The London Scottish in the Great War*, edición privada, 1925.
- MIDDLEBROOK, Martin, *The First Day on the Somme*, Allen Lane, 1971.
- MOTTRAM, R. H., *Journey to the Western Front*, Bell, 1936.
- PANICHAS, G. A., ed., *Promise of Greatness*, Cassell, 1968.
- Reichsarchiv, *Schlachten des Weltkrieges: Somme-Nord I*, Oldenburg, Stalling, 1927.
- Royal Welch Fusiliers, *The War the Infantry Knew*, P. S. King, 1938.
- TERRAINE, John, ed., *General Jack's Diary*, Eyre & Spottiswoode, 1964.
- WILLIAMS, Basil, *Raising and Training the New Armies*, Constable, 1917.
- WYNNE, capitán G. C., *If Germany Attacks*, Faber, 1940.

GUERRA, CONFLICTO Y SOCIEDAD

- ARENDRT, Hannah, *On Violence*, Allen Lane, 1969 [ed. esp.: *Sobre la violencia*, Guillermo Solana Díez, tr., Alianza Editorial, Madrid, 2011].
- BRANSON, L., y GOETHALS, G. W., ed., *War, Studies from Psychology, Sociology, Anthropology*, Basic Books, 1964.
- BURN, W. L., *The Age of Equipoise*, Unwin University Books, 1964.
- CALDER, Nigel, ed., *Unless Peace Comes*, Allen Lane, 1968.
- CALVERT, Peter, *Revolution*, Macmillan, 1970.
- CANETTI, Elias, *Crowds and Power*, Gollancz, 1962 [ed. esp.: *Masa y poder*, Horst Vogel, tr., Alianza Editorial, Madrid, 2000].
- CAUTE, David, *The Left in Europe Since 1789*, World University Library, 1969 [ed. esp.: *Las izquierdas europeas desde 1789*, Luis Cuervo, tr., Guadarrama, Madrid, 1966].
- CLARKE, I. F., *Voices Prophesying War, 1768-1914*, O.U.P., 1966.
- CLIFFE, Trevor, *Military Technology and the European Balance*, Adelphi Paper 89, Institute for Strategic Studies, 1972.
- CREASY, Edward, *The Fifteen Decisive Battles of the World*, Richard Bentley, 1894.
- DUFFY, Christopher, *The Army of Frederick the Great*, David & Charles, 1974.
- FALLS, Cyril, *A Hundred Years of Warfare*, Duckworth, 1953.

- HANBURY-SPARROW, teniente coronel A. Al, *The Land-Locked Lake*, Arthur Barker, 1932.
- HAY, teniente general John H., *Vietnam Studies, Tactical and Material Innovation*, Department of the Army, Washington, 1974.
- HOBSBAWM, E. J., *Revolutionaries*, Weidenfeld & Nicolson, 1972 [ed. esp.: *Revolucionarios*, Joaquín Sempere Carreras, tr., Crítica, Barcelona, 2010].
- HOWARD, Michael, *The Franco-Prussian War*, Hart-Davis, 1961.
- JOLL, James, *The Second International*, Weidenfeld & Nicolson, 1955 [ed. esp.: *La Segunda Internacional (1899-1914)*, Juan José Faci Lacasta, tr., Icaria, Barcelona, 1976].
- MALLET, Michael, *Mercenaries and their Masters*, Bodley Head, 1974.
- MELLENTHIN, general de división F. W. von, *Panzer Battles*, Cassell, 1955.
- NEF, J. U., *War and Human Progress*, Routledge & Kegan Paul, 1950.
- PRIESTLAND, Gerald, *The Future of Violence*, Hamish Hamilton, 1974.
- ROBERTS, Michael, *Essays in Swedish History*, Weidenfeld & Nicolson, 1967.
- RUDÉ, George, *Paris and London in the 18th Century*, Fontana, 1970.
- The Sunday Times*, ed., *The Middle East War*, André Deutsch, 1974.
- WELLER, Jac, *Weapons and Tactics*, Nicholas Vane, 1966.
- WRIGHT, Quincy, *A Study of War*, Chicago University Press, 1952.
- YOUNG, Peter, *The British Army*, Kimber, 1967.

TENSIÓN EN EL CAMPO DE BATALLA, MOTIVACIÓN PARA EL COMBATE Y MEDICINA MILITAR

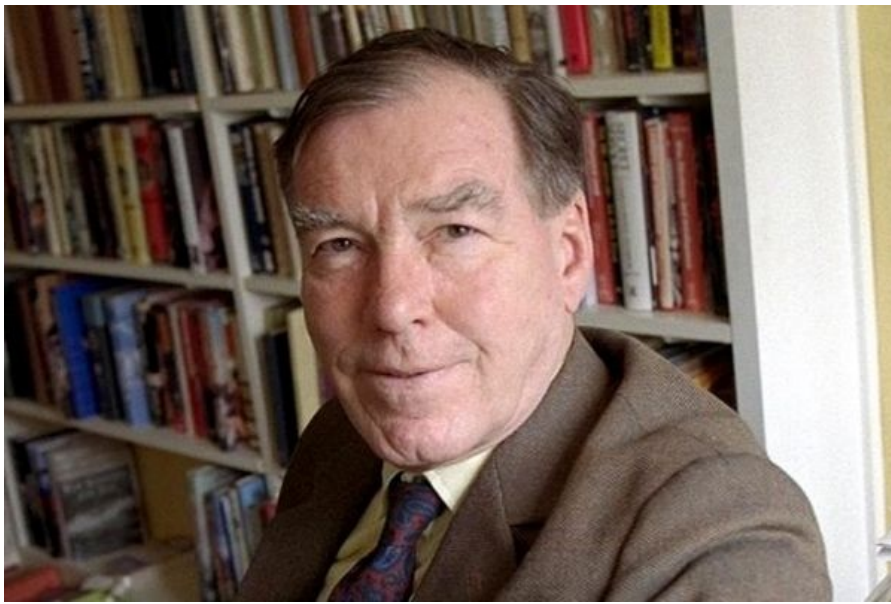
- AHRENFELDT, Robert H., *Psychiatry in the British Army in the Second World War*, Routledge & Kegan Paul, 1958.
- ARDREY, Robert, *The Territorial Imperative*, Collins, 1967 [ed. esp.: *Instinto de dominio en la vida animal y en los orígenes del hombre*, Editorial Hispano Europea, Barcelona, 1970].
- BAYNES, John, *Morale, A Study of Men and Courage*, Cassell, 1967.
- BLACHSHAW, Alan, *Mountaineering*, Penguin, 1965.
- Digest of Army Ground Forces Committee on Battle Casualties Report*, *u.s. Infantry Journal*, septiembre de 1949.
- ENDLEMANN, Shalom, ed., *Violence in the Streets*, Duckworth, 1969.
- GILMAN, P., y HOUSTON, D., *Eiger Direct*, Collins, 1966.
- GRANT, Michael, *Gladiators*, Weidenfeld & Nicolson, 1967.
- GRINKER, Roy G., y SPIEGEL, John P., *Men Under Stress*, McGraw-Hill, 1963.
- HARRER, Heinrich, *The White Spider, The History of the Eiger's North Face*, Hart-Davis, 1959 [ed. esp.: *La araña blanca: dramática historia de la ascensión a la pared norte del Eiger*, Eduardo Verdugo-Raab, tr., Ediciones Desnivel, Madrid, 2005].
- HOBSBAWM, E. J., *Bandits*, Weidenfeld & Nicolson, 1969 [ed. esp.: *Bandidos*, Crítica, Barcelona, 2003].
- KRUUK, Hans, «The Urge to Kill», *New Scientist*, 29 de junio de 1972.
- L'ETANG, Hugh, *The Pathology of Leadership*, Heinemann, 1969.
- LORENZ, Konrad, *On Aggression*, Methuen, 1963 [ed. esp.: *Sobre la agresión*, Siglo XXI, Madrid, 1992].
- MACPHERSON, W. G., ed., *History of the Great War: Medical Services. Diseases of the War II*, H.M.S.O., 1923; *Surgery of the War II*, H.M.S.O., 1922; *General History III*, H.M.S.O., 1923.

- MARSHALL, S. L. A., *Men Against Fire*, William Morrow, 1947.
- MCNALT, A. Salusbury, y MELLOR, W. Franklin, ed., *Medical Services in War*, H.M.S.O., 1968.
- MORAN, lord, *The Anatomy of Courage*, Constable, 1945.
- PICQ, Ardant du, *Battle Studies*, Macmillan, Nueva York, 1921 [ed. esp.: *Estudios sobre el combate*, A. Doncel y María José Montesinos, trs., Ministerio de Defensa, Madrid, 1988].
- SIMON, Pierre-Henri, *Portrait d'un Officier*, Seuil, 1958.
- STEVENSON, W. F., *Wounds in War*, Longman, 1897.
- STOFFER, S. A., y otros, *The American Soldier*, Princeton University Press, 1949.
- STOUT, T. D. M., *Official History of New Zealand in the Second World War, War Surgery and Medicine*, Wellington, 1954.
- TERRAY, Lionel, *Conquistadores of the Useless*, Gollancz, 1963 [ed. esp.: *Los conquistadores de lo inútil*, José Isidro Gordito Girón, Enrique Hegewicz y Sergio Prieto Méndez, trs., Ediciones Desnivel, Madrid, 2002].
- TIGER, Lionel, *Men in Groups*, Nelson, 1969.
- URLANIS, Boris, *Las guerras y la población: investigación histórico-estadística*, Editorial Progreso, Moscú, 1972.
- War Office Committee of Enquiry into «Shellshock» Report*, H.M.S.O., 1922.
- WOLFENSTEIN, Martha, *Disaster*, Routledge & Kegan Paul, 1957.
- YOUNG, G. F., *Mountain Craft*, Methuen, 1934.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se ha basado principalmente en fuentes impresas, algunas de las cuales figuran en la bibliografía. Pero he obtenido también mucha información y muchas ideas de mis colegas, alumnos y amigos (uno de los placeres de enseñar en Sandhurst es que estas categorías se superponen). En especial, de los siguientes soldados, en activo o retirados: el brigadier Peter Young, DSO [Orden de Servicios Distinguidos, según sus siglas inglesas], MC [Cruz Militar]; el brigadier D. W. V. P. O'Flaherty, DSO; el general de división A. H. Farrar-Hockley Barclay, DSO, MBE [Miembro del Imperio Británico], MC; el coronel E. M. P. Hardy; el teniente coronel Michael Barclay, Royal Scots Dragoon Guards; el teniente coronel Jeremy Reilly, DSO, Royal Regiment Fusiliers; el comandante Charles Messenger, Royal Tank Regiment; el comandante Michael Dewar, Royal Green Jackets; el capitán Terence Johnston, Coldstream Guards; el teniente Timothy Weeks, Light Infantry; y el teniente Hugh Willing, Royal Green Jackets. De los siguientes miembros del personal docente de Sandhurst: los doctores Christopher Duffy, Richard Holmes, Gwynne Dyer y John Sweetman; los señores David Chandler, Peter Vigor y William McElwee. De nuestros *homólogos* de la École spéciale militaire de Saint-Cyr: el teniente coronel Michel Camus, Légion étrangère; y el comandante Marec Neuville, Chasseurs à pied. Del general de división Alastair Maclennam, OBE [Oficial del Imperio Británico], del Royal Army Medical College; el señor A. S. Till, FRCS [Miembro del Real Colegio de Cirujanos], de los United Oxford Hospitals; los doctores John Cule, H. Bleckwenn de Osnabruck, y T. F. Everett, mi suegro, que murió antes de que este libro estuviese terminado. De los doctores M. Haisman y M. Allnut, del Army Personnel Research Establishment. Del señor Michael Howard, los profesores Richard Cobb y Geoffrey Best, el señor Harmut Pogge von Strandmann, y el brigadier Shelford Bidwell. También mantuve una fructífera correspondencia con el profesor Bernard Bergonzi y con el doctor C. T. Allmand. El brigadier Young y los señores Howard y Chandler tuvieron la amabilidad de permitirme usar extractos de sus libros, con fines sin duda indignos de su calidad. Debo especial gratitud a los señores Barrie Pitt y Derek Anyan. Los señores Anthony Sheil, Alan Williams y David Machin no han cesado de animarme; espero no haberles defraudado. Me complace darles las gracias por toda su ayuda al teniente coronel Alan Shepperd, MBE, bibliotecario (y creador) de la Biblioteca Central de la Real Academia Militar de Sandhurst, y a su amistoso, válido y eficiente equipo; tengo que darle las gracias en particular al señor R. W. Meadows por conseguirme libros a través del servicio de préstamo interbibliotecario. También les estoy agradecido al señor Kenneth White, de la Staff College Library, y al equipo de la London Library. La señora Valerie Horsfield mecanografió la mayor parte del manuscrito y cuenta con mi agradecimiento. Mi esposa Susanne quería haberse ocupado de ello, pero insistí en que sus manos ya están sobrecargadas con sus propios escritos y el cuidado de cuatro hijos; y si el título y el contenido de este libro no resultasen tan poco apropiados, se lo hubiese dedicado a ella por todo lo que ha hecho.

JOHN KEEGAN
Real Academia Militar de Sandhurst
10 de diciembre de 1974



JOHN KEEGAN (Clapham, Inglaterra, 15 de mayo de 1934 - 2 de agosto de 2012) fue un historiador militar británico. Se caracterizó por analizar los hechos militares históricos aplicando la lógica y, a la vez, buscando el lado humano e individual del combatiente.

Notas

[1] Resulta revelador el contraste entre el estilo entre meloso y afectado de los historiadores oficiales con esto que dice Anthony Storr acerca del lenguaje académico: «Para describir el esfuerzo intelectual utilizamos palabras agresivas. “Atacamos” problemas o “les hincamos el diente”. “Dominamos” un tema después de habernos “peleado” con él y “vencido” sus dificultades. “Aguzamos” el ingenio, para que nuestra mente sea “afilada” y pueda “disecionar” el problema» (*La agresividad humana*, Alianza Editorial, Madrid, 2004). Storr sabría explicar mejor que yo las causas de esta resistencia de los historiadores militares a llamar a las cosas por su nombre. <<

[2] Consiste en solucionar un punto oscuro calculando lo que un soldado instruido hubiese hecho en tales circunstancias. <<

[3] Ed. esp.: César, *Guerra de las Galias*, Valentín García Yebra e Hipólito Escolar Sobrino, trs., Planeta-DeAgostini, Barcelona, 1997. <<

[4] De hecho, no hubiesen podido colocarse detrás de ellas una vez que las hubiesen instalado. <<

[5] Probablemente eran caballos grandes, de caza, no de carga como se cree popularmente, y el peso que tenían que llevar sería de unos 115 kilos (68 el jinete, 27 la armadura, y 20 la silla y los arreos).

[<<](#)

[6] «Poco después, al percibir los arqueros este desorden de la partida avanzada [...] y *apresurándose hacia el lugar de donde venían los fugitivos*, mataron e hirieron a los franceses» [cursivas del autor]. Nicolas, *The History of the Battle of Agincourt* (1833), p. 268. <<

[7] La visión de los arqueros matando a hombres de armas pudo, bien provocar un contraataque de los franceses de los flancos, bien hacerles ver individualmente que Agincourt era una batalla en que se podía perecer. La lucha contra arqueros no reportaba reputación alguna. <<

[8] Probablemente debido a: 1) la falta de mando efectivo general en el ejército francés; 2) la dificultad de ver desde la tercera línea (a casi quinientos metros de la «zona de muerte») lo que estaba sucediendo delante. <<

[9] De *A History of the Thirtieth Regiment*, del teniente coronel Bannantyne (Littelbury, 1923). [≤≤](#)

[¹⁰] Ambas palabras significan «apunten»; pero la primera hace referencia a la disposición horizontal de los mosquetes para el disparo. [*N. del T.*] [≪≪](#)

[11] Nombre en argot de diferentes proyectiles alemanes. [*N. del T.*] [≤](#)

[12] *Toc* era entonces la señal militar que hoy se conoce como «Tango». [N. del T.] [≤≤](#)

[13] *Tommified* en el original: palabra derivada de *Tommy*, que era el nombre prototípico del soldado británico. [N. del T.] <<

[14] R. C. Sherriff, autor de *Journey's End*, describe su primer intento de ser oficial, en agosto de 1914: «“¿Escuela?”, preguntó el ayudante. Se lo dije y puso cara larga. Cogió una lista impresa y buscó en ella. “Lo siento —dijo—, pero me temo que no es un colegio privado”. Me quedé desconcertado. Le dije que mi colegio, aunque muy pequeño, era muy antiguo y muy bueno, y que la había fundado la reina Isabel en 1567. Al ayudante no pareció impresionarle. Pasaba ya de mí. “Lo siento —insistió—, pero mis instrucciones son que todos los que soliciten nombramientos deben ser seleccionados de colegios privados reconocidos, y el suyo no está entre ellos”. Y eso fue todo. Me costó un esfuerzo largo y complicado, hasta que al final fui aceptado como oficial. ¡Y solo porque entonces la enorme carencia de oficiales en Francia había forzado a las autoridades a rebajar sus miras y a aceptar a jóvenes que estuviesen fuera del circuito exclusivo!». <<

[15] «¡Qué lección es leer los pensamientos de hombres, a menudo tan refinados y sensibles como hemos sido nosotros gracias a las ventajas de la cuna y la educación, y que, sin embargo, viven en condiciones más difíciles y desagradables que las mías!». Carta del segundo teniente Stephen Howett, del regimiento Warwickshire (Downside and Balliol College, Oxford), escrita tras censurar las cartas de los soldados a su familia. <<

[16] De *If Germany Attacks*, capitán G. C. Wynne (Faber, 1940). <<

[17] En la brigada Tyneside Scottish, murieron los cuatro jefes de batallón el 1 de julio. <<

[18] *The First Day on the Somme*, Martin Middlebrook (Allen Lane, 1971). <<

[19] *A Life of One's Own*, Gerald Brenan (Eyre & Spottiswoode, 1962) [ed. esp.: *Una vida propia*, J. M. de Prada, tr., Destino, Barcelona, 1990]. <<

[20] ¿Era la herida autoprovocada (siw, según sus siglas inglesas) un fenómeno nacido en la Primera Guerra Mundial, al que se arriesgaban —a pesar de las penas legales— debido a los recientes avances en medicina? A los siervos rusos del siglo XIX les dio por arrancarse los dientes delanteros, con los que los soldados mordían el antiguo cartucho de mosquete, para evitar ser reclutados. Pero no he encontrado ejemplos de heridas autoprovocadas antes de la aparición de los antisépticos. Además, la medicina moderna ha hecho que una herida causada por el enemigo o por un accidente real —este último representa por lo menos el cinco por ciento de todas las heridas producidas entre 1914 y 1918— fuesen un pasaporte muy deseado para abandonar el campo de batalla: «Una herida confortable —escribió Maurice Bowra— era una bendición de Dios, que se recibía muy bien». «Las heridas para ellos —escribía Hanbury-Sparrow de sus soldados—, aunque fuesen ligeras, cancelaban toda obligación moral de seguir adelante». «Cuando sonó el silbato —recuerda F. W. A. Turner de su primera salida el 1 de julio—, el primero de mi escala era un estadounidense, el soldado Martin. Tan pronto como llegó arriba, un tiro le atravesó la muñeca. Bajó inmediatamente. “Ya tengo la mía —dijo—, me voy”». <<

[21] De *The War the Infantry Knew*, Royal Welch Fusiliers (P. S. King, 1938). [↵](#)

[22] Este libro se terminó antes de la publicación de *The Great War and Modern Memory*, de Paul Fussell (Oxford University Press, 1975), total y reveladoramente dedicado a «la experiencia británica en el Frente Occidental [...] y a la literatura que la recordó, la universalizó y la hizo mítica». <<

[23] «A veces —escribe el general Von Mellenthin en otro sitio—, los rusos proporcionaban vodka a sus batallones de asalto, y la noche anterior al ataque podíamos oírles vociferando como demonios».

[<<](#)

[24] Disponemos de pruebas, extraídas de estudios efectuados en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, que parecen indicarnos que la lucha entre grupos étnicos distintos es más feroz que la que tiene lugar entre etnias afines. La mayoría de los soldados estadounidenses que vieron prisioneros japoneses declaró que el resultado había sido sentir «aún más deseo de matarlos»; mientras que más de la mitad de los estadounidenses que vieron prisioneros alemanes sintió que «es una lástima que tengamos que combatir contra ellos, solo son hombres como nosotros». <<

[25] Los cuales proyectan segmentos metálicos tan pequeños que las heridas fatales que provocan son casi indetectables. De esta clase era la herida que sufrió Keith Douglas, el poeta de Oxford, que murió por un fragmento de metralla en Normandía en 1944. <<

[26] Y de animales: las grandes y prolongadas batallas de la frontera oriental de Francia en el otoño y el invierno de 1944 provocaron una emigración hacia el oeste de la mayoría de su fauna. El oso salvaje, por ejemplo, que no se había visto en el valle el Sena desde el siglo XIX, había vuelto a ser comparativamente abundante en la década de 1950. <<

[27] *De Men Against Fire*, S. L. A. Marshall (William Morrow, 1947). [≤](#)

Table of Contents

- [I. Cosas viejas, tristes y lejanas](#)
- [II. Agincourt, 25 de octubre de 1415](#)
- [III. Waterloo, 18 de junio de 1815](#)
- [IV. El Somme, 1 de julio de 1916](#)
- [V. El futuro de la batalla](#)
- [Bibliografía](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Autor](#)
- [Notas](#)